

Felipe Celesia
Pablo Waisberg

FIRMENICH

La historia
jamás contada
del jefe montonero

AGUILAR

Firmenich

**La historia jamás contada
del jefe montonero**

**Felipe Celesia
Pablo Waisberg**

AGUILAR

*En memoria de Luis Federico el “Chino” (Pepo)
Celesia
y Cristina “Rulito” Diez, mis tíos.*
F. C.

*Para Martina, que pone el hombro, inspira,
acompaña.
Para Violeta y su risa contagiosa.
Para Juana, que llegará con más risas.*
P. W.

Introducción

El líder de Montoneros Mario Eduardo Firmenich carga la impronta de un hombre maldito. Su cara evoca al demonio bifronte. Su aliento despide azufre. Sus manos son garras ensangrentadas. Por donde camina, ya nada crece. Traidor, miserable, cobarde, entregador, cuadrado, elitista, militarista, déspota, cruel. Ningún adjetivo le es ajeno. Firmenich es la bestia negra de la política argentina del siglo XX.

¿Qué hizo para merecer tal condena? Fracasó. Su revolución inconclusa dejó a la organización político-militar que más apoyo tuvo en la Argentina diezmada y sin amparo. Los errores estratégicos dilapidaron su capital político y desaprovecharon un crecimiento de frentes de masa inusual en el país. Cuando debió hacer política, abrazó las armas y cuando quiso hacer política, ya no había margen.

Firmenich tenía menos de veinticinco años en el cenit del poder montonero y muy poco espacio para

equivocarse en un escenario de caníbales. El éxito lo ensoberbeció. Fue producto de una Argentina totalitaria, extrema, y sus aportes también fueron totalitarios y extremos. Cuando tuvo que hablar, calló. Cuando debió callar, habló. Sobrevivió a la represión más cruenta y siempre deberá rendir cuentas por no haber caído, en la lógica de una revolución que sacrificaba todo. De una veintena de jefes montoneros, sólo tres sobrevivieron y él fue el número uno. Símbolo y figura.

Pasada la dictadura que aniquiló a su organización, el alfonsinismo lo erigió en el ícono de la violencia “irracional” de la izquierda y así liberó de culpa y responsabilidad a todo el arco de dirigentes que, de un modo u otro, por acción u omisión, fueron actores en la tragedia.

Casi siete años preso no diluyeron las culpas que le asignaron y la condena se reconcentró cuando un gobierno que llegaba para profundizar la política económica de la dictadura le otorgó un indulto que muy pocos creyeron que merecía. Los propios sospecharon una negociación. Los ajenos le cerraron todo espacio de participación. Entonces se blindó en su fe, mística y política; y recreó, para explicarse, las categorías y los protagonistas de una Argentina

que ya no existía. Nadie lo entendió ni quiso entenderlo. Su relato era inválido. Convalidar sus razones hubiera supuesto retroceder a una etapa que nadie quería recordar y mucho menos abrir a juicio.

Intentó volver una y otra vez pero ya era un subproducto residual de la Argentina que se había soñado socialista y se despertó dictatorial, socialdemócrata y neoliberal.

Los méritos y talentos que lo convirtieron en un referente ya no tenían prestigio ni utilidad en la nueva etapa democrática. Quedó entonces anclado en la violencia revolucionaria que, de más está decirlo, había perdido todo efecto y respaldo. El mundo era otro y el fin de la historia se mostraba como la continuación de los vencedores de la guerra fría. Y partió al ostracismo, ya sin espacio público ni para transitar, con su carga de hechos consumados y muertos en la mochila. Sin arrepentimiento ni culpa, sin dinero ni honores.

Muy poco de su leyenda es cierta. No fue miembro de Tacuara. Empuñó las armas y arriesgó su vida como la gran mayoría de los montoneros. No vive como príncipe con el dinero de los secuestros. Nada prueba que se haya encontrado con quien

mataba por miles a sus compañeros y subordinados. No hay ninguna certeza de su condición de doble agente.

Con Firmenich se invirtió la carga de la prueba y toda acusación fue declarada cierta por el silencio y la condición antipática y cruel del acusado. Personajes de muy baja catadura lo señalaron con el dedo y les creyeron. Las operaciones de propaganda, el escarnio fácil de los medios y la condena en abstracto de la violencia hicieron el resto y prefiguraron el personaje más odiado.

El relato sobre Firmenich sufrió la misma maldición que cayó sobre el personaje. Al menos cuatro proyectos de periodistas con experiencia editorial quedaron trancos. Algunos se desanimaron por la dificultad de asir a un personaje tan oscuro y rechazado. Otros buscaron su colaboración como condición de posibilidad y no la obtuvieron. Él mismo firmó un contrato para una autobiografía que nunca se decidió a publicar.

El comandante montonero supone que no es posible escribir un libro sobre su vida que se ajuste a la verdad. Por lo tanto, no participa e impide hasta donde puede. Firmenich vive atado a las teorías conspirativas y supone que detrás de cualquier

narración que lo tome como protagonista se esconde alguna intención política. También apela al principio de autoridad cuando afirma que el único que podría haber escrito la “verdadera historia” de la organización —por extensión, la suya— es Rodolfo Walsh, pero Walsh está desaparecido.

Su padre cree que lo dejaron vivo para no convertirlo en “otro Che Guevara” y él abona la misma teoría cuando evalúa que contar su vida es como matarlo pero sin pagar el costo de hacerlo. El jefe montonero vive todavía en su complicada fantasía personal. Pero quizás esa desconfianza desmesurada haya sido la que lo mantuvo vivo. Tan vivo como aislado.

Firmenich prefería las actividades físicas en su adolescencia aunque también disfrutaba de las batallas mentales del ajedrez. En su juventud estudió lo que le permitió la disputa política —armada o no— y más tarde se graduó en Economía. Los que lo critican dicen que no tiene estatura intelectual, pero su pensamiento político, su mirada sobre la Argentina y su historia son tan respetables como los de cualquier dirigente que haya intervenido en la cosa pública. Y a menudo —reconocen unos pocos— es mejor. Pero no está bien acordar o debatir con

una “bestia”, en la más amplia acepción del término.

Descalificarlo fue una manera de ignorarlo, pero con el alto costo de retacear elementos de análisis a un proceso histórico que aún destella y en el que Firmenich fue un emergente importante, más allá de los héroes cuyo bronce se lustra de boca en boca, entre militantes, dirigentes y simpatizantes de la época.

Montoneros tuvo períodos de mayor y de menor debate interno. Su calidad de organización democrática siempre fue puesta en duda. Si no fue democrática tal vez sea porque tampoco lo fueron el peronismo ni las prácticas del resto de las instituciones en la Argentina de mitad del siglo pasado en adelante. ¿Cuál es la calidad democrática de una sociedad en la cual todos tienen los mismos derechos pero sólo algunos pueden ejercerlos?

En Montoneros, el peso del jefe era fuerte: mandaba y casi nadie cuestionaba su autoridad. Conducir se entendía, en una parte de la izquierda revolucionaria, como un rol, entre tantos, de un proyecto colectivo superador que rectificaría las desviaciones una vez consolidado. Allí está la razón de por qué Montoneros no se volcó a ocupar espacios en las primeras líneas del Poder Ejecutivo

y en el Legislativo cuando Cámpora llegó al poder avalado por Perón y empujado por ellos. La política pasaba por otro lado, por las masas y la lucha armada. Matar por la causa era legítimo para amplios sectores de la población, hoy ya no.

En medio, sí hubo ambiciones personales y proyectos contrapuestos en disputa como en cualquier espacio político. Los errores de la conducción se purgaron internamente con las rupturas y juicios públicos aunque, como siempre, las fugas se dieron cuando el barco se hundía.

Este libro no toma la agenda de los enemigos de Firmenich ni tampoco la de sus admiradores. Esta decisión no supone situarnos en una objetividad que no nos interesa —tampoco es posible, la decisión de dónde pararse para mirar es subjetiva— sino porque ambos relatos, la exaltación o la condena, dejarían fuera la dimensión, a la vez complementaria y contradictoria, que tiene toda vida.

LOS AUTORES
Buenos Aires, abril de 2010

—¿Don Firmenich...? Ah, pero muchísimo gusto, soy el león Fernández y le doy la bienvenida a nuestra humilde sede. ¿Este es el escritor laureado?

El león Fernández no espera la respuesta y tiende ceremoniosamente la mano al niño que no entiende bien eso del apretón y sostiene la mano del león amigo unos segundos, como para no contrariar. El león Fernández vuelve sobre el padre de la criatura: “Nos alegramos sinceramente, ingeniero, y además porque usted es un hombre del barrio, ligado a la comunidad, un padre de familia...”.

Mario lleva puesto un trajecito que fue de su hermano Claudio, que le tira un poco en la espalda, y los mismos zapatos con los que tomó la primera comunión. Es su noche pero los hombres que circulan no parecen saberlo. La mayoría lo ignora, aunque uno gordo y pelado (león Nieto, se presenta) lo felicita por el trabajo y le apunta que debe mejorar la letra. “Es horrible, no se entiende”, lo

reprende.

La cena dura poco y nadie le dirige la palabra. El paté de la entrada no le gustó y el osobuco menos. Para colmo no hay ni Bidú ni Coca, sólo agua de la canilla y vino. Pero lo peor es cuando se levanta el león Fernández y lo señala delante de todos y dice que es “un ejemplo” para los niños de su edad y que le gustó mucho su composición tema “La paz es posible”.

“El leonismo argentino, en su capítulo del oeste bonaerense, alienta los valores de una niñez sana y con esperanza y por eso entrega hoy al joven Mario Eduardo Firmenich un diploma que acredita que ha ganado el concurso de ensayos sobre la paz mundial que tanta falta hace”, dice el león y sigue dirigiéndose a Firmenich padre, que agradece con la cabeza, satisfecho. Los aplausos languidecen y Mario piensa que ya falta menos para irse.¹

* * *

LOS COMIENZOS EN FLORESTA

El caserón de Floresta albergaba a varias familias pero dos de ellas, los Firmenich y los

Sagreras, se emparentarían en uniones casi escandalosas: dos varones y una mujer de los Sagreras se casaron con dos mujeres y un varón de los Firmenich.

Una de esas parejas, integrada por Víctor Enrique Firmenich y Zarina Elvira Sagreras, formalizaría en enero del '45 y poco después se marcharía al Chaco, para que el joven, dedicado a la topografía, y su reciente mujer encontraran un lugar en aquella Argentina que ya se consolidaba peronista. Víctor tenía 26 años y Zarina 22.

Los comienzos fueron duros pero auspiciosos. Víctor hacía trabajos de agrimensura y Zarina enseñaba en un colegio primario. Con el amor, llegó el primer embarazo, y la pareja decidió el retorno a Buenos Aires para que Zarina diera a luz con tranquilidad y todas las garantías.

El primogénito llegó pero, con él, el primer trance duro que debió enfrentar el matrimonio Firmenich-Sagreras: el chiquitín tenía síndrome de Down, o, como se decía en aquella época, “era mogólico”. Zarina recordaría desde entonces aquella primera experiencia materna como “fea” y “dolorosa”.

“Murió a los dos meses y medio, para suerte de la

familia y de él”, contó Zarina Elvira, que se repondría del impacto de aquel trauma inaugural y tendría otros cinco hijos. La señora Firmenich daría a luz a partir de entonces con la premura inevitable, aun en la camilla de parto, de saber si eran “sanos”.²

Así fue. Claudio Alejo llegó al mundo el 21 de octubre de 1946. Menos de dos años después, el 24 de enero de 1948, nació Mario Eduardo Firmenich, en el caserón de Floresta donde se habían conocido sus padres.

Los recuerdos de Mario de Floresta no deben de ser muchos. Cuando él tenía 4 años, los esfuerzos de sus padres en la agrimensura y la docencia rindieron sus frutos y pudieron comprarse una casa en la localidad de Villa Sarmiento, en el municipio de La Matanza, en el oeste del Gran Buenos Aires.

El barrio era incipiente pero prometedor, formado por casitas modestas pero dignas para trabajadores, cuentapropistas y comerciantes de clase media con perspectiva de progreso. La identidad política local era mayormente peronista pero había algunos radicales. Allí, en una cotidianidad que no tenía el ritmo porteño de Floresta, Mario vivió su infancia y su adolescencia. “Fueron años muy dichosos”,

rememoró Zarina años después.³

“Se crió en los potreros de Ramos Mejía — recuerda su amigo Néstor Tato—, y eso hacía que tuviera cuarenta y cinco veces más calle que nosotros.” La vida en el oeste del conurbano no era marginal pero sí física y sin demasiadas consideraciones. Cada cual hacía y sufría lo que debía, y Mario se ajustó a esta regla muy naturalmente, por convicción y por temperamento.

Su madre aclara que por aquel entonces “nosotros éramos padres abocados a trabajar y a que no les falte nada a los hijos, a llegar a fin de mes, que a veces llegábamos más que raspando”. Padres abocados a trabajar y a hacer familia: el 14 de febrero de 1951 nació Guillermo y unos años después, el 31 de mayo del '55, Beatriz Marcela; y completó la prole, el 22 de julio del '63, Augusto.



Con su hermano Claudio cuando ambos tomaron la primera comunión (Archivo de Adrián Korol).

EL COMPROMISO

Mario era lo que genéricamente se denomina un “buen hijo”. Participaba de la vida familiar, daba una mano en lo doméstico, hacía caso... Tato menciona que “estaba muy integrado a la familia: ayudaba a los padres con los hermanos más chicos. Era un tipo modelo”. También se tomaba sus libertades y andaba suelto por el barrio, jugando al fútbol o pasando el tiempo con sus amigos.

Sin embargo, ya asomaba un indicio de compromiso con lo público, con la política en definitiva. La oportunidad llegaría a través de una sociedad de intereses mutuos bastante particular, con himno y código ético: el Club de Leones. El leonismo era ya entonces una práctica global, de origen norteamericano, que agrupaba a comerciantes, empresarios y emprendedores que buscaban influir en sus comunidades. Con ese objetivo, el Club de Leones de Ramos Mejía organizó un concurso de ensayos cuyo tema fue “La paz es posible”. La convocatoria interesó al joven

Firmenich, ya un católico convencido y devoto.

Sin decirles nada a sus padres presentó su trabajo y, para sorpresa de toda la familia y los vecinos, ganó. Don Víctor lo acompañó orgulloso a la cena de honor que le brindaron los leones al prometedor ensayista, mientras Zarina se tuvo que conformar con felicitarlo en casa: por aquella época, no se aceptaban leonas en las reuniones.

Parte de aquel logro literario se lo debe a la educación pública. Mario fue alumno y egresó de la entonces Escuela Nacional nº 65. Allí también tuvo su primer contacto con el peronismo como cultura y opción política. La imagen mítica de Perón en los libros de lectura, en esos cuadernos de texto que para el escolar representan el poder, calaba hondo en esa generación que se escolarizaba. La imagen del poder tenía la cara de Perón.

El 16 de junio de 1955, a los 7 años, Mario vio entrar a su padre con el rostro desencajado por el horror de los cuerpos destrozados por las bombas y la metralla de la Marina en Plaza de Mayo. “Yo fui testigo de la masacre.

Trabajaba en la Municipalidad de Buenos Aires y estaba en Plaza de Mayo cuando cayeron las primeras bombas”, recuerda Firmenich padre.⁴

Víctor también explica que, dentro de esa marca de época que daba la cultura obrera peronista a mediados de los 50, Mario esbozaba una teoría colectivista de la producción y el reparto de las ganancias. “Tenía un sentido especial de la justicia. Decía que todo el mundo tenía que trabajar y que después cada uno pasaba por un lugar, agarraba su comida y la llevaba para su casa. Tenía de chico ese sentido de justicia distributiva”, dice con algo de melancolía por aquella infancia perdida.

Los padres de Mario también tenían un sentido particular de la justicia. Cada tanto, dice Zarina, “se armaban unas trifulcas gordas” entre Claudio y Mario, y, como todos los chicos, buscaban que los mayores arbitraran en el conflicto.

“Cuando venían yo les decía: ‘Bueno, se ponen de acuerdo, si no se ponen de acuerdo, cobran los dos’ y que ninguno viniera a acusar al hermano”, sentencia el padre de familia. Don Víctor era un católico tradicional y no le gustaban los aires renovadores en la Iglesia que ya se insinuaban en algunas prácticas; pero era amplio en las libertades que concedía al prójimo; eso sí, con límites.

Tenía algo germano en su carácter y se explicaba en la línea de descendencia paterna. Los abuelos de

don Víctor, Guillermo Firmenich y Gertrudis Hahnenberg, eran originarios de la Renania alemana. Guillermo era un comerciante de Seetheim y Gertrudis, de Colonia. Hugo, el padre de Víctor, fue el cuarto hijo de la pareja y nació el 20 de septiembre de 1886, en Buenos Aires, según marca la fe de bautismo que atesora Don Víctor. Mario siempre estuvo orgulloso de su origen alemán y desde pequeño pretendió que pronunciaran su apellido correctamente: *Fírmenij*, aunque ésta sería una empresa vana. La “ch” final siempre acompañó su nombre de familia.

El abuelo materno de Mario nació también en el siglo XIX, en 1879, pero en la Argentina. Desde edad muy temprana, la vocación de Julio Sagreras fue la música. A los 12 años ya animaba con éxito los salones porteños acompañado por su guitarra, y a los 20 enseñaba a discípulos en la Academia de Bellas Artes. A su muerte dejó más de un centenar de piezas para guitarra, conciertos memorables y cuadernos didácticos del instrumento que serían muy utilizados, en particular los de la serie “Técnica superior”. Algunos melómanos de la época sostenían que era la mayor guitarra de Latinoamérica.

En el hogar paterno todo cambió cuando Víctor se recibió de ingeniero y comenzó a trabajar en el área de caminos. Con ese progreso, los Firmenich y sus cinco hijos se mudaron a Rivadavia 14654, 1º C, a cinco cuadras de la estación Ramos Mejía. Era un departamento muy cómodo que se veía desde el tren.

Pero fue en la casa de Villa Sarmiento donde Mario preparó el ingreso al Colegio Nacional de Buenos Aires durante todo 1960. A pesar de haber egresado de una escuela primaria de provincia, de no estar rodeado de estímulos académicos y de que sus padres no fueran precisamente intelectuales, Mario entró al tradicional colegio considerado formador de elites, y ese detalle marcaría el resto de su vida.

NOTAS

1 Entrevista con Víctor y Zarina Firmenich.

2 *Gente*, nº 970, 23 de febrero de 1984, p. 15.

3 *Ibíd.*

4 Jorge Capsiski, “Hablan los padres de Mario Firmenich”, *Siete Días*, 7 de julio de 1984.

1960-1966

El murmullo parece surgir desde la recova de avenida Pueyrredón. Pero también puede salir de un grupo muy activo que circula por Rivadavia. La muchedumbre no revela sus intenciones pero tampoco las oculta. Los grupos se arman sobre la marcha y se disuelven con el acecho de la Guardia de Infantería o la persuasión de algún jerarca de civil.

En ese cuadro dinámico, de voces y gritos superpuestos y cruzados, es difícil determinar el origen de las primeras estrofas. Pero apenas se insinúan, todos saben en plaza Once y alrededores de qué se trata.

Mario y Carlos sienten un leve estremecimiento que puede confundirse con emoción o vértigo. No cantan inmediatamente. Carlos es el primero en articular unas palabras sin sonido, con la cabeza gacha, entre los laburantes y oficinistas que lo rodean, con la mirada intensa enfocada en los carros

de la Policía Federal.

Mario se suma, un poco turbado al principio por la vergüenza de esa primera manifestación pública. Pero la confianza aparece a los pocos vocablos. Se aúna entonces a su amigo, que ya salta como poseso, y a sus nuevos compañeros, en el remate del estribillo del gran himno político. Mario grita: “¡Viva Perón! ¡Viva Perón!”. Y aunque todavía no lo sabe, ese momento determinará el resto de su vida.

Están en la conmemoración prohibida del 17 de octubre, del “Día de la Lealtad”. En 1966, reivindicar la gesta peronista (como toda actividad política partidaria) es un delito según la dictadura de Juan Carlos Onganía.

El primer gas lacrimógeno sale de la esquina de Bartolomé Mitre y Pueyrredón. Enseguida vuelan tres o cuatro cartuchos más en una parábola ahumada, asfixiante. La estampida es radial. Los caballos encaran desde plaza Miserere. Los dos amigos sienten las sacudidas de la marea de cuerpos. Poco a poco, como pueden, moviéndose entre los manifestantes, con los ojos ardidados y las pulsaciones al doble, desembocan en Rivadavia. Suenan los primeros vidrios rotos.

El camión hidrante entra por Jujuy tirando lo

suyo, marcando a los “adictos al peronismo”, como dirá *La Nación* cuando imprima su versión. La desbandada es entonces más histérica, Rivadavia arriba. Hacia el centro hay muchos policías. Allí atraparon al Ford Falcon negro que oficiaba de vehículo de mando de la conmemoración prohibida.

Los muchachos se reagrupan. Aparecen las primeras piedras, unas hondas y hasta algunas molotov. Se concentran sobre Rivadavia mientras la policía presiona desde Pueyrredón y Jujuy e intenta avanzar desde Congreso. La línea de trincheras queda definida. Mario tira su primera piedra, sacada de un cantero destrozado a patadas. Siente que se puede. Carlos lamenta no haber ido más preparado. La invitación del Movimiento de la Juventud Peronista a los incipientes agitadores no había incluido la perspectiva de confrontación; a lo sumo, les dijeron, habría algún palo.

Pero la violencia escala rápido. La policía manotea a quien puede y la consigna sorda y espontánea es romper lo que se pueda, en la lógica natural del conflicto. Llegan más celulares. Dos, tres, cuatro estruendos más de vidrios rotos. Una pequeña multitud de brazos hamaca un auto hasta volcarlo. Más corridas.

La posición ya no puede sostenerse y no queda más que echarse a volar por la avenida. Corren. Tienen el entrenamiento de mucho fútbol estudiantil encima. Pasan raudos a los veteranos y sólo se dan vuelta para admirar el fuego de dos molotov que iluminan la esquina de Maza y Rivadavia.

Se miran, inflamados, el corazón golpeando: ya son peronistas.1

* * *

EL COLEGIO DE LA PATRIA

Entre los Firmenich nunca hubo un mandato académico muy fuerte, pero a comienzos de 1960 Mario decidió anotarse en el ingreso a uno de los secundarios más exigentes y tradicionales de la Argentina: el Colegio Nacional de Buenos Aires. Si bien el concepto del Nacional como entidad pedagógica y social fue variando (y mucho) desde su fundación en 1863 por iniciativa de Mitre, la idea de institución productora de elite dirigente cruza toda su larga historia. La lista de notables producidos por “el Colegio” es larguísima, en todas las áreas, pero sobre todo en el campo intelectual. A

modo de enumeración rápida: el presidente Marcelo Torcuato de Alvear; los premios Nobel Bernardo Houssay y Carlos Saavedra Lamas; los escritores Miguel Cané y Juan Gelman; los periodistas Horacio Verbitsky y Martín Caparrós; los dirigentes Felipe Solá y Aníbal Ibarra; el economista Roberto Alemann; los empresarios Juan y Jorge Born... la lista podría seguir.² Para ingresar había que superar duros exámenes, se cursaban seis años para recibirse de bachiller, no se aceptaban repitentes y egresar garantizaba el acceso directo a la Universidad de Buenos Aires y a cierto prestigio social. No son sin embargo las condiciones académicas ni la formación lo que valoran sus alumnos y ex alumnos, sino la conciencia de grupo, de cofradía que se genera en las divisiones del Buenos Aires y dura toda la vida.

La política es parte constitutiva del Nacional. Con una impronta ideológica mayormente liberal, aupada por la cultura del esfuerzo individual y la idea de *excelencia*, el colegio cobijó no obstante todas las posturas y se sumó a cada clima de época con una expresión interna. Tal vez el rasgo más destacado haya sido su antiperonismo, pero se comprende en el marco de las tensiones de clase que

se daban en el país y en el origen social de la mayoría de sus alumnos. Sus padres eran, por lo general, profesionales, comerciantes o funcionarios, casi nunca obreros. Pese a su proclamado antiperonismo, no hubo cesantías de docentes ni cuando derrocaron a Perón en el '55 ni cuando triunfó Cámpora en el '73.

En diciembre del '60, luego de sortear parciales eliminatorios en las asignaturas Matemática, Castellano, Historia y Geografía y un gran examen final, Mario logró una de las 300 vacantes que disputaron cerca de 1.500 aspirantes.³ El primer año en “1º 11” según el registro de notas del Colegio (la “undécima de primero” en la forma coloquial) no fue bueno. Se llevó a examen Historia, Latín y Matemática. Su mejor nota fue un 8 en Francés.⁴ El traspie pedagógico se niveló con la amistad que empezó a forjar con quienes lo acompañarían hasta sexto año: Manuel “Lolo” Limeres, el “Negro” Leonardo García Díaz, Luis Caffarelli, Miguel Ángel Palermo y Fernando Aranovich. Además fue elegido “delegado” (una suerte de corresponsal) de la revista del Colegio, junto con Jorge Castells.

Durante sus primeros años en el Colegio, Mario se sentó con el Negro García, simplemente porque

los estudiantes no elegían a sus compañeros de banco: a principio de primer año, un celador armaba las parejas por orden alfabético. García sería durante los seis años uno de sus compañeros más cercanos y queridos.

Ya desde sus inicios en primer año, Firmenich comenzó a corregir a los profesores que pronunciaban mal su apellido. Cuando alguno decía “Firmenich”, él corregía: “Es *Fírmenij*”, pronunciándolo en alemán. Aranovich supone que insistía en precisar el carácter germano de su origen por el “dejo judío” que tenía el “Firmenich” dicho en castellano rioplatense. Por el contrario, Castells insiste en que “esto no puede llevar a pensar que tuviera la más mínima inclinación nazi y fascista, en absoluto”.

“Corregía a quienes lo pronunciaban mal porque su apellido es alemán y su acentuación es esdrújula y, es más, en ese momento, era políticamente moderado”, apunta Castells, quien luego fue concejal porteño por el peronismo y funcionario en el gobierno de Carlos Grosso.

En el escenario político nacional, el radical desarrollista Arturo Frondizi había llegado a la presidencia en el '58 con los votos peronistas y a

poco de andar agotaba su capital político con el partido militar, por las concesiones al peronismo (relativa legalidad en su funcionamiento), y con sus electores peronistas, por la firma de contratos petroleros que fueron considerados desventajosos para los intereses nacionales. La discusión de “laica o libre”, sobre el modelo de educación, suscitó un debate cultural de muy amplia repercusión y, en ese contexto, el hermano del presidente, Risieri Frondizi, accedió al rectorado de la Universidad de Buenos Aires y promovió reformas que afectaron la vida interna del Nacional de Buenos Aires. Una de ellas fue la admisión de mujeres como alumnas en el Colegio, en 1959, luego del quiebre que supuso en la tradición machista del Nacional que ingresaran docentes mujeres en 1956, tras una fuerte resistencia de los profesores. En la undécima de primero, Mario convivió con 12 chicas en un curso de 37 alumnos.

En esa ola de cambios llegó una innovación de alto impacto para la vida interna: la “Reforma de los pedagogos”. El promotor fue el vicerrector del turno tarde, Felipe Mantero, con el apoyo del rector Florentino Sanguinetti. Sanguinetti —un viejo profesor de Literatura del colegio, muy influido por

el espíritu de la Reforma Universitaria de 1918— y Mantero consideraron que la disciplina autoritaria⁵ que imperaba en las aulas no beneficiaba el desarrollo de los púberes y convocaron a ex alumnos licenciados en Ciencias de la Educación⁶ o con formación humanística para buscar una alternativa al castigo. La idea era que rigiera un sistema de autodisciplina entre los alumnos, moderado por los “gogos”, como los llamaban los estudiantes. Como parte del proyecto se armó un gabinete psicopedagógico a cargo de la ya por entonces reconocida psiquiatra infantil Telma Reca. Con los años, los gabinetes pasaron a formar parte orgánica de todos los secundarios. Los “gogos” ampliaron su marco de asistencia a los alumnos con problemas de desempeño o conducta y organizaron actividades para los estudiantes que recién ingresaban. Entre los “gogos” estaban Carlos Olmedo, futuro mentor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Rudy Chernicoff y el ya entonces eximio chelista Edgardo Zollhofer.

A diferencia de los “gogos”, que eran auxiliares docentes que llegaban por su condición de especialistas, los celadores del Nacional se extraían entre los cinco mejores promedios de cada división

de quinto y sexto años. La presencia de los “gogos” (que a menudo tenían uno o dos años más que los alumnos de sexto) terminó cuando Frondizi fue relevado de la UBA y llegó Julio Olivera. Los “gogos” fueron reemplazados por auxiliares de claustro, encargados de la disciplina en cada año y de coordinar y “orientar” a los celadores-alumnos, generalmente en un sentido represivo.

El segundo año en el Nacional, para Mario fue, literalmente, un desastre. Sobre 8 materias se llevó a diciembre 5, que luego rindió con cierta holgura. En las que no se llevó, no superó el 7. La evaluación de cualquier profesor diría que Mario Firmenich podía ubicarse entre los que se tiran a chanta durante el año pero zafan en diciembre.

“Como estudiante era mediocre, zafaba, como casi todos”, recuerda un compañero de la división, Raúl Carnota. Otro de los que lo acompañaron los seis años del Nacional, Lolo Limeres, menciona que “era un alumno como tantos, no de los mejores, pero estuvo los seis años allí, con promedio 7, que es lo que te exige el colegio”.

En 1963, ya en la novena de tercero, el desempeño académico mejoró un poco con un hallazgo: 10 en Geometría. Se perfilaba una

inteligencia matemática que lo acercaba a Luis “Cafa” Caffarelli, un genio matemático muy precoz.⁷ Sin embargo hubo un traspíe en Historia, otro en Francés y un tercero en Latín, la materia que más se le complicaba. Mario consiguió la ayuda de su amigo Aranovich y de Nereo Martín, otro compañero de la división que al decir de Aranovich “sabía muchísimo”. O Martín no sabía tanto o Mario no fue un buen alumno. En el examen de noviembre, Firmenich sacó la peor nota de su historia como alumno del Nacional: 1. Pero los lazos con Aranovich se habían estrechado y el futuro abogado de uno de los estudios legales más poderosos de la Argentina⁸ lo invitó a pasar el verano con su familia en Mar del Plata.

Las vacaciones con los Aranovich no tuvieron nada de particular. Playa y paseos, básicamente. Aranovich padre, ex alumno del Nacional, no era judío practicante y estaba casado con una católica. Uno de sus mejores amigos era el economista Roberto Alemann, que muy lejos estaba de la colectividad judía. Según cuenta Fernando, una noche de ese verano del '64, Mario dijo que “bueno, evidentemente no tengo nada contra los judíos (estaba sentado entre dos de ellos), pero no me

gustaría serlo”. No hubo ningún escándalo y la noche continuó como si nada. Pero, para sus adentros, Aranovich padre evaluó si echaba al jovencito impertinente de su casa o lo tomaba como un comentario tonto. Optó por no complicarse el veraneo.



En 1961 (al centro, asomándose entre dos compañeras) en una foto posada con sus compañeros de 1º 11 del Colegio Nacional de Buenos Aires. En su debut como estudiante secundario se llevó a examen Historia, Latín y Aritmética, pero comenzó a destacarse como un

UN HOMBRE CLAVE

El inicio del cuarto año, en la séptima división, reclamaría a Mario definir si cursaba Inglés o Alemán. Se decidió por el alemán, quizás para reconocerse en sus orígenes. La mayoría optó por Inglés, que ya se perfilaba como el idioma universal en detrimento del francés. Los germanófilos fueron sólo 6 sobre 38 alumnos del curso. Mario repitió su 10 en Geometría y mejoró bastante sus notas: 8 en Literatura, Historia, Geografía, Física y Alemán; 7 en Latín, Botánica y Francés.

El dato del año '64 no sería en la vida de Firmenich su *performance* como alumno sino la llegada de un muchacho con un conocimiento muy vasto de la historia argentina, una profunda fe católica, gran convicción para exponer sus ideas y modales un tanto violentos: Carlos Gustavo Ramus. Pronto serían grandes amigos y socios.

Si en la consideración de sus compañeros Mario era un buen tipo, simpático y entrador, amable y diligente, la imagen de Ramus era, por el contrario,

la de un tipo agresivo, intolerante y soberbio pero intelectualmente muy dotado.

“¿Mario? Mario era un chico bueno que hablaba de portarse bien, que quería llegar virgen al matrimonio. Era el tipo más normal de todos, de un equilibrio descomunal, por las relaciones que tenía con todo el mundo, porque se llevaba bien con todos. Cuando dos se peleaban trataba de amigarlos. Estaba muy integrado a la familia, ayudaba a los padres con los hermanos más chicos, era un tipo modelo. Nadie pensaba que se iba a convertir en la bestia que se convirtió después”, describe Tato, hijo del famoso censor Paulino Tato.

“Carlos jugaba a ser Maquiavelo, y disfrutaba un poco de su papel. No le importaba mostrar su desprecio por la gente menor, y yo lo era”, confiesa Carlos Loeda, por entonces un adolescente de casi cien kilos, que se integró en cuarto año a la división de Ramus y Firmenich.

Raúl Carnota, cuadro de la Federación Juvenil Comunista —la “Fede”—, tiene quizás el contraste más claro entre los roles de Mario y Carlos: “El intelectual con el que podías sentarte a discutir cosas finas era Carlos Ramus. Para mí Firmenich está asociado al juego de pegarse en el hombro en

esa época, más bien a una cuestión de fuerza bruta que de intelecto”.

“Ramus tenía mucha intensidad personal, un carisma especial y mucha convicción, mucha certeza, y la sostenía con mucha cultura, mucha formación. Eso sí, cuando te sentabas a discutir con Ramus todo su perfil ideológico venía claramente de una matriz fascista”, recalca Carnota, homónimo del folclorista.

Mario no era un intelectual pero todos sus compañeros dan fe de que, además de hincha ferviente de Racing, era un muy hábil *wing* izquierdo, con garra y mucha fuerza para buscar el arco rival. “Jugaba de 11, a veces la tiraba al diablo, pero era muy veloz, muy rápido, un 11 que desbordaba. Tenía buen estado físico, era fornido”, describe Limeres y asiente Loeda: “Físicamente era muy fuerte y eso a esa edad da una gran ventaja en el deporte, pero también en las relaciones interpersonales”, recuerda Loeda.

Su vena deportiva se estiró incluso hasta el atletismo. Para los intercolegiales del '64, se inscribió en 110 metros con vallas y logró clasificar, aunque se resintió la cintura. A Mario le gustaba incursionar en desafíos que no tuvieran que ver con

su vida cotidiana. Cuando ya eran muy amigos, con Carlos iban a uno de los campos de la familia Ramus, en Chaco, y Mario aprovechaba para montar y mejorar su destreza criolla. Cierta vez, por encargo de su padre, Carlos tuvo que ir a comprar un caballo en un campo algo alejado, como a 4 o 5 leguas de la finca Ramus. Luego de cerrar la compra, sin mucha vuelta, Mario montó el redomón (no del todo domado) y emprendió solo el largo viaje de regreso.

También en otras áreas el alumno Firmenich era encarador. Según Limeres: “En esa época, bailar era difícil. Animarse con alguna compañera de división era un drama interno de cada uno. Mario se lanzaba primero siempre. Le gustaba salir a bailar... y hacía que bailaba. Era un tipo encarador y divertido”. Tato tiene una versión más descarnada de la vida amorosa de Mario y su amigo Ramus: “Carlos era un cogedor. Mario no, virgen total”.

Los amigos se complementaban en sus talentos. Mientras Mario gozaba de un acceso fraternal a todos en la división, pero sin influencia, Carlos podía dialogar con la izquierda en el curso, basado en su conocimiento de la historia, la política y la economía, pero era menos querido.

Loeda terminó a las trompadas con Ramus sin mucho motivo, y para su compañera María Laura Eandi “era repulsivo pero ejercía sobre algunos algo así como una atracción morbosa”.

Esa “atracción” que Ramus ejercía sobre algunos compañeros es para otro de los de esa séptima de cuarto, el psicólogo Enrique Banfi, una de las claves que explican la conversión de Mario Firmenich de un tipo de barrio, respetuoso y querido, a un partidario de la acción directa.

“Ramus era un tipo muy inteligente con un grado de cinismo bastante marcado y yo creo que lo fascinó. Ejerció lo que hoy llamaríamos una fuerte fascinación. Ahí Mario cambió, en las cosas que hacía, se hizo muy amigo de Carlos. Te diría que hay un antes y un después de la aparición de Carlos”.

Hasta la llegada de Ramus, Mario era compinche de Lolo Limeres en el deporte y la cosa física y bastante afín con Caffarelli y García Díaz en las habilidades matemáticas. Los tres tenían un juego que impresionaba bastante a sus compañeros. Jugaban al ajedrez a ciegas, sin tablero, una modalidad que muchos ajedrecistas consideran la forma más pura del juego. Sin materia, sin distracciones, sólo pensamiento. Claro que para

hacerlo se debe tener una memoria prodigiosa y una capacidad de abstracción elevada.

“Se pasaban las clases jugando así. Yo creo que lo hacían más *pour épater le bourgeois* y la verdad es que nos tenían a todos bastante *epatados*”, acepta Loeda. Caffarelli a menudo corregía a los profesores de Matemática y Aranovich recuerda que Mario una vez resolvió un problema de Física por otra vía que la *oficial* y que la profesora Colombo se quedó bastante impresionada por las capacidades del muchachito y le puso un 8.

Así como sorprendió a la profesora de Física, tuvo un pequeño inconveniente con el profesor de Historia Americana, Raúl Aragón, uno de los más queridos y, años después, rector del Colegio con la llegada de Rodolfo Puiggrós a la UBA, en el gobierno de Héctor Cámpora.⁹ Aragón se le acercó a Mario y le dijo: “¿No te estarás copiando vos, no?”, y lo punzó amistosamente con el dedo índice en la pechera del saco. Sintió un crujido, corrió la solapa y ahí aparecieron los machetes.

Con Luis Bontempi, de Química, la situación se puso más densa. Mario y García Díaz se habían dejado la barba o, más bien, lo que por aquella época de desarrollo les crecía. Bontempi era un tipo

muy prolijo, solía vestir *blazer* azul, camisa blanca con corbata y pantalones de franela gris. Todo el conjunto solía estar acompañado del diario *La Prensa* bajo el brazo. Cuando la sombra en los rostros del Negro y Mariulo (así lo llamaban de a ratos a Mario) se distinguió ya como una barba —hippie o comunista, o ambas, vaya uno a saber— Bontempi puso orden.

—Se afeitan o doy intervención al celador —amenazó el profesor.

Los alumnos García Díaz y Firmenich asintieron, discutieron luego las alternativas y “no se afeitaron un carajo”. Efectivamente, Bontempi dio participación al celador correspondiente, que no asumió con mucho interés el pedido y la medida ejemplificadora no se cumplió. El Negro y Mariulo siguieron barbados. El tema dio tela para cortar en el Nacional y los rebeldes ganaron puntos en la consideración general. Pero a Mario le costó la materia. Se la llevó a diciembre pero la rindió bien con un 8.

Como alumno, la llegada de Ramus —que tenía calificaciones excelentes— pareció motivarlo y superó en quinto año el promedio de cuarto con abundantes 8 y unos pocos 7. En materia académica,

el mejor año del alumno Firmenich sería sexto, con 10 en Geometría y Cosmografía; 8 en Alemán, Historia del Arte y Zoología. Y con una yapa: el premio al mejor compañero.

Aquella elección estuvo *trabajada* por los amigos de la división, según describe Loeda: “Fue una risa. Yo era un pánfilo que no me enteraba de nada. Había un chico muy bondadoso y yo dije: ‘Voto a esa persona’. ‘¡No, no! ¡Tiene que ser Mario, cambiá eso!’, me dijeron todos. Se había organizado una especie de cosa en la que los otros iban a elegir al *buenito* y nosotros a Mario. Era un poco en chiste. Y ganó Mario. Yo no sé si el otro no era Carnota...”.

El colegio tenía un rito ancestral de fin de ciclo que puso los pelos de punta a más de un rector: la famosa “vuelta olímpica” que daban los que estaban a punto de egresar cuando llegaba el final de sexto año. La “vuelta” era una expresión de alegría por el ciclo concluido y también un desafío a la autoridad que había ejercido el control sobre ellos. Consistía en una vuelta de los alumnos por los claustros del colegio a todo grito y a la carrera, debidamente disfrazados para la ocasión, acompañados eventualmente por algún animal del tipo chancho o

gallina y, en más de una ocasión, con un pequeño arsenal de petardos para agregar estruendo al festejo.

Pero el año en que Firmenich y sus compañeros de la promoción 66 se recibían fue el mismo del golpe de Onganía y el de la intervención a las universidades. Junto con las renunciadas de varios profesores, en solidaridad con los despedidos en la UBA, y sanciones que dejaron afuera a varios estudiantes por adherir a las protestas,¹⁰ la situación afectó también a la “vuelta olímpica”. La intervención había cerrado el Colegio para evitar el descontrol. Pero Banfi tenía un ordenanza amigo que le facilitó la llave de la entrada de la calle Moreno. La vuelta se dio entonces con el agregado de haber podido burlar la medida del rector. En represalia, ese año no hubo entrega de diplomas. Algunos fueron a buscarlo más tarde, otros nunca. El de Mario y el de Carlos permanecen uno al lado del otro en el subsuelo del Nacional.

COMPROMETERSE ES VIVIR

Mario era un joven católico convencido, que se persignaba cuando era menester, que pretendía

llegar casto y puro al matrimonio y que vivía su espiritualidad en íntima relación con su vida cotidiana. Sus compañeros, en particular los que compartían su opción religiosa, coinciden en que su espiritualidad no era una pose o un mandato. Mario era un buen cristiano.

Tato así lo testimonia. “Era un tipo admirable desde la espiritualidad, era sólido y etéreo al mismo tiempo. En algún momento nos propusimos ir a misa todos los días. Éramos muy firmes en eso. No había eso de lo temporal sobre lo espiritual, era al revés.”

Fiel a su estilo directo, Ramus cayó a la séptima de cuarto y como primera medida convocó a una misa de acción de gracias por el comienzo de las clases. Algo muy inusual para el laicismo respetuoso del Nacional. Con este gesto, Ramus se alineaba en la división de los grupos bien diferenciados que había en el Nacional: los “zurdos” y los “fachos”, que desde el conflicto de “laica o libre” reproducían las opciones ideológicas en boga. La Revolución Cubana y el proceso de descolonización en África, entre otras experiencias, mostraron que la salida revolucionaria para Latinoamérica era posible.

El peso de esos procesos podía leerse en el

prólogo que Jean-Paul Sartre había escrito en 1961 para *Los condenados de la tierra*, el libro de Franz Fanon sobre la lucha de liberación argelina: “Matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el superviviente, por primera vez, siente un suelo nacional bajo la planta de los pies”.¹¹

Ese libro fue uno de los que marcó a los militantes de aquella década y la siguiente. Igual o mayor influencia tuvo *Revolución en la revolución*, de Régis Debray, y el *Informe a las Bases*, de John William Cooke, entre otros títulos de la gran biblioteca política y filosófica que aportó la época.

Entre los “católicos” estaban por supuesto Mario y Carlos, Tato, Loeda, Miguel Ángel Palermo, Daniel Rugeroni y, más por fuera, “Carbo” García Díaz; en la banda de los “bolches”, el núcleo lo formaban Carnota, Leonardo Adjiman,¹² Mirta Cancela¹³ y Viviana Rubinstein.

La Fede, y en un sentido más amplio el Partido Comunista, era la fuerza preponderante de la izquierda dentro del Nacional, en tanto que la derecha no tenía una expresión político-institucional, a no ser por grupúsculos fascistas

antisemitas y anticomunistas que intentaban romper las asambleas del Centro de Estudiantes y amedrentar a los “zurdos”, pero sin mucho éxito ni trascendencia.

Dentro del Colegio, la expresión más abierta del nacionalismo católico estaba encarnada por Juan Manuel Abal Medina, por su desempeño como secretario de redacción de la revista de Marcelo Sánchez Sorondo *Azul y Blanco*, que estaba dirigida a los cuadros superiores de las fuerzas armadas y ostentaba un nacionalismo exacerbado.

“Empecé mi militancia en el Nacional de Buenos Aires en los 60 —recuerda Juan Manuel Abal Medina— y allí tuve un acercamiento fuerte con lo que se llamaba revisionismo histórico, una revisión en contra de la historia oficial de Mitre. Esto me acercó a las filas del nacionalismo católico. Publicamos diversas revistas, como *Tradición*, que después se llamó *Restauración*, y el periódico *El Federal*.”

El ex secretario general del peronismo confiesa que “nosotros no nos sentíamos de derecha. Había una militancia muy variada. No recuerdo ningún enfrentamiento físico. Íbamos aliados en las elecciones del centro con grupos de izquierda en

contra de los liberales, los mitristas. Ahí se inicia una confluencia que mucho tendrá que ver con la historia argentina”.¹⁴

En esa confluencia, con la cruz como guía y el nacionalismo como valor moral fundante, el sector católico en el Nacional impulsa y dinamiza la quinta rama especializada de la Acción Católica Argentina, la Juventud Estudiantil Católica, o JEC, por sus siglas.

La Acción Católica (AC) fue fundada en 1931 por el sacerdote Antonio Caggiano (quien décadas después se convertiría en cardenal), para transmitir las doctrinas y las costumbres cristianas a todos los ámbitos de la sociedad. La institución tuvo un gran despliegue en el mundo hasta la década del 50, cuando la secularización de la sociedad disminuyó a niveles críticos la masa de fieles. Hasta ese momento las ramas de la AC eran cuatro: mujeres adultas, mujeres jóvenes, varones adultos y varones jóvenes. Hacia 1956 la crisis en la Acción Católica local se profundizó y el clero decidió finalmente incorporar una quinta rama “especializada” que agruparía a profesionales, universitarios y estudiantes. Nació la JEC.

Los cambios no implicaron que la AC modificara

su estructura fuertemente jerarquizada y conservadora, pero a partir de 1959, con la conducción de Osvaldo Senatore, se evaluó que para transmitir a Cristo los fieles debían involucrarse en la problemática social y para eso era indispensable establecer vínculos y un diálogo abierto con los no creyentes. Eran los tiempos de crisis previos al Concilio Vaticano II.

Esta doctrina alcanzaría su mayor expresión en 1962, con la llegada de Francisco Del Campo a la presidencia de la JEC, quien detectó y prohijó una camada de sacerdotes jóvenes muy implicados en el compromiso social y que terminarían integrándose en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, entre ellos, Carlos Mugica, que en 1964 se desempeñaba como asesor de la JEC en el Nacional de Buenos Aires, su colegio secundario, que lo había visto egresar en 1948 con notas sobresalientes.

Mugica tenía 34 años, el pelo rubio, los ojos claros y la suficiente pasión religiosa y claridad política para arrojar a cualquier joven cristiano con inquietudes. Solía andar corriendo de reunión en reunión, siempre tarde, en su moto Gilera y enfundado en una campera negra que le daba un aire

de rebelde de Hollywood. Su fe era profunda. Su generosidad con el prójimo era tan grande como su exigencia.¹⁵

La misa que convocó Ramus la ofició Mugica y allí estuvieron Mario, el grupo católico de la séptima de cuarto y un delegado de la JEC por cada curso del turno tarde. En la organización participaron Carlos y Mario.

“La JEC se reunía en un lugar que ahora no existe—describe Lolo Limeres—, donde hoy está el Hotel Intercontinental, en la parte de atrás, sobre la calle Alsina. Era un lugar donde se copiaban apuntes, un lugar de reunión, de encuentro entre los estudiantes. En vez de ir a un café que había que pagar, a dos cuadras estaba esto que no había que pagar nada. Había una actividad fuera de lo católico, ligada a lo estudiantil, y había mucha concurrencia. Ahí empezaron a funcionar los grupos de la JEC de cada una de las aulas.”

Las reuniones del grupo JEC de la séptima de cuarto, en Alsina 836, con su asesor Mugica eran semanales y se dividían en tres momentos: la oración, la discusión de las circunstancias del adolescente en relación con su entorno y la *iluminación*, o las conclusiones de cómo el joven

cristiano debía encarar los desafíos modernos. Pero Mugica no era un *cuervo* ortodoxo y la cosa era más fluida. Se discutía de manera más coloquial y también había encuentros con el sacerdote que podían darse caminando, en la Villa 31, donde Mugica desplegaba su militancia, y hasta en la cancha, cuando jugaba Racing. Al grupo se lo denominaba *equipo* y había un jefe, que naturalmente era Carlos Ramus.

Tato rememora que “el cura nos bajaba línea cristiana progresista de aquella época. Nos acercaba a todos los teóricos del compromiso: Michel Quoist, Yves Congar... Tenía una relación con Dios, vos hablabas con el cura y sentías una cosa distinta. Y te digo, de los curas que conocí en aquella época, que fueron bastantes, era el único que podía ser que tuviera el fuego sagrado”.

“De la realidad argentina Mugica hablaba muy poco —reconstruye Loeda—, hablaba más bien de cosas generales. Si hablábamos de China, te decía por ejemplo que la gente andaba en calzoncillos y Mao hizo que tuvieran pantalón. Ese tipo de defensa del pobre, del desamparado. Ese tipo de fraseología que usábamos todos y que él la decía con algo más de potencia. Así era su discurso.”

En el local de Alsina se guardaban también unos largos palos para descolgar de los cables de la luz los carteles que los anticlericales colgaban insultando a la Iglesia. Según parece, cuando los bajaban, como expiación simbólica, los quemaban en una hoguera improvisada.¹⁶

El ex rector de la Universidad Nacional de Mar del Plata, promoción 64 del Nacional, Gustavo Daleo, recuerda que “ellos habían enganchado una veta muy militante, muy cristiana militante, muy de sentirse comprometidos con el pueblo”.

“Mario era muy cuidadoso en su forma de hablar, Ramus, en cambio, era más de señalar con el dedo acusador: ‘Vos sos un amarillo, vos sos un débil’, pero como un apóstol que te señalaba desde arriba”, completa. En cuanto al cura rubio, comenta que “estaba muy atormentado por las contradicciones que le generaba su origen” y que “el sufrimiento ajeno lo hacía sufrir a él. Se lo tomaba muy a pecho. Te estimulaba pero era de los que te retaban”.

El grupo chico de la JEC, los más activos, también comenzaron a frecuentar la Villa de Retiro, la parroquia Nuestra Señora del Socorro en Barrio Norte (allí daba misa) y el *atelier* de la familia Mugica Echagüe, en la calle Gelly y Obes 2230, en

el barrio de la aristocracia vacuna argentina, Recoleta. El cura tenía pudor por su situación de clase y en lugar de ocupar el cómodo departamento familiar —ubicado en el segundo piso en un edificio de ocho—, vivía en una habitación de la terraza que tenía 15 metros cuadrados, una cama y un crucifijo por todo mobiliario, una *kitchenette* y muchos libros desparramados.

El fútbol también aunaba a Mugica y sus discípulos. Solían jugar en la canchita del Seminario de Buenos Aires, en Villa Devoto o en la quinta de Néstor Tato, en Burzaco. De aquellos partidos, Daleo recuerda que “Mugica jugaba bien, era un típico mediocampista que hacía de todo. Era bien aguerrido y Firmenich era como Artime: un *centroforward* que se metía con pelota y todo. No era hábil pero era encarador, fuerte”.

Las tardes en la quinta de Tato consistían en viajar hasta allí en grupo, con el entretenimiento típico de adolescentes en grupo (“boludear todo el camino”, consigna el dueño de casa), hacer y comer un asado, luego un picadito y guitarreada. También había un segmento de *reflexión* sobre algún tema de la agenda cristiana. En ese aspecto, Daleo precisa que “Carlos era muy esquemático, de organizar

rígidamente la cosa. Mario no era así, para nada, era mucho más relajado. Desde mi punto de vista, más hábil para conseguir lo mismo pero sin ninguna indicación”.

En los 60 el folklore tuvo un desarrollo masivo en el gusto de los argentinos y la JEC tenía sus representantes en la movida: Carlos Ramus (bombo, voz) y Mario Firmenich (guitarra y coros). No eran del todo malos y su talento musical alcanzaba y sobraba para animar las salidas con aquellos temas que sabían todos.

En todos los ámbitos de reunión de la JEC del Nacional, el tema excluyente era el Concilio Vaticano II, que dejaría profundas huellas en la doctrina cristiana pero que en ese momento estaba en pleno desarrollo. El concilio ecuménico fue convocado por el papa Juan XXIII en 1959 con un sentido de apertura de la fe católica a otras religiones y culturas. A su término, en 1965, la Iglesia ya no se consideraría como la poseedora de la verdad y establecería la importancia de que sus fieles se comprometieran con la transformación del mundo. En el plano individual, las normas morales ya no se establecerían desde afuera sino que quedarían libradas a la propia conciencia. Un giro

revolucionario propiciado desde sectores progresistas sobre el poderoso conservadurismo católico.

En paralelo se promocionaron diálogos entre marxistas y cristianos que, sin ánimo de mezclarse, demostraron que la preocupación por el hombre era común y que las diferencias, en todo caso, eran filosóficas y no tanto políticas. Mugica encabezó una de esas charlas con el dirigente de la Fede Fernando Nadra. Carnota y Ramus protagonizaron otra en la confitería Los Dos Chinos de Alsina y Chacabuco. En el fondo, ni unos eran tan anticlericales ni los otros tan anticomunistas. La experiencia fue leída como un avance en la convivencia.

Mario asumió con seriedad la apertura hacia los no creyentes que propugnaba su Iglesia. Cuando tomaba la línea D del subte con su compañero Banfi, enseguida desafiaba el ateísmo de su amigo con alguna verdad cristiana, que el otro refutaba, y así seguía el viaje.

“Teníamos discusiones muy interesantes sobre la existencia o no de Dios. Él diciendo que Dios existía, yo sometiéndolo a pruebas, diciéndole que si Dios fuera omnipotente como él decía podría

crear algo tan poderoso que ni él mismo pudiera destruirlo. Juegos mentales, nos pasábamos mil horas. Mario refutaba e insistía en que había que creer”, evoca Banfi en su consultorio de psicólogo del barrio chino de Belgrano.

Banfi asegura que “Mario tenía una cosa un poco pastoral... esto de discutir con vos y después acercarte a una figura carismática como Mugica”. Sin mucha convicción, el pequeño Enrique fue a ver a Mugica y le pareció un tipo “interesante” para charlar. “Pero me di cuenta de que no era la mía, para nada”, jura.

“Cuando me despedí de Mugica y salí, le dije a Mario que no era lo mío. Él me retruca y me dice: ‘Vos sos deísta, vos creés en Dios’. Y yo le digo que creía en un Dios creado por el hombre, que no se podía decir que no existía, porque su existencia justificaba guerras, etcétera. Esa fue la última discusión teórico-teológica que tuvimos”, resume el psicólogo.

La dedicación de Carlos y Mario fue premiada con la presidencia de la JEC en el '65 para Ramus y en el '66 para Firmenich. Sus designaciones estuvieron avaladas y firmadas por monseñor Antonio Caggiano, un símbolo de la Iglesia

preconciliar y parte activa del onganiato, desde que entró tomado del brazo del presidente de facto a la ceremonia de asunción.

El espíritu del Concilio Vaticano II encontró un buen eco en los grupos de jóvenes católicos del Nacional que en su cruce de fe y política distinguían que algo no andaba bien en la Argentina. En una de las paredes del salón de la Acción Católica, en la calle Alsina, alguien había escrito con trazo grueso: “No comprometerse es morir”.



En clase en el Nacional de Buenos Aires. Sus compañeros lo caracterizaron como un tipo bonachón y conciliador, sin mayor interés por la política (Archivo personal de Carlos Loeda).

LA POLÍTICA

Antes de terminar la secundaria, Mario había sido testigo de tres golpes militares y dos elecciones generales con el partido mayoritario proscrito. La política no era algo que lo entusiasmara particularmente pero tampoco se abstraía del conflicto social permanente y las salidas autoritarias que alteraban la Argentina.

En el Nacional, las instituciones de participación política —básicamente el Centro de Estudiantes, la Fede, las agrupaciones independientes y los grupúsculos nacionalistas— funcionaban con la misma irregularidad que sus homólogas en la Nación. Durante 1961 y 1962, el Centro de Estudiantes funcionó con el aval de las autoridades y reprodujo el enfrentamiento “laica versus libre” entre el sector “reformista”, integrado por la izquierda, que defendía la enseñanza laica, estatal y no confesional, y los partidarios de reconocer la

enseñanza universitaria privada, que formaban un grupo heterogéneo de católicos (tanto “humanistas” reformadores como nacionalistas duros) y “liberales”.

En 1963, con la llegada del rector Julio Olivera a la UBA, las autoridades del Nacional ilegalizaron el Centro de Estudiantes aplicando el decreto firmado en la década del 30 por el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Jorge de la Torre, que prohibía toda actividad política por parte de los estudiantes. El Centro estaba conducido por adherentes del grupo Praxis, de Silvio Frondizi, como el futuro economista Pablo Gerchunoff y el conductor radial Rolando Hanglin.

Sin reconocimiento oficial, el Centro pasó a la resistencia clandestina e intentó mantener su estructura, que se asemejaba a los centros de estudiantes de la UBA. Pese a los esfuerzos, la organización de los estudiantes languideció y se desarmó hacia mediados del '64. A fines de ese año y durante el siguiente, la Fede, sin reconocimiento de los directivos, retomó la iniciativa para consagrar una representación. Cada tres meses se convocaban asambleas en la Facultad de Ciencias Exactas, a la vuelta del Nacional, sobre la calle

Perú.

Las convocatorias llegaron a juntar trescientos estudiantes. Se proponían candidatos, se votaba y se elegían comisiones ejecutivas. La presión sobre la dirección del Colegio era continua, en el pedido de aulas para reuniones y mítines y en la exigencia de que se autorizaran elecciones. Todo este activismo no logró sin embargo que los alumnos de la promoción 66 pudieran elegir representantes. Como ocurría en el país, en el Nacional se votaba cuando querían unos pocos.¹⁷

El joven Firmenich no era de los más politizados pero tenía algunas ideas propias. Según Tato, su perfil político era el de un “radical” y más específicamente el de un “intransigente de Allende”. Limeres se acerca bastante a la caracterización de su compañero, aunque con otro matiz, y dice que “era radical, antiperonista, frondizista”, pero aclara: “Su padre, como el mío y tantos otros padres de clase media, habían votado a Frondizi”.

Para Castells, el sesgo ideológico era más colectivo que individual. “El grupo nuestro estaba bastante desinflado respecto a la democracia que se vivía en esa época, en ese momento nos parecía que eso era una democracia muy imperfecta, con un

conflicto social casi permanente y la exclusión política del peronismo.”

El líder de la izquierda, Carnota, arriesga que “a mí me quedó como que era medio falangista”. Aclarando siempre que Ramus era el que llevaba la doctrina y Mario las cuestiones físicas, Carnota explica que “si había un punto en el cual el diálogo podía tener sentido es que tenía una actitud antisistema. La postura intelectual de Ramus no era ‘todo está bien’, sino de cuestionamiento, pero era un cuestionamiento que podríamos llamar por derecha, a la partidocracia, a abominar de la democracia como régimen, el tema de las mayorías...”.

“Incluso uno podía percibir una actitud anticapitalista, pero nunca llegué a percibir una crítica al capitalismo de otro lado que de la derecha más xenófoba, que cuestiona al capitalismo pero lo asocia a la plutocracia judía. Algo que existía en el colegio”, señala el matemático dedicado a la historia de la tecnología argentina.

La definición más extrema del joven Firmenich la tiene Mario Rabey, otro de los que lo acompañaron los seis años del secundario. “Mario era un hombre de derecha, pro norteamericano”, lanza y explica:

“Yo era castrista, más castrista que guevarista, porque a mis 14 años estaba implicado en una izquierda muy vinculada primero con el maoísmo y luego con el trotskismo nacional de Silvio Frondizi. Cuando ocurre la crisis de los misiles en 1962, yo estaba a las puteadas y Mario Firmenich, en joda, me hace un bloqueo, un cerco en la división y no me deja ir al baño durante un día completo, decía que me tenía bloqueado”.

Rabey todavía se indigna cuando recuerda el episodio e insiste en que “era un acto *fascistongui* vulgar, por decirlo de algún modo, naif, pero *fascistongui* de todos modos. Su defensa era del bloqueo a los comunistas y yo era el comunista, aunque no lo era. Me rodeó con diez tipos que no me dejaban salir, en joda. Pero si diez tipos te rodean y no podés salir, podés cobrar, te pueden partir el cráneo, comerte una piña...”.

Los ex compañeros de división de Firmenich y Ramus coinciden en que nunca los escucharon declararse abiertamente peronistas, lo que en aquella época hubiera resultado una extrañeza para la cultura política del Nacional. Tampoco formaban parte del Movimiento Nacionalista Tacuara, como se diría luego, hasta convertirlo en un lugar común.

Su no adhesión al grupo de ultraderecha fue confirmada por el ex alumno de la promoción 66 y tacuarista Carlos Berini. El periodista que reconstruyó la historia de la organización, Daniel Gutman, tampoco encontró registro de Firmenich o de Ramus en Tacuara, salvo por una mención en la revista oficial de Montoneros, *El Descamisado*, que afirma que Fernando Abal Medina y Ramus pasaron por Tacuara a los 14 años, sin más detalles y en una hagiografía de los luchadores muertos en combate.¹⁸

Antonia Canizo, cercana al grupo, insistió en la misma dirección: “Que yo sepa ninguno fue militante de Tacuara; pueden haber adherido a alguna reunión, pueden haber participado, pero no fueron militantes. De Fernando [Abal Medina] estoy absolutamente segura, de Mario también”.¹⁹

En la misma dirección se pronuncia Castells, cuando asegura que “en ese momento era políticamente moderado, con preocupación social, pero no tenía ni la más mínima reminiscencia nazi y fascista, y no participó en los grupos del estilo Tacuara”.

Ramus, sin embargo, le contó a Tato que tenía relación con Augusto Moscoso, uno de los líderes de la escisión por derecha de Tacuara que se llamó

Guardia Restauradora Nacionalista (GRN). Sus miembros debían tener ascendencia europea y al menos cinco generaciones de residencia en suelo patrio (Carlos cumplía con los requisitos). A su derecha estaba el precipicio y su lema era “Dios, Patria y Hogar”. Pero el mismo Tato reconoce que Ramus, prontamente, se enfocó en la JEC.

Algo de aquella simpatía por la ultraderecha se evidenció en Ramus cuando reivindicó el derecho a burlarse de otras religiones. En la cartelera del Colegio apareció una imagen de Mahoma ridiculizada, recuerda Banfi, y Carlos defendió la “humorada”, que de tal no tenía nada.

También como parte de esta defensa de los principios universales y verdaderos, Firmenich obligaba a los alumnos a volver sobre sus pasos en el ingreso al campo de deportes si habían olvidado u obviado saludar a don Goyanes, el portero histórico del campo.²⁰ También planearon tirar el busto de Mitre que está frente a la rectoría pero desistieron por lo pesado que estaba el presidente.

Nada de esto los instalaba por supuesto en ninguna militancia muy concreta ni en un núcleo de prácticas políticas definidas, pero en la década de quiebre que fueron los 60, y más aún en ámbitos de

juventud, las posturas estaban muy definidas y polarizadas en izquierda y derecha. En esa dicotomía, Mario y Carlos estaban a la derecha, aunque su lugar en la Iglesia estaba a la izquierda.

Si Mario estaba caracterizado como un radical moderado, su frustración debió ser grande en su época de estudiante. En 1962 vio cómo el correligionario Frondizi era desplazado de la presidencia por el cuarto golpe de Estado del siglo y su lugar era ocupado por José María Guido. La gestión de Frondizi estaba ya muy débil por los barquinazos ideológicos, ciertos aspectos de la política económica y la proscripción del peronismo. En 1963 el radical Arturo Illia hizo un nuevo intento de conducir el país, pero su debilidad de origen — sólo obtuvo el 24,9 por ciento de los votos— y, nuevamente, la segregación del peronismo hicieron que en 1966 un general muy católico y circunspecto, Juan Carlos Onganía, lo echara del poder.

El '64 fue para Mario el despertar a la política, el ingreso a la militancia pero todavía sin un espacio definido. Carlos Ramus venía del nacionalismo católico, Tato y Palermo eran los peronistas, y el resto, entre los que estaba Mario, eran radicales con una dosis de antiperonismo.

Rabey lo invitó a sumarse a un desprendimiento de MIR-Praxis, de Silvio Frondizi, que habían dado en llamar, muy ambiciosamente, Tercer Movimiento Histórico. En ese grupo estaban Arturo y Jorge Lewinger, Jorge Castro, Jorge Bolívar, Alberto Ferrari Etcheberry, Luis Píriz y otros. Mario no dijo que no, tampoco dijo que sí, pero finalmente no se sumó.

LOS MISIONEROS

A temprana edad Mario aceptó el mandato cristiano de misionar y ayudar a los pobres. A los 15 años, en febrero de 1963, integró una comisión de entre veinticinco y treinta jóvenes de la JEC y la Juventud Universitaria Católica (JUC) que viajaron a Alejandra, Santa Fe, un pueblito de pescadores muy pobres y desamparados.

El grupo paró en la escuela del pueblo, que no tenía duchas, y se dedicó a evaluar la salud de los pobladores y a intentar mejorar la infraestructura del lugar. Según recuerda Eva Fabio, presidenta entonces de la JUC-Medicina, la misión pastoral estaba a cargo de Mugica, mientras que los estudiantes de la JUC se ocupaban de la salud y los

chicos de la JEC arreglaban viviendas y lo que se podía. “De Firmenich no tengo recuerdos, no se destacó por ningún aspecto”, explica Fabio. Ese viaje fue organizado por la Acción Misionera Argentina (AMA).

La JEC organizaba campamentos todos los años en distintos puntos del país; no tenían el objetivo de misionar sino de educar a los jóvenes cristianos. Uno de los más fervientes organizadores y participantes de esos campamentos era el cura Alberto Carbone, coordinador nacional de la JEC y responsable de la revista de la Acción Católica, *Enlaces*.

Néstor Tato era uno de los habitués de los campamentos de la JEC y precisa que “con Carbone caminabas mucho y terminabas molido. Por ahí había un día de boludeo. Marchábamos un día y descansábamos el otro, o marchábamos dos y descansábamos el tercero”, y describe: “Carbone era un santo, tranquilo, pacífico, paciente, bien alemanote, muy metido para adentro”.

En uno de esos campamentos que organizó Carbone a Bariloche, Mario se puso de novio con la hermana de Carlos, Susana Ramus. El idilio duró año y pico y se mantuvo por expresa autorización de

Carlos, según cuenta Susana, secuestrada luego en la ESMA, donde estuvo dos años.

“Mi hermano Carlos era muy protector, sólo aceptó que fuera novia de Mario porque era su amigo y confiaba en él”, reconoció Susana, y agregó: “Era divertido, le gustaba cantar y tocaba muy bien la guitarra”.²¹

En 1965 Mario ya estaba muy involucrado con su militancia cristiana y con el discurso progresista de Mugica. Ya ostentaba un escudo de la Acción Católica en el saco y su dedicación a las actividades de la JEC crecía. En el adolescente ya habían calado hondo las consignas de la JEC: “la formación en la acción” y “acompañar y compartir” como deber cristiano.

A principios del '66, los chicos de la JEC organizaron una misión a Tartagal, en el departamento Vera del norte de Santa Fe, que se convertiría en la experiencia fundante de la mitología montonera. En aquel pueblo fantasma de hacheros hambreados por la explotación, que vivían en medio centenar de ranchos miserables, Firmenich, Ramus y sus compañeros de viaje se golpearon con la mayor pobreza y situación de injusticia que verían en sus vidas.

Tartagal era un pueblo ferroviario en el corazón de la cuña boscosa santafesina. En la década del 50 había sido una zona de explotación de La Forestal Argentina Sociedad Anónima de Tierras y Maderas y Explotaciones Comerciales e Industriales. La empresa británica, que extendía su dominio hasta el sur del Chaco y el noreste de Santiago del Estero, funcionó como un Estado dentro del Estado: tenía su propia policía, poblados, puertos y moneda, y en cada una de sus plantas flameaba la bandera de su país de origen. La represión de cualquier reclamo laboral era parte de su funcionamiento y se dedicó sistemáticamente a la extracción de tanino, lo que derivó en una deforestación brutal. Cuando no quedaban quebrachos por talar, la firma británica levantó anclas sin pagar indemnización alguna. La zona era un desierto.²²

Para entender qué significó La Forestal está la serie de notas que publicó Rodolfo Walsh en la revista *Georama*. En el cierre del relato “Las ciudades fantasma”, que habla sobre el vacío que dejó la clausura de la fábrica de tanino de Villa Ana, en Santa Fe, Walsh le dio voz a uno de los últimos pobladores de aquel páramo:

“De los recuerdos más bien se muere, pero le voy

a contar una cosa insignificante. No vale la pena que la anote. Yo tenía 9 años y estaba muerto de sueño, esperando que empezara el cine. Papá y mamá también, y todo el pueblo inquieto, porque era la época en que se alzaron los hacheros. Hasta que entró el gerente y se apagaron las luces. El cine empezaba cuando llegaba el gerente de La Forestal”.²³

La misión estaba encabezada por Mugica, el cura Martín Spontón y la monja Justina Bresán, más Carlos, Mario, Graciela Daleo y una docena de jóvenes misioneros. Tras las quince horas de micro hasta Reconquista y el trasbordo para hacer los 90 kilómetros finales en camión hasta Tartagal, los misioneros se alojaron en dos grupos: mujeres en una escuelita y hombres en un galpón. El polvo y el calor hacían imposible respirar y los chicos en harapos y mal comidos deprimieron a todos.

Al día siguiente ya estaban más organizados y comenzaron a visitar a los pobladores en parejas, a pie o a caballo si era monte adentro. La situación de los pobladores era paupérrima, material y espiritualmente. Carecían de los bienes más básicos, estaban estragados por las enfermedades y el panorama futuro era aún peor. Una de las tardes,

Ramus volvió muy conmocionado. Había ido a visitar a un hachero que llamaban “Campana” porque cantaba. Don Campana tenía muchos hijos y, cuando lo interrogaban sobre el motivo de tanta prole, el hombre recurría a la misma frase: “Porque se me mueren muchos...”. El día anterior a la visita de Ramus, se abatió sobre Tartagal un gran temporal. Don Campana lo sufrió y perdió parte de lo poco que tenía. Cuando Ramus llegó, sin siquiera enojarse lo atajó: “¡Qué me viene a hablar de Dios si mis chicos se están muriendo!”. Don Campana no podría haber clavado el cuchillo más profundo.

Al regresar al campamento, el debate fue larguísimo y se decidió convocar a los hacheros para que explicitaran sus problemas abiertamente y concretar alguna acción para ayudarlos. Fueron casi cien pobladores y uno de ellos dijo: “Yo soy la alpargata del patrón”. Para Mugica, esa definición de su lugar en la sociedad no la hubiera podido sintetizar “ni el mejor literato, ni Borges hubiera dicho las cosas con tanta precisión y claridad”.²⁴

Los reclamos de los hacheros se recogieron y un grupo partió hacia Reconquista para presentar las demandas a monseñor Juan José Iriarte. Pese a los esfuerzos y buena voluntad de los misioneros, las

soluciones se perdieron en la dimensión del problema.

En ese contexto, de profunda injusticia, lo asistencial ya sonaba a justificación de la propia culpa y los espíritus más encendidos comenzaron a adoptar posiciones más extremas. Mugica y Ramus encabezaron el pelotón pero todos tenían una sensación similar de impotencia y angustia. El compromiso con los desposeídos, la opción por los pobres, se afianzaba en las conciencias de los misioneros.

“La burguesía no va a dejar sus privilegios porque sí, si nadie la obliga”, recitó Daleo que apestillaba Mugica. Según la misionerita, Mugica era “durísimo, inflexible”, y lo que más le dolía era que tenía razón. A sus ojos se sentía mala y egoísta. Carlos era similar, no admitía flaquezas ni dudas. Mario, en cambio, era distinto. Para él, la opción por los pobres no era compartir la pobreza sino hacer algo para cambiarla. Y lo decía en un tono afable, tranquilo.

—Sí, pero imagínate, vamos a volver a la ciudad y yo voy a volver a usar mis zapatos, voy a volver a ser la de antes —sufrió Graciela.

—Yo acá uso alpargatas porque caminamos sobre

tierra; allá me pongo zapatos porque con alpargatas el cemento te cansa mucho más —zanjó Mario.²⁵

Por ser la zona más pobre de Santa Fe, Tartagal reunía a personajes de lo más variopintos. El sociólogo Roberto Carri,²⁶ que escribió un libro sobre el bandolero justiciero de la provincia, Isidro Velázquez, el cineasta Fernando Birri y su equipo, que filmaban un documental sobre los hacheros, y un muy joven abogado, cristiano también y con trabajo social en la zona con el cura Arturo Paoli, que caía cada tres o cuatro días por el campamento: Roberto Cirilo Perdía, que con el tiempo compartiría con Firmenich la conducción de la organización Montoneros y una sociedad política que se prolongaría sin fisuras hasta principios de los 90.

Los ánimos estaban ya muy sensibles por la aparente inutilidad de predicar la palabra de Dios entre gente que no tenía acceso a lo más elemental, cuando el 15 de febrero cayó como garrote la noticia de que habían matado en Colombia al sacerdote revolucionario Camilo Torres. Para todos fue un shock pero muy especialmente para Mugica. Con Torres tenía algunas cosas en común. Prácticamente la misma edad —Torres era del '29 y Mugica, del '30—, se habían definido por los

pobres y contra la injusticia social en su labor cristiana y ambos podrían haber tenido una carrera eclesial brillante si hubieran aceptado la autoridad de sus superiores. No obstante, a diferencia de Torres, Mugica nunca quiso abandonar la Iglesia y su pertenencia a ella era algo a lo que no estaba dispuesto a renunciar. La adhesión de Camilo Torres a la vía armada conmovió a todo el mundo católico y mostró un nivel de compromiso que dejó en abstracto las consideraciones teóricas.

Emocionalmente golpeado por la muerte de Torres a manos del ejército colombiano, Mugica habría avanzado entonces en el diagnóstico de la cura para el mal del mundo y les habría dicho a los chicos de la JEC en Tartagal que “acá no hay más solución que agarrar la metralleta”.²⁷ La afirmación sigue generando controversias. En su testimonio, Daleo no menciona tal definición. Tato, que no estuvo pero lo conocía en profundidad, evalúa que “puede ser que haya hablado de la lucha armada, pero en definitiva creo que no se pronunció”. Igual, reconoce que “tenía la sangre muy caliente” y que esto lo llevaba a sostener posturas muy duras. Sí está muy claro que Mugica no condenaba la violencia en abstracto y que la admitía si las

circunstancias la justificaban.

“La Iglesia siempre justificó la violencia justa y condenó la injusta. Es decir que no ser violento no significa ser pasivo sino significa denunciar la violencia del sistema aceptando que recaiga sobre uno. El cristiano puede estar o no dispuesto a matar —y esto por razones de conciencia, de información o de ideología—, o sea a responder o no a la violencia con la violencia que sufre. Pero lo que no puede dejar de ver es que debe estar dispuesto a morir, y esto es clarísimo”, precisó el cura.²⁸

Cuando volvieron de Tartagal ya había cosas más claras. En principio, que la acción política, firme y decidida, era el camino para producir un cambio y que para eso había que estar dispuesto a arriesgarse. La militancia en la JEC seguía apareciendo como una matriz útil de formación política pero había que ensanchar los marcos de acción más allá de la Iglesia.

En este punto, comenzaron las divergencias con Mugica, primero de una manera tibia, luego con más claridad. El cura rubio tenía límites en el uso de la violencia. Puntualmente, no estaba dispuesto a matar y en los planteos revolucionarios del grupo esa posibilidad estaba cada vez más cercana y no era

posible esquivarla.

La guía espiritual de Mugica nunca estuvo en discusión pero las diferencias políticas entre el cura y sus discípulos comenzaron a evidenciarse, en particular con Ramus. La llegada de Fernando Abal Medina acentuó la rápida politización del grupo. Iba ganando consenso entre ellos que el peronismo era una experiencia histórica que había que desarrollar, que aquella revolución inconclusa, truncada por la oligarquía en el '55, podía retomarse.

Fernando se había recibido dos años antes en el Nacional de Buenos Aires y, al igual que sus padres, era un activo militante de la Acción Católica en el área de las parroquias. En cambio, nunca fue parte de la JEC, como se afirma en casi toda la literatura de la época. Flaco, alto, siempre con el pelo crespo muy corto, algo introvertido. Su rostro anguloso y sus dos pequeños ojos le daban al conjunto de su cara una intensidad particular que combinaba muy bien con su carácter. “Era un tipo muy fuerte, muy de imponerse. Si te ponés a pensar, sí, era autoritario, no podés no ser autoritario si vas a ser jefe de una organización, pero no tenía malos modos”, describió Canizo.²⁹

Abal Medina pronto se convirtió en el líder

indiscutido del grupo. Su llegada aportó una serie de vínculos que hasta allí no tenían. El principal fue con los grupos de resistencia peronista que articulaba John William Cooke, el revolucionario con nombre de pirata que prohió al peronismo revolucionario y difundió el foquismo guevarista como alternativa para la liberación nacional.

Pero los proyectos emancipadores sufrieron un fuerte revés en el país el 28 de junio de 1966, cuando el general Juan Carlos Onganía derrocó a Arturo Illia sin mayor esfuerzo. La autodenominada “Revolución Argentina” —que no preveía ningún período para finalizar su mandato—³⁰ promovió un retroceso de los avances culturales de la sociedad y lo hizo con la coacción más abierta, a través de los palos y la censura. La comunidad del Nacional de Buenos Aires sufrió en carne propia los ímpetus restauradores del onganiano en la ya icónica Noche de los Bastones Largos (29 de julio de 1966), que reprimió la protesta contra la intervención que ponía fin a la autonomía universitaria. Con una violencia desusada e ilegal, la guardia de infantería desalojó la Facultad de Ciencias Exactas, que estaba donde hoy es la Manzana de las Luces y en cuyo comedor se alimentaban los alumnos del Nacional de Buenos

Aires.

En principio, el tufillo nacionalista que desprendía Onganía y su devota adhesión a la Iglesia católica, apostólica romana y preconiliar, produjo una expectativa en Carlos y Mario. Como otros católicos y peronistas, en pocos meses se desencantarían. Al tiempo, Onganía habría de nombrar a Adalbert Krieger Vasena, hombre de confianza del capital transnacional, en el Ministerio de Economía. Apenas asumido, en marzo de 1967, Krieger Vasena devaluó la moneda en el 40 por ciento, restableció la participación privada en el negocio del petróleo y congeló los aumentos de salarios por dos años.

Limeres recuerda que Carlos decía que “Onganía ya se había quedado. Dio el golpe pero se recostaba en el liberalismo, que no iba a profundizar ni a producir ningún cambio”. El reformismo para Ramus era ya una mala palabra y si bien no era un tema central, tampoco les había gustado que Onganía prohibiera la ópera *Bomarzo* y la película *Blow Up*.

En el Colegio tampoco faltaban quienes depositaban su confianza en el onganiato. El reputado profesor de Derecho Mario Justo López, apenas llegado Onganía al poder, distribuyó entre

Mario y sus compañeros el libro *La Revolución Argentina, análisis y perspectivas*, compuesto por artículos de varios autores, entre ellos, el sociólogo José Luis de Imaz y el periodista Mariano Grondona. El contenido y el tono son definitivamente apologéticos de la función política e histórica de Onganía pero representan un sentir que bien describe Castells: “Esto es una dictadura, mucho no podemos esperar, pero quizás haya alguna línea nacional”. No fue así.

Luego del fiasco con el general nacionalista, Mario intentó organizar una especie de Juventud Peronista en el Nacional. Aprovechó una conmemoración de la desaparición de Felipe Vallese y repartió algunos volantes con Rabey. La repercusión fue nula y lo único que ganaron fue la mirada extrañada de los compañeros. Por entonces, ser peronista en el Nacional era “absurdo”, según estima Jorge Lewinger, ex alumno y futuro cuadro dirigente de Montoneros.

Firmenich coincide: “Cuando empezamos a repartir volantes peronistas, y los compañeros se reían porque nos decían: ‘¿Cómo son peronistas?’. En un ambiente universitario, como el que impregnaba la vida política del Nacional de Buenos

Aires, se podía ser comunista, trotskista, maoísta o cualquier cosa, pero peronista no pegaba”.³¹

Para su iniciativa política, Mario contaba con el apoyo del padre Carbone. La táctica consistía en que Mario interesaba a sus compañeros y organizaba un encuentro con Carbone y el futuro militante en el Instituto de Cultura Religiosa Superior (ICRS), en Rodríguez Peña 1054.

Rabey fue uno de los que pasó por la *meloneada*. “Mario me invita a verlo y voy. Yo pensaba políticamente desde muy chico. Carbone me empieza a explicar la Argentina. A mí me dio mucha gracia que un cura me empezara a explicar la Argentina”.

“Usaba un lenguaje que era muy popular. El cura tercermundista era Mugica. Carbone era un cura convencional, con un lenguaje social, al estilo doctrina social de la Iglesia”, rememora con una sonrisa el “Colorado” Rabey.

Ya con algunos contactos en la agenda, provistos fundamentalmente por Fernando, el grupo de la JEC fue invitado por el Movimiento de la Juventud Peronista (MJP), que lideraban Envar “Cacho” El Kadri y Héctor Spina, a la conmemoración del 17 de octubre en plaza Once. A Tato no lo dejaron ir (“mi

papá me salvó, me dijo: ‘Nene, vos no vas’, por suerte”, admite) pero Carlos y Mario fueron.

El acto terminó en una refriega callejera que anticipaba escenas que, en los años siguientes, se harían frecuentes. El enfrentamiento con la Policía Federal fue durísimo. Hubo dos autos volcados — uno de ellos incendiado—, vidrieras estalladas, dos policías heridos y más de cien detenidos.³²

Luego de aquella experiencia, la opción por el peronismo y por la lucha armada se amalgamó en los amigos. Así lo analiza Tato: “Mario volvió cambiado. Vino peronista o a partir de ahí empezó a cambiar. Si ves la vida de un tipo, te das cuenta de que a partir de ese momento hubo definiciones. Nosotros ya veníamos rumbeando en ese sentido. Miguel [Palermo] y yo ya nos habíamos convertido al peronismo. Carlos se había convertido antes que nosotros. El cura [Mugica] nos bajaba ideología que no era precisamente pro peronista, pero la única ideología que cuadraba en ese momento era la peronista revolucionaria”.

Dos días después de aquella manifestación, los obreros portuarios lanzaron una huelga que paralizó el puerto de Buenos Aires durante dos meses. La medida de fuerza se tomó para frenar el cambio de

régimen laboral de los portuarios que impulsaba Onganía y que, de hecho, aumentaba el trabajo pero no la remuneración.³³

Como era de prever, Onganía no toleró la “sedición” y mandó detener al secretario general del Sindicato Unido Portuarios Argentinos (SUPA), Eustaquio Tolosa, durante una asamblea multitudinaria. Los portuarios se indignaron y chocaron varias veces con la policía. La huelga portuaria contó con el apoyo de agrupaciones estudiantiles. Las tendencias trotskistas (las “programáticas antiimperialistas” del Partido Revolucionario de los Trabajadores y la TER de Política Obrera) y la Fede (donde comenzaban a apuntar críticas a la dirección partidaria) destinaron cuadros y militantes a colaborar con el activismo portuario, en una primera muestra práctica de la “unidad obrero-estudiantil” que venían preconizando.

Ese clima insurgente invitó a Mario, Fernando y Carlos a acercarse al puerto para apoyar los reclamos obreros y probarse en los enfrentamientos con la policía. Carlos, como siempre, fue el más radical y llevó un revólver 38 de su abuelo que estaba arrumbado hacía años en un rincón.

Consiguió las municiones, lo limpió y cuando hubo un “quilombo” propicio sacó el arma y quiso gatillar, pero el mecanismo estaba trabado. Muy rojo y enfurecido, Ramus guardó el arma y siguió como si tal cosa.



Foto tomada el 27 de octubre de 1965 en oportunidad del cumpleaños 17 de Viviana Rubinstein. Firmenich con barba, debajo Carlos Ramus abrochándose el saco y apoyado en el escritorio, el referente de la Federación Juvenil Comunista (la Fede), Raúl Carnota (Archivo personal de Carlos Loeda).

No obstante, el cierre de su participación en la huelga sería más político que violento. Con una delegación de portuarios, acudieron al local de la Conferencia Episcopal Argentina en la calle Rodríguez Peña. Allí fueron recibidos por un sacerdote joven, de posiciones ideológicas progresistas que, décadas después, resignaría el papado a manos de Juan Pablo II, Eduardo Pironio. Obreros y estudiantes entregaron a Pironio una carta que criticaba las medidas de Onganía.

CRISTIANISMO Y REVOLUCIÓN

Firmenich encontraría el ámbito donde comenzar a desarrollar sus ímpetus revolucionarios hacia fines del '66, en el grupo nacido en torno a la revista *Cristianismo y Revolución*, de Juan García Elorrio, un ex seminarista con una inmensa energía y una gran capacidad para movilizar a la gente.

En septiembre de 1966 apareció el primer número, cuyo temario en tapa desnudaba sus ejes de orientación: un homenaje a Santiago Pampillón, el estudiante y obrero mecánico muerto por la represión de Onganía en Córdoba; una carta de Helder Cámara, el obispo tercermundista brasileño;

una nota sobre la teología del Tercer Mundo y un mensaje de Camilo Torres poco antes de su muerte. De este modo, la situación nacional se entrelazaba con el activismo por los pobres y los procesos revolucionarios en Latinoamérica y el entonces llamado Tercer Mundo.

La identificación de los chicos de la JEC del Nacional con la iniciativa de García Elorrio fue inmediata. El vínculo llegó a través de Mugica, que conocía a García Elorrio de los ámbitos cristianos. Uno de los padrinos de la publicación fue Cooke, que apoyaba cuanto iniciativa se encuadrara contra el régimen militar. En el número doble 2-3 de octubre-noviembre del '66, la revista se define peronista de izquierda con un artículo de Cooke sobre el peronismo revolucionario y la incorporación como jefe de redacción de uno de los pocos peronistas precoces y confesos del Nacional de Buenos Aires, Jorge Luis "Tito" Bernetti, que desempeñaría un papel clave en la formación ideológica de sus compañeros más jóvenes.

Bernetti daba clases de Historia en la JEC con la impronta del revisionismo, que cuestionaba la historia oficial mitrista y desde una perspectiva de lucha de clases que aportaba el materialismo

histórico marxista.

Tito era ya por entonces un cuadro decidido del peronismo revolucionario. En una de sus primeras intervenciones en *Cristianismo y Revolución*, cerraba un análisis de ganadores y perdedores en el modelo económico de Onganía, el rol del peronismo en la etapa y una caracterización de la oligarquía nacional, con un llamado decidido a la vía armada: “Esa violencia oligárquica obligará a la respuesta: violencia popular. Organizarla, potenciarla, aplicarla justamente: he aquí la tarea”.³⁴

“Bernetti nos peronizó”, define Tato, y da una lectura del punto de apoyo de esa generación de padres gorilas o no peronistas que deriva hacia el peronismo.

“Nosotros teníamos una ruptura generacional que estaba produciéndose, teníamos el bendito caldo de cultivo de la proscripción, que todavía en el '66 estaba, y vuelve no sólo a proscripción sino a prohibición. Había un fantasma que era el peronismo, que [...] no sólo era mala palabra, sino que era una alternativa de pensamiento a nivel nacional. Nosotros veníamos todos con una idea de que lo popular tenía que generar su propia salida. Lo que no nos dábamos cuenta es que lo popular no

existía, lo inventamos nosotros, y fuimos la columna del movimiento nacional y popular.”

Durante el onganiato, la conducción visible del peronismo en la Argentina se dio una política de alianzas muy parecida a la traición. Su principal referente, Augusto Timoteo Vandor, participó del acto de asunción de Onganía en la Casa Rosada. Aquello no era tan extraño en el marco de la directiva del propio Perón de “desensillar hasta que aclare”. Por su parte, los grupos más combativos del peronismo, como el Movimiento Revolucionario Peronista de Gustavo Rearte —creado con el aval de Perón para frenar el avance vandorista y otorgar un carácter más orgánico al peronismo revolucionario—, la Acción Revolucionaria Peronista de Cooke y el Movimiento de la Juventud Peronista, eran sectores sin gran peso dentro del movimiento.³⁵ Las masas estaban acéfalas pero receptivas a nuevas vanguardias. En esa tesis, el grupo avanzó, con un perfil ideológico que en aquel momento se definía como “nacionalismo revolucionario” o “nacionalismo popular”.³⁶

Cristianismo y Revolución lentamente fue ampliando los contenidos que tenían que ver con la revolución y fue achicando los temas cristianos,

aunque nunca los abandonó. Desde el comienzo se ocupó de la coyuntura política del país y marcó posición.

Como bien señala el historiador Germán Gil: “CyR aparece como un espacio abierto en el que se vierten —y, por momentos, se precipitan— un torbellino de voces, que no se conocen entre sí, pero que tienen una visión común de la realidad, un *ethos* común (el cristianismo) y una finalidad común (la revolución). Si hablan, si utilizan ese espacio abierto que CyR quiere ser, es solamente para que su palabra se transforme en acción, acto modificador, acto liberador”.³⁷

El primero de esos actos liberadores armado por los cristianos revolucionarios lograría combinar los elementos que definían al grupo: ruptura, identidad cristiana y opción por los pobres. Y les daría un impulso que, con marchas y contramarchas, y varias transformaciones, ya no se detendría.

NOTAS

¹ Entrevista con Néstor Tato, 20 de enero de 2009; *La Nación* y *Clarín*, 18 de octubre de 1966.

² Véase www.cnba.uba.ar/ex-alumnos/ (consulta 19

de abril de 2010).

- 3 Entrevistas con Fernando Aranovich, 15 de mayo de 1997, y Rubén Furman, 14 de enero de 2010.
- 4 Archivo del Colegio Nacional de Buenos Aires.
- 5 Ya el lejano antecedente del Nacional, el Real Colegio Convictorio Carolino, había conocido el motín de estudiantes que en 1796 encabezó Juan Gregorio de Las Heras contra los azotes y otros vejámenes que formaban parte del sistema disciplinario. Otros insurrectos fueron Bernardino Rivadavia, Manuel Dorrego y José Rondeau (Santiago Garaño y Werner Pertot, *La otra Juvenilia. Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires*, Biblos, Buenos Aires, 2008, pp. 19-20).
- 6 La carrera había comenzado en 1956 en la Universidad de Buenos Aires, cuando se creó el correspondiente departamento en la Facultad de Filosofía y Letras, en reemplazo del de Pedagogía que existía anteriormente.
- 7 A los 20 años se licenció en Matemática en la Facultad de Ciencias Exactas y obtuvo su doctorado en 1972. Poco después se radicó en los Estados Unidos. Es una eminencia mundial en ecuaciones diferenciales en derivadas parciales

no lineales. En 2008, cuando cumplió 60 años, profesores de matemática de todos los Estados Unidos viajaron a Austin, Texas, para homenajearlo. Cuando se lo invitó a dar su testimonio para este libro dijo no estar “interesado”.

8 Fernando Aranovich es socio de Marval O’Farrell & Mairal desde 1991. Este estudio se considera el “más importante” del país y uno de los más antiguos (www.marval.com.ar, consulta 5 de marzo de 2010). Tiene oficinas en Buenos Aires, Córdoba y Nueva York.

9 Raúl Aragón, fallecido en 2004, fue uno de los “renunciados” tras la Noche de los Bastones Largos de 1966. Poco después se convirtió en integrante del equipo de abogados defensores de Raimundo Ongaro y la CGT de los Argentinos y fue miembro de la Asociación Gremial de Abogados; en 1972, por concurso, regresó como profesor al Nacional de Buenos Aires, y fue su rector en 1973. En 1975 fue miembro fundador de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), tuvo que exiliarse durante la dictadura y, a su regreso, fue secretario de la CONADEP y rector del Nacional Nicolás

Avellaneda.

10 Entre los alumnos sancionados había varios militantes de la TERS y otros grupos de izquierda. Entre los profesores, además de Raúl Aragón, renunciaron, entre otros, el médico pediatra Enrique Grande (escritor, autor de guiones televisivos y profesor de Higiene en el Colegio) y Patricio Esteve (autor teatral y profesor de Literatura), que al igual que Aragón recuperarían por concurso sus cátedras en 1972. En cambio, el rector del Colegio, Horacio Difrieri (cargo al que había accedido por concurso en 1964), no renunció y fue nombrado por la intervención como “delegado del rectorado” en Filosofía y Letras, desde octubre de 1966, con funciones de decano de una de la facultades donde más renunciaciones se produjeron ese año (Vanesa Carolina Iut, “La formación del campo profesional de geógrafos en la Argentina 1947-1975”, tesis de licenciatura, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Geografía www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/instituto consulta 13 de abril de 2010).

11 Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

- 12 Secuestrado por la dictadura, junto con su hermano Jorge, el 7 de septiembre de 1976. Pasó por la ESMA y allí fue asesinado (www.desaparecidos.org/arg/conadep/lista-revisada/, consulta 9 de marzo de 2010).
- 13 Asesinada por la Triple A el 14 de junio de 1975 (www.desaparecidos.org/arg/victimas/listas/aaa.h consulta 9 de marzo de 2010).
- 14 Entrevista concedida al proyecto Red de Archivos Orales de la Argentina Contemporánea. (www.archivooral.org, consulta 9 de marzo de 2010).
- 15 Martín De Biase, *Entre dos fuegos. Vida y asesinato del padre Mugica*, Patria Grande, Buenos Aires, 2009.
- 16 Horacio Verbitsky, *Vigilia de armas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, p. 65.
- 17 Entrevista con Raúl Carnota, 10 de junio de 2009.
- 18 Daniel Gutman, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Vergara Grupo Zeta, Buenos Aires, 2003, p. 95.
- 19 Gabriela Saidón, *La montonera*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, p. 76.
- 20 Entrevista con Andrés Larroque, 15 de julio de

2009.

- 21 Susana Ramus, *Sueños sobrevivientes de una montonera. A pesar de la ESMA*, Colihue, Buenos Aires, 2000, p. 10.
- 22 Gastón Gori, *La Forestal. La tragedia del quebracho colorado*, Ameghino, Buenos Aires, 1999.
- 23 Rodolf Walsh, “Las ciudades fantasma”, *Georama*, mayo-agosto de 1969.
- 24 Carlos Mugica, *Peronismo y cristianismo*, Merlín, Buenos Aires, 1973, p. 30.
- 25 Testimonio de Graciela Daleo en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Norma, Buenos Aires, 1997, tomo II, pp. 25-29.
- 26 Carri y su mujer fueron secuestrados por un grupo de tareas el 24 de febrero de 1977. Tenían 25 años y tres hijas (www.desaparecidos.org/arg/victimas/c/carri/, consulta 9 de marzo de 2010).
- 27 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino, del 2 de febrero de 2004, Archivo General de la Nación, y Mario Eduardo Firmenich, “Nuestras diferencias

políticas”, segunda nota de una serie de cuatro sobre la figura de Carlos Mugica, *Noticias*, 15 de mayo de 1974, contratapa.

28 Carlos Mugica, ob. cit., p. 32.

29 Gabriela Saidón, ob. cit., p. 78.

30 Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1982, tomo II: “1943-1973”, p. 251.

31 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.

32 *La Nación*, 18, 19 y 29 de octubre de 1966, y *Clarín*, 18 de octubre de 1966.

33 *Clarín*, 19, 22 y 23 de octubre de 1966.

34 Jorge Bernetti, “Régimen. Violencia. Revolución”, *Cristianismo y Revolución*, nº 4, marzo de 1967, pp. 4-6.

35 La primera muestra de cohesión del peronismo revolucionario tuvo lugar en 1964, cuando a impulso de Gustavo Rearte se creó el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), cuyo órgano de difusión fue la revista *Compañero*.

36 Entrevista con Carlos Eichelbaum, 18 de mayo de 2009.

37 Germán Gil, “*Cristianismo y Revolución*, una voz del jacobinismo de izquierda en los 60”, en

edición digital a cargo del Cedinci.

1966-1970

El rabino baja del auto y despliega su abrigo largo hasta los tobillos con la mirada fija en la garita de Malaver y Maipú. Avanza con paso medido pero algo en él muestra impaciencia. Sigue mirando la garita y al policía con la pistola ametralladora. Por detrás del cuadro aparece el cafetero. Es joven, pequeño, y le cuelgan cuatro termos sobre el pecho.

Dos señoras se detienen frente al policía. El rabino cambia el paso y camina más lento. El cabo Barrientos lo detecta, achina la mirada y apoya el dedo sobre el gatillo. Las señoras se despiden y el cafetero irrumpe en la escena:

—¿Un cafecito, don? —le grita sonriendo.

El policía lo apunta y sin detenerse en gentilezas monta una bala en la recámara. El hombre de Jehová aprovecha la distracción. Apura el paso, ya libre de disimulos. El cabo lo ve venir, gira, apunta al bulto y descarga una ráfaga. El rabino siente la mordedura de la bala en la mano izquierda, saca una pistola

Browning, apunta y gatilla. Entonces ocurren dos desgracias: el tiro no sale y el cargador de la Browning cae al suelo. El rabino queda regalado.

Barrientos retorna el cañón de su arma para terminar la faena, pero el cafetero le salta al cuello y le pega dos tiros por la espalda. Siente cómo Barrientos se afloja y se desliza al piso. En su agonía, a modo de últimas palabras, el cabo descarga otra ráfaga que pega en ningún lado. El cafetero vuelve a tirar. El policía bonaerense Inocencio Barrientos ya no se mueve.

—¡Dale, petiso, dale...! —apura el rabino agarrándose la mano herida.

Con mucha premura, el cafeterito le quita la *metra* y se la entrega al rabino herido. Luego saca una botella del depósito de los termos, la enciende y la tira dentro de la garita. Corre unos metros por Malaver y tira otra sobre el ligustro alambrado de la Quinta Presidencial. Apurado por tirar otra molotov, no ve que por la avenida Maipú sube un camión blindado con sus ocupantes disparando. Cuando advierte las detonaciones, devuelve el fuego con fuego. La tercera bomba pega en el capó y el camión se detiene.

El tiempo corre y ya algunos vecinos de esa

mansa zona de Olivos se animan a mirar. Un Peugeot pasa rozando el blindado y recoge al cafetero, que se zambulle por la ventanilla. El rabino Firmenich ya había trepado a un Fiat 1500 celeste.¹

* * *

CAMILO

Con algunas definiciones incorporadas, el grupo JEC, ya integrado al círculo de *Cristianismo y Revolución* y bajo el liderazgo de Fernando Abal Medina, inició a principios de 1967 su instrucción para la lucha armada en un nucleamiento que denominaron “Comando Camilo Torres”, en homenaje al cura guerrillero y para establecer un claro sincretismo entre el catolicismo de izquierda y la acción directa.

En principio, el comando debía ser un órgano de captación de militantes para la lucha y una expresión de superficie de la Acción Revolucionaria Peronista, que encabezaba Cooke y se pretendía guerrillera, aunque nunca llegó a actuar de manera notoria. El responsable del Camilo Torres era García Elorrio, el director de *CyR*, aunque Abal

Medina no le iba en zaga por capacidad, liderazgo y decisión.

La primera etapa fue de instrucción. Constituyeron *células* de militantes —Mario y Carlos quedaron en una de ellas—, con tres niveles: superficie, intermedio y militar, y comenzaron a estudiar normas de seguridad, planificación, inteligencia y patrullaje. Era lo básico, como para no ir preso en la primera pintada. Precisamente con la brocha en la mano y los sentidos alerta fue como empezaron.

“Estuvimos tres días haciendo inteligencia para pintar dos paredes, la pared de El Carmen y la pared de El Salvador. Hermosas paredes. ‘PERÓN ES REVOLUCIÓN. Comando Camilo Torres’. Esa era la consigna”, cita Tato.

Las reuniones del Camilo solían hacerse en lo de Casiana Ahumada, la mujer de García Elorrio, en el Centro Teilhard de Chardin, que dirigía el cura obrero Miguel Mascialino —conspicuo colaborador de *CyR*—, y también en el altillo de Mugica, en Gelly y Obes. Por aquellos encuentros circulaban Alicia Eguren —la mujer de Cooke—, el abogado Roberto Sinigaglia, Jorge Bernetti, Norma Arrostito —la novia de Fernando Abal Medina—, Sabino

Navarro y Roberto Perdía, que cada tres o cuatro meses bajaba de Resistencia a la capital y visitaba el sector porteño.

Allí discutían la coyuntura política, escuchaban los discursos de Eva y de Perón y aprendían historia argentina con las clases de Bernetti y los textos de Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche y José María Rosa y las interpretaciones de Marx y Mao de Marta Harnecker.

Entretanto, la dictadura abría un nuevo frente de conflicto obrero con el sector azucarero y ofrecía a los miembros del Camilo Torres una nueva oportunidad de activismo. Onganía había decidido intervenir los ingenios menos eficientes como forma de diversificar y optimizar la producción de la industria tucumana. Las consecuencias inmediatas fueron la cesantía de miles de trabajadores y la escalada en la protesta.

El 12 de enero de 1967, la represión a los obreros de los ingenios Santa Lucía y Bella Vista terminó con la muerte de Hilda Guerrero de Molina, que se convertiría, como Santiago Pampillón, en un símbolo de la resistencia a la dictadura.²

Mario y sus compañeros organizaron entonces en la sede de la JEC, en Alsina 836, una serie de

charlas que tenían como eje la crisis en la provincia norteña y la lucha de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA). Los encuentros fueron un éxito de concurrencia. Eso los animó y les hizo depositar algunas esperanzas en el método de la huelga revolucionaria, a partir de la experiencia recogida en la huelga de los portuarios y aprovechando la de los trabajadores de los ingenios. Pero si bien afectaron al gobierno de Onganía, estas huelgas fueron derrotadas y no detuvieron la ofensiva de la dictadura.

Con el escenario más agitado, el grupo observó cómo la Iglesia viraba unos cuantos grados a la izquierda con la encíclica *Populorum Progressio*, que ya desde el preámbulo hablaba de ponerse “al servicio de los hombres”, en particular de aquellos pueblos que “se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria” para generar un “cambio decisivo de la historia de la humanidad”.

No obstante, el punto más caliente del documento sería el que llevaba el título *Revolución*. “Sin embargo ya se sabe: la insurrección revolucionaria — *salvo en caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase*

*peligrosamente el bien común del país— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor.”*³

La caracterización de tiranía evidente y prolongada le calzaba perfecto al gobierno de facto, aunque el Papa, en el punto anterior de la encíclica, advertía sobre la “tentación de la violencia” y alertaba sobre sus consecuencias. No obstante las numerosas lecturas que podían hacerse del documento papal, el aliento para la acción concreta era indiscutido, al menos entre esa camada de la JEC.

Ese texto fue una de las simientes del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), un frente de curas católicos progresistas que Mugica integraría como uno de sus máximos representantes en la Argentina. El agrupamiento se generó hacia agosto del '67 sobre la base de un documento titulado “Mensaje de los dieciocho obispos del Tercer Mundo”, que proponía “prolongar y adaptar” la *Populorum Progressio*⁴ a la realidad concreta de cada pueblo.

EL DEBUT

Al aproximarse el mes de mayo, el gobierno de facto anticipó que no se permitirían manifestaciones por el Día del Trabajador. El único acto autorizado sería el de la Federación de Centros Católicos de Obreros, la misa del “trabajador católico”, que oficiaría el arzobispo de Buenos Aires, cardenal Antonio Caggiano, en la Catedral metropolitana. Allí estaría el Camilo Torres para azuzar las conciencias de la feligresía y generar alguna conmoción.

Caggiano era parte medular de los sectores tradicionales de la Iglesia y nunca imaginó que unos muchachitos de la Acción Católica iban a venir a complicarle una misa. El Cardenal llegó a la catedral sobre las 10.30 de aquel 1º de mayo, saludó a las autoridades presentes y, como era habitual en los ritos que tenían como destinatarios a los trabajadores, bautizó algunos instrumentos de trabajo dispuestos sobre una mesa.

El marco simbólico era importante. La Federación de Centros Católicos de Obreros había distribuido entre sus miembros buzos blancos, estandartes y gallardetes, para armar una pasarela de honor a monseñor Caggiano. Cuando el purpurado entró, la Catedral estaba repleta.

Mario, Carlos, Casiana y Fernando llegaron temprano —luego de una “concentración” de preparación en el Tortoni— y se ubicaron en distintos puntos de la nave central. García Elorrio recorría los pasillos laterales. A los diez minutos de iniciada la misa, Juan dio la señal y todos arrojaron los volantes que llevaban escondidos entre la ropa.

La sorpresa de los asistentes fue importante. Caggiano no advirtió la volanteada. En los volantes se leía esta plegaria: “Señor Jesús: en este día doloroso para nuestra patria, en que los trabajadores no pueden expresar libremente las angustias de sus familias y sindicatos, frente a la acción devastadora de un plan económico al servicio del capitalismo, el imperialismo, de las oligarquías, y en contra del pueblo, te pedimos, Señor: que las libertades sindicales destruidas por el gobierno sean recuperadas definitivamente por y para la clase trabajadora [...]”.

Luego mencionaba a Hilda Guerrero de Molina como mártir del trabajo y arremetía contra los “falsos dirigentes” de la clase trabajadora. La invocación finalizaba reclamando compromiso cristiano para “luchar siempre junto a los que padecen explotación”. Firmado: Comando Camilo

Torres. La pluma era de García Elorrio.

Ya no tan ausente del escándalo —había visto que los jóvenes desplegaban carteles que decían “Perón o muerte” y “Paulo VI condena el capitalismo”—, el cardenal advirtió, cuando se disponía a predicar el Evangelio, que un joven avanzaba a paso decidido hacia el púlpito. Era Juan, que pretendía leer su oración por el micrófono que se usaba para dar los oficios. Antes de llegar lo atajaron los muchachos de buzo blanco de la Federación. Se lo llevaron para el lado del coro, mientras se acercaban los sacerdotes del grupo del cardenal para pedir una explicación ante tan extraña actitud. Muy exaltado, Juan convenció al entorno de Caggiano de que sus intenciones eran buenas y que quería disculparse con el prelado.

El agitador tuvo su oportunidad de disculparse y aprovechó para pedirle un salvoconducto y evitar ir preso. Caggiano accedió y García Elorrio salió de la Catedral entre la comitiva del arzobispo, agarrado de la sotana del purpurado y seguido de cerca por Fernando y Casiana. Un poco más atrás iban Carlos y Mario.

Apenas bajaron las escalinatas, una comisión policial pretendió detener a Juan. Caggiano intentó

alguna gestión y García Elorrio comenzó a forcejear con los *milicos*. Fernando se sumó a los empujones y Casiana agarró a uno de los uniformados. Los policías empezaron a pegar palos, primero tibiamente y luego con un poco más de saña. Tanto ahínco pusieron en la garroteada que el mismo Caggiano ligó un palazo en el pecho. Al final, Juan, Fernando y Casiana terminaron detenidos. Los muchachos fueron trasladados a Devoto, donde pasaron un mes por “grave alteración del orden público”. García Elorrio purgó la condena por su condición de instigador principal del escándalo y Fernando, por sus antecedentes como “agitador”.⁵

La policía realizó otras detenciones de “tacuaristas” y “peronistas” que se habían sumado al acto pero que no tenían conexión con el grupo de *Cristianismo y Revolución*.

El saldo para el Camilo Torres fue más que positivo. A partir de allí, *Cristianismo y Revolución* comenzaría a venderse bien y a circular entre los jóvenes católicos, y el grupo asomaría como una referencia contra la dictadura de Onganía.⁶

LOS DE CÓRDOBA

Días después del episodio de la Catedral, que tuvo repercusión nacional, dos cordobeses muy vivaces, ex liceístas y profundamente católicos, contactaron a García Elorrio. Ya se conocían del Encuentro Nacional Social Cristiano de Unquillo, Córdoba, de octubre del '66, donde la postura progresista de García Elorrio quedó en minoría frente a la mayoría de la “derecha peronista”, que promovía la postura “acuerdista” con el gobierno de Onganía.⁷

Emilio Maza e Ignacio Vélez simpatizaban con García Elorrio y se sumaron al grupo Buenos Aires con una impronta profundamente guevarista. La revista les gustaba, incluso habían *pispeado* un número cero, pero descreían del ex seminarista como figura que pudiera impulsar el foco en la Argentina.

A ese grupo cordobés terminaría sumándose Carlos Capuano Martínez, un estudiante de Arquitectura que provenía de la JEC Córdoba y que llegó al grupo por su amistad con Vélez.

Si bien todo el grupo de CyR compartía la veta foquista, la caracterización del proceso nacional y las iniciativas para concretar la lucha armada se convertirían con el tiempo en un área de conflicto.

Había tensiones entre quienes querían poner el acento en el trabajo de masas para desde allí desencadenar la revolución y quienes pretendían disparar la insurrección desde el foco. Ramus peleaba mucho con García Elorrio. Abal Medina también chocaba bastante con el director de la revista y virtual líder del grupo por su manejo personalista del Comando y por sus dilaciones para concretar acciones armadas.

“Ninguno de nosotros tenía la convicción ni la esperanza de que García Elorrio fuera a liderar una estrategia político-militar. Era un comunicador excepcional, dotado de una cautivante calidad humana y una gran capacidad de seducción política. Pero nada más”, afirmó Vélez.⁸

Casiana Ahumada refirió, no sin cierta condescendencia, que el perfil de su pareja era el de “un gran movilizador”. “Una persona que tenía como mucha más capacidad de movilizar que de organizar, por decirlo de alguna manera. De mover a la gente”, redondeó.⁹

Más puntualmente, otro de los integrantes de la célula cordobesa, Luis Rodeiro, describe que “Elorrio quería ser el referente urbano de la revolución desde la lucha rural. Ese era el papel que

había elegido para sí mismo”.

El hecho fue que el Comando Camilo Torres logró una filial en Córdoba y rápidamente, para aprovechar el impulso del acto en la Catedral, invitó a un congreso a todo el arco del peronismo revolucionario. El encuentro, por supuesto, fue clandestino y, como no se podían cursar invitaciones, Mario y Fernando hicieron una suerte de gira por algunos puntos del país, convocando a los peronistas de acción.

La cumbre del peronismo revolucionario pretendió ser la secuela del programa de Huerta Grande de 1962, que proponía entre otros puntos nacionalizar los bancos y expropiar bienes a la oligarquía; del programa del Movimiento Revolucionario Peronista de Gustavo Rearte de 1964, que consideraba al peronismo como un movimiento revolucionario que se entroncaba con todas las grandes revoluciones de la humanidad; y la Declaración de Tucumán de 1966 del Peronismo de Pie, que no hablaba de revolución pero sí de transformación social, y reivindicaba la conducción política para Perón y la espiritual para Evita.

El plenario organizado por CyR se desarrolló en un colegio católico de Quilmes, provincia de

Buenos Aires, y convocó a unos sesenta asistentes enrolados en la insurrección popular, entre ellos John William Cooke, los cordobeses Vélez y Maza, el santafesino Marcelo Nívoli, el salteño Armando Jaime, Perdía y todo el grupo del Camilo Torres. Incluso hubo algunas participaciones de no peronistas, como el caso de Simón Lázara, de la Juventud Socialista. La dinámica fue la habitual: trabajo en comisiones, que elaboraron informes, y luego una reunión plenaria, que redondeó las conclusiones. En el debate final, Fernando fijó la postura del Camilo.

Básicamente, hubo acuerdo en que los “límites” del capitalismo argentino hacían inútiles las políticas de cualquier gobierno, tanto en su variable desarrollista como de facto, y en que la dependencia del imperialismo hacía inviable una solución para los sectores castigados por la vía económica. Se imponía la solución política.

En ese marco de imposibilidad, sumada la marginación del poder de los sectores populares desde el '55, los congresales coincidieron en que “la toma del poder por el pueblo, indispensable para resolver el problema en el plano planteado y tomar posesión del país, se vuelve imposible de

conseguir por medios pacíficos”.

Por tanto, el peronismo revolucionario establecía “coordinar” sus esfuerzos para “ampliar la base de acción revolucionaria” y se mantendrían los “campos de acción” de los grupos.¹⁰

En palabras de Firmenich: “Decidimos que cada uno iba a trabajar por su lado, porque no tenía sentido unificar todo en una sola organización, básicamente por razones de seguridad. Dijimos: ‘Cada uno es un grupo pequeño, si a uno lo destruyen, no importa, otros grupos, que sabemos que existen, seguirán la lucha’. Era preferible en ese contexto mantenerse en grupos separados, hasta que se pudiera desarrollar algo o alguien poner en marcha algo que por entonces no eran más que intenciones”.

Sobre la formación de esos cuadros, Firmenich describe, incluyéndose, que “eran grupos de militantes con experiencia en activismo callejero, típicas de los 17 de Octubre o 1º de Mayo, pero sin ninguna experiencia de organización clandestina en serio, ni formación militar. De modo que estuvimos todos de acuerdo en las líneas fuerza 78 y en esa perspectiva cada grupo siguió trabajando por su lado”.¹¹ Eran los tiempos del “cuanto peor, mejor”.

En ese congreso se consolidaron las tres vertientes que signarían el posterior trabajo político e insurreccional. El peronismo como experiencia popular y nacional, la lucha armada como método—habiendo fracasado la huelga revolucionaria y los métodos de la resistencia peronista— y el socialismo como objetivo final.

CONTRADICCIÓN Y VANGUARDIA

La idea fuerza que ya se había instalado en ese espacio de militancia era que la contradicción principal en la Argentina no era proletariado-burguesía, como caracterizaban las fuerzas marxistas. Consideraban que en la Argentina no se daba una contradicción social de cuño económico sino una contradicción política con una fuerte carga ideológica. Los premontoneros creían ya entonces, de la mano de Cooke y su sincretismo entre categorías marxistas con relleno populista, que la contradicción central era la vieja enemistad política peronismo-antiperonismo.¹²

La militancia en el Camilo ya consumía todo el tiempo de Mario, casi no hacía otra cosa. Igual se anotó en la Facultad de Ingeniería para tener una

actividad de superficie y cumplir con las aspiraciones paternas. De su paso por la carrera no quedaron registros. Por el contexto de la época y las múltiples actividades de los hombres y mujeres del Camilo se puede inferir sin embargo que la atención de Mario a la carrera fue prácticamente nula. El salto del Nacional a la universidad implicó también el pase de la JEC a la Juventud Universitaria Católica (JUC).

Por entonces, en la otra orilla del Río de la Plata, los tupamaros uruguayos aventajaban en organización a los incipientes grupos argentinos. Luego de establecer un mapa muy detallado del sistema de cloacas de Montevideo, los orientales habían llevado a cabo durante el '66 y parte del '67, una serie de operativos exitosos para su financiamiento y propaganda. Robo a bancos, *recuperación* de armas y uniformes de las fuerzas de seguridad y ataques a los domicilios del ministro del Interior, del jefe de Policía y del comandante de la Guardia Metropolitana.¹³ En breve serían tomados como ejemplo y guía por los grupos argentinos.

Entretanto, se consolidaba en la conciencia de los integrantes del Camilo la idea de *vanguardia* que,

en la más pura teoría del foco, expandiría la insurrección sin que necesariamente estuvieran dadas las condiciones objetivas para la revolución. Esto iba cruzado con el mandato de sacrificio por el prójimo del cristianismo, un cierto desprecio por los intentos fallidos de traer a Perón y un contexto internacional de luchas populares en marcha y procesos de descolonización exitosos.

Ignacio Vélez lo explicó con particular sinceridad: “El folclore, el bombo, la marchita, la agitación y la parafernalia del simbolismo peronista, el desenfado jacobino y popular, el ‘Viva Perón, carajo’ como grito de guerra frente al enemigo, o sea, el espontaneísmo creativo de las masas, estaba bien, lo sentíamos con simpatía y lo vivíamos con alegría. Pero nosotros éramos los elegidos, los responsables de recuperar el movimiento nacional y popular, y convertirlo en el instrumento que Perón necesitaba para llevar adelante su estrategia para la toma del poder. Nosotros estábamos para ganarnos la conducción táctica del movimiento. Para eso éramos la vanguardia que llevaba adelante el máximo nivel de la lucha política, la lucha armada. Esa era la forma de irrumpir, ganarnos la conducción de las bases del movimiento y marchar

hacia la victoria para el pueblo y para Perón”.¹⁴

CUBA

García Elorrio, Maza, Abal Medina, Capuano Martínez y Arrostito, entre otros, fueron invitados por medio de Cooke a visitar Cuba. El convite tenía un doble propósito: asistir a la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y recibir instrucción militar.

La OLAS reunió a veintisiete delegaciones de toda Latinoamérica que del 31 de julio al 10 de agosto de 1967 buscaron coordinar la lucha antiimperialista en toda la región. El encuentro coincidió con el momento de mayor radicalización de Cuba y de apoyo más abierto a las guerrillas por parte del gobierno de Fidel Castro.

“Constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la revolución”, subrayó el primer punto de la proclama final. La declaración mencionaba la lucha de los vietnamitas y que “todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental que es la lucha armada”. Y cerraba con un grito de guerra: “¡América o Muerte!”.¹⁵

El ejemplo y el aliento cubanos terminaron de enfrentar las posiciones de García Elorrio, no del todo decidido a actuar, con las de Abal Medina y Maza, que ya no aceptaban dilaciones. Juan suponía que aún había que darse un trabajo político de superficie pero Fernando, Maza y gran parte del Camilo, entre ellos Mario, daban por hecho que la vía política estaba ocluida. A su regreso de la isla, el Camilo Torres ya no existiría y en su lugar surgiría el antecedente directo de Montoneros: el Comando Peronista de Liberación.

La experiencia cubana parece haber influido más en las conciencias de Abal Medina, Maza y Arrostito que en su destreza militar. Para Vélez, allí puede encontrarse una explicación al “militarismo” posterior: “Algún día habría que evaluar esos entrenamientos en Cuba y cómo influyeron en el proceso de conformación de los grupos originales de la época. Me temo que la conclusión sería que la influencia era absolutamente negativa. Al menos a mí, nunca me quedó claro cuál fue el aporte positivo de los ‘entrenados’. Los negativos se expresaron en una mayor rigurosidad militarizada y jerárquica en la práctica interna que tuvo sin duda su reflejo en el diseño de las políticas posteriores de la

organización”.¹⁶

Por aquella etapa de definiciones extremas, Mario mutó su personalidad jovial a una más oscura y grave. Así lo recordó su novia de entonces, Susana Ramus: “Durante el ’67 y el ’68 ya estaban organizando Montoneros. Mario no me contaba pero había un misterio, como de algo importante y a la vez muy comprometido. Empezó a verse preocupado, como si la empresa fuera muy decisiva en su vida. A mí me daba miedo, porque intuía que estaban en algo peligroso”.

También rememoró que fue uno de los últimos en definirse por la vía armada, mucho después de que lo hicieran su amigo Ramus y su compañero Abal Medina. Por un tiempo, flotó entre la convicción militarista de Carlos y Fernando y la opción más política de García Elorrio y Mugica.¹⁷ “Hoy creo que entró [al Camilo Torres] más por deber de conciencia que por pasión”, analizó Susana.

Firmenich estaba ya absolutamente sumergido en la política pero dejaba aún espacio para actividades menos clandestinas, como los campamentos que organizaba todos los años el padre Carbone en el sur. En enero del ’67 fue a Bariloche con la pandilla habitual y ahí sus compañeros comprobaron que los

intereses de Mario ya pasaban por otro lado. En vez de los típicos temas de los adolescentes, Mario hablaba, por ejemplo, de la huelga de los portuarios.

Tato recuerda de aquel momento un asado en la quinta de una compañera en Zárate en el que Mario estaba “totalmente cambiado” y que “ya no era Mariulo. Había algo... Notaba que él se había convertido en un hombre con notable firmeza interna”.

Sobre mediados del '67, Ramus, que estudiaba Economía, abandonó la carrera con un gesto muy simbólico. En medio de una prueba pensó: “Soy un pelotudo, ¿qué hago acá?”. Sin meditarlo mucho, se levantó, pidió permiso para ir al baño, se metió en un mingitorio, hizo un bollo con el examen y lo meó.¹⁸

Sin tanta ceremonia, Mario hizo lo propio: largó Ingeniería, y entre los dos se pusieron a planificar alguna actividad que les diera independencia económica y posibilidad de profundizar su compromiso militante. Los padres de Ramus habían adquirido un campo a unos 70 kilómetros de Reconquista, en el municipio de Vera, Santa Fe. El trato fue que podrían administrarlo y allí partieron con el doble propósito de conseguir unos pesos y

verificar la viabilidad en la zona para instalar un foco rural.

Cuando llegaron se abocaron a la compra y venta de hacienda, al engorde de ganado y a chequear lugares, terrenos, caminos y otras variables para el combate en zonas rurales. Cada tanto se cruzaban con Perdía, que seguía con su trabajo político en Reconquista, como abogado de los “enemigos del pueblo”: cuatreros, huelguistas y gentes de ese estilo.

“En la zona no hablábamos ni nos veíamos; inclusive en esa época no había tribunales en Reconquista, estaban en Vera, entonces yo viajaba dos o tres veces por semana para allá y casi siempre los veía en la esquina de Tribunales, donde estaba el único boliche del pueblo, tomando café o boludeando”, describe.

El ya por entonces “Pelado” mantenía la disciplina de no hablar en público con sus amigos porque “ellos actuaban en la zona como compradores de ganado y yo no era un comprador de ganado; al contrario, lo que hacía era defender a los que robaban ganado: no era una persona bien vista”.

Sólo una vez reconoce haber roto el silencio:

“Me encontré con que había un remate de un campo en una zona muy buena que yo conocía y podía servirnos. Además, en los remates judiciales, por lo general, se compra mucho más barato. Entonces entro al bar y los pateo a los dos para que me sigan al baño y le digo al Pepe: ‘Mirá, hay un remate, si tienen unos mangos encima métanse y cómprenlo que vale la pena’; nada más...”.

La experiencia duró unos meses en los que “laburaron muy duro” —según testimonia Tato— y sirvió para que Mario pudiera comprarse una camioneta amarilla que después se convirtió en vehículo “operativo”. El intento rural no prosperó. La zona de Vera era más bien de terrenos llanos, sin demasiados accidentes ni parajes boscosos. Era imposible esconderse o movilizarse sin llamar la atención.

“Ahí [en los campos de Vera] creo que fue donde terminaron de pulir el rol de líderes. Carlos y Mario eran los que más bolas tenían para cualquier cosa. Mario tenía además un aplomo y una tranquilidad interna impresionantes. Carlos era más fogoso”, analiza Tato.

Ya en Buenos Aires Mario comienza a trabajar como chofer de taxi, con el doble propósito de tener

una cobertura legal y unos pesos, y en octubre del '67, por gestión de un ex compañero del Nacional que estudiaba Ingeniería, consiguió un encuentro con Envar "Cacho" El Kadri, uno de los referentes de la juventud combativa del peronismo que por aquel entonces preparaba la logística de uno de los primeros intentos de establecer un foco guerrillero rural.

El Kadri aceptó entrevistarse con los muchachos peronistas y el encuentro con Ramus y Abal Medina se produjo en la pieza de la pensión del estudiante que había hecho el contacto, en el barrio de Once. Cacho tenía siete años más que Ramus y cinco más que Abal Medina y no pudo evitar tratarlos con cierto paternalismo.

"Zeke" —tal el nombre de guerra de El Kadri— hizo un análisis de la situación política y les dijo que era momento de pasar a la acción, y que si las condiciones objetivas no estaban dadas había que generarlas con el esfuerzo y el arrojo de sus precursores.

Antes de irse, los muchachos pidieron adiestramiento revolucionario y El Kadri dijo que cómo no, pero delegó en un tercero la tarea pedagógica porque ya estaba aburrido de dar cursos

de guerrillero.

El segundo encuentro con El Kadri fue un poco más conflictivo. Cacho estaba ya muy lanzado en la preparación del foco rural y parece que Mario — que fue en lugar de Ramus— y Abal Medina le plantearon algunos reparos para empuñar los fierros y le pidieron un proceso de discusión y preparación más amplio. El encuentro fue en un bodegón de la avenida San Martín y según El Kadri los maltrató bastante diciéndoles que cuando se decidieran lo llamaran. Luego, El Kadri les habría dicho a sus compañeros que estaba “harto” de los tipos que no hacían más que hablar.19

EL MODELO

Ya desligado de *Cristianismo y Revolución* y de García Elorrio, el grupo comenzó a discutir el modelo de guerrilla a implementar. Las posibilidades estaban dadas entre varios formatos de lucha popular que habían tenido aplicación efectiva.

Uno de los evaluados fue el modelo urbano argelino, conocido en el mundo por la película *La batalla de Argel*, de Gillo Pontecorvo,20 que

mostraba un mecanismo de ataque a los objetivos coloniales y retirada. Se desarrollaba en espacios urbanos y contaba con la colaboración y simpatía de la sociedad.

Como alternativa estaba el modelo de autodefensa de los mineros bolivianos, que consistía en armar y entrenar una vanguardia de milicianos, elegidos entre los más jóvenes y combativos, para rechazar los ataques de las patronales y las fuerzas de seguridad cuando se producían tomas de minas.²¹

El foco guevarista corría con ventaja por el éxito de la Revolución Cubana pero tenía un déficit en el reciente fracaso del propio Guevara para aplicarla en la sierra boliviana, que terminó costándole la vida. Además, sólo una parte del territorio argentino tenía una topografía adecuada para poder esconderse y huir del enemigo. En la Argentina el *pueblo* era mayormente urbano.

Finalmente, el esquema clandestino tupamaro estructuraba su modelo sobre dos conceptos: descentralización y seguridad. La unidad básica era la célula de al menos dos miembros y no más de seis, que funcionaba con un responsable, que era el único que mantenía contacto con otras células y que reportaba a un órgano superior colegiado. El

principio basal era que nadie debía saber lo que no necesitaba para cumplir su tarea. La famosa *tabicación* que, como la definición del término lo indica, era no ver ni saber más allá del ámbito propio inmediato y necesario.

A su vez, los tupamaros no apoyaban su línea de acción en una figura carismática y populista, como el mismo Che Guevara, el guatemalteco Yon Sosa o el peruano Héctor Béjar.²² Esta horizontalidad se adaptaba a la coyuntura del grupo que había roto con García Elorrio, el más público y carismático de todos.

La elección de un método de lucha se enraizaba con algunos antecedentes históricos que calaban hondo en la sociedad argentina: la lucha de los republicanos españoles contra Franco; los *maquis* de la resistencia francesa contra el nazismo y, por supuesto, la Revolución Cubana y la guerra de la independencia contra los españoles. La idea de una lucha popular contra un usurpador o invasor era muy legítima para justificar el uso de la violencia.

El intercambio sobre estos modelos fue amplio, horizontal, en todo el espectro del Comando Peronista de Liberación, tanto en la filial Buenos Aires como en la cordobesa, con el aporte de los

miembros del interior del país. Pero un intento revolucionario en Tucumán trastocaría el debate y le daría nuevos rumbos.

TACO RALO

Finalmente, Envar El Kadri y otros trece militantes del peronismo revolucionario²³ pasaron a la acción el 19 de septiembre de 1968 y viajaron a la localidad tucumana de Taco Ralo —130 kilómetros al sur de la capital provincial— para instalar la guerrilla rural. Se lanzarían con el nombre de la organización ya consensuado —Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)— y con la denominación para el grupo combatiente: Destacamento Montonero 17 de Octubre.

El territorio de partida sería un área de 600 metros de frente por 500 de fondo que habían adquirido por 165 mil pesos de la época. Utilizaron documentos falsos y dinero de operativos previos.

La primera tarea fue armar el campamento bautizado “El Plumerillo”. Cuando las instalaciones estuvieron montadas y las armas escondidas en unos pozos, comenzaron con el adiestramiento físico y el contacto con el terreno. A los pocos días se cruzaron

con una mujer de la zona. Hubo un breve intercambio. Simularon ser estudiantes de Agronomía y la vida en el monte tucumano continuó.

Más asentados, bajo el ardiente sol tucumano comenzaron las prácticas de tiro y los ejercicios tácticos. Todo acabó dos semanas después, cuando una comisión de la policía tucumana los creyó contrabandistas y los detuvo sin mayor dificultad. Era el fin del intento guerrillero rural. El aparente fracaso consolidaría sin embargo el prestigio político de El Kadri y serviría como ejemplo para otras iniciativas armadas.24

MONTONEROS

En el Comando Peronista de Liberación urgían las definiciones y decidieron darse un nombre para actuar públicamente. El plenario semántico tuvo lugar en la Facultad de Teología de las Iglesias Evangélicas, en el barrio de Flores.

Se decidió que cada integrante propondría un nombre o más de uno, que no fuera una sigla, que los definiera como un movimiento popular revolucionario y que no incluyera “guerrilla” o sus derivados. Las propuestas fueron variadas. Algunas

muy originales y otras muy poco: se propuso “Tupamaros”, “Uturuncos”, “Tacuara”, “Comando Peronista” y hasta “Fuerzas Armadas”.

Finalmente se decidieron por “Montoneros” porque era uno que “se barajaba en común en todo el peronismo revolucionario de fines de los 60”, dice Firmenich, por el antecedente del Destacamento Montonero 17 de Octubre de las FAP en Taco Ralo.

“La idea del nombre Montoneros estaba implícita en toda la militancia del proceso revolucionario. Como concepción política, la idea de revolución tenía que ver con la idea de una independencia nacional frustrada, trastocada en neocolonialismo, y una revolución social frustrada en 1955, de modo que con la idea de resumir el contenido político-histórico en esto que se proponía, el nombre Montoneros era bastante arquetípico, bastante lógico y era un nombre muy bonito”, explica.

Firmenich justifica que “montonero era un combatiente popular en las guerras de la independencia primero y en las guerras civiles contra la imposición del modelo mitrista después”.²⁵ Perdía acuerda y sostiene que “ya estaba en el aire. Se ponía solo. Porque era el nombre de los

caudillos federales del siglo pasado que peleaban contra el centralismo porteño por la autodeterminación nacional y que se habían enfrentado a la oligarquía centralista. De modo que era ese el nombre”.

Con el nombre acordado, Ramus se ocupó de la gráfica y diseñó el logo de la lanza tacuara con crespón, cruzada con un fusil automático y coronados por una “M” y la consigna “Venceremos”. Por debajo, sobre la curva de la base, la palabra “Montoneros” flanqueada por dos estrellas federales de ocho puntas.

En aquella etapa, todos los grupos revolucionarios peronistas o filoperonistas estaban en formación y conformaban una suerte de Tendencia Revolucionaria prehistórica que luego tendría un desarrollo verdaderamente singular. Pero, en aquella hora fundacional, todavía había tironeos entre quienes querían poner el acento en la insurgencia armada y quienes seguían apostando a una política de masas que corriera a la dictadura y trajera a Perón.

En esa discusión se enfrascó un centenar de delegados de las corrientes y grupos en una reunión convocada por el enviado personal de Perón para

las organizaciones político-revolucionarias, Bernardo Alberte, en el Sindicato de Empleados de Farmacia, que dirigía uno de los gremialistas combativos, Jorge Di Pasquale.

Para esa convocatoria, Perón bajó directivas que se recostaban en la vía armada, según menciona el ex sacerdote Elvio Alberione, uno de los congresales. “Perón plantea que había llegado el momento de una contraofensiva, que era momento de empezar a recuperar el movimiento, y para eso plantea el concepto de guerra popular. Nos plantea entonces el desarrollo de los distintos dispositivos que tiene que tener esa estrategia. Y entre esos dispositivos está la organización político-revolucionaria, que viene a ser la Tendencia.”

Luego diferencia que “la corriente de Firmenich, Abal Medina, Ramus, no participan porque están en desacuerdo con la Tendencia Revolucionaria. Ellos plantean que el peronismo como tal es revolucionario”.

Alberione señala un matiz no menor entre los grupos de cuño peronista sindical, que evaluaban que la pelea central era hacia adentro del movimiento; y los que se habían peronizado desde otros orígenes, que no consideraban central disputar,

en ese momento, la conducción del peronismo a los “acuerdistas”.

Como parte de ese debate, el 1º de mayo de 1968 surgió formalmente la CGT de los Argentinos, que se opondría a los sectores burocráticos del sindicalismo peronista y que contaría con el apoyo de quienes iniciaban la formación de organizaciones político-militares. Sus máximos referentes fueron el gráfico Raimundo Ongaro y el lucifuercista Agustín Tosco, entre los más representativos. La convocatoria a sumarse a la nueva estructura fue escrita por Rodolfo Walsh. “La CGT de los Argentinos no ofrece a los trabajadores un camino fácil, un panorama risueño, una mentira más; ofrece a cada uno un puesto de lucha”, e invitaba y definía: “La lucha contra el poder de los monopolios y contra toda forma de penetración extranjera es misión natural de la clase obrera”.

Un documento desclasificado de la SIDE muestra el lugar que el régimen le daba al sector: “progresista rebelde”. Del núcleo central “Cristianismo y Revolución”, los espías derivaban ramificaciones en la “CGT Ongaro”, en el MRP de Gustavo Rearte, en el Comando Camilo Torres y en la OLAS cubana.²⁶

A principios del '69, por cuestiones de cobertura legal, Mario volvió a la universidad. Se inscribió en la Facultad de Agronomía y comenzó a cursar lo mínimo indispensable para no quedarse libre. Como era de prever, su desempeño fue paupérrimo: rindió tres exámenes ese año, dos de Física —sacó un 2 y un 0, respectivamente— y uno de Dibujo en el que logró un 6. Ya en el '70, rindió a mediados de mayo —quince días antes del secuestro de Aramburu— un parcial de Matemática y obtuvo un 8. Nunca volvería a cursar.

En Agronomía tuvo un perfil más que bajo y no participó de ninguna expresión política estudiantil. Uno de sus ex compañeros del Nacional en la misma promoción, Fernando Osorio, reconstruye que “iba a la facultad de pasada”, pero recuerda: “Él hacía bromas de cómo yo me animaba a usar una estrella federal (símbolo del rosismo), que había adquirido en el Instituto Juan Manuel de Rosas, en el medio de una ‘facultad oligárquica’ como Agronomía y Veterinaria”.

Como parte de ese cruce entre vida y política, o más bien como subsunción de la vida en la política, Mario se fue a vivir con Capuano Martínez a Munro, en la zona norte del Gran Buenos Aires. La decisión

se precipitó luego de que su padre le llamara la atención por no haber ido a dormir a casa. Don Víctor estimaba que no era buen ejemplo para su hermana... También en aquella etapa se sumó al grupo Carlos Maguid, cuñado de Arrostito, fotógrafo de oficio y redactor de Canal 11.

A LAS ARMAS

Resueltas las dudas ideológicas y con la certeza de estar enrolados en un movimiento de liberación nacional, pero a sabiendas del riesgo de cárcel o muerte y sin demasiados anclajes políticos, los montoneros decidieron comenzar a pertrecharse de armas y dinero. Querían dar un golpe que los presentara al pueblo peronista.

La primera acción de Mario fue desarmar a un policía en febrero de 1969. Luego se sucederían otros operativos de *recuperación*, algunos ridículamente fallidos por la “falta absoluta de experiencia” en destrezas militares del grupo, diría años después Firmenich. Hasta allí, no se daban a conocer como Montoneros. La idea era lograr que los militantes se foguearan y entraran en confianza para un objetivo mayor. La idea era que nadie

saliera lastimado. Según menciona Alberione, “había unas cuestiones éticas muy fuertes, con fuertes sanciones a quien las violara, de respetar al máximo a la gente”. Insiste: “Todas estas cosas se hicieron sin pelea prácticamente, eran copamientos pacíficos”.

Pero, de pronto, el 29 de mayo se produjo el estallido que venía gestándose en distintas provincias y que constituiría el mayor acto de resistencia y protesta frente a la dictadura: el Cordobazo. La mecha fue encendida por el ministro de Economía, Adalberto Krieger Vasena, que aceptó un pedido de los industriales para derogar el “sábado inglés”, que establecía media jornada de trabajo el sábado pero con retribución completa.

Se declaró la huelga en las fábricas y los estudiantes se sumaron. La policía reprimió las manifestaciones, los obreros resistieron y los estudiantes tomaron el Barrio Clínicas, montando barricadas y haciendo fuego en las esquinas. El primer muerto fue el operario Máximo Mena. Intervino el Ejército pero las escaramuzas continuaron un día más. El valor simbólico de esa gesta estudiantil-obrera alentó a todas las incipientes organizaciones político-militares a

seguir actuando. Era evidente que en la sociedad anidaba un inconformismo que estallaba en la primera oportunidad.

Montoneros tomó nota de la experiencia y también de la rebelión previa del Mayo Francés, aunque esto se consideró un episodio un tanto distante y como parte de la problemática de una sociedad mayormente liberal de un país dominante.

LA CALERA I

En diciembre de 1969 los grupos de Buenos Aires y Córdoba decidieron avanzar en un operativo de financiamiento de envergadura: el robo al Banco de Córdoba de la localidad de La Calera. Ambas células habían logrado operaciones exitosas y se sentían con confianza para objetivos más ambiciosos.²⁷ Además, en octubre, los tupamaros habían tomado por asalto la ciudad de Pando, a 32 kilómetros de Montevideo, con gran repercusión.

El diseño de la operación era relativamente sencillo. Dos parejas de militantes abordarían autos de alquiler y en ellos llegarían apenas hubiera abierto el banco. Entrarían, buscarían el dinero de las cajas y del Tesoro y saldrían para emprender la

retirada en los mismos taxis en que habían llegado.

El equipo estaba compuesto por Abal Medina, Ramus, Firmenich, Alejandro Yofre y Arrostito. A las 7.30 entraron al banco. Había cinco clientes que permanecieron estáticos. Vaciaron las cajas y cuando iban por el contenido de la caja fuerte llegaron tres policías que habían sido advertidos por uno de los taxistas, que había logrado escapar.

Sin decir agua va, los montoneros abrieron fuego, los policías contestaron y en el cruce le pegaron siete tiros al policía cordobés Eugenio Manuel Argüello e hirieron en el pulgar izquierdo a Manuel Moyano. El tercer policía, Rodolfo Danza, salió ileso.

Fugaron en uno de los autos. Ramus estaba herido en la mano y aunque no era grave tuvieron que atenderlo. Fernando, Norma y Ramus se habían expuesto a los clientes a cara descubierta. Era muy factible que los reconocieran. Pese a todo lograron levantar dos millones y medio de pesos.²⁸

El grupo Córdoba les dio asistencia, curaron a Ramus, ocultaron al resto y, a través de los contactos de Alberione, evacuaron a Fernando y Norma, que quedaron identificados, en particular Arrostito, que había llevado la voz cantante en el

asalto y produjo una gran impresión en los testigos. Firmenich no fue identificado.

“Nosotros teníamos desarrollada la logística de seguridad, teníamos casas de seguridad, y aparte la política nos había dado vinculaciones muy fuertes. Llamamos al ministro de Gobierno de Santa Fe,²⁹ que con su auto los llevó a Buenos Aires a Arrostito y a Abal Medina. Entraron a Buenos Aires con un auto oficial: un Ambassador negro”, recuerda Alberione. El funcionario que prestó el vehículo oficial era el padre del miembro del grupo Córdoba Alberto Molina.

En general, el criterio era que cada integrante de las células montoneras porteña o cordobesa *recuperara* un arma. Si el operativo era exitoso se probaba su funcionamiento y quedaba dentro de la armería de la organización para ser usada cuando fuere necesario.

El 29 de abril de 1970, Mario condujo uno de esos operativos en el destacamento n° 7 “Agente Alberto Pernet” del cuerpo de Policía de Tránsito, en General Paz y avenida Mosconi, en Villa Devoto.

Sobre las 4 de la madrugada, Alberione, Ramus y Abal Medina entraron al destacamento disfrazados de oficiales de la Policía Federal y pidieron

colaboración para un procedimiento. Los cuatro efectivos de guardia no sospecharon de sus colegas pero, cuando quisieron pestañear, los apuntaban dos pistolas ametralladoras. La cosecha fue de cuatro pistolas 45, una pistola ametralladora, tres chaquetas de policía, dos gorras y las chapas de identificación. En la retirada, los montoneros rompieron el equipo transmisor de radio y les dejaron una pintada con brocha gorda: “Perón Vuelve”.

Firmenich esperaba en el Chevrolet verde que habían dispuesto para la acción. Levantó a sus compañeros y se perdió por Mosconi, rumbo a provincia. Al otro día, la crónica en el diario alertaba que era el operativo de robo a un destacamento policial número dieciocho en todo el país.³⁰

ARAMBURU

Ya con una base de pertrechos, comenzaron a evaluar un gran golpe. El Gringo Alberione señala que habían “ido acordando cosas y se empieza a plantear la necesidad de producir algún hecho político de envergadura, que llamara la atención de

la gente y que permitiera seguir incorporando experiencias y organizaciones regionales”.

Firmenich recalca: “Nosotros partíamos de la base [de] que cualquier cosa que dijéramos en los comunicados se iba a distorsionar o sería irrelevante en la prensa, de modo que nos planteamos una acción que pudiera ser comprendida por cualquier peronista aunque no se enterara de lo que nosotros decíamos. Que no hiciera falta ningún discurso político para explicar nada”.

“Había dos posibilidades: Aramburu o Rojas. Esto es así de claro. Y para la mayoría de los peronistas hubiera sido todavía más impacto Rojas que Aramburu. Era más odiado Rojas. De hecho, trabajamos las dos opciones”, dice, pero aclara que el almirante Rojas “tomaba más precauciones”.

“Era imposible encontrarlo, imposible verlo. No era que tenía una gran custodia sino que él tomaba medidas de seguridad muy rigurosas. En cambio con Aramburu las cosas avanzaban más fácil, en cuanto a la búsqueda de información y demás. Y si bien en el sentimiento popular Rojas era más odiado, nosotros creíamos que políticamente era más importante Aramburu, precisamente porque orquestaba una nueva maniobra proscriptiva de

continuidad de un sistema en el que iba a seguir el *apartheid*.”³¹

Firmenich y Arrostito contarían después, en la revista de la organización *La Causa Peronista* los detalles de los primeros movimientos:³²

“Lo empezamos a fichar a comienzos del '70, sin mayor información. Para sacar direcciones, nombres, fotos, fuimos a las colecciones de los diarios, principalmente de *La Prensa*. En una revista, Fernando encontró fotos interiores del departamento de la calle Montevideo. Eso nos dio una idea de cómo podían ser las cosas adentro”.

“El edificio donde él vivía está frente al colegio Champagnat, y averiguamos que en el primer piso de ese colegio había una sala de lectura o una biblioteca. Entonces nos colamos y fuimos a leer ahí. El que inauguró el método fue Fernando, que era bastante desfachatado. Más que leer, mirábamos por la ventana. Nos quedábamos por periodos cortos, media hora, una hora”, contó Firmenich.

Arrostito completó: “A medida que chequeábamos, fuimos variando el modelo operativo. La primera idea había sido levantarlo por la calle cuando salía a caminar. Pensábamos llevar uno de esos autos con cortina en la luneta y tapar las

ventanillas con un traje a cada lado. Le dimos muchas vueltas a la idea hasta que la descartamos y resolvimos entrar y sacarlo directamente del octavo piso”.

“Para eso hacía falta una buena *llave*. La mejor excusa era presentarse como oficiales del Ejército. El Gordo Maza y otro compañero habían sido liceístas, conocían el comportamiento de los militares. Al Gordo Maza incluso le gustaba, era bastante milico, y le empezó a enseñar a Fernando los movimientos y las órdenes. Ensayaban juntos.”

El 29 de mayo de 1970, a un año exacto del Cordobazo y Día del Ejército Argentino, un grupo operativo de diez montoneros al mando de Fernando secuestró a Pedro Eugenio Aramburu de su domicilio de Montevideo 1053, en Recoleta.

Mario estaba en la puerta del departamento disfrazado de cabo de policía con una pistola cargada en la cartuchera. Estaba un poco preocupado por la contingencia de que apareciera el *cana* de la cuadra que habían detectado en los reconocimientos previos, porque tenía un grado superior en la escala jerárquica.

El grupo sabía que por la densidad de efectivos policiales en la zona y la intensidad del tránsito, una

retirada apresurada exitosa iba a ser casi imposible. Por eso estaban dispuestos a un enfrentamiento y para eso llevaban una pistola ametralladora y granadas. Otra de las decisiones previas era que si Aramburu se resistía, lo mataban.

Abal Medina y Maza estuvieron entre 15 y 20 minutos en el domicilio de Aramburu. Un tiempo que a Firmenich le pareció eterno. Sabía que hasta tanto bajaran con el general, podían ocurrir imponderables y, de hecho, ocurrieron. El conductor de un Fiat 600 le pidió permiso para estacionar, le dijo que no y el tipo se fue puteando por lo bajo. Luego pasó un celular de la policía, Mario le hizo la venia y el chofer contestó el saludo. Su “superior” de la cuadra no apareció.

Cuando Aramburu bajó con Fernando y Emilio, subieron a un Peugeot 404 y enfilaron para el Bajo. Mario y Carlos los siguieron en una camioneta Gladiator. En la Facultad de Derecho lo pasaron a Aramburu a la caja de la camioneta. Carlos conducía acompañado de Capuano Martínez y detrás, ocultos entre fardos y un toldo, Mario, Aramburu, Fernando y un cuarto montonero.

Según Firmenich, la vía de escape hacia el campo de la familia de Ramus, “La Celma”, en Timote,

provincia de Buenos Aires, fue la “más sencilla” de toda su “vida operativa”.

“Fue un paseo. El único punto que nos preocupaba era la General Paz, pero la pasamos sin problemas: no estaba tan controlada como ahora. Salimos por Gaona, a partir de ahí empezamos a tomar caminos de tierra dentro de la ruta que habíamos diseñado”, dijo Mario, y definió que “la ruta era perfecta”: “Tardamos ocho horas en hacer un camino que puede hacerse en cuatro, pero no entramos en ningún poblado ni nos detuvimos a comer o cargar nafta”.

En “La Celma”, durante todo el fin de semana y mientras el país hervía en especulaciones, Aramburu fue sometido a un “juicio revolucionario” que condujo Fernando, con la presencia de Mario y el cuarto compañero, cuya identidad Firmenich y Arrostito no revelaron.

Los “cargos” contra Aramburu fueron el fusilamiento del general Juan José Valle y de civiles en Lanús y José León Suárez; el proyecto de intentar “la integración pacífica del peronismo a los designios de las clases dominantes”, y el robo del cadáver de Eva Perón. La “sentencia” inexorable fue la muerte.

La “ejecución” la consumó Abal Medina, mientras Mario golpeaba una llave contra una morsa para disimular el sonido de los disparos. Fernando disparó el primer tiro al pecho con una pistola 9 milímetros y dos tiros más de gracia: uno con la misma pistola y otro con una 45.³³

La muerte de Aramburu y los fundamentos de la “sentencia” fueron dados a conocer a través de dos comunicados, redactados por Maguid. Nadie tenía referencia alguna de Montoneros. Sabían, por esos escuetos comunicados, que eran cristianos, por aquello de dar “cristiana sepultura” a los restos del general; y que eran peronistas, por el grito de guerra “¡Perón o Muerte!”. Pero no mucho más.

Ahí comenzaron a gestarse las reacciones y vivencias paralelas lógicas de un país polarizado entre peronistas y antiperonistas. El “Partido Militar”, como lo llamaba Perón, comenzó a pelear su interna entre los sectores afines y contrarios al fusilado para ver quién pagaba el costo del muerto y si esa acción tan audaz se repetiría en la figura de alguno de ellos. Los aramburistas cargaron contra el ministro del Interior de Onganía, Francisco Imaz, por su lentitud en declarar secuestrado al general y por especular con un “autosequestro”.³⁴ Entre los

peronistas reinó la alegría por la “ejecución” de un verdadero enemigo del movimiento pero también el estupor por la identidad desconocida de los ejecutores, sin aparente raigambre en la historia del peronismo.

Ante tanta duda y conmoción, Montoneros emitió un tercer comunicado aclaratorio:

“1º) Nuestra Organización es una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano por la toma del Poder para Perón y para su Pueblo y la construcción de una Argentina Libre, Justa y Soberana.

”2º) Nuestra Doctrina es la doctrina Justicialista, de Inspiración Cristiana y Nacional.

”3º) Lo único foráneo de nuestro país son los intereses de los capitales extranjeros ligados al régimen y la mentalidad vendepatria de los gobernantes de turno”.

En el mismo comunicado agregaban una descripción de los efectos personales de Aramburu y hacían un llamado al pueblo argentino a “unirse a la resistencia armada contra el régimen”.

En términos políticos, el “Operativo Pindapoy” introdujo una variable que, si bien no era nueva en

la historia argentina, nunca alcanzó tal magnitud en sus efectos: el crimen político selectivo. Montoneros, ya como organización estructurada, haría uso frecuente de este recurso.

Vélez, uno de los fundadores de Montoneros, lee los efectos del “Aramburazo” como el inicio de un “proceso” que “desestabilizó a la dictadura del general Onganía, colocando al país entero en un nuevo escenario en el que irrumpía un nuevo actor que transformaba, en forma imprevista y descontrolada, las reglas de juego de la política tradicional y golpeaba duramente sobre el sistema político de pactos y negociaciones”.

De acuerdo con esta lectura de Vélez, el secuestro “obligó a realineamientos y alianzas que marcaron a fuego la política nacional por una larga década”.

Para Firmenich el mensaje fue entendido por todos los peronistas más allá de la comunicación del episodio que hicieron los medios y las presunciones que tejieron los conspiradores militares. El mensaje del asesinato de Aramburu fue una amenaza directa: “Para nosotros era Dorrego, era decirles a los Lavalle, a sus descendientes: ‘Señores, ahora también ustedes pueden morir fusilados como Dorrego, se acabó esta impunidad oligárquica y

liberal para masacrar al campo nacional y popular. Dorrego puede fusilar a Lavalle”.

“Montoneros irrumpe en la escena política argentina asesinando al antiperonista número uno y eso fue lo que le dio a Montoneros el inmenso respaldo popular inmediato que no consiguió ningún movimiento guerrillero americano”, asevera quien sería su gran jefe.

LA CALERA II

El debate general sobre la verdadera identidad y los fines de los montoneros duraron un mes, hasta el 1º de julio de 1970, cuando se produjo la segunda toma de la localidad de La Calera. En un operativo conjunto del grupo local y el porteño, ocuparon la comisaría, el correo, la oficina de teléfonos, el banco y el municipio.

Todo salió bien hasta el momento de la retirada, cuando uno de los vehículos falló y varios montoneros tuvieron que pasar a otro auto. Como había demasiada gente en un solo coche, se sembró la ruta de clavos miguelito para evitar la persecución, y dos de los combatientes debieron ir caminando hacia una casa de seguridad ubicada en

Villa Rivera Indarte, pegada a Villa Allende.

Los caminantes iban cargados con bolsos y no eran del lugar. Unos policías que pasaban de casualidad sospecharon y los detuvieron. Los muchachos terminaron dando algunas pistas y una casa que se suponía “segura” fue allanada. Allí estaban Maza, Vélez y su mujer de entonces, Cristina Liprandi. Se produjo un tiroteo y cayeron heridos Maza y Vélez y detuvieron a Liprandi. A los pocos días, Maza murió en la camilla del hospital.

Entre las pertenencias de Maza, la policía encontró un permiso de manejo de un auto emitido a su nombre por Norma Arrostito. Una pericia determinó que había sido escrito con la misma máquina utilizada para redactar los comunicados del secuestro de Aramburu. Comenzó entonces la pesquisa sobre Arrostito y por ende sobre el grupo porteño de Fernando, Carlos, Mario, Maguid y el resto de los partícipes en el Operativo Pindapoy.

Dos días después de las detenciones en Córdoba, Firmenich se presentó en la Casa del Clero, donde vivía el padre Alberto Carbone, su viejo asesor de la JEC, y le manifestó que necesitaba tener una “larga charla” pero que no era el momento porque había dejado el auto “mal estacionado”. Prometió

que regresaría y después de despedirse del sacerdote, como quien no quiere la cosa, preguntó:

—Alberto, ¿no me guardaría esta máquina hasta que regrese?

El cura aceptó. Cinco días después, cuando ya se había librado pedido de captura por el secuestro de Aramburu contra Arrostito, Abal Medina y Firmenich,³⁵ una comisión policial fue a buscarlo por su relación con Mario y Carlos. Carbone relató la extraña visita de Mario y les facilitó la Olivetti que le había dejado.

En paralelo al hallazgo de la máquina, el ingeniero Víctor Firmenich se apersonó en el Departamento Central de la Policía Federal y ante la cúpula de la fuerza firmó una declaración en la que sostenía que “el padre Alberto Carbone fue el instigador espiritual de los muchachos que iban al Nacional de Buenos Aires. Los convenció de que la solución a la injusticia social era la violencia”.³⁶

Carbone fue procesado por el crimen de Aramburu y recibió una condena de dos años en suspenso; pero cuarenta años después insistió: “Yo no fui el instigador de los muchachos; al revés, ellos me instigaron a mí, ellos habían observado cosas. Esos chicos hacían transmisión peronista”.³⁷

Rodeiro reconoce: “Luego de La Calera quedamos destruidos. Yo estuve en Buenos Aires veinticinco días encerrado en una casa que prestó la FAP. Ahí conocí a Fernando Abal Medina”, y agrega que “había un compañero que se quejaba porque estaba guardado y sin contacto con la ‘Orga’. Decía que estaba relegado mientras Abal Medina y Ramus seguían operando: era Firmenich”.

No sólo para los montoneros el escenario se enturbiaba, también el gobierno de Onganía sufría los costos del secuestro de Aramburu que, sumado al descontento popular y la agitación permanente del peronismo, forzó su salida de la Rosada el 8 de junio de 1970 y su remplazo por Roberto Levingston.

WILLIAM MORRIS

Después de que se conocieron sus identidades por el secuestro de Aramburu y las complicaciones en La Calera, en lugar de tocar retirada y volver a cuarteles de invierno, los montoneros doblaron la apuesta y el 1º de septiembre robaron la sucursal del Banco Galicia de Ramos Mejía. En ese operativo lograron levantar más de 13 millones de

pesos, una pistola ametralladora Uzi, dos pistolas 9 milímetros y un revólver 32. “Ahí se juegan todos los principales cuadros de la organización”, señala Rodeiro, que seguía oculto en Buenos Aires.

La organización buscó rearmarse y trató de juntar a sus miembros. Tenía además, por su exposición pública, pedidos de muchos grupos dispersos que querían sumarse. El primer encuentro se realizó en una casa operativa, el segundo en un bar, y para el tercero alguien señaló en un mapa la zona de William Morris, porque estaba cerca de la casa segura que ocupaba la conducción. Con toda la premura de la situación, decidieron concretar el encuentro a las 20.30, en la pizzería “La Rueda”, en Moctezuma y Lavalle.

Rodeiro reconstruye: “A la pizzería yo voy en tren, me esperaba Sabino en la estación, caminamos tres cuadras y entramos. Abal ya estaba adentro. Tenían una o dos personas afuera”.

“En la pizzería aparecen tres canas de civil y dos se quedan afuera. Nos piden documentos. Fernando y Sabino sacan credenciales truchas de la Policía Federal y los tipos dicen: ‘Disculpen’ y se van. El problema está afuera, con Ramus, que se resiste. El auto estaba muy cargado, no podía dejar que se

acercaran”, explica.

Ramus, sentado al volante de un Peugeot 404 bordó, comenzó a disparar cuando los policías se le acercaron. Siguió tirando parapetado detrás del auto y pretendió tirarles una granada que le explotó en la mano. Desde el bar, Navarro y Abal Medina comenzaron a disparar. Los policías se refugiaron en una obra en construcción y desde allí hicieron fuego a discreción. Los montoneros decidieron salir porque encerrados en el bar no tenían escapatoria.

Salieron a los tiros. Fernando cayó muerto por un disparo en el pecho. Sabino logró zafar por la casa de al lado y de ahí por los fondos. Capuano Martínez, que estaba en el otro auto de contención, aprovechó la confusión y también escapó. Rodeiro, que iba desarmado, fue detenido. Los montoneros hirieron de gravedad a Rodolfo Carusso y al cabo Roque Hernández, y levemente al cabo Mario Bravo.³⁸

El único sobreviviente del cruento episodio, Rodeiro, acepta el error operativo: “Era una pizzería de hábitos, ¿qué hacían tres tipos a las ocho y media de la noche? Era raro, eso es lo que mueve al pizzero a llamar a la policía. Después pudimos saber que pensaban que íbamos a *hacer*

una farmacia de por ahí”.

Los cuerpos de Ramus y Abal Medina fueron trasladados a la morgue del Instituto de Cirugía de Haedo. Fueron reconocidos por la madre de Carlos, por Juan Manuel Abal Medina y por los abogados Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, que habían asumido la representación de los deudos apenas conocido el hecho.³⁹ Al cuerpo de Ramus le faltaba la mano que había pretendido arrojar la granada.

El peronismo, casi en su totalidad, los acuñó como mártires y Perón envió una corona. Los padres de Ramus pidieron que se ofreciera una misa en memoria de su hijo en la parroquia de San Francisco Solano, en Villa Luro, porque allí había tomado la primera comunión. La misa fue oficiada por Carlos Mugica y Jorge Adur (futuro capellán de Montoneros) y concelebrada por el jesuita peronista Hernán Benítez.

La familia Abal Medina tenía previsto realizar una misa en Nuestra Señora de Montserrat, que iba a estar dirigida por Fernando Armengol y Luis Sánchez. El oficio fue prohibido por la policía. El cortejo de Fernando se trasladó entonces hasta Villa Luro para que se realizara un responso en común

por los dos muertos.

En su mensaje Mugica convocó a los presentes a luchar “por la justicia, por la fraternidad. Para que todos en nuestra Patria, sin explotación, sin marginación de nuestros hermanos los pequeños, los pobres, los humildes, podamos constituir esa Patria grande”.⁴⁰ El cura rubio no fue más allá de esa apelación.

Sin embargo, el diario *La Razón* puso en boca de Mugica palabras que no dijo y señaló que el cura defendió a Ramus y Abal Medina diciendo que “eligieron el camino más duro y difícil por la causa de la dignidad del hombre”. Y que elogió a Ramus afirmando que “es un ejemplo para la juventud”.

A Benítez también le inventaron un discurso celebratorio en el que decía que “prefirieron un duro camino para luchar por el pueblo y su justicia”. Ambos discursos fueron multiplicados a más no poder. A partir de las notas de *La Razón*, Benítez y Mugica fueron acusados de “apología del crimen e incitación a la violencia”. Los sacerdotes estuvieron una semana presos y recuperaron su libertad por “falta de pruebas”.⁴¹

El cortejo enfiló hacia Chacarita sobre las 11.30 del 11 de septiembre de 1970. Los ataúdes habían

sido envueltos en banderas argentinas. La policía conminó a los deudos a quitarlas o la caravana no podría continuar. Siguieron sin banderas. En el cementerio habló brevemente Juan Manuel Abal Medina y dijo: “Han caído dos adelantados de una Patria en marcha”.

La gente se desconcentró cantando: “¡Ni yanquis ni fascistas, peronistas!”.

LA DIÁSPORA

El desbande y la crisis fueron totales. Maza, Abal Medina y Ramus, muertos; Vélez, Rodeiro, Maguid y otros muchos, presos. El balance era muy desfavorable y la reciente organización político-militar estaba al borde de la extinción. Por jerarquía, Sabino Navarro había quedado al frente.

Firmenich se refugió en la casa de un militante del grupo de Sabino, en La Lucila, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Salía muy poco de la casa y, cuando lo hacía, era disfrazado. En ese momento era uno de los tipos más buscados de la Argentina.

Las precauciones duraron hasta diciembre, cuando se empezó a planificar un operativo de propaganda y *recuperación* de armas, nada menos

que en la Quinta Presidencial de Olivos.

El anfitrión de Firmenich en La Lucila, José Amorín, brinda algunos detalles: “Era un operativo fácil, un *milico* con una [pistola] ametralladora en la esquina. Nos hacía falta la ametralladora, la pistola. Además entendíamos que mediáticamente lo que iba a salir era un asalto a la Quinta de Olivos”.

El hecho se concretó el 29 de diciembre de 1970, cerca de las 10.30, en la garita policial de Malaver y Maipú.

En la planificación, Amorín cuenta que “había tres canas que tenían turnos de 24 horas por 48. Uno que era bastante neutro. Otro que era pan comido. Miraba al techo, se aburría. Y otro que era un indio bravo, que tenía la metra empuñada todo el tiempo, miraba para todos lados”.

“Entonces habíamos decidido que lo íbamos a hacer cuando estuviera el facilongo, el dulcecito, no el otro. El primer intento vamos y falla la *sanidad*”, señala Amorín y menciona que propuso hacerlo igual, sin la contingencia de un servicio de enfermería, pero Firmenich se opuso.

Mario estaba decidido a hacerlo según lo planificado, sin importar qué policía estuviera. “Dice: ‘Se hace mañana’ —rememora con cierta

pesadumbre Amorín— y yo le digo: ‘Pero mañana está el chino malo’. Salvo uno o dos la mayoría estuvo de acuerdo. Fuimos a hacerlo al día siguiente. Dos de nosotros constituían el equipo de ataque. Otros dos eran la contención delantera”. En el grupo operativo estaba Carlos “Pingulis” Hobert, uno de los cuadros montoneros más queridos y respetados por sus pares.

Efectivamente, el “chino malo” reaccionó y lo que iba a ser un desarme de rutina terminó cobrando la vida del cabo Inocencio Barrientos. La idea original era que Amorín, vestido de cafetero, lo distrajera; que Firmenich, caracterizado como rabino, lo redujera y luego de quitarle las armas pudieran huir, tirando en la retirada algunas molotov en la Quinta.

Pero dos mujeres que le preguntaron algo al policía hicieron titubear al cafetero y al rabino que ya estaban en marcha hacia la garita, y el cabo sospechó. Cargó la pistola ametralladora y disparó una ráfaga que le acertó a Firmenich en la mano. El falso rabino quiso responder pero la pistola se le trabó. De todos modos, el cafetero ya estaba sobre él y lo mató tomándolo del cuello y disparándole por la espalda.

“La Browning tiene un seguro de culata que vos lo apretás y baja el cargador. Una vez que se te salió el cargador, no podés disparar, aunque la pistola esté amartillada. ¿Qué hizo él, que tiene manos grandes? Apretó el seguro de culata, se le cayó el cargador, se le trabó la pistola y no pudo disparar”, explica el “Petiso” Amorín.

El operativo logró el objetivo propuesto, consiguieron el armamento del policía y produjeron una conmoción que fue tapa en los diarios matutinos y vespertinos. El dato informativo que circuló profusamente fue que habían atacado la Quinta Presidencial y el mensaje era que ni el presidente podía sentirse a salvo.

Barrientos fue velado esa misma tarde en la sede de los bomberos voluntarios de San Isidro. Como a las 9 de la noche llegó el presidente de facto, Roberto Levingston, a dar sus condolencias a la viuda, Ramona Aguilera de Barrientos, y a los tres hijos de la pareja, Carlos, Zulma y Mónica.

“Yo me sentía muy mal —admite Amorín—, había matado un tipo. Pero me siento peor cuando ponen el noticiero y empiezan a pasar imágenes de la familia del tipo. Es una villa miseria y aparece la señora con los pibitos llorando...”

Firmenich no necesitó mayores cuidados en su herida. La bala atravesó la mano en forma limpia. “Agua, jabón y un antibiótico por las dudas”, describe Amorín, que ya entonces era médico. “No mariconeó para nada”, recuerda.

Para Mario, que estaba por cumplir 23 años, era su primera operación con disparos. Según Amorín, no tuvo demasiados remordimientos por la muerte del policía. Incluso —de acuerdo con la memoria del Petiso— justificó esa muerte en el marco de los “riesgos de la revolución”.

Pero luego tuvo un gesto “humanitario”. Amorín debía ir a mover los autos del operativo y Mario, como lo vio muy apenado, hizo uso de su jerarquía y le ordenó a otro que cambiara los vehículos de lugar.⁴²

NOTAS

¹ Entrevista con José Amorín, 20 de noviembre de 2009; *Crónica*, *La Nación* y *La Razón*, 12 de diciembre de 1970, y José Amorín, *Montoneros: la buena historia*, Catálogos, Buenos Aires, 2006, pp. 21-28.

² Ana Julia Ramírez, “La protesta en la provincia de

Tucumán 1965-1969”, ponencia presentada en las III Jornadas “Partidos Armados en la Argentina de los Años Setenta”, Universidad Nacional de San Martín, 24 de abril de 2009.

3 “Carta encíclica *Populorum progressio* del papa Pablo VI a los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles de todo el mundo y a todos los hombres de buena voluntad sobre la necesidad de promover el desarrollo de los pueblos” (www.vatican.va/holy_father/paul_vi/encyclicals/, consulta 2 de marzo de 2010). El destacado es nuestro.

4 Martín De Biase, ob. cit., pp. 114-115.

5 En septiembre de 1966, Abal Medina concurrió a una charla del obispo Helder Cámara en un salón de Montevideo y Córdoba que finalmente fue prohibida; hubo incidentes y fue detenido junto a Mugica. Poco más tarde, a principios de 1967, volvió a sufrir arresto cuando participó en una escaramuza entre los portuarios en huelga y la policía.

6 *Clarín* y *La Nación*, 2 de mayo de 1967; entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino, cit.

7 Ignacio Vélez Carreras, “Montoneros. Los grupos

- originarios”, *Lucha Armada en la Argentina*, año 1, nº 2, marzo-abril-mayo de 2005, pp. 4-25.
- 8 *Ibídem*.
- 9 Entrevista a Casiana Ahumada en *Cristianismo y Revolución (1966-1971)*, edición digital a cargo del CEDINCI.
- 10 “Plenario”, *Cristianismo y Revolución*, nº 6-7, abril de 1968, p. 3.
- 11 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.
- 12 Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas 1943-1973*, Emecé, Buenos Aires, 2007, pp. 123-125.
- 13 Alain Labrousse, *Una historia de los tupamaros*, Fin de Siglo, Montevideo, 2009, p. 24.
- 14 Ignacio Vélez Carreras, loc. cit.
- 15 “Declaración general de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad”, *Cristianismo y Revolución*, nº 5, noviembre de 1967, pp. 44-45.
- 16 Ignacio Vélez Carreras, loc. cit.
- 17 Alejandro Guerrero, *El peronismo armado*, Norma, Buenos Aires, 2009, pp. 149-150.
- 18 Entrevista con Néstor Tato, 20 de enero de 2009.
- 19 Testimonio de Envar El Kadri en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, ob. cit., tomo I, pp.

156-157 y pp. 203-204.

20 La película fue filmada en 1965 por iniciativa del primer gobierno argelino independiente como testimonio de su lucha contra los franceses. En 1966 fue presentada en el Festival de Cine de Venecia y ganó el premio a la mejor película (www.imdb.com/title/tt0058946/ consulta 12 de marzo de 2010).

21 Juan Luis Hernández, “Los mineros bolivianos y las tesis de Pulacayo”, en Suplemento *Lucha de Clases*, nº 7, octubre de 2008.

22 Alain Labrousse, ob. cit., pp. 33-34.

23 José Luis Rojas, Amanda Peralta, Hernán Ceferino Laredo, Benicio Ulpiano Pérez, Edgardo Olivera, David Ramos, Orlando Tomás, Juan Luis Lucero, Néstor Raúl Verdinelli, Hugo E. Petenatti, Samuel L. Slutzky, Arturo Ferré Gadea y Orlando Skimerman.

24 Testimonio de Envar El Kadri en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, ob. cit., pp. 212-220.

25 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.

26 Martín De Biase, ob. cit., p. 173.

27 El 2 de abril de 1969 la célula cordobesa logró alzarse con armas y municiones del polígono del

Tiro Federal de Córdoba y por cuestiones de mantenimiento y seguridad decidió ceder el arsenal a la célula porteña. En el transporte de las armas hubo algunos contratiempos que fueron salvados por la decisión y “sangre fría” de Abal Medina. Los cordobeses quedaron impresionados y renovaron su confianza en la destreza militar de los porteños (Lucas Lanusse, *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Vergara, Buenos Aires, 2007, pp. 163-164).

28 Entrevista con Elvio Alberione y “Asalto y robo a un banco cordobés: pistoleros y policías en cruenta batalla. Tres agentes heridos”, *Clarín*, 27 de diciembre de 1969, p. 19.

29 Uno de los miembros del grupo Córdoba era pariente de un funcionario de esa repartición.

30 Entrevista con Elvio Alberione y “Asalto. Fue saqueado otro puesto policial: robaron uniformes”, *Clarín*, 30 de abril de 1970, p. 36.

31 Firmenich caracteriza como un *apartheid* local la proscripción del peronismo porque, explica, “en Sudáfrica, la población negra no tenía derecho a votar, en cambio en el *apartheid* argentino los cabecitas negras tenían obligación de votar pero no podían elegir. Eso es bastante más perverso”.

Entrevista de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.

32 Mario Firmenich y Norma Arrostito, “Cómo murió Aramburu”, *La Causa Peronista*, nº 9, 3 de septiembre de 1974.

33 Sobre el crimen de Aramburu se han tejido las hipótesis más conspirativas y descabelladas, surgidas siempre desde el sector político que lideraba Aramburu —sus compañeros de armas—, desde los servicios de inteligencia o desde un periodismo que abreva en fuentes tóxicas o interesadas. Ninguna de esas versiones tuvo nunca la más mínima constatación, aunque aún hoy se siguen repitiendo como “hechos” en abundante literatura sobre la época.

34 El periódico *La Vanguardia* —dirigido por Américo Ghioldi, amigo personal de Aramburu y miembro de la Junta Consultiva de la Revolución Libertadora— sostuvo que Firmenich visitó veintidós veces el Ministerio del Interior entre abril y mayo de 1970. En la Casa Militar de la Casa Rosada, responsable de la seguridad y por tanto de los ingresos y egresos, dicen no tener registros de visitantes y mucho menos sobre qué fue a hacer cada uno. “No estamos para hacer inteligencia interna”, aclaró el jefe de la

repartición, coronel Alejandro Graham, consultado para este libro en diciembre de 2008.

35 Los diarios reprodujeron las fotografías de los tres con la apelación “¡Denúncielos!”. Según la Policía Federal, el nombre de guerra de Firmenich era “Manuel”.

36 Paula Baer, “Por primera vez hablan los padres de Mario Eduardo Firmenich”, *Gente*, n° 970, 23 de febrero de 1984, p. 16.

37 Alejandro Guerrero, ob. cit., p. 147.

38 Legajo Montoneros, fs. 92, Archivo de la DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

39 Felipe Celesia y Pablo Waisberg, *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2009, p. 257.

40 Documental *Padre Mugica*, de Gabriel Mariotto y Gustavo Gordillo, 1999.

41 Martín De Biase, ob. cit., pp. 171-176.

42 Entrevista con José Amorín; *Crónica, La Nación*, 12 de diciembre de 1970 y José Amorín, ob. cit., pp. 21-28.

1970-1973

Siente el rugido que llega de las gradas y se ensancha. Su intervención no estaba anunciada y su llegada exalta a los militantes. Es su primer discurso público de peso, destilado en las discusiones de la Conducción Nacional de Montoneros, que definió no pegar de lleno sobre la política del gobierno y buscar los caminos para discutir con Perón pero sin discutir con Perón. La tarea es más que compleja. Es el 22 de agosto de 1973; veintidós años antes, una multitud reclamó que Eva Perón acompañase a Perón en la fórmula para la segunda presidencia, lo que finalmente no se concretaría; hace un año, mataron a dieciséis combatientes en la base naval Almirante Zar, en la Patagonia. Cinco de aquellos muertos peleaban por el regreso de Perón.

“Hoy conmemoramos la muerte de todos nuestros mártires, la lucha de todo un pueblo y el ejemplo de esa gran revolucionaria que todavía nos sigue iluminando y es la que guía nuestra lucha, la

compañera Evita”, dice en el primer tirón de su discurso y enseguida arremete con el objetivo político, el objetivo central de ese acto, que no es otro que plantear un debate sobre el curso del proceso e inyectar mística a los militantes. Es el orador de fondo y hay más de 40 mil personas en el estadio de Atlanta.

Montoneros, en su proceso de fusión con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), quiere hegemonizar la etapa y por eso Firmenich azuza a los militantes sobre su condición revolucionaria y los compromisos que deben adquirir para alcanzar la victoria: la revolución debe ser continental y conducida por la clase obrera, el camino es la construcción y consolidación de un frente antiimperialista y el fortalecimiento de “la unidad nacional”.

Pero existe —enfatisa— una ofensiva imperialista que martilla sobre los errores propios y que atenta contra ese frente que conduce Perón. Y ese ataque no sólo se apoya allí, también en otro lugar. “Hay una camarilla de conspiradores que tratan de impedir la participación popular.” El estadio estalla en abucheos y entonces nombra a Osinde y las puteadas se duplican. En amenaza

directa, lo compara con Aramburu y la tribuna vuelve a rugir, canta, se agita.

Firmenich toma aire, dice que no hay unidad posible sin la participación del pueblo organizado y allí, justo allí, se mete con el Pacto Social y cae sobre la burocracia sindical. Dice que los trabajadores no tienen representantes en ese acuerdo porque por la CGT participan “cuatro burócratas que no representan ni a su abuela”.

Hace una pausa para escuchar a la tribuna, que canta enfervorizada: “Se va a acabar / se va a acabar / la burocracia sindical”.

Desde la tribuna izquierda llega otra consigna, la que habla del destino que le aguarda al jefe de la CGT: “Rucci traidor / a vos te va a pasar / lo que le pasó a Vandor”. El comandante montonero gira hacia ellos y promete: “Esa consigna... refleja verdaderamente lo que estamos diciendo... no existe la más mínima posibilidad. El tiempo...”. El remate de la frase se vuelve inaudible.

El discurso sigue, entonces, por el filo político del cuchillo y vuelve con la necesidad de “organizar” a la clase trabajadora. “Tenemos que fortalecer la JTP [Juventud Trabajadora Peronista] para ganar la conducción política de toda la CGT”,

dictamina.

El palco, que parecía tan inmenso, ya se ajusta a la dimensión del líder montonero. Parece, incluso, cómodo, bajándole letra a Perón sobre el inconveniente de llevarla a Isabel en la fórmula. “Pensamos que no era lo más representativo de estos dieciocho años de lucha”, explica con un equilibrio que juega al límite de la confrontación, que incluye disputar a nivel nacional, movilizándolo en las calles para “imponer la política correcta”. Ese límite delgado tampoco le impide marcar la importancia de dar la disputa dentro del Partido Justicialista y encarar las tareas de afiliación masiva —la meta son dos millones— para controlar la estructura partidaria.

Firmenich, la Conducción Nacional a través de Firmenich, no llega a desafiar el principio de verticalidad del movimiento pero se plantea estirar los márgenes al máximo y evita desafiar al padre frontalmente. Perón parece seguir siendo el medio y el fin.¹

* * *

UN BANCO Y EL RESPALDO

Desde el fallido asalto al banco de La Calera los montoneros vivían desperdigados, escondidos, clandestinos. Buscaban, sin embargo, preparar el terreno para seguir. Firmenich estaba viviendo con otros militantes en una casa en La Lucila, en la zona norte del conurbano bonaerense.

Allí planearon el asalto al Banco de Hurlingham, en Santos Vega 235, Villa Bosch, una localidad lindera con el partido de General San Martín, que a su vez tiene su otro límite con La Lucila. Según la prensa de la época, se llevaron entre 10 y 14 millones de pesos viejos² en un operativo con ocho hombres y una mujer que no duró más de cinco minutos.

Llegaron apenas pasado el mediodía, cuando el banco abría sus puertas. Un cliente vio a una rubia, que llegaba con paso decidido, y tuvo una gentileza de caballero: “Pase usted, señorita”. Detrás se mandaron los tres cómplices y no le dieron tiempo a la protesta. Fueron directo hacia el cabo Manuel Lemos, que estaba de guardia. Al verse rodeado, atinó a sacar el arma y hubo un forcejeo. Uno de los asaltantes lo tomó desde atrás para contenerlo, pero otro se saltó algunos pasos del procedimiento de *contención* y le pegó un balazo en la pierna

izquierda. Hubo gritos y breves escenas de desesperación como en cualquier episodio violento.

El que llevaba la voz cantante, el único que habló en los pocos minutos que duró el robo, gritó: “Somos montoneros, que nadie se mueva”. Los hombres llevaron a los clientes a una oficina y la mujer se quedó vigilando a los cinco empleados.

Después buscaron al gerente y lo obligaron a que los llevara hasta el tesoro. Pero allí no había un centavo y sólo se llevaron el dinero de las cajas. Antes de salir, la rubia firmó la pared con pintura negra: “Montoneros. Comando Lealtad”.

En simultáneo, fuera del banco se desarrollaba la otra parte del operativo: un hombre estacionó un Fiat 1600 color azul y otro, de traje oscuro y acentuada amabilidad, simuló necesitar un teléfono en un taller mecánico que estaba frente al banco. Entró y, a punta de pistola, les “pidió” a los trabajadores que entraran en la fosa. Les dijo que era montonero y que se parapetaría allí, y que si había tiros no quería que ellos resultaran heridos. Una cuadra más lejos, pero con visión limpia del objetivo, otro hombre montó guardia.

La advertencia que les había dado el montonero “amable” —como lo describió después el dueño del

taller— no fue en vano. Mientras se producía el robo un vecino detuvo su auto en la puerta del banco, pero advirtió que estaba sucediendo algo extraño y volvió a arrancar. Eso alertó a los que estaban de campana y le soltaron seis tiros que no alcanzaron a detener el vehículo, que siguió la marcha con una rueda averiada.

Segundos después, salieron los cuatro que habían tomado el banco y se metieron en un Chevrolet gris. El chofer comenzó a maniobrar para salir de la línea de estacionamiento, pero justo en ese momento dobló un colectivo y amenazó con bloquearle el paso. En ese momento un noveno montonero apareció como de la nada y le impidió avanzar. Pistola en mano, lo obligó a retroceder. Los que no habían estado en el banco se subieron al Fiat y finalmente se concretó la fuga.

Ese año sería complicado para Montoneros y ese robo le permitiría a la organización sostener la imprescindible estructura de clandestinidad. Pero los efectos del secuestro de Aramburu se habían movido en dos sentidos bien diferenciados: habían ganado prestigio y respaldo en el peronismo, y la dictadura se les había ido encima. El peso de cómo les cayeron puede leerse en la causa Aramburu. Ese

expediente fue uno de los últimos instruidos por la Justicia Federal ordinaria. Después, en mayo de 1971, se crearía un tribunal especial: la Cámara Federal en lo Penal de la Nación, cuyo único objetivo era “juzgar la actividad subversiva”. Los militantes y sus abogados lo apodaron “el Camarón”.

A principios de febrero de 1971, mientras los condenados circulaban por distintas cárceles del país, la conducción de la incipiente organización que integraba Firmenich cruzó cartas con Perón. El emisario era Rodolfo Galimberti.³ Hasta ese momento sólo le habían enviado mensajes aislados al General. Ahora buscaban un apoyo explícito y algunas definiciones.

Para evitar confusiones enumeraban las consultas. El primer punto estaba referido al secuestro y “ajusticiamiento” del general Aramburu. Allí explicaban sus razones, hablaban de “traición a la Patria y a su Pueblo” y marcaban el nuevo “rol de válvula de escape que este señor pretendía jugar como carta de recambio del sistema”.

La respuesta de Perón, fechada el 20 de febrero de 1971, también discriminaba punto por punto. “Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo

actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación de que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas.”

El segundo punto que preocupaba a Montoneros estaba relacionado con “la ejecución de Alonso”, sindicalista del vestido, que el 27 de agosto de 1970 había terminado sus días en la vereda de su casa, en Belgrano. Le habían dado catorce balazos en un operativo que no duró más de un minuto. La firma correspondía al Ejército Nacional Revolucionario (ENR), que un año antes había matado a Vandor y que luego se identificaría como el brazo armado de Descamisados,⁴ que recién se integraría a Montoneros a principios de 1972.

La aclaración a Perón, en esa carta del 9 de febrero de 1971, fue cuidadosa: “Este comando utiliza el nombre de nuestra organización y el apellido de nuestro primer compañero muerto en combate; no obstante no pertenece a nuestra organización e ignoramos quiénes lo componen. Lo cierto es que el pueblo nos adjudicó la autoría del hecho jubilosamente. El pueblo peronista vio entonces en nosotros a los ejecutores de aquello de

que ‘si los dirigentes no se ponen a la cabeza, adelante con la cabeza de los dirigentes’”.

Perón no había hecho declaraciones públicas sobre la muerte de Alonso, que por indicación del líder había sido uno de los animadores de las “62 de Pie” antivandorista, meses antes de convertirse en uno de los invitados a la asunción del presidente de facto Juan Carlos Onganía en 1966, y les causaba cierta intranquilidad que el General estuviera molesto por el operativo y les “cargara el muerto”. Pero el “Viejo” los tranquilizó: “Es totalmente falso que haya perturbado plan táctico alguno”. No avalaba ni dejaba de avalar, pero rechazaba la versión de que la muerte de Alonso le hubiera jugado en contra.

El Ejército y su posible colaboración ocupaban el tercer punto del intercambio y en el cuarto punto le daban su visión sobre la posibilidad de una apertura electoral de la dictadura del general Roberto Levingston, quien finalmente sería derrocado por Alejandro Agustín Lanusse a fines de marzo. Decían que podía ser una “salida desesperada” para el régimen, que lo único que quería era “sacarse de encima esta pelota de fuego que les quema entre las manos y con la que ya no saben qué hacer”, en

alusión a la presión del pueblo peronista. Aun ganando las elecciones, analizaban, el régimen no toleraría un gobierno justicialista.

Para terminar con la sucesión de democracias débiles y golpes de Estado se pronunciaban por “la vía armada como único método estratégicamente correcto para tomar el poder”.

En su respuesta, Perón buscaba un equilibrio. Afirmaba descreer de la “patraña” de una convocatoria a elecciones pero les hablaba de la “lucha integral”, señalando que “no se puede despreciar la oportunidad de forzar también este factor a fin de hostigar permanentemente desde las organizaciones de superficie”.

Así, Perón volvía a ubicarse como conductor de un movimiento más amplio que el de las organizaciones armadas, a las que consideraba sólo una parte de este.

Cerrando el temario, en el quinto punto, los jóvenes revolucionarios peronistas insistían en que “el único camino posible para que el pueblo tome el poder para instaurar el socialismo nacional es la guerra revolucionaria total, nacional y prolongada, que tiene como eje fundamental y motor al peronismo. El método a seguir es la guerra de

guerrillas urbana y rural”.

La respuesta de Perón iba en el mismo sentido. “Totalmente de acuerdo en cuanto afirman sobre la guerra revolucionaria. Es el concepto cabal de tal actividad beligerante. Organizarse para ello y lanzar operaciones para pegar ‘cuando duele y donde duele’ es la regla.” Sin embargo, alertaba que “la guerra de guerrillas no es un fin en sí misma sino simplemente un medio”.

Finalmente, enviaba saludos para los militantes presos y perseguidos por la dictadura. Les pedía, además, que “les lleven la persuasión de que tal situación no ha de durar mucho”.⁵

Junto con la que envió a Montoneros, Perón despachó una carta para Carlos Maguid, esposo de la hermana de Norma Arrostito y condenado a dieciocho años de reclusión por el caso Aramburu. Perón definía a la causa judicial como “ignominioso proceso”.

En el párrafo siguiente elegía palabras que estaban a tono con las escritas para la conducción de Montoneros y vaticinaba: “Ya el pueblo se encargará de liberarlo junto con la patria y entonces faltarán árboles en Buenos Aires para hacer efectiva una justicia por la que se está clamando desde hace

quince años”.⁶

AMANDA LIBERADA

Antes de que terminara marzo de 1971, Lanusse desplazó a Levingston. Llegó con nuevos bríos represivos y una propuesta para encauzar al peronismo dentro del Gran Acuerdo Nacional (GAN). Era una “acción psicológica para intentar mostrarse como ‘de apertura popular’”, pero lo que estaba de fondo era un mayor compromiso con los intereses extranjeros. Así lo caracterizaron las organizaciones y agrupaciones peronistas, que el 27 de marzo, un día después del golpe, lanzaron una declaración pública con la firma de varios dirigentes, como Gustavo Rearte, Julio Guillán y Bernardo Alberte, entre otros.

“Se trata ahora de intentar la mezcla de la tecnocracia militarizada con elementos ‘rescatables’ del liberalismo a los fines de volver a instrumentar las burocracias de los partidos políticos tradicionales para frenar el avance popular”, afirmaban.⁷

Los integrantes del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo también criticaron la

destitución y rechazaron la posibilidad de elecciones convocadas “desde arriba y con los mecanismos de viejos comités” porque “son una trampa para detener la lucha”.

A dos meses de asumir, Lanusse puso en marcha la Cámara Federal en lo Penal de la Nación. El diario *La Opinión* la describió como un “fuero antisubversivo”, pero era mucho más que eso y estaba destinada a terminar con cualquier tipo de reclamo. Tenía jurisdicción en todo el país para intervenir en delitos “cometidos con motivo o en ocasión de huelgas, paros y otros movimientos de fuerza” y cuando ocurrieran “actos de intimidación o subversión tendientes a afectar la seguridad de las instituciones”.

Entretanto, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) multiplicaba sus acciones. En mayo de 1971 secuestró al cónsul honorario británico en Rosario, Santa Fe, Stanley Sylvester, quien era también director de Swift, la planta envasadora de carne de esa ciudad. La liberación fue a cambio de que la empresa distribuyera 50 mil dólares en ropas y alimentos en los barrios pobres. Esa acción era parte de la definición por la lucha armada, que se había tomado en el V Congreso del PRT (Partido

Revolucionario de los Trabajadores), que se había realizado a fines de julio de 1970. La decisión incluía el armado de una estructura jurídica, que integrarían los abogados peronistas Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña.⁸

En mayo de ese año, Firmenich ya estaba a cargo de los grupos de Montoneros de Córdoba y Buenos Aires. Como representante de ambos, mantuvo reuniones con dirigentes del ERP.⁹ La idea era empezar a coordinar acciones conjuntas pero el tema no pasó de allí. Las posiciones antiperonistas de la guerrilla marxista dificultaban la tarea.

Un mes más tarde, el 26 de junio, Firmenich descolló en la liberación de cuatro presas alojadas en la cárcel de mujeres Asilo del Buen Pastor, en el barrio porteño de San Telmo, según Juan Gasparini, ex militante de FAR y luego de Montoneros, donde ocupó cargos de conducción en Mar del Plata. La acción fue encarada por las Organizaciones Armadas Peronistas, integradas por Montoneros, las FAP y las FAR.

Entre las liberadas estaba Amanda Beatriz Peralta, más conocida como la “Negra Amanda”.¹⁰ Para ese momento ya era un personaje mítico. Había sido fundadora de las Fuerzas Armadas Peronistas

(FAP) y participado del foco guerrillero de Taco Ralo, en Tucumán.

Apenas pasadas las 13.30 de aquel sábado, cuatro militantes irrumpieron en el establecimiento carcelario de Humberto I 378. Eran tres hombres y una mujer que simulaban ser abogados. Ni bien traspasaron las puertas, abrieron los maletines y sacaron las armas. La cosa parecía fácil, pero no fue “coser y cantar”. Se tirotearon con ocho guadiacárceles y “Firmenich se batió metralla en mano, en un rol más relevante que en el ‘Aramburazo’”, escribió Gasparini.¹¹ El enfrentamiento incluyó el uso de granadas y una fuga en la cual dejaron un patrullero inutilizado y cinco heridos: una monja y cuatro policías.

Según la crónica de *La Nación* del día siguiente, el tiroteo dejó un muerto entre los atacantes: Bruno Cambarieri, quien llevaba documentos falsos a nombre de Juan Carlos Bueno. El operativo permitió liberar a Peralta, Ana María de las Mercedes Solari, Ana María Papiol de Teoer y Lidia Marina Malamud de Aguirre.

BICHOS COLORADOS

Uno de los grupos que se sumaría a Montoneros fue la organización que lideraba Carlos Olmedo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Se trataba de una agrupación marxista nacida en 1969 a partir de dos vertientes: militantes que en 1967 habían roto con el Partido Comunista como integrantes del Comité Nacional de Reconstrucción Revolucionaria (CNRR), la fracción que dio origen al Partido Comunista Revolucionario (PCR), y ex miembros de Praxis, el grupo de Silvio Frondizi, donde militaba Arturo Lewinger.

“Eran dos vertientes que no veían al peronismo como un movimiento fascista. Frondizi lo había definido como ‘bonapartista’, que significa que actúa como vínculo entre dos clases sociales”, explica Jorge Omar Lewinger, hermano menor de Arturo.

La organización aportó cuadros como Roberto Quieto al Ejército de Liberación Nacional (ELN), que operaría en el norte argentino como uno de los apoyos a la propuesta del Che Guevara en Bolivia. Pero esa experiencia fracasó y, después de análisis y debates, se volcaron hacia las ciudades.

Aun antes de adoptar las siglas FAR, hicieron su primera acción de importancia con los ataques con

bombas a los supermercados de la cadena Minimax, en junio de 1969. Fue para recibir a su dueño y enviado de Richard Nixon a Buenos Aires, Nelson Rockefeller. Un año después, el 30 de julio de 1970, se presentó en sociedad con el copamiento de la localidad bonaerense de Garín, a unos 50 kilómetros de Capital Federal. Allí participó Quieto y puso en práctica todo lo aprendido durante los cursos de instrucción militar en Cuba.

El grupo de asalto llegó en remises desde distintos puntos de Capital y Gran Buenos Aires, mientras un segundo grupo simulaba vender pinturas y recorría el pueblo, de apenas 35 manzanas y 30 mil habitantes, para determinar los movimientos de los pobladores y los puntos a controlar.

Como primera medida, cortaron las comunicaciones telefónicas y cerraron los accesos al pueblo. Luego, tomaron la comisaría —una pareja de militantes disfrazados de médicos distrajeron a los policías—, el restaurante El Farolito, la delegación municipal, la estación del ferrocarril y el Banco Provincia, donde el cabo Fernando Sulling se resistió y fue herido en el estómago. Poco después moriría.

Antes de la retirada, pintaron consignas y

blanquearon su identidad: Fuerzas Armadas Revolucionarias. El botín fue de 3.316.628 pesos ley 18.188, 7 pistolas de diverso calibre, cuatro revólveres, dos pistolas ametralladoras, cargadores, chapas y uniformes policiales.¹²

Para 1971, los miembros de las FAR —en su gran mayoría jóvenes universitarios de clase media— ya habían hecho su opción por el peronismo. “No nos integramos al peronismo; el peronismo no es un club o un partido político al que uno puede afiliarse. El peronismo es fundamentalmente una experiencia de nuestro pueblo y lo que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella”, dijo Olmedo en un extenso reportaje.¹³

Ese proceso teórico no estuvo desligado de la práctica. “Teníamos relación con las FAP, la organización guerrillera decana, que nos daba apoyo y también debate político para que nos definiéramos por el peronismo”, recuerda Lewinger.

La “peronización” de ese grupo llegó junto con el recrudecimiento del enfrentamiento de la dictadura con las organizaciones armadas. En ese contexto fue que en julio de 1971 intentaron detener a Quieto policías federales de civil.

—¡Me quieren secuestrar! ¡Soy Roberto Quieto!

—gritó mientras forcejeaba para que no lo metieran en un auto sin patente. Ese intento de detención poco clara quedó blanqueado. Actuaron allí los abogados que conformarían la Asociación Gremial de Abogados, que tendría fecha de fundación en agosto de 1971.

El golpe sobre la organización siguió por otros carriles: ese mismo mes un grupo parapolicial secuestró a los militantes de las FAR Juan Pablo Maestre —había comandado una de las unidades en la toma de Garín— y su esposa, Mirta Misetich.

Fue un procedimiento similar al de Quieto, pero Maestre recibió tres tiros cuando intentó escapar y, junto con Misetich, fue cargado en un auto. El cuerpo de Maestre apareció en Escobar. Misetich nunca más apareció.¹⁴

Pese a los reveses, la organización seguía operando. El 31 de mayo de 1971, a un año del secuestro de Aramburu, Montoneros producía una de sus acciones de guerrilla más espectaculares: la toma de la localidad de San Jerónimo, Santa Fe, a unos 50 kilómetros de la capital provincial.

Los comandos “Eva Perón” y “Abal Medina”, integrados por unas veinte personas, a las 3.30 iniciaron la toma en la comisaría de San Jerónimo.

Una pareja dijo haber sido asaltada en la ruta y cuando les franquearon el ingreso, sacaron las armas, redujeron al policía de guardia y encerraron a todos los efectivos en el calabozo.

Con uno de los policías fueron a buscar al gerente de la sucursal del Banco Provincia y lo obligaron a abrir el tesoro. Según el diario, se llevaron 8.700.000 pesos, pero una versión indicaba que la suma era de 20 millones.

Salvo la pareja que redujo a los policías, el resto actuó encapuchado y con guantes. Tanto en la comisaría como en el banco y en la delegación municipal, se pintaron las paredes con consignas como “Por una patria justa, libre y soberana” y la firma “Montoneros”.¹⁵

EL JEFE

Con los militantes desperdigados y ocultándose, con varios de sus principales cuadros muertos o detenidos, Sabino Navarro encaró la tarea de recomponer la organización. Las balas que habían matado a Ramus y Abal Media lo habían convertido en el jefe. “Trata de atar el país con su Peugeot 404. Camina por el país, lo recorre, y va tratando de atar

y trata de homogeneizar políticas, pensamientos”, explica un ex dirigente de alto rango de Montoneros y reconoce su rol fundamental para volver a tramar la tela. La organización como tal no tenía una estructura centralizada, se había conformado a partir de “grupos” o “células” por zona que actuaban con una línea política común pero con autonomía de funcionamiento.

“Esto es hijo del problema de las FAP, que tenían una conducción centralizada. Hasta Taco Ralo, ningún problema...”, admite.

Ese modelo de organización chocó con la gran iniciativa de los montoneros y “terminó de estallar porque un día los compañeros de Santa Fe ‘hicieron’ un camión con 30 toneladas de explosivos y le pintaron FAP a un costadito del camión. Se armó un gran quilombo con las FAP en Buenos Aires: ¿para qué estrategia eran esos explosivos?; ¿qué significaban? Bla, bla, bla. Y nos prohíben que firmemos como FAP si antes no estaba autorizado”, recuerda.

Esa crisis llevó a un modelo de construcción más parecido a la “Resistencia Peronista” y por eso Montoneros se fue conformando “como una asociación de grupos” en distintos puntos del país.

Pero la suerte de Sabino Navarro, obrero mecánico, dirigente sindical de Córdoba y peronista de nacimiento, comenzó a cortarse en 1971. A fines de junio, dos policías que venían buscando a los responsables de un asalto a un banco en la zona de Villa Ballester lo encontraron indefenso. Estaba en un auto robado con una mujer, disfrutando del abrigo de la noche, y no los vio llegar.

Le pidieron documentos pero no tenía ninguno legal. Sabino, rápido de reflejos, les dijo que tenía los papeles en un portafolio, en el baúl. Fue hacia atrás, abrió el baúl y allí, protegido por esa chapa, aferró su 38. Cuando los policías se dieron cuenta de lo que sucedía ya estaban cayendo, baleados.

“Navarro se tiene que ir de Buenos Aires porque se manda una cagada”, rememora Elvio Alberione.

La decisión de Montoneros fue clara: Sabino Navarro fue degradado. Había traicionado a su compañera, a su mujer. Lo enviaron a construir a Córdoba, donde el clasismo venía ganando terreno. Conocía el lugar, había sido delegado metalúrgico del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), donde había aportado a la conducción de José Rodríguez y Dirk Kloosterman. Eso fue hasta que vio cómo “entregaban” huelgas.¹⁶

Un mes más tarde, en la madrugada del 22 de julio, Sabino Navarro y el grupo que comandaba asaltaron un garaje en Río Cuarto y se llevaron tres autos. Pero algo salió mal. El sereno se desató antes de tiempo y avisó a la policía. Las rutas fueron bloqueadas e iniciaron una fuga que no tenía destino. No conocían la zona y estaban rodeados de sierras.

Fueron cayendo uno a uno. A Sabino lo buscaron durante una semana. Estaba metido en el monte con otro compañero, pero cargaba con dos heridas de bala y cuando vio que ya no tenía salida le ordenó al estudiante que lo acompañaba que se fuera. El diálogo se hizo mito.

—Soy el jefe y ordeno: usted se salva. Yo no puedo caer vivo.

El estudiante no tardó en ser detenido, pero el cuerpo de Sabino Navarro fue encontrado recién a fines de agosto, en una cueva. Dicen que tenía su inseparable 38 amartillada. Le cortaron las manos y lo sepultaron como NN. Su vida y su fuga épica fueron rescatadas en *La Causa Peronista*, número 5.

A excepción de Arrostito, el único sobreviviente libre del grupo que había secuestrado y matado a Aramburu era Firmenich. Quedó al mando y ya nunca lo abandonaría.

REARMAR CÓRDOBA

Noviembre de 1971 llegó con la destitución de Jorge Daniel Paladino como delegado de Perón. La explicación estaba en que Paladino había tenido un “espíritu absorbente” en la conducción, que “había tomado partido en las luchas faccionales” del peronismo, que “se desprendió de los mejores hombres” y que estaba sospechado de “ambiciones desmedidas” en perjuicio del conjunto, entre otras cosas. Incluso, Perón lo maltrató cuando dijo que había “extremado” sus contactos con Lanusse y con su ministro del Interior, el radical Arturo Mor Roig; además de haber tenido “intimidación” con gorilas conocidos.¹⁷

Pero Juan Manuel Abal Medina, que en marzo de 1972, a sus 27 años, se convertiría en secretario general del Movimiento Nacional Justicialista, aporta un dato más: “Paladino se veía con Aramburu, se escandaliza con el secuestro de Aramburu, lo condena y Perón ahí le hace la cruz. Esto me lo contó el General”.¹⁸

En lugar de Paladino quedó Héctor Cámpora. Montoneros y las agrupaciones de superficie que conformarían la Tendencia Revolucionaria iban a

encontrar un “Tío”. “Si es el hermano del Viejo, es el Tío”, bautizarían, aunque otros sostienen que el mote venía porque Mario Cámpora, sobrino de Héctor, en su militancia en la organización funcionaba como enlace entre la conducción y su pariente y siempre le pedían “decile al Tío esto, decile al Tío aquello...”. Y le quedó por repetición el Tío Cámpora.

El nombramiento de Abal Medina expresó la necesidad de unificar sindicatos con juventudes. “En el país se va generando, cada vez más, [la idea de] que es imprescindible alguna participación de Perón. Entonces mucha gente comienza a ir a hablar con Perón, de todos los sectores. La muerte de Vandor, el nacimiento de Montoneros, le dan todas las cartas”, explica Abal Medina, que conoció a Perón “a instancias de dirigentes de la JP”.

Entretanto, Montoneros avanzaba en su proceso de reconstrucción. Seguían funcionando como una federación de grupos; recién se conformaría una Conducción Nacional en 1973, y Firmenich fue enviado a Córdoba para intentar recuperar terreno frente al avance del sindicalismo clasista, que había crecido con el mecánico René Salamanca y las experiencias del Sitrac-Sitram. Allí tallaban los

militantes de Vanguardia Comunista (VC), del Partido Comunista Revolucionario (PCR) y del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

EL AMOR

—Tenés que buscar una casa en Villa Cabrera, a doce cuadras de la comisaría. Tiene que tener garaje y una entrada por una calle y una salida por otra.

La instrucción de Rufino Roberto Pirlles, fundador de Montoneros, fue precisa. Casi no le dio más datos, no tenía por qué. Ella era parte de la célula que lo tenía como responsable. Sólo le dijo que era para guardar a “un compañero que viene de Buenos Aires con muchos problemas de clandestinidad”. Agregó: “Poné la cara para alquilarla que vos sos legal”.

María Elpidia Martínez Agüero, la “Negrita”, escuchó la orden y la cumplió al pie de la letra. Consiguió una casa segura, con “muros tan altos que parecía un convento”. Era hermana menor de Guillermo Martínez Agüero, el “Polito”, otro de los fundadores de Montoneros. Pertenecían a una de las familias tradicionales de Villa Allende, Córdoba. La casa paterna de los Martínez Agüero había sido una

de las allanadas durante el operativo de rastrillaje que se hizo después del segundo asalto a La Calera y que terminó con Emilio Maza muerto e Ignacio Vélez muy mal herido.

Era septiembre de 1972 y en el bar Carlos V, de Trejo y Boulevard San Juan, se veían por primera vez la Negrita y Firmenich. Hacía menos de un mes que se había producido la masacre de Trelew, en la Base Aeronaval Almirante Zar. La fuga de los jefes políticos del penal de Rawson había sido un éxito parcial. Escaparon los jefes, pero los marinos fusilaron a dieciséis militantes capturados tras la fuga.¹⁹

Ella no sabía exactamente quién era él. Era gordito, tenía un largo bigote teñido y se había dejado crecer las patillas hasta tapar su característico y vistoso lunar. Llegaba a Córdoba después de intentar un asalto a un blindado, que terminó en fuga descontrolada. Debían interceptar con un colectivo a un camión de caudales pero algo falló, y Mario viajó a Córdoba.

Por cuestiones de seguridad cambió su nombre de guerra. Dejó de llamarse “Javier” —su segundo hijo tendría ese segundo nombre— y se convirtió en “Pepe”, el apodo y nombre de guerra que lo

acompañaría por el resto de su vida.

“Tenía los nervios de hierro. No se le movía un músculo. Lo que más recuerdo es que estaba muy mal vestido... todavía me fijaba en esas cosas”, contó la Negrita.²⁰

Él también se había fijado en María Elpidia. Empezó a aparecer en las reuniones de célula de ella, a las que no tenía por qué asistir, pero podía hacerlo en virtud de su rango. Ella pensaba que la estaba controlando para observar cuánto se desprendía de sus “raíces burguesas”.

El cortejo fue entre discusiones políticas y entrenamientos militares, e incluyó un tercero en discordia —Abel— que quería lo mismo que Firmenich: conquistar a esa morocha de metro y medio de altura, con el cabello larguísimo.

Un día, a mediados de enero de 1973, Pepe la esperó con una guitarra, le dedicó una zamba y le declaró su amor. El 22 de septiembre se casaron. Elvio Alberione fue uno de los testigos del matrimonio ante el Registro Civil de Villa Allende.

La ceremonia religiosa fue en el jardín de la casa de los Martínez Agüero. La ofició el padre Francisco Luchessi, que proclamaba que “el deber de todo católico es ser revolucionario”. Había

pocos familiares entre los invitados. “Fue muy austera y los que estábamos éramos mayoritariamente montoneros”, contó Alberione.

La relación entre ellos continúa hasta hoy. Para sus veinte años de casados, Firmenich le regaló un poema: “Leal hasta la muerte / traiciones golpeando fuerte / incomprensiones terribles... Años de tiempo infinito / que se nos pasa volando / viendo a los chicos chiquitos / de repente militando / que aquel que es hoy embarazo / mañana juega en la escuela / que se le sale una muela / a aquel que tomaba el pecho / y el que jugaba en los brazos / reclama por sus derechos...”.²¹

EL TÍO

La llegada de Cámpora junto a Perón dio aire al sector de la juventud que crecía bajo la figura mítica de Montoneros. Desde el sindicalismo comenzaron a plantear sus objeciones y Perón buscó los atajos para ir delineando su estrategia electoral sin fracturas de ese amplio frente político, hegemonizado por el peronismo, que ya estaba cruzado por fuertes internas.

“Nosotros iniciamos la campaña ‘Luche y vuelve’

en la Juventud Peronista. Muchos otros grupos no pensaban que pudiera volver, pero nosotros creíamos que igual era legítimo hacer la campaña aunque le impidieran volver. Por más que a Perón lo voltearan de un cañonazo o se muriera de un síncope antes de volver era válido desde el punto de vista del desarrollo de una estrategia política popular. La hicimos y Perón volvió”, cuenta Firmenich.²²

La llegada del General fue un logro frente a la dictadura de Lanusse. Regresó en un avión lleno de dirigentes políticos y sindicales, intelectuales y artistas. Se quedó veintiocho días en Buenos Aires, entre el 17 de noviembre y el 14 de diciembre de 1972, y eso le bastó para terminar de armar el entramado electoral y alentar las esperanzas de millones.

La campaña para su regreso fue empujada por Montoneros con una amplitud que alteró los ánimos de las fuerzas de seguridad. Previendo alguna maniobra de la dictadura contra Perón y para reducir la tensión en las calles con los policías, la organización envió cartas con su membrete a varias comisarías para trabajar sobre la conciencia de los uniformados. La nota, de sólo cuatro párrafos, iba dirigida a un impersonal “Sr. Policía” y aclaraba

que, pese a que muchas veces esa institución había “empuñado las armas contra el pueblo”, ellos lo consideraban “un oprimido más” y evaluaban que ante el retorno de Perón quedaban “bien definidos los bandos: por un lado la camarilla militar que explota, reprime, tortura y mantiene una economía de miseria de la cual también Ud. es víctima. Por otro, el pueblo movilizado para lograr una Patria Justa, Libre y Soberana para todos, también para Ud. Que las armas que Ud. empuña no apunten al pueblo sino a los oligarcas vendepatria que lo están usando a Ud. como carne de cañón”. La despedida era con el “Perón o muerte” y el “Viva la Patria”.²³

Junto a las cartas que envió a los policías, Montoneros trazó un plan para acorralar a la dictadura y evitar cualquier maniobra contra Perón. Desde la Escuela de Mecánica de la Armada, el guardiamarina Julio César Urien comandó una sublevación y, aunque él fue detenido, sus hombres llegaron hasta la plaza Grigera, en el corazón de la localidad bonaerense de Lomas de Zamora.

Se formaron en posición defensiva y quedaron listos para el combate. Pero no encontraron a los militantes de Montoneros y de la JP que debían sumárseles. La dictadura lanzó versiones

contradictorias para desorientar posibles adhesiones y los sublevados terminaron rodeados por tanques y camiones del Ejército. El enfrentamiento no tenía sentido y negociaron una rendición sin represalias. Todo duró menos de diez horas, entre la noche del 16 y la madrugada del 17 de noviembre. Antes de que el avión que traía a Perón tocara suelo argentino habían entregado las armas.

El General llegó poco después de las 11 de la mañana. Bajó del avión de Alitalia junto a su mujer, María Estela Martínez. Llovía. José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT, se acercó con el paraguas negro y quedó fotografiado para siempre. A su lado estaba Abal Medina, el joven que casi un mes después sería el encargado de anunciarle que el candidato presidencial no sería Antonio Cafiero.

“Perón saludó, Rucci lo cubrió con el paraguas, y luego subimos al auto. El aire se cortaba con cuchillo. Y Perón me dijo: ‘Tranquilo, doctor. Vengo armado’”, recordó Abal Medina.²⁴

Pero Lanusse tenía una carta más y no dejaría que la llegada fuera limpia. Perón, Isabel y López Rega fueron llevados al Hotel Internacional de Ezeiza. No estaban detenidos pero no los dejaban salir del aeropuerto. La dictadura hablaba de problemas de

“seguridad”.

Perón se cansó de esperar y avisó a su custodia, conducida por el coronel Jorge Osinde, que se iban. Mientras subían las valijas a un Ford Fairlane, llegaron dos camiones militares. Bajaron dos docenas de soldados e instalaron dos ametralladoras pesadas apuntando hacia la puerta. “Está arrestado en la habitación, mejor dicho, en la celda 113”, anunció Cámpora.

La tensión se volvía espesa. Recién en la madrugada del 18, la dictadura dijo que podría irse con los primeros rayos del sol. Pasó casi veinte horas detenido y esa misma tarde, en la casa de la calle Gaspar Campos, volvió a sentir ese calor particular: salió al balcón, agitó la mano y le devolvieron una ovación. En la calle había una manifestación de jóvenes que lo vivaban. A su lado estaban Isabel y López Rega.

Allí mismo comenzó a organizarse la “Asamblea de la Unidad Nacional”, que todos recordarían como la “Mesa de Nino”, por el restaurante donde se hizo la reunión que convocó a dirigentes de la mayoría de las fuerzas políticas reconocidas legalmente. Pero ese encuentro no bastó para convencer al radicalismo de que había que

presionar a Lanusse para modificar la “cláusula de residencia”, que la dictadura había establecido como condición para ser candidato y obligaba a residir en el país antes del 25 de agosto de 1972. La restricción tenía un único destinatario: Perón.

Su paso por Buenos Aires estuvo cruzado por el lobby electoral que se tejía dentro del peronismo, pero el General no dio definiciones. Utilizó todo su arte de estrategia y antes de viajar a Paraguay, a visitar a su amigo Alfredo Stroessner, conversó el tema con Abal Medina. “La primera vez que se habla de candidaturas, Perón me dice, antes de irse a Asunción, que el Congreso designe a Cámpora”, recuerda.

El Congreso del Movimiento Nacional Justicialista estaba citado para dos días después, y el sindicalismo quería ver a la cabeza de la lista a Cafiero, pero —señala Abal Medina— “el General no le tenía buena voluntad, por una reunión que Cafiero había tenido con Lanusse”. Así fue que, pese al enojo de Rucci y demás gremialistas, Cámpora encabezó el binomio presidencial junto con Vicente Solano Lima.

Las fórmulas provinciales se decidieron en una reunión entre Perón y Abal Medina y determinaron

que los candidatos fueran el frondicista Carlos Sylvestre Begnis (Santa Fe), Jorge Cepernic (Santa Cruz) y Alberto Martínez Baca (Mendoza). Sobre estos dos últimos, Isabel había expresado sus preferencias.

Los vetos de Perón fueron para Manuel de Anchorena en Buenos Aires, Felipe Sapag en Neuquén y Carlos Juárez y Abraham Abduljad en Santiago del Estero. Además, pidió que a Raúl Lastiri, yerno de López Rega, le dieran un lugar en las listas: “Póngalo de diputado, se está por morir”. Sobre el resto de la lista para el Congreso, Perón instruyó: “Reservar el 25% para las otras fuerzas del Frente y el resto dividirlo, si los políticos lo dejan, entre las cuatro ramas peronistas (sindicalismo, políticos, juventud y mujeres)”. Así lo detalló Jorge Bernetti, ex jefe de Prensa del Movimiento Peronista y de la gira presidencial de Cámpora.²⁵

Horas después del Congreso, comenzaron las pintadas ideadas por Montoneros: “Cámpora al gobierno, Perón al poder”. Eso gatilló, sobre la base de la campaña por el retorno, el inicio del crecimiento vertiginoso que tendría Montoneros. Pero el tema no estaba del todo pulido dentro de la

organización: había resistencia a la “cuestión electoral”.

LA “CONDUCCIÓN DESPEGADA”

“Yo tengo un breve contacto con gente de Montoneros el día que se va el General, 14 de diciembre del '72. Me encuentro con Roberto Vidaña, de Córdoba, y me dice: ‘En Córdoba queremos que sea Julio Antún’. Fue la única opinión formal que recibí de Montoneros sobre las candidaturas”, señala Abal Medina.

También desmiente la versión sobre una supuesta presión de la organización para incluir a Oscar Bidegain como candidato a gobernador bonaerense, porque “no hubo tal cosa de gobernadores montoneros”.

Pero mientras los sindicalistas se envenenaban por el armado de las listas, Montoneros contaba la plata que había obtenido con el secuestro de Juan J. Van de Panne, el presidente de Philips Argentina. Lo habían secuestrado a principio de septiembre de 1972. Fue una operación organizada y ejecutada por los militantes de la provincia de Buenos Aires. No duró más de dos días y les permitió alzarse con 500

millones de pesos moneda nacional, unos 500 mil dólares de la época,²⁶ que con la pérdida de valor por la inflación estadounidense representaría unos 2.600.000 dólares en 2010.²⁷

“Toda esa plata fue a la campaña”, afirma un ex miembro de la Conducción Nacional, y Alberione completa: “En la campaña electoral hasta los afiches que había en la calle eran los nuestros. Los pagamos nosotros. No recibimos nada del Partido [Justicialista]. En la calle estuvimos nosotros”.

Pero el aporte en metálico no estuvo en relación con los lugares que ocuparon en las listas. Su preocupación seguía siendo la lucha política en las calles. Se planteaban construir “poder y organización popular”. Se trataba de “capacitar, formar y encuadrar política y militarmente a los miles y miles de pibes” que iban sumándose a Montoneros, explica la misma fuente. Ahí radicó la decisión de que ninguno de los miembros de organismos de conducción integrara las listas electorales.

“Todos los candidatos que sacamos los fabricamos, los fabricamos de la nada. Carlos Kunkel o el ‘pibe’ [Roberto] Vidaña eran candidatos fabricados, militantes de barrio. El criterio era que

fueran compañeros jóvenes que se hubieran destacado y que tuvieran lealtades más o menos probadas. ¿Por qué nosotros no? Porque queríamos poner el eje en la construcción popular”, analiza.

“Nosotros después del segundo regreso, ya con Cámpora en el gobierno, lo que vimos es que había tipos que nos jodían con sus cargos que podían haber sido nuestros”, recuerda el ex dirigente de Montoneros. “De los ochenta diputados que habrá tenido el bloque del PJ, nosotros tuvimos ocho, pero nos hubieran correspondido veintipico según las directivas oficiales. No los metimos por esa actitud de despreocupación, de no conocer las reglas, de no preocuparnos y de la falta de experiencia.”

En esa tarea de construir “organización y poder popular”, Montoneros fue definiendo una estructura de conducción. Dejó de lado aquel armado del tipo federación de grupos, que le había dado el nombre de “regionales”, y comenzó a tener un grupo de conducción, asentado en Buenos Aires. Nació la “Conducción Despegada”.

Fue una decisión que implicó “despegar” a un grupo de dirigentes de sus respectivas regiones. Hasta ese momento la conducción de la organización estaba integrada por los líderes de cada regional,

que se reunían cada tanto en un plenario y definían líneas generales de acción. “A partir de ahí, uno queda a cargo de la regional y otro va a la conducción, esos compañeros se despegan de su estructura, ya no dependen de su estructura”, explica el ex dirigente montonero. Esa nueva conducción quedó por encima de las regionales, pero se mantuvo el Consejo Nacional —ese plenario de secretarios generales— como órgano de decisiones, que integraba a los jefes nacionales y a los de las regionales.

Esta nueva Conducción Nacional estaba integrada por Firmenich, Roberto Perdía, Carlos Hobert “Pingulis” y Mario Yäger, en ese orden, pero se mantuvo el mecanismo de decisión “por acuerdos”. Sin embargo, dos de esas cuatro voces —las de Firmenich y Hobert— tenían, aun en esa “mesa chica”, más peso que otras y muchas veces determinaban la opinión del conjunto; pero se eludían las votaciones. Cuando había diferencias se optaba por “volver a las regionales” y continuar la discusión con el resultado de esos análisis.

Según un miembro de esa mesa, sólo hubo “dos votaciones” en la Conducción Nacional de Montoneros. Una fue sobre si se habilitaba el

operativo para matar a López Rega. Ganó el “no” por cuatro votos a uno.²⁸ La Conducción determinó que era muy peligroso porque podía caer Isabel en el operativo. La otra votación tuvo que ver con las inconductas de Rodolfo Galimberti en la Columna Norte de la organización.

El sistema de consenso tuvo un capítulo especialmente largo con la cuestión electoral. A principios de 1972, Hobert y Alberto Molina habían visitado a Perón en Madrid. Eran los jefes de las regionales Buenos Aires y Cuyo, respectivamente. Volvieron convencidos de que el Viejo iba a retornar al país y que se iban a hacer las elecciones. Perón les había dicho que la confirmación de su retorno sería cuando Isabel apareciera en la tapa de la revista *Las Bases* —órgano de prensa del Movimiento Peronista que controlaba López Rega— con el pañuelo de cuello que ellos le habían llevado como presente. Eso ocurrió en la edición de octubre de 1972.

Pero hasta que llegó esa foto de tapa, Hobert discutió contra una pared. Los jefes de las otras regionales no querían dejar la guerra y encaminarse hacia las elecciones. Un día Hobert se cansó y decidió llevar el debate teórico al territorio: durante

un operativo de propaganda en la zona norte del Gran Buenos Aires volanteó diciendo que había que meterse de lleno en las elecciones y la propuesta fue bien recibida. “Eso nos empuja a definirnos. Esta discusión se da en todas las regionales y en algunos casos se nos fractura al medio. En Santa Fe, por ejemplo, éramos doce, y seis se van con el Peronismo de Base”, reconoce un ex dirigente de aquella zona. Esa organización había comenzado a plantear la “alternativa independiente” de Perón.

Pese a las rupturas y dudas, los montoneros habían comenzado a palpar en concreto el peso del General. “Vimos que cuando hacíamos una actividad en los barrios por la vuelta de Perón y las elecciones había una convocatoria, que no era la misma que había cuando se convocaba para combatir”, reconoce el ex dirigente importante de la organización.

LOS PODERES OCULTOS

Con la campaña electoral lanzada, Montoneros empezó a “engordar”. Así se llamó al proceso por el cual la organización fue aceptada como conducción por los grupos peronistas que hasta ese momento no

tenían relación directa con ella. Los distintos grupos de JP, que venían organizándose molecularmente desde la resistencia contra Onganía, vieron en Firmenich y demás miembros de la Conducción Nacional a sus nuevos referentes juveniles.

De este modo, Montoneros se convirtió en la conducción política de las distintas agrupaciones de masas que se reunieron bajo esa suerte de corriente que se definió como la “Tendencia Revolucionaria”. Allí confluyeron la JP Regionales, que se fue constituyendo cada vez más ligada a Montoneros, la Juventud Trabajadora Peronista, el Movimiento Villero Peronista, el Movimiento de Inquilinos Peronista, la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y la Agrupación Evita.

Estas agrupaciones, que incorporaron militantes en forma masiva y sin la meticulosidad de la etapa de la resistencia, formaron la cantera política de Montoneros. Los jefes de cada uno de esos frentes de masas eran elegidos por la organización. De allí, la “Orga” fue incluyendo cuadros que pasaban de ser “compañeros” a “combatientes”. Esa era la aspiración de buena parte, si no de la mayoría, de los militantes y, más allá de la existencia de

medidas de seguridad y diferentes mecanismos para “probar” a los compañeros, existió cierto desorden propio de la ebullición del momento en su incorporación a Montoneros.

“Lanusse estaba seguro de que el peronismo no llegaba al 40 por ciento de los votos. Él lo tenía a Balbín presidente en la cabeza hasta el 10 de marzo a la noche. Me lo dijo él, años después”, cuenta Abal Medina. Pero los resultados fueron bien distintos: la fórmula del Frente Justicialista de Liberación logró el 49,5 por ciento y la Unión Cívica Radical cosechó el 25. La legislación hablaba de una segunda vuelta electoral, pero los radicales aceptaron el triunfo de Cámpora y Solano Lima.

La figura de Firmenich creció con la elección de Cámpora para el sillón de Rivadavia. Cuando el resultado se conoció, miles de personas se convocaron frente al departamento de sus padres en Rivadavia 14654, cerca del centro de Ramos Mejía. “Yo salgo y en la puerta de mi casa había una manifestación de miles de personas, el tránsito cerrado, cantando: ‘Duro, duro, duro, estos son los montoneros que mataron a Aramburu’. Estábamos mudos. Era masivo”, recuerda Víctor Firmenich, el

padre de Mario.

Con el presidente electo, Montoneros organizó una reunión de los Comandos Político-Técnicos con los otros grupos peronistas que venían armando la estructura para gobernar el país. La mesa de trabajo “la había impulsado Abal Medina”, recuerda Fernández Valoni, teniente retirado del Ejército y ex oficial instructor del Colegio Militar.

En esas discusiones, Montoneros planteó cuáles eran los nombres que no tenían que estar en el gobierno popular. Uno de ellos era Antonio Cafiero. “No lo queríamos en el Ministerio de Economía. Su paso por allí en los años 50 no era precisamente el ideal de lo que se pensaba como desarrollo social y económico de un gobierno popular. Y su conducta política después de ese tiempo tampoco fue muy linda. Y su historia posterior, a mi juicio, tampoco. Y su posición gorilísima contra los montoneros lo ratifica. Es un reaccionario total”, dice Firmenich.²⁹

De allí salieron para Roma con las propuestas. Roberto Quieto, Perdía y Firmenich, junto con Cámpora, se reunieron con Perón en el segundo piso del Hotel Excelsior, frente a la embajada de los Estados Unidos. Era abril de 1973 y Perón se había trasladado de Madrid a Roma porque “no quería

darle a Franco el privilegio de ser el primer jefe de Estado que recibiera al presidente peronista electo”, asegura Firmenich, citando esa conversación con él.

“En el trayecto de la puerta del piso hasta la habitación en la que estaba Perón, ahí lo conocimos también a López Rega. Y en esos metros, López Rega fue diciendo de todo contra Cámpora y diciéndonos que le dijéramos al general Perón que Cámpora era un traidor”, relata.

La reunión comenzó a solas con Perón y le hablaron bien de Cámpora. Después se sumó el Tío, que había llegado acompañado por su mujer y su hijo. “Yo no sé si el motivo que tenía López Rega para voltear a Cámpora se debía al hecho puntual de que Cámpora había aceptado la entrevista con el papa sin llevarlo a Perón, o si había un plan de decir [que] Cámpora es un ave de paso y hay que desalojarlo del poder. Quizás un poco las dos cosas”, analiza Pepe.

En esa reunión, que duró poco más de dos horas, se habló de la liberación de los presos políticos. Los jefes montoneros también marcaron que había que darles lugar a los radicales en el gobierno. Entendían que era la forma de “alejarnos de los militares”, explica uno de los que participó del

armado de la propuesta del organigrama estatal. Se habló también de las fuerzas armadas y Montoneros destacó las figuras del coronel Juan Jaime Cesio y del coronel Carlos Dalla Tea, pero López Rega los cuestionó.

Alejandro Peyrou, actual auditor de la Cancillería, fue uno de los que armó el organigrama que se le presentó a Perón y tiene otra versión de cómo se confeccionó ese esquema y del resultado de aquella gestión en Roma. A través de Adriana Lesgart, su responsable política, la Conducción Nacional le había pedido que preparara un listado con los nombres necesarios para ocupar “los puestos de ministro, secretario, subsecretario del gobierno nacional, más diez lugares más”, detalla.

“La organización no tenía la gente para poner en todos esos lugares, eran demasiados para una organización tan chica, tan endeble. No había un ingeniero de 40 años. Así que lo que hicimos fue incluir a la gente que parecía ser más afín, más confiable. Uno de los que hoy me llama la atención es Delich padre, que fue incluido porque lo propuso alguien de Córdoba”, señalaba en noviembre de 2008.

Peyrou pensó que ese listado era para “tener en la

cabeza” por si los jefes recibían alguna consulta, pero no se le ocurrió que eso fuera presentado al General. “Lo más probable es que se haya presentado de mala forma, como una imposición, y el comentario que me llegó en aquel momento es que Perón dijo: ‘Mandé a los muchachos a plantar zanahorias’.”

Según el relato de Firmenich, la conversación de Roma continuó en Madrid. De lo único que no hablaron fue de las expectativas de vida de Perón. “Ya para ese entonces, Taiana nos había dicho: ‘Si Perón se queda en Madrid puede vivir diez años más con total lucidez. Pero, si viene a la Argentina, a lo sumo puede tener una expectativa de dos años de vida’. Y dos años era un techo cortísimo desde el punto de vista histórico para el proceso que se abría”, dice Firmenich.

Por eso buscaron abordar sólo su preocupación, sin tocar el tema de frente. El problema eran las fuerzas armadas: “Estaban intactas, el gorilismo militar estaba intacto, y sólo se había producido un repliegue bastante ordenado, decidido con sabiduría”, define el ex jefe montonero.

La solución estaba en la creación de las “milicias populares”. Eso le dijeron a Perón. La respuesta —

según Firmenich— fue favorable. Incluso habría hablado de crear “una ley para que cada uno tenga un fusil en su casa” y les prometió: “Ustedes van a ser los encargados de organizarlo”.

Poco después, Galimberti se fue de boca. El 18 de abril, en el acto de presentación formal de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), se apresuró y habló del acuerdo alcanzado en Madrid: “[...] en 1955 se instaló la violencia del régimen, a la que las masas contestaron con su propia violencia. Pero ahora debemos ejercer esta violencia en forma orgánica, porque no podemos pensar que el gobierno popular va a poder sostenerse y llevar adelante su programa de liberación nacional y social en el camino al socialismo si no tiene fuerzas que lo apoyen. Entre esas fuerzas, compañeros, es necesaria la existencia de aquello que ya intentó organizar la compañera Evita: ¡las milicias populares peronistas!”. ³⁰

Diez días después, Perón lo convocó a Madrid y un tribunal partidario lo sacó de su cargo de delegado de la JP. Los jueces fueron Norma Kennedy, López Rega, Osinde y los sindicalistas Alberto Campos y Víctor Damiano, entre otros.

Después hubo una nueva entrevista y Perón les

contó un chiste que Firmenich no olvida. Tampoco otros de los dirigentes que estuvieron en esa reunión.

“Ustedes saben que en la familia judía cuando el hijo varón cumple 12 años se considera que se hace mayor de edad y es un cumpleaños muy especial. Entonces el padre lo llama al hijo:

”—Jacobó, Jacobó...

”—¿Qué, papá?

”—Hijo, tu regalo de 12 años está arriba del ropero. Andá a buscar la escalera y agarralo.

”El chico, con toda la ilusión, va a buscar la escalera, se trepa arriba del ropero y dice: ‘Acá arriba no hay nada’.

”Entonces el padre lo mira, agarra la escalera y se la quita de un tirón. Y el chico cae. Cuando el chico está dolorido y desconcertado en el piso, lo mira y le dice:

”—Hijo mío, el regalo es que aprendas a no confiar ni en tu padre.

”Después de que le hizo la emboscada política a Galimberti, la conclusión para nosotros es clarísima: ‘Nos quitó la escalera’”, reflexiona Firmenich, y considera que con esas metáforas Perón les “avisaba” que no tenían una misma visión

de las cosas.

“Había una generación ausente en el medio, era muy difícil, nuestro estilo de vida, nuestro estilo de diálogo político, de discusión política, no eran los estilos que Perón conocía de su generación. Él tenía otra forma de ser, más estilo siglo XIX, críptica, elíptica, metafórica, que no era la nuestra; nosotros decíamos las cosas con mucha claridad y de frente. Perón no tenía idea ni nada parecido de lo que nosotros conocíamos como espíritu de autocritica, que era decirse en la cara todo lo que debía decirse al otro”, evalúa Firmenich. “Yo no me siento traicionado. Hubo cosas ocultas, pero Perón en un momento permitió que haya cosas ocultas. A nosotros nos llevó bastante tiempo entender.”

Esa, la del chiste del niño judío, fue una de las últimas conversaciones. Antes de contar el chiste, Perón había llamado a López Rega. “‘A ver, Josecito, cuénteles a los muchachos lo que tiene para contar’. Y López Rega nos cuenta un cuento absurdo, esquizofrénico, ridículo, de que nosotros conocíamos a la ciudad de Buenos Aires en la superficie, que nosotros sólo caminábamos por la calle, pero que debajo había toda una ciudad oculta de túneles, y que ahí vivían los seres más poderosos

de la Argentina, que nadie los veía, y que esos seres eran impotentes sexualmente, y que por esa razón en definitiva buscaban a Perón, que era el gran hombre de la Argentina. Perón se descostillaba de la risa mientras López Rega contaba, y cuando nosotros lo mirábamos a Perón para reírnos también, nos decía: ‘No se rían, es muy serio lo que está diciendo, escuchen’. Y López Rega seguía con que había poderes ocultos debajo del pavimento, y que no necesariamente tenían un problema de impotencia sexual, sino de capacidad de control del poder, y que por eso buscaban a Perón para controlar la situación”, recuerda Firmenich.

Al salir de la reunión, López Rega los acompañó hasta la puerta. Antes de despedirlos les dijo que él no estaba loco, que esas cosas se las hacía decir Perón. Firmenich cree que lo que ocurría era que el General le decía a López Rega que les tratara de advertir pero “sin decir las cosas abiertamente” y que esa era la forma que encontraba el secretario privado para expresarse.

EZEIZA

En mayo de 1973, cuando faltaba poco para la

asunción de Cámpora, se hizo una reunión secreta entre el Tío y la cúpula de Montoneros. El tema excluyente era la liberación de los presos políticos. Había un debate fuerte sobre si la solución legal era un indulto presidencial o una ley de amnistía. Finalmente se dio un indulto el mismo 25 de mayo y diez días después se aprobó la amnistía. Pero en ese momento, los jefes guerrilleros no podían soportar la idea de que los presos políticos pasaran tras las rejas un solo día del gobierno popular.

El presidente electo estaba con la custodia que le había puesto la dictadura de Lanusse. Así que la organización planeó un operativo que “aisló” el segundo auto, donde iba la custodia. “Alguien adentro del auto de Cámpora le dijo que se quedara tranquilo, que éramos nosotros, y fuimos a la casa de la mamá de Patricia Bullrich, un departamento en Barrio Norte”, relata uno de los que planificó el encuentro.

La dueña de casa se entusiasmó al tener un presidente electo en su casa, sobre todo porque era el presidente que querían sus dos hijas, Patricia y Julieta. También el que defendía su yerno, Galimberti.

El encuentro duró unos cuarenta minutos.

“Galimba” entraba y salía de la habitación donde transcurrió la conversación. El pedido de Montoneros fue simple: no podía haber ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos, porque ese había sido el lema de campaña. Cámpora aseguró que el acuerdo se cumpliría.

El 25 de mayo fue una fiesta. Hubo movilizaciones a las distintas cárceles para liberar a los presos, y también tensión con las fuerzas de seguridad y algunos enfrentamientos, pero nada muy distinto de lo que podía esperarse a la salida de la dictadura. El Frejuli había logrado 22 gobernaciones y en Santiago del Estero y Neuquén habían ganado fuerzas afines. Además, tenía mayoría propia en la Cámara de Diputados y se acercaba a los dos tercios del Senado. La mayoría de las organizaciones guerrilleras abandonaron la lucha armada y comenzó la disputa política de palacio. Era un terreno desconocido para Montoneros y rápidamente comenzó a perder pisada.

En verdad, esa pelea había comenzado mucho antes. Abal Medina relató en una carta a Bernetti que a principio de marzo de 1973, con los resultados de los estudios médicos que hablaban de la fragilidad de la salud de Perón, tuvo una reunión

con Isabel y López Rega en la cual le manifestaron sus diferencias con Cámpora.

“Este es el comienzo de la conspiración que carece por completo de todo tinte ideológico y que tenía como único enemigo a Cámpora por el estratégico lugar en que había quedado ubicado”, escribió Abal Medina.³¹

El resultado de aquella batalla podría verse en el nuevo gabinete nacional: Antonio Benítez (Justicia), José Ber Gelbard (Hacienda y Finanzas), Ricardo Otero (Trabajo), el camporista Esteban Righi (Interior), Juan Carlos Puig (Relaciones Exteriores), José López Rega (Bienestar Social), Ángel Robledo (Defensa) y Jorge Taiana (Educación). Otero había sido colaborador de Vandor, Gelbard era la figura más conocida de la Confederación General Económica (CGE), provenía del PC y había hecho buenos negocios con Lanusse,³² y López Rega ya tenía una guerra declarada con los sectores de la izquierda peronista. En ese momento, sólo Taiana tenía buenos vínculos con Montoneros y “cierto trato” —precisó un ex dirigente montonero— con Benítez, un peronista tradicional.

El programa de gobierno tenía fuertes definiciones nacionalistas en materia de relaciones

internacionales: consideraba a la Organización de Estados Americanos un “organismo continental que ha servido en gran medida a los fines de penetración imperialista” y definía a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio como una “creación para obstaculizar la integración autónoma”. Además, había anunciado que la Argentina reanudaría las relaciones con Cuba, “no sólo por solidaridad con la lucha antiimperialista, sino porque, en este caso, la adopción de medidas coercitivas sólo sirvió para facilitar su inserción en otra esfera de influencia”.

En materia educativa se planteó con fuerza la libertad de enseñanza y se buscó desmontar el avance de la Iglesia y de sectores conservadores sobre la estructura estatal y, particularmente, sobre las universidades. Se derogó la ley que prohibía la formación de centros de estudiantes en los colegios secundarios, se impulsaron la igualdad de oportunidades y la educación permanente. Al frente de la UBA fue nombrado Rodolfo Puiggrós, quien junto a John William Cooke y Juan José Hernández Arregui había cruzado el peronismo con el marxismo para darle contenido teórico al peronismo revolucionario.

En política económica, encabezada por el antiguo jefe de la Confederación General Económica de 1945, se había definido alentar a las empresas nacionales para desandar el camino de la autodenominada “Revolución Argentina”. Con ese norte, se implementó el Pacto Social, que proponía un acuerdo entre empresarios y trabajadores para congelar precios y salarios. Sus objetivos declarados eran frenar el avance inflacionario, recuperar la capacidad de inversión y, supuestamente, mejorar la calidad de vida de los asalariados. Se trataba de contener la “puja por la distribución del ingreso” mediante una alianza de clases, con vistas a afianzar un “capitalismo nacional”. Desde 1969 esa puja se expresaba en las luchas de los trabajadores por recuperar su nivel de vida y condiciones laborales, por un lado, y en un sostenido aumento de la inflación y un proceso de fuga de capitales, por el otro. Con el Pacto se esperaba recomponer la “paz social” e incentivar la inversión local y de empresas extranjeras, sobre todo europeas, y se proyectaba la apertura de nuevos mercados externos para bienes de origen industrial, en el denominado “Tercer Mundo”, para impulsar un nuevo ciclo de desarrollo. Desde un

comienzo, el plan ideado con el completo aval de Perón por Gelbard fue cuestionado por la izquierda, que vio en el congelamiento salarial un golpe a los trabajadores.

El 8 de junio, Montoneros y FAR presentaron un documento conjunto titulado “Construir poder popular”. Los encargados de poner la cara ante los periodistas fueron Firmenich y Quieto. El proceso de fusión estaba en marcha y cristalizaría rápidamente. El documento fue presentado en una conferencia de prensa en la que ambos dirigentes marcaron la necesidad de controlar al gobierno con “el pueblo organizado” y las “distintas estructuras del Movimiento Peronista” y, por supuesto, por medio de las organizaciones político-militares”.³³

—¿Hay oposición entre las consignas “la patria peronista” y la “patria socialista”?

—Entendemos que esa es una falsa oposición que da lugar a inútiles controversias dentro de nuestras propias filas porque no existe ninguna diferencia entre la patria peronista y la patria socialista, ya que el Movimiento Peronista conducido por el general Perón está al servicio de los intereses de los trabajadores y justamente por eso se plantea la construcción del socialismo nacional —respondió

Firmenich.

Así, en ese mar de tensiones y disputas que se producen en los gobiernos frentistas que impulsan cambios, llegó el momento de festejar el retorno definitivo de Perón al país. Era un anhelo de todos, incluido Cámpora. Pero su regreso terminó de la peor manera: la pelea política fue dirimida a tiros desde el palco montado en Ezeiza para la recepción del General. El avión que lo traía —junto con el presidente Cámpora y José Ignacio Rucci— aterrizó en la base militar de Morón, lejos de allí. En todo sentido.

Montoneros había decidido que ese 20 de junio “coparía” el acto. Habían reunido en la cancha de Vélez a todas las delegaciones del interior del país y desde allí se movilizaron. Firmenich integraba ese gran contingente, porque venía de Córdoba, donde seguía asentado desde que la organización había tomado la decisión de hacer pie en ese conglomerado industrial.

Los militantes de Montoneros no fueron preparados para un enfrentamiento armado. Sólo llevaban algunas armas cortas, cosa habitual para la militancia política de los 60 y 70. Basta ver de qué lado de lo que se convirtió en un campo de batalla

quedaron los muertos y heridos por balas de armas largas para darse cuenta de en qué lugar estaban ubicados, física y políticamente, los francotiradores.

“Sabíamos que la gente de la derecha peronista podía estar armada, era una práctica habitual durante la campaña electoral. Pero no teníamos ni noticia ni conciencia de que hubiera una organización paramilitar que hubiera copado el palco y que estuviera dispuesta a organizar una masacre como la que se hizo. No estaba en la cabeza de nadie. Menos, encima, que después dijeran que nosotros queríamos matar a Perón”, señala Firmenich.

“Cuando aquel acto se organizó, ya teníamos una pésima señal. Cuando la Asamblea se va a buscarlo a Perón, deja armada una Comisión Organizadora del acto, donde queda marginado el Estado nacional, y por tanto la Policía Federal e inclusive las fuerzas armadas y queda marginado el Estado provincial, en cuyo territorio se hacía el acto, y por tanto la Policía provincial. Es decir que la seguridad de semejante acto —que es impensable un concierto de rock sin seguridad— para un acto de dos, tres millones de personas es impensable que no haya una organización de seguridad. Esto quedó en manos

privadas, no en manos del Estado.”

El resultado fue contundente: 13 muertos y 365 heridos. Una semana después, Leonardo Favio, integrante de la Comisión Organizadora y locutor del acto, denunció ante *El Descamisado* —la revista de Montoneros— que había intervenido para que un grupo de matones sindicales dejara de torturar militantes peronistas en el Hotel Internacional de Ezeiza, el mismo lugar donde Lanusse había mantenido demorado a Perón en 1972.³⁴

En el libro *Ezeiza*, que Horacio Verbitsky publicó en 1985 y recoge la investigación de Montoneros sobre lo ocurrido, ubicó entre los responsables a los integrantes de la custodia de Rucci y a los miembros de las agrupaciones Concentración Nacional Universitaria y Comando de Organización, todos coordinados por el coronel Osinde.

Al día siguiente Perón habló al país por la televisión. Sus palabras no fueron contra los que abrieron fuego. “Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan”, dijo, y soltó una frase que luego se leyó con mayor gravedad: “Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares que por

ese camino van mal.”

“Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. Somos los que las ‘Veinte verdades peronistas’ dicen”, subrayó.

Era una línea divisoria que recogía el temor a los “zurdos”, que alteraba a sectores del sindicalismo peronista, del empresariado y del ala política del Movimiento. No dijo una palabra sobre los responsables del operativo de seguridad.

“La masacre de Ezeiza cierra un ciclo de la historia argentina y prefigura los años por venir. Es la gran representación del peronismo, el estallido de sus contradicciones de treinta años”, escribió Verbitsky en la introducción de su libro y consideró que lo ocurrido el 20 de junio “contiene en germen el gobierno de Isabel y López Rega, la AAA, el genocidio ejercido a partir del nuevo golpe militar de 1976, el eje militar-sindical en que el gran capital confía para el control de la Argentina”.

Firmenich agrega una evaluación en ese mismo sentido: “De hecho, lo que se jugaba allí era de qué forma, cómo y cuándo se excluía al movimiento revolucionario de aquel proceso, de aquella lucha política que fuimos a librar políticamente a Ezeiza.

Perón se definió por la derecha peronista con el discurso que dio después”.

EL CERCO

La noche del 12 de julio de 1973, Firmenich y Perdía llegaron a la casa de Abal Medina, que los había convocado de urgencia. Allí los recibió Héctor Pedro Cámpora, uno de los hijos del presidente, al que Galimberti había apodado “Hijitus”,³⁵ y les transmitió el mensaje de su padre:

—Mañana renuncia.

Firmenich y Perdía plantearon que había otras alternativas. “Se podía anotar, a favor, el apoyo de los gobernadores amigos. Nuestra capacidad de movilización, con presencia en las bases sindicales, la neutralidad del Ejército, el apoyo de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Todo ello nos permitía pensar en otros escenarios, distintos a la renuncia. Pero en el caso de optar por este camino se requería tomar algunas decisiones inmediatas.

La principal: meterlo preso a López Rega, por su comprobada responsabilidad en la preparación y ejecución de la masacre de Ezeiza. Luego, actuar en consecuencia”, relató Perdía.³⁶

Los jefes montoneros se referían al apoyo de los gobernadores de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Salta y Santa Cruz. A eso sumaban la buena relación con el gobierno de Santa Fe y calculaban que podían movilizar 30 mil personas sin mayores dificultades. Además, Julio Troxler, sobreviviente de los fusilamientos de José León Suárez, era el subjefe de la Policía bonaerense.

La discusión fue áspera. Cámpora decía que, si intentaban una línea de resistencia, “Perón se volvería a España”. Los montoneros respondieron: “Si se quiere volver, que se vuelva”. Era, en los hechos, anticipar lo que finalmente ocurrió el 1º de mayo de 1974, cuando Montoneros abandonó Plaza de Mayo en medio de los insultos de Perón.

“Nosotros no íbamos a hacer una cosa contra Perón, pero sí contra estos tipos que nos estaban golpeando a nosotros. Ese fue el eje de la discusión”, explica un ex dirigente de alto nivel en la organización.

La decisión de Cámpora fue inamovible y al día siguiente renunció. Hacía tiempo que su suerte estaba echada. Sin el apoyo de Perón, no tenía margen político. Fue víctima de un golpe palaciego y junto con él se fue el vicepresidente Solano Lima.

De acuerdo con la Ley de Sucesión correspondía que asumiera el presidente provisional del Senado, el peronista Alejandro Díaz Bialet, pero una oportuna misión diplomática en Argelia lo dejó fuera de juego. Asumió Lastiri, el yerno de López Rega, que había sido elegido diputado y presidía la Cámara baja, y convocó a elecciones presidenciales.

La fórmula que se presentó fue la de Perón-Perón, pero Isabel no era Evita. Eso ya lo sabían los montoneros, que habían comenzado a hablar del “cerco” en torno al General que “impedía el contacto con el pueblo”, y decidieron “enfrentar a Perón con sus políticas”.

Buscaron tender un puente y el 21 de julio Perón recibió en la residencia de Olivos a la conducción de la JP Regionales, el frente político que respondía a Montoneros. Armando Lizazo, Juan Carlos Añón, Roberto Ahumada y Juan Carlos Dante Gullo llegaron escoltados por una movilización para “romper el cerco” que había construido López Rega, decían.

Perón los recibió junto a López Rega, que no dejó de soltarles chicanas. En un momento en que el secretario privado salió del lugar de reunión, los

jóvenes pidieron una línea directa con el General: los derivó a Juan Esquer, jefe de su custodia.

A la salida, Gullo aseguró que habían roto el cerco. A las pocas horas, un despacho de la agencia oficial Télam informó que el intermediario sería López Rega.³⁷

Un mes más tarde, para el aniversario de la Masacre de Trelew, Montoneros organizó un acto en la cancha de Atlanta. Allí estaban las diferentes organizaciones de la izquierda peronista. El encargado del cierre fue Firmenich y habló de la existencia de una “camarilla de conspiradores que tratan de impedir la participación popular directa”, cuestionó el Pacto Social porque no estaba “regido por la clase trabajadora” y golpeó sobre la candidatura a vicepresidente de Isabel, porque no representaba esos dieciocho años de lucha. Su convocatoria a “enderezar el proceso” quedó marcada a fuego en los relatos sobre la época.

Dos semanas después, acompañado por Quieto, Firmenich se reunió con Perón. Según relata José Amorín, en ese encuentro del 6 de septiembre el General “ofreció un acuerdo” que permitiría que Montoneros siguiera “al frente de la juventud, de la universidad y de los espacios de poder en el

Estado” que ya tenían. Les ofrecía también entrar por la puerta grande al Partido Justicialista. A cambio debían respetar el Pacto Social y terminar las disputas con el sindicalismo. “Imagino a Firmenich cuando horas después —solemne, fruncido el ceño, pesaroso—, en la reunión de Conducción Nacional, interpreta: ‘El Viejo nos da lo que ya tenemos y a cambio quiere que disolvamos a la Juventud Trabajadora Peronista’.”³⁸

De esa entrevista salió un encuentro con las agrupaciones juveniles, que se hizo el 8 de septiembre. Era parte de la estrategia para “romper el cerco” y el General recibió a los representantes de la JP, JTP, UES, FAR, JUP, Brigadas de la Juventud Peronista y las Fuerzas Armadas Peronistas. Pero también a dirigentes de Concentración Nacional Universitaria y de la Juventud Sindical Peronista, ligada al gremialismo tradicional. Allí Perón dijo que había que “andar con calma” para no alentar la reacción interna y evitar situaciones difíciles, como la de Salvador Allende —setenta y dos horas después sería derrocado—, y habló de la necesidad de formar “un poder político muy cohesionado y muy fuerte”.

Les dijo que no había que atacar a los sectores

sindicales y que se podía hacer un Congreso partidario para limar asperezas. “Allí, si quieren, se pegan adentro, pero después salen de acuerdo, es lo importante”. También aprovechó para responder los cuestionamientos a Isabel y marcó que, aunque pudiera haber “algunas anomalías”, era una decisión del Congreso del PJ.

“Cuando ese Congreso resuelve una cosa, bueno, nosotros todos tenemos que acatarla”, les sonrió con picardía.³⁹

NOTAS

- ¹ Volante de la Secretaría de Prensa y Difusión de Montoneros titulado “El objetivo es claro. Perón Presidente”, Legajo Montoneros, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata, fs. 42-49, y entrevista a un ex dirigente de la organización que participó de ese acto.
- ² *La Razón*, 29 y 30 de enero de 1971, y *Crónica*, 30 de enero de 1971.
- ³ En marzo de 1967, Galimberti había fundado, junto con Héctor Mauriño, Raúl Othaceh, Augusto Pérez Lindo y Norberto D’Atri, entre otros, las Juventudes Argentinas por la

Emancipación Nacional (JAEN). Se trataba de una agrupación que formaba parte del amplio entramado de la Juventud Peronista. La militancia política de Galimberti había comenzado en el Movimiento Nacionalista Tacuara, grupo al que llegó en 1963, a los 16 años, pero del que no fue un referente.

4 Descamisados se había formado con militantes de la Juventud Demócrata Cristiana, que se había acercado al peronismo a través de la política de apertura impulsada por el partido. Sus principales dirigentes eran Norberto Habegger, Horacio Mendizábal y Roberto Perdía.

5 En Roberto Baschetti, *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, De la Campana, La Plata, 1995, pp. 123-132.

6 “Perón escribe a Maguid”, *Cristianismo y Revolución*, nº 29, junio de 1971, p. 21.

7 *Ibídem*.

8 María Seoane, *Todo o nada*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 144-145.

9 *Gente*, 23 de febrero de 1984.

10 Falleció el 2 de enero de 2009, en Suecia, donde se había doctorado en Historia de las Ideas Políticas en la Universidad de Gotemburgo. Tenía

- 69 años y residía allí desde 1977.
- 11 Juan Gasparini, *David Graiver. El banquero de los montoneros*, Norma, Buenos Aires, 2007, p. 95.
- 12 “A 39 años de la toma de Garín. Informe especial” (<http://elgarinense.blogspot.com/>, consulta 12 de septiembre de 2009).
- 13 “Reportaje a la guerrilla argentina. FAR: los de Garín”, *Cristianismo y Revolución*, nº 28, abril de 1971, p. 64.
- 14 Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, Buenos Aires, 1987, pp. 97-98 y 139. Felipe Celesia y Pablo Waisberg, ob. cit., pp. 178-182.
- 15 “Audaz copamiento en San Jerónimo Norte”, *El Litoral*, 1º de junio de 1971, tapa y p. 6.
- 16 Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Emecé, Buenos Aires, 2007, pp. 456-457.
- 17 Roberto Baschetti, ob. cit., pp. 342-346.
- 18 Red de Archivos Orales, Programa de Historia Política, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA).
- 19 Escaparon Marcos Osatinsky, Roberto Quieto, Mario Roberto Santucho, Enrique Gorriarán

Merlo, Domingo Menna y Fernando Vaca Narvaja. Fueron fusilados Ana María Villarreal de Santucho, Clarisa Lea Place, Eduardo Capello, Alberto Del Rey, Mario Delfino, Miguel Ángel Polti, Humberto Toschi, José Mena, Humberto Suárez, Alejandro Ulla y Rubén Pedro Bonet (ERP); Susana Lesgart y Mariano Pujadas (Montoneros); María Angélica Sabelli, Alfredo Kohon y Carlos Heriberto Astudillo (FAR). Sobrevivieron María Antonia Berger, Alberto Camps y Ricardo René Haidar. Por esos asesinatos se encuentran imputados como autores directos los capitanes Luis Emilio Sosa y Emilio Jorge del Real y el cabo Carlos Marandino. Además, el teniente de navío retirado Roberto Guillermo Bravo fue detenido en febrero de 2010 en los Estados Unidos y tiene pedido de extradición. Está acusado de dar los tiros de gracia a los fusilados.

20 Laura Sali, “María Firmenich, montonera. La historia”, tesis del Master de Periodismo BCNY, Barcelona, 2002.

21 *Ibíd.*

22 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.

- 23 Legajo Montoneros, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata, fs. 74.
- 24 *Clarín*, 7 de abril de 1996.
- 25 Jorge Luis Bernetti, *El peronismo de la victoria*, Legasa, Buenos Aires, 1983, p. 61.
- 26 *Clarín*, 6, 7 y 8 de septiembre de 1972; y *ABC*, edición de la mañana, Madrid, 8 de septiembre de 1972, p. 42.
- 27 Actualizados por la inflación de precios al consumidor tomado del Bureau of Labour Statistics de los Estados Unidos.
- 28 Se trató de una votación realizada luego de la fusión entre Montoneros y FAR. La fusión se produjo durante 1973 y la nueva Conducción Nacional se integró con Firmenich, Perdía, Quieto (FAR), Hobert, Yäger, Julio Roqué (FAR), Mendizábal (por Montoneros, pero venía de la fusión con Descamisados) y Marcos Osatinsky (FAR), en este orden.
- 29 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino, cit.
- 30 Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Norma, Buenos Aires, 2001, pp. 184-185. Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas*, De

la Campana, Buenos Aires, 1999, p. 50.

31 Jorge Luis Bernetti, ob. cit., pp. 93-95.

32 En abril de 1971, la dictadura de Lanusse decretó que Aluminio Argentino SAIC (Aluar) era vencedora de la licitación para construir la planta productora en Puerto Madryn. Era el resultado de un fuerte lobby realizado por Gelbard, que había comenzado con Onganía, y que permitió que Fate quedara a cargo de la única fábrica de ese tipo en el país. Se trató de un negocio en el cual Fate, que incluía como socio a Gelbard, sólo aportó el 2,2% de los fondos para la construcción de la planta, un puerto de aguas profundas, una central eléctrica y las líneas de transmisión de energía. Además, obtuvo importantes beneficios impositivos. María Seoane, *El burgués maldito*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pp. 184-185.

33 “Construir el poder popular”, *El Descamisado*, año 1, nº 4, 12 de junio de 1973, pp. 3 y 4.

34 Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, Contrapunto, Buenos Aires, 1986, pp. 117-118.

35 Miguel Bonasso, *El presidente que no fue*, Planeta, Buenos Aires, 2002, p. 253.

36 Roberto Cirilo Perdía, *La otra historia*, Grupo Agora, Río Negro, Argentina, 1997, p. 178.

37 Juan Gasparini, *Montoneros...* ob. cit., p. 62.

38 José Amorín, ob. cit., p. 249.

39 Palabras del general Perón a la Juventud Peronista, 8 de septiembre de 1973 - Residencia de Vicente López, Jefatura de Gabinete de Ministros de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

1973-1974

Les cayeron encima con una celeridad que apenas les dio tiempo a tensar los músculos. La conducción de la JP Regionales hizo correr la voz de que los habían detenido regresando de una quinta, en Del Viso. La Policía bonaerense dijo que los había encontrado en el allanamiento de un local abandonado de la Tendencia Revolucionaria, en Agustín Álvarez al 3900, en Villa Martelli.

Pero lo que importa no es si los agarraron en movimiento o en medio de una reunión, sino que en la madrugada del lunes 18 de marzo de 1974 detuvieron a Mario Firmenich, el jefe de Montoneros. Lo tienen en la Comisaría 4ª de Villa Martelli, en el partido bonaerense de Vicente López. También tienen a su mujer y a otros tres compañeros. Están acusados de tenencia de armas de guerra, bombas, granadas, explosivos, municiones y “propaganda y literatura de organizaciones extremistas”.

La Conducción Nacional toma decisiones aceleradas. Manda a los “jetones” a hablar por los medios, moviliza militantes a la puerta de la comisaría y toca todos los contactos políticos posibles. Pepe, el número uno, tiene que ser liberado de inmediato. No puede repetirse lo de Quieto, que estuvo detenido casi veinte días en Rosario.

Juan Carlos Dante Gullo, Quieto y los diputados de la JP Leonardo Bettanín y Miguel Zavala Rodríguez se reúnen con el jefe de la comisaría, el coronel César Díaz. Buscan acortar los plazos de la liberación y marcar el terreno: Firmenich no es un detenido cualquiera. Díaz ya lo sabía.

Pero los resultados se demoran. Recién el miércoles 20 por la mañana, Gullo logra una reunión con el coronel Vicente Damasco, secretario general de la Presidencia. Va acompañado por Enrique Juárez (JTP) y José Pablo Ventura (JUP). Damasco les pide que redacten un informe diciendo que son peronistas y que no son lo mismo que el ERP.

Por la tarde, luego de dos días en un calabozo, liberan a Firmenich y a los otros detenidos. El juez federal de San Martín, Mario Wechsler, no ha encontrado armas ni explosivos. También él había

sentido la presión de los militantes en la puerta del edificio judicial.

“El proceso de liberación iniciado con el desplazamiento de la dictadura sufre desviaciones y traiciones, y se ha producido el desplazamiento de los leales por los traidores”, dice Firmenich en la conferencia de prensa que da por la noche, en el local que la JP tiene en Chile al 1400, en el barrio porteño de Monserrat. Habla con preocupación sobre la detención de los delegados gremiales del Banco Nación y del allanamiento del local de la JP del Chaco, y señala así que su captura no fue un hecho aislado. Machaca: “No puede existir un gobierno popular cuando Carlitos Caride está preso y Gómez Centurión está al frente de un cuerpo del Ejército”.

Sin nombrarlo, da una respuesta al pedido del secretario general de la Presidencia: “Se ha pretendido separarnos del peronismo tanto desde la ultraizquierda como desde la ultraderecha. De ningún modo pensamos separarnos del peronismo”.

Entonces, ese 20 de marzo de 1974, dice que la tensión viene en aumento y que Montoneros va a reclamarle a Perón que encarrile el rumbo. “Lo vamos a hacer llenando la Plaza de Mayo como el

12 de octubre o el 20 de julio, para reclamar con nuestra presencia el proceso de liberación”, anuncia.

—¿Y si no está? —pregunta un periodista.

—El General va a estar. Y si no está, el General tendrá que responder...1

* * *

LA SUBVERSIÓN

Septiembre de 1973 fue un mes demasiado caliente para anticipar la primavera. A la medianoche del jueves 6, dos días antes de que Perón recibiera a los líderes juveniles peronistas, el ERP ocupó el Comando de Sanidad del Ejército, en el barrio porteño de Parque Patricios, a unas cuadras de la cárcel de Caseros. El plan era simple: entrar, controlar el lugar con un puñado de guerrilleros y fugar con un camión lleno de armas. Iba a ser un operativo limpio, rápido y sin sangre. Un dragoneante² que era miembro de la organización abrió la puerta. Pero un par de cosas se fueron del plan: hubo un breve tiroteo que dejó dos uniformados y un guerrillero heridos, y se escaparon

dos *colimbas* que dieron el alerta.

En pocos minutos la policía bloqueó las calles de acceso y las tropas del Regimiento de Patricios, al mando del coronel Juan Bautista Sasiaiñ, abrieron fuego sobre el edificio. Les tiraron con artillería pesada, que incluyó una treintena de obuses. Se rindieron con bandera blanca y terminaron en la cárcel de Devoto. Volvían los presos políticos.

Unas horas antes de que comenzara la operación del ERP, el jefe del Ejército, el teniente general Jorge Carcagno, había hablado ante sus pares del continente en la Conferencia de Ejércitos Americanos, que se realizaba en Venezuela. Allí cambió el eje del discurso que llevaban atado los militares argentinos al decir: “Existe un tipo de subversión que aunque a veces artificialmente provocada se engendra en causas reales”. Esas causas eran la denegación de justicia, la persecución ideológica, la falta de libertades y las privaciones económicas. “Por eso, sostengo que cuando existan causas reales de la subversión, sólo se conseguirá hacerlas desaparecer cuando se actúe decididamente sobre ellas en el plano político, económico y social.”³

Su entonces secretario general, el coronel Juan

Jaime Cesio, no se olvida de aquellas jornadas. Carcagno le encargó la misión de “recuperar el prestigio” de las Fuerzas Armadas. “Dentro de esa tarea, que era más que nada política, me entrevisté con empresarios, políticos, periodistas. Y también con Montoneros. Carcagno pensaba, y yo lo acompañé con ese pensamiento, que era insano seguir derramando sangre argentina, y queríamos llegar a la conciliación. Durante los 208 días de nuestra gestión pautamos una tregua, no murió ningún militar, ningún guerrillero. Después nos echaron y volvió todo. No me arrepiento de eso, pero probablemente fue una utopía”, dice Cesio, quien había sido cuestionado por López Rega en aquella reunión en Roma entre Montoneros y Perón. “Lopecito” los veía como “izquierdistas”. No le perdonaba a Cesio su presencia en París cuando estalló el Mayo Francés, en 1968.

A esa reunión en Caracas, Carcagno llegó con un discurso parecido al del ex ministro Righi, ya remplazado por Benito Llambí. “Hasta ahí para todos el enemigo era el comunismo. Con Carcagno hicimos el discurso, él lo pronunció y hasta nos aplaudió la delegación norteamericana.

Y ahí Carcagno dijo que el enemigo no era el

comunismo, era la injusta distribución de la riqueza, la pauperización, el subempleo. Eso ocasionó un revuelo tremendo. Hicimos algo bueno, pero fuimos demasiado adelantados”, analiza Cesio.⁴

Esa simultaneidad de hechos —la Conferencia en Caracas y el asalto al Comando de Sanidad— fue remarcada por Montoneros para cuestionar la acción del ERP, que fue rechazada por todo el peronismo y otras fuerzas políticas. En *El Descamisado* señalaron que el ataque se producía justo cuando Carcagno estaba fijando “una posición antiimperialista” y que esa operación contribuía “a reactivar a los elementos gorilas y consolidar el lanussismo y, junto a él, el embate generalizado de los enemigos del pueblo que encuentran un nuevo flanco para presionar sobre el proceso actual. ¿Se deteriora el Ejército con esto? ¿Se afecta al imperialismo? ¿A quién se lastima? El daño principal es sobre la lucha revolucionaria”.

CORRER LA LÍNEA

Antes de que terminara el mes, Perón se había convertido otra vez en presidente. El 23 de septiembre, la fórmula Perón-Perón obtuvo el 61,85

por ciento de los votos —eran 7.371.249, casi 1.500.000 más que para Cámpora—, la fórmula radical Balbín-De la Rúa logró el 24,34 por ciento (2.905.236 votos), la Alianza Popular Federalista de Manrique-Martínez Raimonda alcanzó el 12,11 (1.445.981 votos) y el PST con Coral-Páez sumó el 1,57 por ciento (188.227 votos). Casi no hubo votos en blanco y el presidente electo contó con los casi 900 mil votos que aportó el Frente de Izquierda Popular (FIP), que había llevado como candidato a vicepresidente a Jorge Abelardo Ramos.⁵

Dos días después mataron al secretario general de la CGT, Rucci. Un comando lo venía siguiendo y lo emboscó en la puerta de su casa. La muerte se producía en medio del proceso de fusión entre Montoneros y las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Ninguna organización lo asumió públicamente, pero quedó establecido que fue una acción de Montoneros. Según Gasparini, el operativo fue decidido “en estricto secreto” para “presionar al presidente a detener la escalada antimontonera en la que se había empeñado”.⁶

Otras fuentes coinciden en que la operación fue reivindicada como propia por Firmenich. “De manera fría y seca nos confirma oficialmente que

Rucci fue ejecutado por la Organización. Lo explica en términos estratégicos: la lucha contra el vandonismo como aliado del imperialismo en el movimiento obrero y su responsabilidad personal en la masacre de Ezeiza”, escribió Miguel Bonasso, quien fue secretario de Prensa del Frejuli y director del diario *Noticias*, que apareció en noviembre de 1974 por decisión de Montoneros. Dijo que en ese momento cuestionó fuertemente el hecho al propio Firmenich, pero rompió con la organización recién en 1979. Al igual que Gasparini, aseguró que la operación fue realizada por una célula de las FAR.⁷ Un autor de varios libros sobre la época, Marcelo Larraquy, también señaló a esa organización como la autora del operativo.⁸

La “ejecución” causó desconcierto entre la militancia montonera. Varios testimonios señalan que en un primer momento se pensó que se trataba de una “acción de la CIA destinada a fragmentar el movimiento nacional”, como analizó Jorge Falcone en aquel momento, quien con los años sería amigo personal de Firmenich. Incluso, en aquellos días, expuso esa hipótesis durante una asamblea estudiantil en la Facultad de Medicina, en La Plata.⁹

Perdía discernió en cambio que “yo no descarto

que haya participado gente de la estructura de nuestra organización militar. Tampoco lo afirmo. Lo que sí digo es que fue uno de los dos hechos que nos perjudicaron gravemente. Lo de Rucci hay que tomarlo junto con la confrontación con Perón, que no supimos evitar. Es parte de lo mismo. Hemos sido los principales perjudicados”.¹⁰

Esa explicación no rechaza la posibilidad de que existiera un grupo de FAR que, en medio del proceso de fusión, avanzara en la decisión de matar a Rucci. No confronta tampoco con lo que Firmenich le dijo a Jorge Asís en marzo de 1984, en la cárcel de Devoto: “Nosotros no matamos a Rucci. El error nuestro fue político, no haberlo desmentido en su oportunidad”.¹¹ Parecería ser el mismo “error” que Montoneros cometió cuando no desmintió su participación en la muerte de Alonso, llevada a cabo el 27 de agosto de 1970 por el brazo armado de Descamisados.

Esa misma evaluación que hicieron Firmenich y Perdía realizaron varios militantes entrevistados para este libro, quienes subrayaron no sólo que la fusión entre FAR y Montoneros aún no estaba oficializada sino que ese proceso continuaría aún después de la presentación formal de la unificación.

Uno de ellos, que para hablar sobre este punto pidió reserva del nombre, agregó: “Una vez que dejamos que se pensara que habíamos sido nosotros ¿cómo hacíamos para ir hacia atrás?”.

Más cercano en el tiempo y sin la presión de hacer declaraciones desde adentro de la cárcel, Firmenich señala a Rucci como “uno de los responsables de la masacre de Ezeiza”. Eso ya lo había sugerido Perdía en su libro al relatar el encuentro con Lorenzo Miguel, jefe de la UOM, un día después del tiroteo.¹² Pero Firmenich abunda: “Yo creo que la muerte de Rucci es una excusa en la historia argentina. Inclusive Rucci no estaba haciendo exactamente lo que Perón quería. De hecho fue tomada la muerte de Rucci como una excusa y justificativo del terrorismo paraestatal. Yo no tuve un odio personal con Rucci, la verdad es que ni siquiera lo conocí. Mi juicio es político. Jugó un rol muy bueno y favorable para el retorno de Perón, pero tuvo un rol reaccionario en la masacre de Ezeiza”.¹³

El ex número uno de Montoneros coincide con su segundo, Perdía, al evaluar los efectos de esa muerte. Dice que ellos fueron los “principales perjudicados” y que el hecho dio “justificación

moral” a la cacería de la Triple A sobre los militantes del amplio abanico de la izquierda peronista.

En una entrevista en 2004, el historiador Felipe Pigna le preguntó:

“—¿Cuál era el objetivo político de eliminar a Rucci?

”—De esto me voy a guardar de dar la opinión porque es más complicado. Y tengo mis dudas sobre algunos partícipes. El objetivo político está cantado en las consignas de la época. Rucci es culpable de la masacre de Ezeiza y tiene que pagar, es el sentir popular de la militancia peronista revolucionaria. Rucci era una avanzadilla del terrorismo de Estado [...]”¹⁴

Pero la Negrita, 29 años después del hecho, reconoció que se cometió un error. “Fue una operación que no se debió haber hecho, más allá de que era un burócrata que negociaba”, dijo en 2002.¹⁵

ROMPER EL ENCLAUSTRAMIENTO

Pese a las tensiones generadas por la muerte de Rucci, Montoneros buscaba avanzar en las relaciones con las fuerzas armadas. Por eso aceptó

la propuesta de trabajar con ellas para recuperar las zonas inundadas de la provincia de Buenos Aires.

Había varios pueblos bajo el agua. Montoneros aportó casi mil militantes y el Ejército puso unos dos mil hombres, entre soldados, oficiales y suboficiales. Trabajaron juntos durante casi todo octubre en lo que se llamó el “Operativo Dorrego”.

“Mi misión era reinsertar al Ejército en el pueblo, que fuera como antes. Era una tarea difícil pero no imposible. Dentro de esa misión general se inscribe el Operativo Dorrego. Nuestro propósito era tratar de que los soldados convivieran con las asociaciones políticas de distintos signos. Eso no resultó del todo”, dice Cesio, mano derecha del general Carcagno, jefe del Ejército.¹⁶ Recuerda que la JP estaba “muy bien organizada”, que durante el día se destapaban canales y se arreglaban escuelas, y por la noche se hacían fogones, se tocaba la guitarra y se confraternizaba. Sin embargo, el peronismo “nunca logró conquistar” al Ejército, reconoce.

Un ex jefe de alto rango en Montoneros dice que el Operativo Dorrego formaba parte de una serie de actividades que hicieron para construir relaciones hacia dentro de los cuarteles. El objetivo era

sumarlos a la lucha de liberación nacional. Pero esa tarea, la del acercamiento, no se daba en soledad, se producía en disputa con otras fuerzas. Aún recuerda el afiche con el que el ERP empapeló Buenos Aires y les cabalgó sobre las contradicciones del proceso político: se lo veía a Carcagno, que había sido comandante del Tercer Cuerpo de Ejército en Córdoba durante el Cordobazo, pisando al montonero José “Pepe” Fierro, que estaba tirado en el suelo de una comisaría. La foto era una trompada en la boca del estómago.

Tampoco se olvida de las críticas que los abogados Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde realizaban a través de su revista *Militancia Peronista para la Liberación*, que tenía cierta gravitación sobre los militantes del peronismo de izquierda. “El hecho de referencia no aporta sino oscuridad al proceso político argentino, porque el ejército represor, el ejército guardia pretoriana del sistema, el ejército que se adueñó del país en 1966 y nos impuso la dictadura más agobiante que hemos vivido, no ha cambiado. Esos mismos militares son los que llevan a cabo el Operativo Dorrego ¿Pueden haber cambiado?”, desafiaban en la edición del 18 de octubre de 1973, y en marzo de 1974 seguían

recordando el pasado de Carcagno: “Capitán del Ejército que intervino en la represión fusiladora contra el general Valle y sus hombres [...] que se inventó a sí mismo como ‘militar peruanista’”.¹⁷

Pero el ex jefe montonero sigue reivindicando aquellas maniobras: “El Operativo Dorrego funcionó más o menos bien. En algunos casos con los milicos había buenos diálogos, en otros casos nada. Estaba el general Albano Harguindeguy y prohibió a sus oficiales que estén en vínculo con la gente nuestra. No hubo diálogo con ningún oficial. Harguindeguy vio la que estábamos haciendo, los cuadros más ideológicos la vieron”.

Otra de las tareas para intentar quebrar la monolítica estructura militar fue reunir a las juventudes de distintas fuerzas políticas y organizar un seminario sobre historia argentina en la Universidad de Buenos Aires. “Iban los compañeros de los últimos años y algunos oficiales y discutían. Había diferencias y debate, pero se podía discutir. Era una universidad que controlábamos nosotros, los pibes de la juventud, y algunos oficiales que venían a discutir. Había muchos servicios, pero se armaba la discusión. Lo que importaba era debatir y sacarlos del enclaustramiento”, detalla.

Otra de las ideas era terminar con los barrios de oficiales y suboficiales. Montoneros quería que vivieran con el resto de la población, mezclados. Todo apuntaba a lo mismo: romper el pensamiento corporativo. Pero eso no se logró llevar adelante.

Sin embargo, todas esas actividades les permitieron estar lo suficientemente cerca como para que se evaluara la posibilidad de que algunos cuadros de la Conducción Nacional de Montoneros participasen de la “Mesa de Arena” de fin de año, que organizaban las fuerzas armadas para evaluar hipótesis de conflicto. Pero no prosperó porque el protocolo militar obligaba a invitar a Lanusse —era el último comandante en jefe— y Montoneros no estuvo dispuesto a tolerar esa presencia.

El siguiente encuentro fue secreto. Se hizo entre noviembre y diciembre de ese año y era el resultado de otra reunión en la que Taiana había informado a un cuadro de la Conducción Nacional que a Perón le quedaban “seis meses de vida”.

Esa información generó dos respuestas desde Montoneros: una delegación encabezada por Horacio Mendizábal viajó a Argelia a aceitar las relaciones internacionales y “olfatear qué pasaba en el mundo” y se organizó una nueva entrevista con

Carcagno, Cesio, el coronel Carlos Dalla Tea y el jefe del Estado Mayor, Eduardo Betti. Allí fueron Firmenich y Perdía.

Se hizo en la casa de un empresario. Cada uno llegó con sus respectivas armas y las dejó en custodia al dueño de casa. Los jefes montoneros cargaban 9 milímetros o 357, que tenía la potencia suficiente como para atravesar el motor de un patrullero.

La conversación duró entre tres y cuatro horas. Carcagno dijo que no tenían que volver a repetirse enfrentamientos entre las fuerzas armadas y el pueblo. Los montoneros le aclararon que, por más diferencias que tuvieran, si había un golpe de Estado saldrían “a pelear por Perón”, pero no le soltaron prenda sobre el pronóstico médico.

—Hemos estado discutiendo, y en caso de un conflicto interno entre ustedes y el aparato sindical, nosotros vamos a estar con ustedes y no con el aparato sindical —prometió Carcagno, según relató un ex dirigente de Montoneros, que conoce en detalle el contenido de ese encuentro.

Esa fue la última reunión con Carcagno como jefe del Ejército. Perón se enteró del encuentro y el Senado frenó los ascensos que Carcagno había

solicitado. No le quedó otra alternativa que pedir el retiro. Ya no tenía base política para seguir en el cargo. Antes de que terminara diciembre, lo reemplazó el teniente general Leandro Anaya.¹⁸

LA FUSIÓN

En medio del Operativo Dorrego y de las guitarreadas entre militantes y militares, Montoneros concretó la fusión con las FAR. Se selló con un acto, el 17 de octubre, en Córdoba. Algunos interpretaron la elección de la fecha como un nuevo mensaje a Perón, quien cinco días antes había asumido su tercer mandato.

La jura fue festejada por Montoneros y FAR, que se movilizaron a Plaza de Mayo y volantearon el texto del documento unitario. “Dentro de nuestro propio Movimiento hay sectores dirigentes que actúan en estrecha alianza con las fuerzas imperialistas y oligárquicas de la antipatria”, y volvían a plantear la necesidad de “reorganizar e institucionalizar el Movimiento”. Citaban allí las definiciones que Perón había dado en ese sentido, aunque no había garantizado la concreción representativa de esas posiciones.¹⁹

El acto en la ciudad de Córdoba buscaba terminar de hacer pie en esa provincia algo esquivo, donde había crecido el clasismo entre los obreros industriales, pero los montoneros no terminaban de fortalecerse. Firmenich fue el orador principal y repitió los conceptos del acto del estadio de Atlanta del 22 de agosto. Volvió a decir, en el primer párrafo de su discurso, que la lealtad a Perón era “la lealtad a los intereses políticos, sociales y económicos de la clase trabajadora”.

Entonces trazó una línea histórica y habló de la “ejecución de Aramburu”, de la toma de Garín, de la lucha contra las dictaduras y del retorno de Perón, que unificaba en la acción a las dos organizaciones, ahora fusionadas. Aprovechó el momento para responder, sin hacer nombres, a quienes planteaban que las “formaciones especiales” debían desarmarse: “No nos pensamos disolver”, dijo.²⁰

Además, envió mensajes para todos lados y lanzó un desafío a quienes planteaban la “depuración ideológica” del Movimiento, que no era otra cosa que expulsar a Montoneros del peronismo: “Se supone que si quisieran hacer una depuración ideológica harían participar a las masas para que dijeran cuál es su propia ideología. Pero recurren al

matonaje, o ni siquiera a eso; a mercenarios que atacan a las organizaciones populares y a sus mejores dirigentes”.

Antes de cerrar, convocó a los militantes a hacer uso del “derecho de defensa propia” y les pidió que se organizaran para custodiar los locales partidarios y evitar las agresiones. El cierre, ante los 15 mil militantes, fue con “un grito de guerra y de victoria: ¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!”.

También habló Quieto. El representante de las FAR priorizó los términos económicos en su discurso y sostuvo que la “reconstrucción y liberación nacional” no era otra cosa que “reconstruir las condiciones” que tenían los trabajadores antes del golpe de 1955. Y precisaba el contenido de esas condiciones: “Reconstruir la situación a nivel de ingresos, a nivel de plena ocupación, de derecho a la vivienda, a la educación, a la salud. Reconstrucción nacional no es solamente pintar escuelas o limpiar calles”.

Ese era el punto sobre el que pivoteaba su discurso. Reconocía la importancia del Operativo Dorrego, que la JP había desarrollado con gran entusiasmo, pero insistía en que lo “esencial” era que “se reconstruyan los derechos que los

trabajadores tenían en 1955”.

Tanto Firmenich como Quieto expresaron su solidaridad con el pueblo chileno y marcaron la necesidad de “elevar” los niveles de organización para “librar todos los tipos de enfrentamiento que son posibles en esta lucha sin cuartel contra el imperialismo”.²¹

La fusión implicó cambios en la jefatura original de Montoneros, que estaba integrada por Firmenich, Perdía, Hobert y Yäger. Se usó el criterio de incluir en la cúpula a cinco montoneros y tres *faroles*, como apodaban a los miembros de FAR. De modo que la Conducción Nacional quedó formada por Firmenich, Perdía, Quieto (FAR), Hobert, Yäger, Julio Roqué (FAR), Mendizábal (por Montoneros, pero venía de la fusión con Descamisados) y Marcos Osatinsky (FAR), en este orden.²² Ese criterio se repitió en todos los niveles de la organización y demoró algún tiempo lograr un funcionamiento aceitado.

“La proporción tenía que ver con el desarrollo y con el reconocimiento de la gente. Las FAR no tenían una identidad ante la masa como FAR, estaban identificados ante la militancia, no ante la masa. Fueron los propios jefes de las FAR los que impusieron con mucha dureza a su militancia el tema

de la proporción. Porque había lugares donde era difícil hacer eso. Y la verdad es que los compañeros que venían de los primeros niveles de las FAR eran muy duros con eso, con que se cumpliera. Porque en algunos lugares no era esa la proporción”, agrega un ex dirigente montonero de alto rango.

Ese conflicto se vivió por ejemplo en Mar del Plata, donde FAR era más fuerte que Montoneros y fue necesario que los jefes “bajaran” al lugar para hacer valer la decisión de la nueva Conducción Nacional. Eso generó que los montoneros marplatenses pasaran a controlar una estructura que tenía un desarrollo político que ellos no habían generado.

Además de la proporcionalidad, se acordó hacer una evaluación de cuadros al año siguiente para “achicar y homogeneizar” las estructuras de conducción, según precisa un ex dirigente montonero que destaca la contundencia del proceso de fusión: “Las FAR dejaron de ser FAR, y los compañeros, inclusive hoy día, se reconocen como Montoneros”.

“La unión con las FAR nos permitía que una parte importante de la izquierda integrada con el peronismo se integrara en un solo proyecto. Sólo quedó afuera el grupo del Peronismo de Base, que

venía de la vieja ‘P’ [las FAP]”, analiza en el marco de las diferencias entre la “alternativa independiente de la clase obrera” propuesta por los cuadros del PB y el “movimientismo” postulado por Montoneros.

La fusión, evalúan varios militantes —entre ellos, Jorge Lewinger, proveniente de FAR— le habría aportado “marxismo” a Montoneros. “Eso fue para bien y para mal. Para bien, permitió radicalizar las propuestas hacia el socialismo. Para mal, Pepe se agarró de esa idea para formar un partido centralizado al mango en 1976, lo que facilitó enormemente la represión sobre la organización. Fue un gran error. Deberíamos haber funcionado con la mayor autonomía posible, ir a la dispersión. Pero la Conducción temía que eso llevara a la disolución.”

Alicia Pierini, que había sido defensora de presos políticos e integrante de la Asociación Gremial de Abogados por Montoneros, también tiene una visión negativa de la fusión: “La estructura de partido leninista nos hizo mierda. Dio la estructura militarista cuando los Montoneros eran profundamente políticos”.

Raúl Magario, uno de los militantes que llegó a

Montoneros vía Descamisados y que integró el área financiera de la organización, cree que “hasta la fusión” con las FAR la Conducción Nacional “tenía en claro que los objetivos eran políticos y que la lucha armada podía servir para ese momento pero no era un objetivo en sí mismo”.

“Con las FAR se incorpora una faceta más militarista, por la formación que traían los compañeros. Muchos de ellos habían sido formados en Cuba y traían una cosa más de lucha permanente. Nosotros éramos más peronistas y el tema era tomar el poder y desde el poder construir la revolución. De manera que la lucha armada era sólo el paso para tomar ese poder”, explica Magario.

LA JP LEALTAD Y LOS “SABINOS”

La muerte de Rucci y el incremento en la calidad de las críticas a la política que implementaba el gobierno nacional fueron configurando el escenario para la segunda ruptura que sufriría Montoneros: la JP Lealtad. No eran lo mismo que la JP de la República Argentina, que había ideado López Rega para disputar la conducción juvenil a Montoneros. En todo el arco de la izquierda peronista y marxista

la llamaban con ironía la “Jotaperra” y tenía como líder a Julio Yessi.²³

La investigadora Ana Soledad Montero, en un trabajo sobre la organización, explicó que “la JP Lealtad tiende a denunciar los gestos rupturistas, críticos y desafiantes por parte de Montoneros con respecto a la conducción de Perón y al gobierno peronista en general: desde esta óptica, no sería Perón quien habría abandonado a la juventud, sino que, por el contrario, es la dirigencia montonera la que habría buscado y provocado la ruptura”.

La ruptura de la JP Lealtad se terminó de concretar a principios de 1974 y estaba integrada por cuadros más relacionados con las agrupaciones políticas. Al frente de la nueva corriente quedó Jorge Obeid, ex jefe de la JP Regional II, que incluía a Santa Fe y Entre Ríos. También la encabezaron dirigentes de Capital (Horacio González), zona Norte (Edmundo González), zona Sur (José Canalls), zona Oeste (Ricardo Gómez), la UES (Mario Maidovani) y la JUP (Norberto “Croqueta” Ivancich).

Los “leales” editaron la revista quincenal *Movimiento para la Reconstrucción y la Liberación Nacional*, que tuvo diez números. La

primera edición apareció en la segunda quincena de abril de 1974 y la última, en septiembre. Tenía publicidades de los organismos públicos y realizaba una firme defensa del gobierno, pero al mismo tiempo denunciaba las muertes de militantes a manos de la Triple A.²⁴

La primera ruptura que había tenido Montoneros había sido la de los “Sabinos” y se había gestado en las cárceles del lanussismo. Al frente estaban los presos de las primeras acciones montoneras, las que ayudaron a configurar el mito: Ignacio Vélez, Luis Rodeiro y José Fierro.

Habían visto crecer a Montoneros detrás de las rejas. Salieron en libertad con la asunción de Cámpora, pero meses antes ya tenían un documento autocrítico. Lo habían discutido entre 1970 y 1972. Se constituyó sobre la crítica a dos ejes centrales: el foquismo como práctica militar y política y la idealización del movimiento peronista. Entre otros aspectos señalaban: “El problema se agrava cuando el foco, desencajado del contexto, de la realidad de la lucha de las masas, es absolutizado, elevado al todo (ideología, política, estrategia, táctica), dándole validez por sí mismo, independientemente de las condiciones históricas en juego”. Definieron

a los fundadores de Montoneros (entre los cuales se incluían) como integrantes de la “pequeña burguesía radicalizada”, que “tendía a una ‘idealización abstracta’ del Movimiento Peronista, que ocultaba la problemática fundamental; o sea, las contradicciones de clases en el seno del mismo”.²⁵

Lo habían escrito en papel de armar cigarrillos y sacado del penal con los abogados Ortega Peña y Duhalde. Luego se copió a máquina y en julio de 1972 se lo envió a la conducción de Montoneros. Pero no tuvieron respuesta ni se distribuyó dentro de la organización para su discusión política, como habían pedido.

El texto fue duplicado en mimeógrafo. Pasó a llamarse el “Documento Verde”, por el color de la tapa, y fue enviado a “organizaciones hermanas” como las FAP, con las que los montoneros disidentes tenían coincidencias políticas, sobre todo en el concepto de la “alternativa independiente”. El grupo díscolo fue bautizado como “Columna Sabino Navarro” y tenía importante desarrollo en Córdoba y relativa influencia en Buenos Aires, Santa Fe y Tucumán.²⁶

Vélez, fundador de Montoneros y uno de los que encabezó la ruptura, remarcó que la organización

“patinó” al valorar lo militar por sobre lo político. “Y los cuadros político-sociales, que tenían niveles de representatividad propios en el movimiento popular, eran integrados a las periferias y dependían de ‘responsables’ (aun en sus propias áreas de representación) que eran muchas veces jóvenes estudiantes que habían hecho méritos como audaces combatientes (quizás porque eran temerarios o buenos tiradores). Así, lo que era bueno para la organización era bueno para la revolución. La organización, entonces, comenzó a priorizar sus intereses propios frente a los intereses de las bases o luchas populares. Posteriormente a nuestra disidencia, la dirección negoció luchas fabriles que libraban compañeros de la JTP contra la UOM a cambio de cargos en listas electorales”, escribió Vélez en 2005. “Esta grave concepción acerca de quién es el actor revolucionario en nuestro país, planteada oportunamente por la disidencia de los Sabinos, fue con el paso del tiempo lo que más gravitó sobre el desarrollo y accionar de Montoneros y las organizaciones guerrilleras en general.”²⁷

En junio de 1973, un mes después de salir de la cárcel, los montoneros díscolos se reunieron con

Firmenich y otros integrantes de la Conducción Nacional. Fue un encuentro tenso, en una casa de un barrio de la periferia cordobesa. “Firmenich fue el que habló, pero había otro más que no recuerdo quién era. Estaba todo el Grupo La Calera. Preguntó si estábamos decididos a irnos o a quedarnos. Ratificamos los términos del documento. No hubo ninguna fundamentación política o ideológica. Era un principio de autoridad, de decir: ‘Hasta que no les digamos que ya no están, siguen estando’”, recuerda Luis Rodeiro, que agrega: “La Conducción decía que nuestras posturas eran más de izquierda que peronistas. Eso de alguna manera era cierto. Nuestra concepción del peronismo era diferente: para nosotros el peronismo era un punto de partida y para ellos era un punto de llegada”.

CRUJIDOS

Al término de 1973 y en el inicio de 1974, Montoneros parecía moverse al ritmo de la disputa con Perón, que no aflojaba, y de la política del gobierno, que no se parecía a la que estaba en la plataforma electoral. Esos meses que van desde el final de un año y el primer trimestre del otro, la

Conducción Nacional decidió que algunos de sus integrantes tendrían encuentros con los distintos frentes de masas.

En una de ellas, se reconoció que la teoría del “cerco a Perón” no era más que el resultado de un “pensamiento mágico” y se analizó que el verdadero cerco era el que estaban trazando las dictaduras latinoamericanas en torno a la Argentina. El más reciente golpe de Estado había sido contra Salvador Allende, en Chile, el 11 de septiembre de 1973.

En esas charlas se analizó la formación del Frente de Liberación Nacional y las diferencias con Perón: “Entre Perón y nosotros hay una multiplicidad de coincidencias en el plano político. El planteo del Frente Nacional Antiimperialista, del Frente Latinoamericano Antiimperialista y de la alianza de clases en donde se apoya en la organización de la clase trabajadora, reparte el producto bruto, nacionaliza la economía, el Estado planifica la economía, etcétera, nosotros lo compartimos plenamente, pero no lo compartimos como meta final sino como transición al estado socialista”.

En esa ocasión, el representante de la Conducción Nacional reconoció que Perón los veía como “infiltrados” y dijo que la organización tenía “otra

contradicción” con el General, que se sumaba a la de la concepción del tipo de Estado: él planteaba una conducción unipersonal y ellos querían que fuera “pluripersonal”. La diferencia era un tanto insalvable.

El análisis, que contó con numerosas preguntas de los militantes, estuvo cruzado por la evaluación de la Conducción Nacional de que se iba a “un punto de fractura” en la disputa política. Por eso insistían en la necesidad de “construir las milicias” populares —esa posición la había mantenido Firmenich al salir de la reunión con Perón el 8 de septiembre de 1973, cuando dijo que Montoneros no iba a dejar las armas porque “el poder político brota de la boca de un fusil”—²⁸ y se proponían llegar a ese punto con “la mayor acumulación de fuerzas y poder posibles”. Ese poder tenía tres aspectos: la representatividad política, la organización de masas y el poder militar.

Según los cálculos montoneros, se debía aumentar velozmente la llegada de las agrupaciones políticas, que sumarían entre 200 mil y 250 mil integrantes, pero debían gravitar sobre los seis millones de votantes de Cámpora. En el plano militar, se requería tener un piso de entre 10 mil y 20 mil

guerrilleros armados —cada uno “equivale a diez soldados”, evaluaron— para enfrentar a los 200 mil hombres de las fuerzas regulares. “Lograr eso en seis meses es imposible. Lograrlo en año y medio es más o menos posible. Lograrlo en dos años es posible. Esto depende de un montón de factores. Lo más probable de todos modos es que, llegado el momento de fractura, debamos otra vez replegarnos a la defensiva estratégica.”²⁹

Hugo Colaone era militante de Montoneros y responsable de la UES de Quilmes. Como tal, participó de una de esas reuniones, que se hizo a comienzos de 1974 en Avellaneda y fue sólo para los responsables de zona de la agrupación que reunía a los estudiantes secundarios de la Tendencia Revolucionaria. “Nos habían dicho que venía alguien de la Conducción Nacional para hacer un análisis político. Pero vino Pepe. Una cosa era ‘uno de la conducción’ y otra Pepe. Yo tenía 17 o 18 años y para nosotros era como Perón o más que Perón”, dice Colaone y aún se le iluminan los ojos cuando recuerda ese momento en el que vio por primera vez, en vivo y en directo y de sorpresa, al jefe de la Orga.

En ese encuentro, que reunió a unos treinta o

cuarenta dirigentes estudiantiles, Firmenich habló sobre “las diferencias con Perón”. Fue, en los hechos, el anticipo de la renuncia de los ocho diputados de la JP Regionales, que abandonaron el Congreso en rechazo al endurecimiento del Código Penal que impulsaba el gobierno.

El proyecto era cuestionado incluso por la Asociación Gremial de Abogados, que había defendido a presos políticos de todas las tendencias, incluidos los montoneros. “Prevé un aumento exagerado de las penas, crea figuras de contenido ideológico represivo político-social, sugestivamente idénticas a las creadas por la dictadura militar y que fueron derogadas el 27 de mayo de 1973”, indicaron los abogados en un comunicado. Además, reclamaron porque el gobierno no avanzaba sobre la penalización de delitos como “el acaparamiento de artículos de consumo de primera necesidad e insumos especiales o el vaciamiento de empresas”.³⁰

Para intentar una vía de negociación, once diputados de la JP se reunieron con Perón el 22 de enero en Olivos. Sólo habían pasado tres días del sangriento ataque del ERP a la guarnición militar de Azul, que le terminó costando la cabeza al

gobernador bonaerense Oscar Bidegain, que tenía muy buena relación con Montoneros. Perón los recibió acompañado por López Rega y Raúl Lastiri, y las cámaras de televisión encendidas.

—Muy bien, señores, ustedes pidieron hablar conmigo. Los escucho, de qué se trata...

La invitación fue respondida por el diputado Rodolfo Vittar. Lo primero que hizo fue aclarar que habían sacado “un comunicado” de repudio al ataque del ERP y luego planteó algunas “dudas” sobre las modificaciones al Código. Perón rechazó la objeción general y reclamó que la discusión se diera en el bloque y que no se insistiera más en la “configuración del delito”, porque determinar un delito era tarea del juez y no del Ejecutivo ni del Congreso.

—General... en relación a esta figura de asociación ilícita, nosotros pensamos que la justificación que se hace en el proyecto es excesivamente ambigua: están desdibujados los contornos de la figura penal y permite incluir dentro de este tipo de asociación ilícita un sinnúmero de situaciones —intentó uno de ellos.

—Todo aquel que se asocie con fines ilícitos configura el delito [...]. Toda esta discusión debe

hacerse en el bloque y cuando el mismo decida por votación lo que fuere, ésta debe ser palabra santa para todos los que forman parte de él, de lo contrario, se van del bloque. Esa es la solución. [...] El que no está de acuerdo se va. Por perder un voto no nos vamos a poner tristes. Pero aquí debe haber una disciplina y si esta se pierde, estamos perdidos.

No hubo una sola palabra de más por parte de los diputados de la JP. Durante los cincuenta minutos que duró la reunión se cansaron de ratificarle a Perón que se cuadraban a lo que dispusiera el movimiento. Pero el General no dio margen para discutir las decisiones del Ejecutivo y fue tajante:

—Nosotros, desgraciadamente, tenemos que actuar dentro de la ley, porque si en este momento no tuviéramos que actuar dentro de la ley ya lo habríamos terminado en una semana. [...] Ahora la decisión es muy simple, hemos pedido esta ley al Congreso para que este nos dé el derecho de sancionar fuerte a esta clase de delincuentes. Si no tenemos la ley, el camino será otro y les aseguro que puestos a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla y lo haremos a cualquier precio, porque no estamos aquí de monigotes.³¹

El 24 de enero renunciaron ocho de los once diputados que estuvieron en Olivos: Armando Croatto, Carlos Kunkel, Diego Muñiz Barreto, Santiago Díaz Ortiz, Roberto Vidaña, Jorge Gledell, Aníbal Iturrieta y el vocero del grupo, Rodolfo Vittar. Inmediatamente fueron expulsados del peronismo por el Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista y su conducta fue calificada como “gravísima falta”. Kunkel negó, en 2007, que en aquel momento hubiera pasado a la oposición al gobierno. “Yo era diputado, y no compartí el camino que le habían sugerido al general Perón. Presenté mi renuncia. En esa época Perón ya no estaba bien, estaba muy enfermo”, señaló.³² Los que no renunciaron fueron Juana Romero, Nicolás Giménez, Enrique Svrsek, Juan Manuel Ramírez y Nilda Garré.

Un día después, se aprobó el proyecto oficial sin modificaciones.

La “depuración ideológica” del peronismo venía a toda máquina. A la salida forzada de Bidegain se le sumó el golpe policial encabezado por Domingo Antonio Navarro que depuso a Ricardo Obregón Cano y Atilio López en Córdoba, otro de los gobiernos provinciales con buenas relaciones con

Montoneros.

LA OPOSICIÓN

Poco antes de que febrero llegara a la mitad, Firmenich fue detenido en una plaza porteña. Había estado semiclandestino, en una reunión extensa, y necesitaba tomar un poco de aire. Salió a dar una vuelta y se sentó en un banco a ver un poco de verde. Llevaba un arma en la cintura.

Dos policías pasaron por allí en un patrullero y olfatearon algo. Uno de ellos bajó del auto, se acercó por detrás, y lo sorprendió.

El sospechoso buscó evitar problemas.

—Quedate tranquilo. Soy Mario Eduardo Firmenich y estoy armado —dijo.

El uniformado no lo podía creer. Lo llevó a la Comisaría 32^a, en la avenida Caseros al 2700, en Parque Patricios. Sus jefes tampoco lo podían creer y lo último que querían era tenerlo allí. La leyenda montonera dice que el comisario gritaba que a quién carajo se le había ocurrido detenerlo y que se lo sacaran de allí. Su desesperación duró apenas unas horas. Una llamada telefónica resolvió todo.³³

La liberación corrió por cuenta del jefe de la

Policía Federal, el general Miguel Ángel Iñíguez. “Era un hombre de la Resistencia Peronista que estaba en la Policía. Nacionalista al fin, sabe la que se viene si Firmenich permanece en manos de la Federal mucho tiempo. Ahí hubo una negociación política. Estuvo unas horas y fue liberado”, dice Falcone, hermano de Claudia, una de las dirigentes de la UES que fue secuestrada durante la llamada “Noche de los Lápices” y permanece desaparecida.

Iñíguez, que había tenido diálogo con él, consideraba a Firmenich un “nacionalista, católico y peronista. Aunque como muchacho pueda discrepar en cuanto a formas de ejecución política, cuando llegue la hora de la síntesis va a estar bien encolumnado, no me cabe la menor duda”, según le dijo a la agencia de noticias Télam, al tiempo que expresaba sus reservas sobre Quieto: “En mis conversaciones con él no fue muy claro”.³⁴

El lunes 11 de marzo se cumplió el primer año del triunfo de Cámpora. La Tendencia Revolucionaria lo recordó con un acto en el estadio de Atlanta, que se hizo bajo la consigna de “Recuperar el gobierno para el pueblo y para Perón”. Sobre el escenario, Firmenich y Quieto estaban acompañados por representantes de la vieja

guardia del sindicalismo peronista, como Andrés Framini, Sebastián Borro y Dante Viel. En el comité organizador figuraba Armando Cabo.³⁵

La zona del acto estaba prácticamente militarizada y entre las consignas que cantaron los militantes ya sonaba el “¿Qué pasa / qué pasa / qué pasa, General / que está lleno de gorilas el gobierno popular?”, que pareció la cortina musical perfecta para la reaparición pública de Galimberti, quien desde su fallido anuncio sobre las “milicias populares” mantenía perfil bajo.

El “Loco Galimba” fue uno de los oradores y, fiel a su estilo, retomó la consigna que cantaban en las tribunas: “Cuando teníamos que luchar contra la dictadura éramos la juventud maravillosa, ahora somos los infiltrados”. Las barras bramaron. Para *Crónica* había 40 mil asistentes; para *La Opinión*, 45 mil.

Hablaron dirigentes de las distintas agrupaciones y el cierre fue de Firmenich, quien volvió a poner el eje sobre los “traidores” al programa del Frejuli. Reconoció que se encontraban en la “oposición” y antes de terminar el discurso anunció que el 1º de mayo irían a la Plaza a decirle al General “todo” lo que pensaban del rumbo que estaba tomando el

gobierno.

Según Firmenich, se trataba de un proyecto político que estaba distorsionado y desviado por los “agentes de la antipatria”, que eran los mismos que los hicieron “retroceder a tiros” en Ezeiza. “En el plano político, una sola frase puede sintetizar todo lo sucedido, y es el desplazamiento de los leales por los traidores. En el plano económico, se sintetiza en un elemento que también define esta política, que es el actual Pacto Social”, enfatizó y habló de las “conspiraciones” contra los gobernadores de Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe y Salta, todos los distritos donde Montoneros tenía buenas relaciones políticas.

Definió como “caza de brujas” a la depuración ideológica impulsada por el Consejo Superior del Movimiento Justicialista y volvió a reclamar — como ya lo había hecho en el acto del 22 de agosto del año anterior— que la clase trabajadora tuviera la hegemonía en el proceso. Luego planteó la estrategia futura y marcó tareas para las agrupaciones de la Tendencia Revolucionaria: “Hasta antes del 17 de noviembre, la política de poder la sintetizábamos en la frase ‘Perón vuelve’; después del 17 de noviembre hasta el 25 de mayo, la

sintetizamos en la frase ‘Perón al poder’; del 25 de mayo en adelante, la sintetizamos en la consigna ‘Apoyo, control y defensa del gobierno popular’. Y hoy resulta que la tenemos que cambiar otra vez [...]. Resulta que hoy ya ha sufrido una desviación tal el proceso, que tenemos que plantearnos la necesidad de reencauzarlo o de recuperarlo”, y convocó a la JTP a “romper el Pacto Social” y “aumentar el grado de organización de la clase trabajadora”.

A los militantes de la JP les pidió aumentar la organización en los barrios para tener “retaguardia” frente a las agresiones y a los militantes del Movimiento Villero Peronista les encomendó “la organización de los compañeros en las villas” para pelear “la tierra y la vivienda”. Insistió: “En un gobierno popular todo hombre tiene derecho a tener su propia casa. Hay que luchar allí contra la creencia de que estos objetivos se pueden conseguir dando vueltas por la casa del Brujo”.

A las mujeres de la Agrupación Evita les dijo que había que pelear por la repatriación de los restos de Eva Perón y a los estudiantes les pidió luchar por modificar los programas de estudio con la vista puesta en la clase trabajadora.³⁶

La ruptura ya estaba en marcha. Sólo era cuestión

de días.

LA PLAZA

Siete días después volvieron a detener a Firmenich. Cayó junto con otros militantes y su esposa. Pero esta vez la salida no se resolvió en cuestión de horas ni con una llamada telefónica. Todo fue mucho más complejo y espeso. La detención tuvo mucho de redada policial. Pasaron dos días y la Conducción Nacional temió que se reprodujeran los casi veinte días que Quieto había estado preso en Rosario.

Fueron necesarias reuniones políticas en distintos niveles y movilizaciones a la comisaría que lo tenía preso, en Villa Martelli, y al juzgado de San Martín, donde le habían abierto una causa por tenencia de armas de guerra, bombas, granadas, explosivos, municiones y “propaganda y literatura de organizaciones extremistas”.

Al salir de aquella encerrona, Firmenich volvió a golpear: “Se ha producido el desplazamiento de los leales por los traidores”.

La ofensiva oficial continuaba. El 25 de marzo mataron a Alberto Chejolán, un joven militante

villero. Fue baleado durante la represión policial y cayó a metros del Ministerio de Bienestar Social. Tenía un tiro de Itaka en la espalda. Había ido a reclamar contra la erradicación de la Villa Saldías, en Retiro, que había sido la respuesta del gobierno ante la propuesta de las organizaciones villeras: pedían la radicación y creación de un barrio obrero. “Nuestro deseo es erradicar totalmente las villas de emergencia, especialmente por los chicos, porque son peligrosas”, había anunciado Perón en enero. Tenía una visión bien distinta de lo que quería el Movimiento Villero Peronista.³⁷

Así, con la disputa creciendo, llegó el 1º de mayo de 1974 y Montoneros trabajó su asistencia. Se hicieron reuniones de cada una de las células y de cada uno de los frentes de masas para coordinar política y logísticamente la movilización. La Conducción Nacional bajó la consigna “¿Qué pasa / qué pasa, General?” pero “la puteada a Isabel no estaba en los planes, ni estaba aprobada, ni nada”, señala un ex dirigente de alto rango de la organización.

Montoneros movilizó a todos sus militantes hacia Plaza de Mayo. Muchos micros tuvieron problemas para llegar. Los retenes en el ingreso a la capital los

controlaba directamente el subjefe de la Policía Federal, Alberto Villar.

Para evitar esos bloqueos, Rodolfo Walsh estaba pegado a una radio que transmitía la banda policial e iba buscando los resquicios para que los micros llegaran a destino. Estaba en una oficina, a tres o cuatro cuadras de Plaza de Mayo, junto a Perdía. La habían tomado y tenían a su disposición varias líneas telefónicas. Desde allí iban pasando la información a las distintas delegaciones. El enlace era Mendizábal.

Los miembros de la Conducción Nacional no fueron al acto. Se había decidido no mostrar las caras conocidas para evitar provocaciones y preservar la seguridad de los máximos dirigentes.

Firmenich, Quieto, Hobert y Yäger estaban en una “casa operativa”, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Desde allí vieron cómo, con la plaza prácticamente dividida entre la Tendencia Revolucionaria y las organizaciones sindicales y la ortodoxia peronista, se cocinó la disputa verbal.

El General los llamó imberbes, estúpidos e infiltrados y respaldó a “esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados sin que

haya todavía tronado el escarmiento”. Los montoneros trataron de gorilas a quienes lo acompañaban en el gobierno, cuestionaron la figura de Isabel y volvieron a cantar que Rucci era un traidor y que le mandara saludos a Vandor.

Después vino la retirada. Sorpresiva y sin una orden expresa de la Conducción Nacional. Walsh salió del edificio y buscó las columnas que se iban, cantando, puteando. Quería ver la cosa de cerca y quedó immortalizado en una foto que publicó *Noticias*, el diario de Montoneros, dos días después.

Firmenich no podía creer lo que transmitía la televisión. Escuchó lo de “estúpidos”, dejó el mate y se acercó aún más al televisor. Los otros jefes montoneros tampoco sacaban la vista de la pantalla.

—¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó la Negrita.

Nadie respondió.

“Desde la operación a Rucci yo sentía que había alguna pifiada nuestra, que teníamos que modificar la estrategia, pero la dinámica era tan rápida que la vorágine no te dejaba pensar”, señaló la Negrita.³⁸

Firmenich dice que Perón entendió recién ahí, cuando los militantes se iban, cómo eran esos

jóvenes: “Perón se dio cuenta de que nosotros no éramos un sector más del movimiento, nosotros nos estábamos jugando la vida, no nos jugábamos un cargo, no nos jugábamos un sindicato. Se dio cuenta tarde, cuando se le vació la plaza, y lo descubrió, se dio cuenta, pero era tarde. Oscar Alende me ha contado que, terminado el acto del 1º de Mayo, ellos salen del palco, Perón entró apesadumbrado a la Casa Rosada. Y se le arrimó y le pregunta: ‘General, ¿le doy una mano?’, y él responde: ‘No se preocupe, doctor, yo les doy un lavado de cabeza a los muchachos’. Creo que recién ahí Perón entendió lo que era nuestra generación. Pero era tarde, y el daño estaba hecho. Y ese discurso de Perón ha sido hipócritamente usado durante la dictadura como excusa legitimante de la desaparición de la militancia”. Firmenich reivindica el derecho a disentir con el General: “¿Por qué no voy a cuestionar a Perón? No es que siempre tenga razón. Puedo cuestionar a Perón equivocadamente y que a veces él esté equivocado”.³⁹

Otro ex dirigente de la organización tiene una historia parecida sobre el resultado de esa pelea: “Jorge Antonio me contó que esa noche lo llamó Perón y le dijo: ‘Tenías razón’, y ahí me contó una

discusión que había tenido con Perón. Dice que le dijo: ‘Tené cuidado con lo que vas a hacer, y cómo lo vas a hacer, porque a la vieja dirigencia nos conocés, nos criaste. Pero a estos changos no los conocés, ellos no te conocen, no dependen de vos, más bien vos dependés de ellos. No es que ellos se hicieron porque vos les diste poder, ellos cobraron poder y te están dando una cuota de poder a vos con el tema del regreso. Entonces la cosa con ellos no va a ser como vos creés tan fácil’. Y Perón lo que le dice es: ‘No, ya vas a ver, llegamos allá, hablo con ellos, y esto se arregla’. Por eso lo llama esa noche y le dice: ‘Tenías razón’”.

La misma fuente asegura que Montoneros buscó un acuerdo, que incluía la institucionalización del Movimiento Justicialista, pero no se concretó. Parecería muy acertada la definición de la Negrita: “La vorágine no te dejaba pensar”.

MUERTES I

El padre Mugica era uno de los que se habían sumado al gobierno peronista. Había aceptado un cargo como asesor ad honorem de la Comisión de Vivienda del Ministerio de Bienestar Social. El

objetivo era planificar la construcción de 500 mil viviendas populares. El sacerdote creía que debía buscar los lugares posibles para trabajar por y con los sectores más postergados.

Esa ilusión le duró entre junio y fines de agosto de 1973. Renunció en desacuerdo con la política impulsada en el área, que terminó promoviendo la erradicación de las villas. Pero eso no lo convirtió en un crítico del gobierno; quedó alejado del ministerio que conducía López Rega pero también de Montoneros y de otros sectores de la izquierda peronista, como el de su amigo Rodolfo Ortega Peña.

“El socialismo dogmático peca de cientificismo. Es aristocratizante, desconfía del pueblo, de la capacidad popular, lo menosprecia. Para nosotros, la única metodología válida, en cambio, es cuando el pueblo participa, cuando crea y es protagonista de una alternativa liberadora. Por eso, no es cierto que los curas del Tercer Mundo se alejen de la Tendencia. La fórmula correcta sería que la Tendencia se aleja de los curas del Tercer Mundo, como se ha alejado del pueblo y del general Perón”, dijo Mugica en marzo de 1974.⁴⁰

Eso fue una semana antes del asesinato de

Chejolán. Su apoyo a Perón no le impidió a Mugica encabezar el funeral y las marchas de repudio.

No llegó a cumplir los 44 años. El 11 de mayo lo ametrallaron a la salida de una misa en la iglesia de San Francisco Solano, en Mataderos. Los autores hicieron silencio. La Triple A no salió a reivindicar el crimen, como sí lo haría con otros asesinatos. El objetivo era volcar las sospechas sobre Montoneros. Firmenich salió públicamente a desmentir la hipótesis. Lo hizo en cuatro notas aparecidas en *Noticias*, el diario que Montoneros sacó a la calle el 20 de noviembre de 1973 y que fue clausurado el 27 de agosto de 1974.⁴¹ “Para nosotros la importancia de tener un diario propio, o más bien un diario de carácter frentista, era acompañar el debate político que se daba en la Argentina en ese momento”, explicó Fernando Vaca Narvaja, otro ex jefe montonero.⁴²

Ese objetivo de la organización generaba las mismas tensiones con los periodistas profesionales que ocurren en cualquier empresa privada, donde se enfrenta la línea editorial con el hecho periodístico en sí. Eso se vio la noche del asesinato de Mugica, que encontró a Juan Gelman, jefe de redacción, a cargo del cierre de la edición. Tenían lista una tapa

de fondo negro con varios títulos cuando se conoció el crimen. Poco después recibió un llamado telefónico de Norberto Habegger, vicedirector y vínculo directo con Montoneros. Gelman le dijo que había que hacer la tapa con el asesinato. “Él me dijo: ‘No, no, no. Levantá el cuarto o quinto título y ponelo ahí’. Era para cambiar la tapa completamente, meter una foto de Mugica y poner un título simple: ‘Lo mataron’. Pero Mugica ya estaba en disidencia y Firmenich le tenía un encono particular de antes”, señaló Gelman.[43](#)

Dos días después comenzaron a aparecer las cuatro notas de Firmenich. Eso también generó cierto revuelo en la redacción. Fueron publicadas entre el martes 14 y el viernes 17 de mayo y se presentaron como el inicio de una serie de opiniones de “personalidades políticas que conocieron” la militancia del sacerdote.

El primer texto fue titulado “Mi afecto y mi agradecimiento al padre Carlos Mugica” y anunciaba que se harían otras tres entregas: “Nuestras diferencias políticas”, “La provocación de derecha no puede dividirnos” y “Construyamos la unidad del pueblo”.

En la primera nota contaba cómo había llegado,

de la mano de Ramus, a la Juventud Estudiantil Católica, donde Mugica era asesor espiritual. Relataba el viaje a Tartagal, los encuentros con los hacheros, el trabajo en la villa de Retiro. Decía que vivir esas experiencias, de la mano de Mugica, les mostró “claramente que la solución al problema de la explotación y la injusticia social era una sola: el problema de fondo era político y su solución era una revolución política”.

Junto con esas definiciones, Firmenich y Ramus hicieron su opción por el peronismo y la lucha armada, y abandonaron la militancia en la Iglesia. Eso provocó un distanciamiento, que se extendió por tres años. Llegó hasta 1970, después del secuestro de Aramburu, el copamiento de La Calera y la muerte de Abal Medina y Ramus. Fue cuando la dictadura comenzó a golpear con fuerza sobre la estructura de Montoneros.

“Aquel período fue para nosotros sumamente difícil en todos los aspectos, incluido el afectivo, ya que veíamos caer permanentemente a los compañeros frente a las balas policiales. En medio de esa situación el régimen volcó todo su aparato propagandístico para distorsionar los hechos y para calumniarnos de todas las formas posibles. Fue en

esas circunstancias que el compañero Carlos Mugica, pese a que hacía tres años que no nos veíamos, asumió públicamente nuestra defensa”, agradecía Firmenich.⁴⁴

La nota publicada el día siguiente explicaba las diferencias políticas que, en 1967, comenzaron a distanciar de Mugica a Ramus, Abal Medina y Firmenich. “Este distanciamiento, que llegó a ser mayor un tiempo más tarde, reconocía sus razones últimas en las diferencias políticas que teníamos acerca de la manera más eficaz de servir a los explotados, a los marginados, a los trabajadores”, consideraba.

Firmenich recordaba que durante aquella misión iniciática a Tartagal, en el norte santafesino, se discutió cómo enfrentar “la explotación del pueblo”, y escribía que Mugica “fue el primero en proclamar que la única solución estaba en la metralleta (tales fueron sus palabras casi textuales)”. Pero después, con la sangre más tranquila, la posición del sacerdote se moderó.

“Para nosotros, el problema aparecía bastante claro: si la oligarquía y el imperialismo utilizaban la violencia para explotar al pueblo, ¿por qué razón el pueblo no tenía derecho a responder con la

violencia para conquistar su liberación? Mugica, sin embargo, entró en la duda. Naturalmente, esto condujo rápidamente a la disolución de aquel grupo y ocasionó el distanciamiento”, continuaba la nota.

Según Firmenich, Mugica estaba tensionado por dos contradicciones: una era entre “su compromiso a fondo con los explotados y los perseguidos y la no aceptación de la violencia; la otra, entre el ser un hombre de Iglesia o ser un hombre político”. Pero aclaraba que aunque esa situación no se había resuelto, no lo consideraban un traidor. “Simplemente comprendíamos estas contradicciones que él vivía y que frecuentemente lo atormentaban, y por otra parte comprendíamos que su trabajo de prédica constante, fogosa y valiente, era sin ninguna duda positivo: al fin y al cabo, nosotros mismos éramos la confirmación de esto”, decía Firmenich y afirmaba que los desencuentros se habían disipado entre 1970 y 1973.

Pero la Masacre de Ezeiza volvió a separar las aguas. Tenían diferentes valoraciones del proceso político. La nota de Firmenich señalaba: “Si la política económica sólo beneficia a los grandes empresarios, por más que estos sean nacionales, esa política no es de liberación y va a traer como

consecuencia la disolución de la pretendida unidad nacional”.[45](#)

En la tercera nota se metía de lleno en la “provocación de la derecha” y la intención de adjudicarle el crimen a Montoneros. “¿Qué disparate! ¿Cómo nosotros íbamos a amenazar de muerte a Carlos Mugica? ¿En qué política revolucionaria cabe matar a los hombres del pueblo por diferencias acerca de cuál es la mejor manera de destruir al mismo enemigo?”, preguntaba, cargado de retórica, y reconocía que el sacerdote había sido amenazado por teléfono, supuestamente en nombre de Montoneros.

“Sólo los enemigos que Carlos tuvo siempre podían tener interés en matarlo. Aquellos para los que él era el ‘cura comunista’, el cura que ‘queriendo cristianizar a los bolches, se hizo bolche’, parafraseando a *El Caudillo*”, decía Firmenich mencionando a una de las publicaciones derechistas de mayor presencia en los quioscos en esa época, al tiempo que cuestionaba a los sectores políticos con los que tenían diferencias y les habían atribuido livianamente el asesinato.[46](#)

El cierre de la serie fue un llamado a “construir la unidad del pueblo” frente “a la maniobra

divisionista de este crimen”. Para esa unidad establecía como parámetros: el objetivo debe ser “la liberación nacional y social”, que las distintas fuerzas admitieran cuál era su nivel de representatividad y que aceptaran “la existencia y coexistencia de mayorías y minorías, e inclusive de hegemonías”. Subrayaba: “No puede admitirse discusión, por ejemplo, que, en cuanto a los sectores sociales, la clase trabajadora debe ser reconocida claramente como columna vertebral de las fuerzas del pueblo; y en cuanto a sectores políticos, debe ser el peronismo”.

Además, pedía que se hicieran reconocimiento y autocríticas de las “actitudes divisionistas” de fuerzas políticas y sectores de la sociedad. “Naturalmente, no caemos en la ingenuidad de pedirles una autocrítica a personajes como Jacobo Timerman, que desde el diario *La Opinión* ha realizado la más insidiosa campaña para adjudicarnos el crimen. No le pedimos ninguna autocrítica porque ya sabemos que siempre trabajó en contra de la unidad de las fuerzas populares y al servicio de los intereses dominantes de turno: anteriormente, al servicio de la dictadura de Lanusse, y en la actualidad, al servicio de los

monopolios”.[47](#)

MUERTE II

“DOLOR. El General Perón, figura central de la política argentina de los últimos treinta años, murió ayer a las 13.15 horas. En la conciencia de millones de hombres y mujeres, la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un líder excepcional”.[48](#)

Con ese título a cinco columnas y esa bajada escrita por Walsh, *Noticias* comunicó una de las muertes menos deseadas y más anticipadas. El nombre del diario llevaba un crespón negro cruzado. Ese 2 de julio amaneció gris y lluvioso. La manifestación que acompañó el cuerpo de Perón hasta la Catedral metropolitana ponía la piel de gallina. Después lo llevaron al Congreso Nacional, donde fue velado durante tres días y tres noches. Los militantes de los frentes de masas y de las organizaciones político-militares y los peronistas que no estaban bajo ninguna bandera específica ocultaron la plaza del Congreso bajo sus pies. Borraron, también, las veredas de las manzanas

vecinas. Llovía.

Aquella primera mañana del velorio, Falcone vio en persona a Firmenich. Integraba la Juventud Universitaria Peronista y cuando su columna comenzó a llegar al Congreso distinguió su figura, envuelta en un piloto oscuro. Estaba acompañado por Roberto Quieto y María Antonia Berger. La imagen era, ya en ese momento, una postal mitológica: los jefes máximos de la organización junto a una de las sobrevivientes de la Masacre de Trelew. Era una suerte de “pase de revista” de la columna de la Tendencia Revolucionaria. Miraban a su propia fuerza organizada y sonreían.



En el velorio de Perón. De izquierda a derecha, Juan Carlos Añón, Roberto Quieto —líder de la FAR, organización que se sumó a Montoneros—, Mario Firmenich, y Carlos Caride —líder de Fuerzas Armadas Peronistas, también fusionada con Montoneros— (*La Causa Peronista*, año 1, nº 1, 9 de julio de 1974).

“Todavía estaban en la legalidad, pero se cuidaban. Subrayo: estaban en la legalidad porque no habíamos pasado a la ilegalidad. El hostigamiento de la Triple A estaba instalado”, dice Falcone y señala que “esa movilización multitudinaria garantizaba políticamente su seguridad”.

Uno o dos días después, el “Canca” Gullo, jefe de la JP Regional I, tocó el timbre en la casa de Balbín.

—Bueno, doctor, acá está el compañero Firmenich, vamos a charlar.

—Bueno, pasen.

Pero Gullo dijo que prefería no estar. Creía que Balbín podía ser un primer ministro del gobierno de Isabel y tenía buenas relaciones con el radicalismo. Esa reunión estaba sobrevolada por ese debate. Lo que pidió Montoneros fue que el radicalismo evitara “el avance lopezreguista”. Montoneros evaluaba —según el relato de Perdía— que la avanzada de López Rega era parte de la estrategia del golpe de Estado.⁴⁹

“Perón, después del golpe de Allende en Chile, cambió así”, recuerda Gullo y hace el gesto de dar vuelta una tortilla. “Estamos ahí —me dijo—, el mundo puede cerrar para un lado, pero estamos ahí.

La cosa no viene bien'. Tuvo una muy buena lectura, no se equivocaba. A nosotros nos costaba. No podías ver el monstruo. La cuestión es que Firmenich hizo pública la reunión, en septiembre. Y Balbín la desmintió porque la condición era no hacerla pública, y yo me callé la boca, porque ese era el acuerdo", agrega.

La de Perón no fue la única muerte que en ese mes conmovió la fibra del peronismo de izquierda. Antes de que terminara julio ametrallaron al diputado Rodolfo Ortega Peña, en Carlos Pellegrini y Arenales, en pleno centro porteño. Cumplieron las amenazas que se habían incrementado en las últimas semanas contra aquel abogado de presos políticos, que, cuestionando la política del gobierno, había asumido la banca después de la renuncia de los ocho legisladores de la JP.

Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde habían recibido una advertencia concreta. Poco después del asesinato de Mugica, el ministro de Justicia, Antonio Benítez, los convocó a una reunión. Les dijo que había participado de una reunión en la que "López Rega había presentado a Perón un 'Plan de Eliminación del Enemigo', en Olivos, con diapositivas de los posibles blancos", relató

Duhalde. Entre esas fotos estaban las de los dos abogados. Agregó: “Perón lo había escuchado y había guardado silencio. Benítez estaba muy asustado de que nos mataran a nosotros, de que se eligiese ese camino y de qué interpretación iba a hacerse de ese silencio de Perón. El silencio podía ser ‘el que calla, otorga’ o una luz verde. Fue la primera señal que tuvimos de que se estaba organizando una especie de represión ilegal”.⁵⁰

El festejo de cumpleaños que Osinde le había organizado a Perón, el 8 de octubre de 1973, marcaría el inicio de algún tipo de organización paraestatal. Allí, según el relato de Jorge Castro — hijo del suboficial Saturnino Castro, un militar nacionalista e integrante de la vieja Resistencia Peronista que había asistido en la delegación de Santa Fe—, Perón les dijo que iba a “necesitar de suboficiales del Ejército” y que “Lopecito se va a encargar de la organización”. Contó que ese día se hizo una reunión aparte con unos 300 militares, de los 5.000 que habían asistido a Olivos, y que Perón, Osinde y López Rega les pidieron que “en los viajes de Isabelita conformaran grupos para custodiarla de los zurdos”.⁵¹

“La Triple A era una organización que respondía

a un poder con el que Perón había negociado y sobre el cual no tiene capacidad de control. De ahí a que Perón forme la Triple A, es otra cosa. No es que no lo supiera”, consideró Firmenich en febrero de 2004.⁵²

La muerte de Ortega Peña fue el primer crimen firmado por la Alianza Anticomunista Argentina. A diferencia del fusilamiento de Mugica, los matadores se atribuyeron el hecho y dieron por tierra con un volante apócrifo de Montoneros: “La AAA se había mantenido inactiva, como organización de acción directa, desde el atentado intimidatorio contra elseudorradical Solari Yrigoyen, hasta el día 31 de julio, en que ejecutó al agente del imperialismo ruso castrista, Ortega Peña. [...] Habiendo cesado la poderosa fuerza de contención constituida por el caudillo [Perón], la AAA ha reiniciado las operaciones”.⁵³

Montoneros analizó que ese asesinato era el inicio en espiral de una cacería y se abrió un debate muy fuerte hacia adentro de la organización. “Empezó la presión desde abajo: ‘¿Cuántos más nos van a matar, hasta cuándo hay que esperar, cuándo vamos a responder, cómo nos vamos a defender?’. Esa presión terminó en septiembre [de 1974], con el

pase a la clandestinidad”, indicó Perdía.⁵⁴

CLANDESTINOS

“Se han agotado todas las formas legales de continuar la lucha”, dijo Firmenich en una conferencia de prensa secreta que se realizó en el local que la JP tenía en Chile al 1400. Fue el anuncio del pase a la clandestinidad. Eso significaba que la organización volvía a la “guerra popular integral” y que pondría en marcha las “milicias peronistas”.

“Es volver a una nueva etapa de resistencia”, subrayó Firmenich el 6 de septiembre de 1974. Estaba acompañado por los dirigentes de las organizaciones de la Tendencia Adriana Lesgart, José Pablo Ventura, Enrique Juárez y Juan Carlos Dante Gullo.

En realidad, las operaciones ya habían empezado. Tal vez la que sacudió más el escenario político fue el atentado que mató a Arturo Mor Roig, el radical que había sido ministro del Interior de Lanusse. Había aceptado el cargo en contra de las opiniones de Ricardo Balbín y de Raúl Alfonsín. Lo tenían “sentenciado” desde la Masacre de Trelew, cuando

desconoció la denuncia del Partido Justicialista sobre el crimen. También buscaron acercarse a los trabajadores castigando a la burocracia sindical. La muerte de Rogelio Coria que —acusado de corrupción y colaboracionismo con la dictadura de Onganía— cayó bajo las balas en marzo de 1974, podría inscribirse en esa línea.⁵⁵

Con el pase a la clandestinidad, además, muchos militantes fueron reubicados territorialmente, lo que agravó los problemas. Ellos no conocían la zona y los vecinos no los conocían a ellos. La desconfianza y la inseguridad eran regla. Así fue que muchos militantes quedaron *regalados* por el simple desconocimiento del territorio.

Años después, la decisión fue revisada. Perdía, quien fue el segundo jefe de Montoneros, la definió como “el desatino más grande” de la historia de la organización. Pasaron a tener un funcionamiento más cerrado, que dificultaba la militancia y los militantes caídos morían, fuera de sus zonas de influencia, sin peso: “La agresión sobre ellos alcanzaba poca o ninguna significación para la gente común. Sólo nos afectaba a nosotros, acentuando nuestro aislamiento”.

“Si hubiéramos actuado de otra manera,

aceptando esa débil legalidad existente, quizás no se hubiera reducido el número de las bajas producidas en este período, pero —seguramente— la repercusión de las mismas hubiera tenido efectos distintos, fortaleciendo el repudio del pueblo a la metodología represiva”, evaluó.⁵⁶

Firmenich dijo que después de la muerte de Perón “lo único” que podían esperar era que llegara el golpe de Estado, donde ellos serían “las principales víctimas”. Explicó: “Cualquier hombre de la calle decía que el golpe llegaría en tres meses. De modo que antes de esos tres meses, nosotros, que veníamos siendo violentamente atacados, con compañeros muertos todos los días, decidimos preservarnos y pasar a la clandestinidad. Y eso fue un grave error estratégico y político porque nos privó de consenso y de apoyo político, lo que agudizó el aislamiento”.⁵⁷

NOTAS

¹ *El Cronista Comercial*, 19 y 20 de marzo de 1974; *La Razón* (edición sexta), 18, 19, 20 y 21 marzo de 1974; *La Opinión*, 19, 20, 21 y 23 de marzo de 1974. Entrevista con Alicia Pierini, 22 de junio de

2009.

2 Soldado conscripto al que se le daba un grado por encima de sus compañeros, cuando estaba en vigencia el servicio militar obligatorio.

3 *La Nación*, 6 de septiembre de 1973.

4 Entrevista concedida al proyecto Red de Archivos Orales de la Argentina Contemporánea (www.archivooral.org, consulta 4 de marzo de 2010).

5 Eduardo Anguita y Martín Caparrós, ob. cit., tomo II, p. 184 e “Historia electoral argentina (1912-2007)”, Ministerio del Interior, Subsecretaría de Asuntos Electorales, diciembre de 2008

(www.mininterior.gov.ar/asuntos_politicos_y_ele consulta 12 de marzo de 2010).

6 Juan Gasparini, *David Graiver, el banquero de los Montoneros*, Norma, Buenos Aires, 2007, p. 91.

7 Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, Planeta, Buenos Aires, 2001, pp. 141-143.

8 Marcelo Larraquy, “Los cuerpos políticos y la vigencia del cadáver de Rucci”, *Lucha Armada*, año 4, nº 11, 2008, pp. 80-86.

9 Jorge Falcone, *Memorial de guerra larga. Un pibe entre cientos de miles*, De la Campana, La

Plata, 2001, pp. 53-54.

10 Ceferino Reato, *Operación Traviata*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 140.

11 Jorge Asís, “Conversaciones con Firmenich en la cárcel”, *Libre*, marzo de 1984.

12 Lorenzo Miguel “deslindó responsabilidades. Advirtió que dentro de las columnas sindicales había —al igual que en las nuestras— compañeros con palos, cadenas, algún arma corta, preparados para lo que era —en ese momento— parte del ‘folclore’ en las movilizaciones masivas. Pero aseguró que lo que allí había pasado estaba fuera de los planes acordados por el sindicalismo y aun de sus propias reglas de juego. Que era como si ‘alguien’ se hubiera vuelto ‘loco’” (Roberto Perdía, ob. cit., p. 172).

13 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.

14 *Ibidem*.

15 Laura Sali, ob. cit.

16 Entrevista concedida al proyecto Red de Archivos Orales de la Argentina Contemporánea (www.archivooral.org, consulta 12 de marzo de 2010).

17 “Reportaje a Eduardo Aquevedo (subsecretario

gral. de MAPU)”, *Militancia*, nº 19, 18 de octubre de 1973, p. 14; y “Diccionario de la entrega. Carcagno, Jorge Raúl”, *Militancia*, nº 38, 28 de marzo de 1974, p. 48.

18 *ABC*, edición de la mañana, Madrid, 20 de diciembre de 1973, p. 42.

19 *La Opinión*, 13 de octubre de 1973.

20 Perón sistemáticamente llamaba “formaciones especiales” a las “organizaciones armadas peronistas”, lo que no era un capricho, sino una precisión técnica militar sobre el rol que les asignaba. La expresión la tomaba del estratega prusiano Carl von Clausewitz, que definía a estas formaciones como grupos tácticos destinados a una misión bélica específica (por ejemplo, realizar guerrillas en la retaguardia enemiga), cumplida la cual debían disolverse para reintegrarse a las fuerzas armadas regulares.

21 *El Descamisado*, nº 24, 30 de octubre de 1973.

22 Roberto Cirilo Perdía, ob. cit., p. 180.

23 Según Héctor Paino, desertor de la Triple A, Julio Yessi había integrado esa organización. Héctor Paino, *Historia de la Triple A*, Editorial Platense, Montevideo, 1984, p. 49.

24 Ana Soledad Montero, “Héroes, ortodoxos,

- disidentes y traidores: los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976)”, 2008, en Red Interdisciplinaria de Historia Reciente (www.riehr.com.ar, consulta 4 de marzo de 2010).
- 25 Luis Rodeiro, “El ‘Documento Verde’. La primera crítica a Montoneros desde Montoneros” y “Documento Verde”, ambos en *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, n° 6, segundo trimestre de 2006, pp.56-61 y pp. 5 y 34.
- 26 Felipe Celesia y Pablo Waisberg, ob. cit., pp. 221-223.
- 27 Ignacio Vélez Carreras, loc. cit.
- 28 *El Descamisado*, n° 17, 11 de septiembre de 1973.
- 29 Roberto Baschetti, *Documentos (1973-1976), De Cámpora a la ruptura*, De la Campana, Avellaneda, 1996, pp. 258-311.
- 30 *Noticias*, 20 de enero de 1974.
- 31 “Advertencia de Perón a diputados de la JP: acatar la disciplina partidaria”, *Clarín*, 23 de enero de 1974.
- 32 *Clarín*, 27 de enero de 2007.
- 33 Entrevistas a Alicia Pierini, 22 de junio de 2009; y Eduardo Montes, 28 de mayo de 2009. Adrián Van Der Horst, “La historia negra de Firmenich”,

Gente, 23 de febrero de 1984.

34 *La Opinión*, 24 de marzo de 1974.

35 A diferencia de Framini y Borro, Armando Cabo había sido uno de los hombres de estrecha confianza del jefe de la UOM, Augusto Timoteo Vandor, e incluso estuvo durante el tiroteo que se produjo en la confitería La Real, en Avellaneda, el 13 de mayo de 1966. Allí murieron baleados Rosendo García, Domingo Blajaquis y Juan Zalazar. Dardo Cabo, hijo de Armando, era el encargado de escribir los editoriales de *El Descamisado*.

36 *Militancia*, n° 37, 14 de marzo de 1974, pp. 38-42.

37 Eduardo Blaustein, *Prohibido vivir aquí. La erradicación de las villas durante la dictadura*, Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2006, p. 50.

38 Laura Sali, ob. cit.

39 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.

40 *Mayoría*, 19 de marzo de 1974, citado en Martín De Biase, ob. cit., p. 298.

41 El *staff* estaba compuesto por Miguel Bonasso (director), Norberto Habegger (vicedirector), Francisco Urondo (secretario general de

redacción), Juan Gelman (jefe de redacción), Rodolfo Walsh (editor de Información General y Policiales) y Horacio Verbitsky (editor de Política). Entre los redactores estaban Silvia Rudni, Alicia Raboy, Pablo Piacentini, Pablo Giussani, Zelmar Michelini, Sylvina Walger, Martín Caparrós, Carlos Tarsitano, Carlos Ulanovsky, Pedro Uzquiza y Luis Soto.

42 Gabriela Esquivada, *Noticias de los Montoneros. El diario que no pudo anunciar la revolución*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pp. 224-226.

43 *Ibíd.*, pp. 309-310.

44 *Noticias*, 14 de mayo de 1974, contratapa.

45 *Noticias*, 15 de mayo de 1974, contratapa.

46 *Noticias*, 16 de mayo de 1974, p. 12.

47 *Noticias*, 17 de mayo de 1974, contratapa.

48 *Noticias*, 2 de julio de 1974.

49 Roberto Cirilo Perdía, *ob. cit.*, p. 265.

50 Felipe Celesia y Pablo Waisberg, *ob. cit.*, pp. 269-270.

51 Carlos del Frade, *El litoral, 30 años después. Sangre, dinero y dignidad*, edición de autor, Rosario, 2006, p. 67; *Perón, la Triple A y los estados*, edición de autor, Rosario, 2007, p. 41.

- 52 Revista *Noticias*, 21 de febrero de 2004, p. 64.
- 53 *Noticias*, 7 de agosto de 1974.
- 54 Felipe Celesia y Pablo Waisberg, ob. cit., p. 320.
- 55 Richard Gillespie, ob. cit., pp. 205-209; *La Opinión*, 7 de septiembre de 1974.
- 56 Roberto Cirilo Perdía, ob. cit, p. 237.
- 57 Revista *Noticias*, 21 de febrero de 2004, p. 66.

1974-1976

Donatella juega con su bloc de notas cuando aparece Firmenich. Ya está un poco aburrída de esperar. La jornada se alarga demasiado entre el encuentro con el guía, los trasbordos de subte y trenes y la recepción con vino blanco Montonero y empanadas de carne. Ella no lo conoce pero todos sus colegas comentan que el hombre que trae las bandejas y sirve el vino es un gran poeta, Francisco Urondo. Lo tratan como a un viejo amigo.

El comandante guerrillero se acomoda finalmente en la silla y comienza la conferencia. El dato no es nuevo. Los diarios hablaban de esa cifra: Bunge & Born pagó 60 millones de dólares a los Montoneros. Por dentro, Donatella se permite una larga exclamación cuando Firmenich confirma el “monto de lo pagado”. Es una fortuna invaluable. “Si pagan eso, entonces... ¿cuánto ganan?”, medita la corresponsal.

La introducción del guerrillero es larga. Habla de

la organización y sus méritos, de economía, de un compañero muerto —un tal Lewinger— y de los militares que fueron presidentes de la Argentina. El semanario de Donatella difícilmente se interese por las expresiones de Firmenich, pero quizás acepte alguna nota chica que mencione el dinero y la primera aparición ante la prensa después de pasar a la clandestinidad.

Mira el resto de las sillas acomodadas en seis hileras. Son todos hombres, periodistas de agencias internacionales en su mayoría. Algún diario. Casi todos, extranjeros. Llegan las preguntas. Ninguna parece intimidar al montonero que contesta veloz y con voz un poco chillona.

La conferencia se extiende y sobre el final se va pareciendo a un coloquio entre un estudiante de Historia y su mesa examinadora. A Donatella le resulta un poco increíble que ese muchacho engominado, al que le faltan algunos años para llegar a los 30, tire conclusiones tan definitivas.

Tan rápido como llegó, Firmenich se va. A los pocos segundos vuelve y con una sonrisita cómplice dice en voz baja: “Tengo una sorpresa... alguien que puede ser de su interés”. Se vuelve a perder por la puerta que conduce a la cocina. Los corresponsales

no entienden bien qué ocurre pero esperan de pie, entre las sillas ya desordenadas.

Baja entonces por la escalera de la casa un hombre muy extraño, muy flaco, con gafas oscuras y actitud distante. A Donatella se le antoja muy parecido al actor Narciso Ibáñez Menta, a quien suele ver en televisión. Es Jorge Born, el hombre de los 60 millones, recluido durante nueve meses en una “cárcel del pueblo”. Los periodistas zumban alrededor. Born parece ajeno a todo. Unos alemanes encienden las luces de una cámara. Born retrocede como si le estuvieran apuntando. Pide agua y que lo lleven a su casa.¹

* * *

REORGANIZACIÓN

Desde el “Aramburazo”, y con más intensidad desde la primavera camporista, los frentes de masas de Montoneros no habían parado de crecer. Este desarrollo explosivo, en particular de la Juventud Peronista Regionales,² había producido desajustes —entre lo político y lo militar— que la organización quería reacomodar. Si bien desde la

campaña electoral del '73 se habían volcado a la vía institucional y habían dejado de “operar”, la muerte de Perón, el ascenso de López Rega y la Triple A, el enfrentamiento con el sindicalismo, el pase a la clandestinidad y su propia naturaleza guerrera empujaban a una equiparación entre lo militar y lo político.

La tarea de plantear las líneas de la reorganización estaría a cargo de un miembro de la Conducción Nacional que propondría iniciativas en tres módulos: reivindicativo, político y militar. Los plazos eran exiguos. En el primer semestre de 1975 se plantearían los ejes de la nueva estructura y durante el segundo semestre se evaluarían y se aplicarían.

En lo político, la principal hipótesis de trabajo estaba en el diálogo con otras fuerzas —como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (dirección política del ERP), el PC, Vanguardia Comunista, la UCR, el Partido Intransigente y el Partido Revolucionario Cristiano— y en la formación de un Frente de Liberación Nacional. También el plan político pretendía establecer contactos con organizaciones afines en América Latina, mejorar la coordinación con las regionales y

efectivizar una campaña masiva de afiliación al Partido Peronista Auténtico. Esa era la marca electoral de Montoneros.

En lo militar, el proyecto avanzaba en la formación de combatientes, la fabricación de armas³ y explosivos y la configuración de escenarios de posibles “guerras”. En lo reivindicativo, el plan de trabajo proponía reforzar la presencia editorial con publicaciones y libros y la realización de documentales.

También se planteaba una serie de medidas organizativas, como la centralización de las finanzas, la creación de un fondo para presos, la constitución de un grupo de estudio a disposición de la Conducción. Incluía, además, el concepto de “militante integral”: aquel que participaba en la política pero también intervenía en los operativos armados. La razón era que la complejidad de la organización y su crecimiento hacían casi imposible que sus integrantes no se especializaran y profundizaran sus conocimientos en un campo determinado.

El proyecto era muy ambicioso y no pasó desapercibido para las centrales de inteligencia que trabajaban sobre la organización. El informe de la

Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), distribuido entre la plana mayor de la Policía bonaerense, evaluaba que la organización “estaría en condiciones de dar cumplimiento a la mayoría de los objetivos autoimpuestos”.

El análisis de la DIPBA sopesaba que si los objetivos políticos del plan de reestructuración se cumplían, la influencia de Montoneros en el cuadro de poder crecería hasta hacerse incontrolable. “La C.N. [Conducción Nacional] de la O.P.M. [Organización Político-Militar] ha puesto de manifiesto una gran habilidad en la conducción — hasta ahora— del proceso [político nacional] de referencia y no sólo logró capear gran parte del temporal sino también concretó logros políticos, rama que sigue siendo su fuerte”, advertía el informe.⁴

Aun expulsados del Movimiento, hostigados por la derecha peronista y perseguidos por la Triple A, Montoneros era un factor de inseguridad y de inquietud para las instituciones represivas y no por su condición armada consideraban al ERP más exitoso en las operaciones— sino por el crecimiento de su base política. Eso los hacía más peligrosos.

ENCUENTROS CON GELBARD

Montoneros seguía siendo un factor de poder que nadie desconocía. Ya a principios de 1974, cuando los choques entre la izquierda y la derecha del Movimiento hacían olas y amenazaban con afectar sus proyectos económicos y políticos, el ministro de Economía, José Ber Gelbard, les había encomendado a sus montoneros de confianza, Miguel Bonasso y Norberto Habegger, que trabajaran para un acercamiento y un trabajo mancomunado entre él y la Conducción.

Gelbard no era entonces del todo bien visto por Montoneros, que consideraban al ministro como partícipe del operativo comandado por López Rega para desplazar de la presidencia a Héctor Cámpora. Tampoco les gustaba el Pacto Social propiciado por Gelbard, que implicaba una medida económicamente muy restrictiva y socialmente muy onerosa: el congelamiento de salarios.

Sin embargo, muchos en la organización veían en Gelbard la posibilidad de recomponer los vínculos con Perón, por aquel entonces un objetivo político prioritario de la Conducción Nacional.

La gestión de Bonasso y Habegger avanzó y

finalmente Ber Gelbard y Firmenich se reunieron en el departamento del dirigente de la Confederación General Económica (CGE) y secretario privado del ministro, José Ramón Palacios. Firmenich llegó acompañado de su mujer y un custodio. Bonasso advirtió en la sobaquera de su jefe político una *Magnun 357*.

La reunión duró tres horas y pareció haber acuerdo: salieron bromeando y de buen talante. Fijaron un nuevo encuentro en el departamento de Palacios que se concretó ya con algunas definiciones conjuntas. La primera era que Bonasso, director del diario *Noticias*, viajara con el ministro en su gira por Rusia.⁵

En ese viaje, el periodista ganó la confianza del “viejo cuadro” del Partido Comunista y a su regreso acordaron una tercera reunión cumbre, a la que acudieron Firmenich y Perdía.

Gelbard les contó a los jefes montoneros los pormenores del viaje y que quería traer tecnología de comunicaciones de la Unión Soviética y lograr el apoyo de Moscú para su gestión económica. También se despachó en términos muy duros contra su colega del gabinete, el “Brujo” López Rega.

Una vez terminada la reunión, como era habitual,

Perdía grabó en una cinta un informe del encuentro con Gelbard y otras minutas de gestión que debían transmitirse al Consejo Nacional y a otros ámbitos de la organización. El encuentro con Gelbard no debía ser informado a las regionales pero se coló con el resto de los temas y se difundió por toda la estructura montonera.

A los pocos días Gelbard convocó de urgencia a Habegger y le enrostró un informe con sus puteadas a López Rega, que el ministro de Bienestar Social había repartido con mucha satisfacción en una reunión de gabinete.

—¡Ustedes son tan ingenuos, tan boludos, no se dan cuenta de que donde hay tres tipos, uno es de la CIA!

Habegger, con el estilo campechano que lo caracterizaba y que le había granjeado el cariño de Gelbard, lo miró al secretario Palacios y le dijo:

—¿Así que usted es de la CIA, Palacios? ¡Quién lo hubiera dicho...!

El resultado de la infidencia fue que no hubo más encuentros entre el ministro de Economía y Firmenich.

OPERACIÓN MELLIZAS

“Sin recursos, somos una fuerza testimonial”, era uno de los adagios políticos favoritos de Firmenich en esa época. A veces, solía completar la idea: “Si somos una fuerza que tiene más recursos que fuerza real somos un aparato, no una fuerza, y si somos políticos que no tenemos recursos somos testimoniales”. Por eso, en las reuniones de la Conducción era uno de los que más remarcaba la necesidad de lograr el “autofinanciamiento”, la preciada autarquía. Hasta allí, Montoneros tenía las cuentas muy ajustadas para funcionar y, por supuesto, no contaba con excedente alguno para proyectos a mediano o largo plazo.

En ese momento el jefe de Finanzas era Raúl Magario. Para explicar la dimensión que tenía la situación patrimonial de la organización usa una imagen clarísima: “Era administrar la miseria”. Esa carencia se acabaría definitivamente con el secuestro de dos de los empresarios más ricos de la Argentina y el mundo: los hermanos Jorge y Juan Born.

El grupo Bunge & Born se fundó en 1884 para comercializar granos y, hasta la venta de su mayor activo —Molinos Río de la Plata— en 1998, fue un actor central de la economía argentina. En la

primera mitad del siglo pasado, el grupo se expandió a la producción de textiles y químicos y entre los 60 y los 80 se enfocó en áreas como seguros, informática y negocios inmobiliarios, entre otros. Hasta aquí, una reducida versión de la historia oficial de la compañía.⁶

Los montoneros tenían otra interpretación de esa pujanza.

Como justificación para secuestrar a dos de sus principales directivos, la organización afirmaba que explotaba a sus empleados, que asfixiaba a los pequeños y medianos productores y que actuaba de acuerdo con su propio interés, sin atender al bien común de la Nación. Y hacían cuentas.

Según el suplemento especial de la revista de la organización *Evita Montonera*, dedicado al operativo, el holding ganaba en un año 181 mil millones de pesos, un monto que de acuerdo con sus salarios, los 20 mil empleados de la firma podrían reunir en 140 años de trabajo. Un solo trabajador — siempre de acuerdo con el cálculo montonero — debía trabajar 280 mil días, sin faltar ni uno, para equiparar las ganancias de la compañía en un año. En porcentaje, los obreros recibían cerca del 4 por ciento del valor generado por su fuerza de trabajo.

En segundo término, acusaban a Bunge & Born de *dumping* (vender por debajo del precio de mercado) y de apropiarse de toda la cadena de valor para desplazar a sectores chicos y medianos. Y por último, en términos más ideológicos, consideraban que la empresa tomaba sus decisiones en función de su rentabilidad y se inclinaba por producir en un país u otro sin evaluar el impacto interno.

“El grupo Born era un grupo paradigmático de los grupos oligárquicos que había tenido ciertos nexos con Perón en los años 50, aunque eran típicamente antiperonistas. En aquellos tiempos era un grupo que tenía un gran desarrollo en toda su industria de artículos de primera necesidad, de modo que también se empezaba a exigirle al grupo una reparación al consumo popular, alimentos, ropas de trabajo, etcétera”, sintetiza Firmenich.⁷

Bunge & Born, representada en los hermanos Born, fue sometida a un “juicio revolucionario”. Era un método similar al aplicado con Aramburu, pero la condena fue una multa en metálico. La mayor en la historia del mundo: 60 millones de dólares de la época —unos 260 millones en 2010—,⁸ más un millón en mercadería para sectores populares; la resolución de los conflictos gremiales en la firma; la

colocación de bustos de Perón y Evita en todas sus empresas y la publicación de solicitudes puntualizando los términos del acuerdo con la organización.

El secuestro estuvo planeado por Firmenich y Quieto y fue ejecutado por la Columna Norte, a cargo del capitán montonero Rodolfo Galimberti. Participaron treinta personas, diecinueve de ellas se ocuparon de la captura de los empresarios.

El plan comenzó a pergeñarse cuando Montoneros detectó que todas las mañanas de los días laborales los hermanos Born salían de la mansión familiar en Beccar en tres autos, que podían ser Ford Falcon o Peugeot 404 y 504. Dejaban un grupo de niños en una escuela de la zona y luego, por Avenida del Libertador, se dirigían hacia la sede central del grupo en 25 de Mayo y Lavalle, en el centro porteño.

Muy rápidamente, el equipo de planeamiento descartó concretar la emboscada en Libertador por la intensidad del tráfico y por los “organismos represivos” que la patrullan. Como era septiembre, la Municipalidad de Vicente López había iniciado la poda de los frondosos árboles de la avenida y los choferes cada tanto debían desviarse por las calles

paralelas a las vías del Ferrocarril Mitre.

Se decidió que el golpe se daría el 19 de septiembre. Ese día, un equipo de montoneros, personificados como operarios, con overol gris y casco amarillo, simuló trabajar sobre una boca de tormenta en Libertador y San Lorenzo. Segundos antes de que llegaran los Born, colocaron una señal de desvío y un semáforo portátil, para garantizar que el convoy doblara a la derecha por San Lorenzo y luego a la izquierda en Ada Elflein, una tranquila callecita que corre paralela a las vías y desemboca a doscientos metros en un paso a nivel.

En la intersección de Elflein y Acassuso, a una orden de Galimberti, una camioneta Chevrolet y una pick-up Dodge robadas embistieron al medio a los Ford Falcon grises que transportaban a los Born y su custodia. Los custodios que iban en el segundo auto, Fernando Huebra y Conrado Santoro, fueron desarmados y controlados rápidamente.

En el auto que transportaba a los Born, un gerente de la empresa, Alberto Bosch y el chofer Juan Carlos Pérez, que viajaban en el asiento delantero, fueron baleados. Murieron. Se supone que el chofer pretendió accionar la sirena del vehículo con un botón instalado bajo la guantera. El gesto de buscar

algo debajo del “torpedo” habría sido el motivo de la reacción inmediata de los montoneros.

Juan Born, que iba en el asiento de atrás con su hermano Jorge, logró salir corriendo pero a los pocos metros lo voltearon.

Los hermanos fueron subidos a una camioneta que cruzó la vía por el paso a nivel. Allí había otro grupo montonero que había dominado al guardabarrera. Después de que los autos pasaron llevándose a los secuestrados, clausuraron el cruce ferroviario.

La Operación Mellizas era un éxito. Tenían cautivos a los dos empresarios más poderosos del país.⁹

Los hermanos estuvieron secuestrados en una pinturería de Carapachay, en dos celdas a tres metros y medio de profundidad, con una sala de guardia y un baño químico. El acceso a la “cárcel del pueblo” era a través de un armario. Las paredes de las celdas eran de 15 centímetros de espesor con planchas de telgopor entre medio y un sistema de ventilación con extractores y tuberías. Jorge y Juan Born estaban a pocos metros de distancia pero sólo se vieron una vez.

Jorge participó de las negociaciones con sus

captos. El primer pedido de Montoneros fue de 100 millones de dólares.

Según declaró Jorge Born —el más influyente de los hermanos en los negocios del grupo—, alguien de la Conducción, “de nivel intelectual y cultural superior al de los guardias”, le pidió esa cifra inicial y lo siguió visitando una vez por semana para discutir sobre el rescate.

Born siguió negociando y llegó a un acuerdo provisorio: 50 millones y, con el pago de la mitad, liberarían a Juan. La salud de su hermano lo preocupaba. Había pedido verlo y los montoneros accedieron. Jorge advirtió que Juan estaba muy alterado por la situación y pidió que le proveyeran tratamiento psiquiátrico.¹⁰

Los 25 millones de dólares se pagaron en distintos puntos de Europa por familiares de los Born que residían en Amberes, Bélgica, según declaró el director de Bunge & Born, José María Videla Aranguren. Juan fue liberado hacia fines de marzo del '75, como se había pactado.

Jorge Born cuenta que, una vez pagados los primeros 25 millones, comenzaron a trasladarlo cada quince días y que antes de cada viaje le suministraban un calmante Valium de 10 miligramos.

De ese primer pago, Raúl Magario entregó cerca de 17 millones al banquero David Graiver en la sala del tesoro de un banco en Ginebra, Suiza. “Primero hicimos un chequeo del dinero para verificar que no estuviera marcado y luego se lo entregamos al mismo David, que por aquel entonces tenía el apoyo del Mossad, gente muy bien entrenada que le hacía la seguridad. Nosotros éramos tres nada más. Se lo entregamos y, teóricamente, ese dinero fue a parar a Estados Unidos”, recuerda.

Graiver tuvo alguna dificultad para invertir ese dinero por el veto de la CIA a su inscripción en la Reserva Federal. La CIA sabía, por su red de inteligencia en la Argentina, que Graiver fungía como financista de Montoneros y de ningún modo lo querían en las grandes ligas de la banca norteamericana. Al final, los millones pesaron más que la sorda guerra contrarrevolucionaria y Graiver pudo afincar su dinero. El apoyo de Nelson Rockefeller, ex vicepresidente y titular de un grupo empresario inmensamente poderoso, y el de otros políticos y empresarios influyentes torcieron la resistencia de la central de inteligencia y sus grupos cercanos.¹¹

Montoneros decidió entregar ese dinero a Graiver

luego de varios encuentros que el banquero mantuvo con Firmenich y Quieto y un largo proceso de discusión interna en la organización.

Magario, o “Peñaloza” por su nombre de guerra, nunca estuvo de acuerdo en invertir en los negocios de Graiver. “No teníamos capacidad de control. La relación con Graiver hubiera funcionado si hubiéramos tenido capacidad para controlar”, explica. Pero aclara que él sólo era un “hombre operativo” en el manejo de ese dinero pero que de ningún modo decidía su destino.

“Yo no estuve de acuerdo en entregarle el dinero a Graiver en Ginebra porque creía que sus juegos financieros podían llevarnos a perder el dinero. Cuando alguien apuesta mucho, a la larga pierde. Graiver nos entregaba un dinero en concepto de intereses que en ningún negocio financiero puede producirse”, recalca.

Magario cobró esos intereses en cuatro oportunidades, de acuerdo con lo declarado por la secretaria privada de Graiver, Silvia Fanjul.¹² Los tres primeros pagos, correspondientes a noviembre y diciembre del '75 y enero del '76, fueron por 133 mil dólares, lo que implicaba una tasa de rentabilidad cercana al 10 por ciento de la

inversión. A partir de febrero del '76, pasaron a cobrar 198 mil dólares porque ya se habían incorporado al monto de la inversión los dos millones que había cobrado Montoneros por el rescate del gerente alemán de Mercedes Benz, Heinrich Franz Metz.

Fanjul también recuerda que “Graiver dejaba de atender a quien fuera para recibir a Peñaloza” y que, en la jerga interna de los empleados de la financiera, los montoneros eran llamados “los mexicanos”.

Superados los problemas con los organismos de control en los Estados Unidos, Graiver compró con el dinero montonero parte de dos bancos norteamericanos: adquirió por cuatro millones el 50 por ciento del paquete accionario del Century National Bank y por ocho millones el American Bank and Trust, según declaró el socio de Graiver y segundo en el grupo financiero, Jorge Rubinstein.

Cuando se cancelaron los 35 millones restantes, se abrió otra discusión al interior de Montoneros para definir qué se hacía entonces con ese dinero. Según un galimbertista que participó del secuestro, “Pepe perdió la discusión por la plata, porque él decía que había que distribuirla en varias canastas

pero dejarla en la Argentina”.

“Ganó la postura de las FAR de sacarla vía el embajador cubano Emilio Aragón”, precisa, y cita: “Pepe decía que si iba a Cuba y ganábamos la guerra no la íbamos a poder reclamar porque teníamos el Estado y controlábamos el Banco Central, y si perdíamos no la iba a poder reclamar nadie porque nos iban a matar a todos”.

Finalmente se decidió que 15 millones irían a Cuba, triangulando el envío por Suiza y Praga para que llegara finalmente a La Habana. El galimbertista, que pidió mantener su nombre en reserva, cuenta que “se hizo una bóveda especial para poner esa plata en el Banco de Cuba. Esa plata fue para subvencionar la operación en Angola.¹³ Los cubanos prestaban esa gaita como propia”.

Pasando en limpio los números: 17 millones fueron a Graiver, 15 a Cuba y el resto, 28 millones, se invirtieron en la estructura guerrillera. Magario confirma esa cuenta.

“En la etapa que habíamos entrado no había plata que alcanzara. Comprabas casas porque era imposible alquilar, teníamos el tema del armamento, de los vehículos, y la gran movilidad de la gente llevaba a grandes gastos”, recuerda el ex jefe de

Finanzas, y señala: “Aguantar un proceso de guerrilla urbana con una represión tan fuerte es muy difícil desde el punto de vista militar y político, pero desde el punto de vista económico es prácticamente imposible”.

Magario cuenta que chocaba con Firmenich por la asignación de recursos: “Solíamos discutir a veces presupuestos regionales y en eso no nos poníamos de acuerdo, pero la jefatura la tenía él. Pretendía una pobreza casi franciscana, entonces esto llevaba a veces a que no coincidiéramos. Los militantes nuestros recibían un recurso que era igual al sueldo de un obrero industrial del Gran Buenos Aires, un recurso importante. La discusión a veces era lo que un militante necesitaba desde el punto de vista logístico, es decir, vivienda, en qué moverse y demás”.

“Nosotros éramos clandestinos —aclara Magario— y los procesos de guerrilla urbana requieren de recursos en gran cantidad. Es decir, los recursos están ligados a la seguridad. Exponer a un compañero a vivir en cualquier lado cuando tiene que estar compartimentado, cuando tiene que cubrir todas las medidas de seguridad, cuando tiene que trasladar a sus hijos muy lejos de la escuela para

que no sean identificados o el movimiento a diferentes horas requería un aparato logístico muy grande.

”La concepción de Pepe partía de que nosotros éramos un movimiento político y que debían ser los militantes de base los que generaran los recursos para que este compañero en el barrio tuviera seguridad. Más adelante yo tuve una discusión con el Pepe en la que me decía que nosotros pensábamos que la organización era el Banco Hipotecario...”, dice, con algo de amarga resignación, el ex señor Peñaloza, que fue trasladado a la Columna Norte a fines de 1975.

Además de gastar dinero en la logística interna, Montoneros también invirtió en distintos negocios productivos. La iniciativa empresaria no duró mucho porque el enfrentamiento, primero con la derecha peronista y luego con el gobierno de facto, hizo imposible que se pudiera proteger a los montoneros que estaban frente a los negocios. Utilizaban su nombre y apellido y no tenían posibilidad de clandestinizarse.

Julio Alsogaray era uno de ellos. Había sido presidente del Banco de Río Negro a propuesta de la Juventud Peronista durante el gobierno de

Cámpora. Administró luego, a pedido de la organización, la bodega mendocina Francisco Calice, que producía el champagne Santa Ángela, uno de los *extra brut premium* de la época.

“Era una bodega muy antigua y reconocida”, recuerda Alsogaray. “La organización toma la decisión de vender la empresa a fines de 1975 porque ya el riesgo era excesivo por la inteligencia que hacía la policía.”

En la sede porteña del Establecimiento Vitivinícola Francisco Calice, en la calle Pinzón, en el barrio porteño de La Boca, el comandante mayor de Montoneros se reunió dos veces con Alsogaray. Fue a interiorizarse de la situación patrimonial de la compañía.

“Yo oficiaba como gerente general de la bodega, incluso cobraba un sueldo que no estaba mal por esa tarea; entonces Firmenich quería que le contara pormenorizadamente cuál era la situación de la bodega. Fueron dos reuniones largas, la primera en abril del '75 y la segunda por septiembre del '75”, puntualiza Alsogaray.

El “bodeguero” Alsogaray analiza, más de treinta años después, que “desde el punto de vista de la ortodoxia empresaria, la empresa no cumplió nunca

con su cometido de generar utilidades. El problema era que no éramos empresarios vitivinícolas, teníamos apenas una noción muy aproximada del negocio, que no alcanzaba”.

Alsogaray también fue anfitrión de dos reuniones de la Conducción Nacional en 1975, en la *casa segura* que Montoneros había adquirido en Flores para que viviera con su familia. “Venían por la mañana, nosotros preparábamos el desayuno y antes de que ellos llegaran, nos íbamos. Se quedaban funcionando durante todo el día. A la noche, ellos se iban y nosotros llegábamos. Circunstancialmente me crucé con dos de ellos pero no los conocía, y la consigna era no mirarles mucho la cara. La verdad es que con la casa eran muy prolijos y cuidadosos.”

El ciclo de la Operación Mellizas se cerraría el 20 de junio de 1975, el Día de la Bandera, con una conferencia de prensa en la que Firmenich daría los detalles del acuerdo con el grupo, analizaría la coyuntura política y liberaría a Jorge Born frente a los periodistas.

Era el final que había comenzado a tejerse unos días antes, cuando los cuadros montoneros habían contactado a periodistas para invitarlos a un encuentro con algún jefe de primera línea pero sin

dar demasiadas precisiones. Si el periodista aceptaba, lo citaban para el miércoles 25 en un bar u hotel del centro porteño. Para que su guía lo reconociera, debía llevar una revista *Siete Días* con la “S” tachada. La contraseña generó alguna confusión porque el miércoles era el día de recambio de la revista en los quioscos y muchos no habían podido conseguirla: la vieja no estaba y la nueva no había llegado. Varios optaron por tomar cualquier revista, pegarle en la tapa una hoja en blanco y escribir a mano el título de la revista con la “S” tachada.

Hecho el contacto, los asistentes iniciaban con su guía una pequeña *tournée* por los subtes y trenes de Buenos Aires —para evitar o descubrir seguimientos— y terminaban en Libertad 244, en Acassusso, una casa típica de la zona norte del conurbano bonaerense, con una planta baja con un living comedor estaba dispuesto en ele, una escalera que conducía a la planta alta y una puerta que comunicaba el comedor con la cocina.

Los periodistas eran recibidos por una mucama “muy bonita”, según los testimonios, vestida de negro, con delantal, cuello y puños blancos almidonados. Traspasada la puerta de ingreso, un

montonero más bien recio los palpaba de armas y los dejaba pasar al living comedor, donde el anfitrión Urondo servía empanadas y los convidaba con vino blanco de damajuanas con canasta de plástico marca Montonero.¹⁴ También se distribuyó una suerte de *dossier* de prensa con la descripción del secuestro —planos incluidos—, fotografías de los hermanos en cautiverio y un detalle sobre las últimas acciones de la organización. En la primera página de esa carpeta, Montoneros aclaraba que la conferencia duraría una hora y que los asistentes debían mirar al frente y hacer silencio.

Lo que los periodistas no sabían, y aparentemente los montoneros tampoco, era que esa casa de Libertad cargaba con una historia oscura. Había sido utilizada antes para el secuestro del joven José Polisecki. Esa operación había corrido por cuenta del agente de la SIDE Rodolfo Silchinger y su cómplice, Nelson Romero. Lo habían mantenido cautivo en noviembre de 1974, hasta que lo asesinaron porque no habían logrado el rescate deseado. La casa estaba a nombre de Romero, que vivía allí con su mujer, Laura Iche. La pareja había adquirido la finca en marzo de 1973 por cuatro millones de pesos.¹⁵

Según la versión del periodista y ex jefe montonero Juan Gasparini, la casa de la calle Libertad fue alquilada a Iche por Francisco “Paco” Urondo y Luis Guagnini, a través de un aviso que encontraron en un café de la avenida Maipú. Urondo y Guagnini integraban el equipo de prensa de Montoneros por su condición de periodistas profesionales.¹⁶

El día de la conferencia de prensa, Iche hizo entrar a Silchinger y Romero cuando los montoneros preparaban la recepción para los periodistas. Siempre según el relato de Gasparini, cuando los extraños aparecieron, la seguridad del evento los controló —incluida Iche. Los mantuvo atados y amordazados en el piso superior de la casa hasta que Firmenich y luego Born y los periodistas abandonaron el lugar.

La cohabitación del jefe montonero con un agente de la SIDE disparó todo tipo de especulaciones cuando se conoció la coincidencia. Alentó las teorías elaboradas por militares y agentes de inteligencia —que ya se habían desplegado cuando el secuestro de Aramburu— sobre una complicidad entre los guerrilleros y la SIDE.

La explicación de Gasparini parece más lógica

que la de los teóricos de la conspiración. Silchinger y Romero responden más al perfil de dos delincuentes comunes que al de dos avezados y arrojados agentes que habrían infiltrado a una de las organizaciones guerrilleras más poderosas del país. Si efectivamente se hubiese tratado de un grupo de la SIDE que hubiera penetrado la seguridad de Montoneros, no se entiende por qué no capturaron a su número uno cuando las condiciones eran óptimas. En ese momento, Firmenich estaba a merced de cualquier comando de las fuerzas de seguridad más o menos coordinado. Si, en cambio, los movimientos de montoneros y agentes estaban sincronizados, ¿por qué Silchinger, Iche y Romero terminaron presos, juzgados y condenados por el secuestro de Polisecki? No hay ninguna ganancia de la SIDE en lo actuado por su empleado Silchinger, ni tampoco para él mismo o sus cómplices.

El testimonio de los vecinos, volcado en la causa por el secuestro de los Born, deja muy claro que la vivienda no se alquilaba frecuentemente para eventos o festejos. Cuatro vecinos testimoniaron que les llamó la atención el movimiento inusual en la vivienda y el despliegue, que incluía una mucama con uniforme. Sin embargo, este dato, por sí solo, no

alcanza para sugerir que los montoneros eran otra cosa que lo que siempre dijeron ser.

Más allá de las casualidades o no, el mediodía del 20 de junio de 1975 en Libertad 244 los periodistas estaban revisando el *dossier* montonero cuando entró el jefe de la organización. Saludó y se metió en la cocina de la casa. Minutos después reapareció y se acomodó en la única silla ubicada detrás de una gran mesa de madera enchapada.¹⁷

Hizo una larga introducción en la que reseñó la historia de la organización, que incluyó sus primeras operaciones de “muy poca envergadura”, como “asaltos a estaciones de servicio, restaurantes, quedarse con los relojes de los comensales para hacer bombas”. Esos operativos fueron evolucionando a otros de mayor entidad, como asaltos a bancos y secuestros y, en particular, la captura de los Born, que implicó la “recuperación de dinero más importante de la Argentina”.

“Esto a nosotros nos remarca un principio político que hemos sostenido siempre, que es, a nuestro juicio, el principio que deben proseguir los grupos revolucionarios del mundo entero. Es el principio de la independencia política basada en la autosuficiencia económica y militar”, recomendó.

Luego pidió la renuncia de Isabel Perón a la Presidencia y le auguró “corta vida” a su gestión, por haber gobernado contra “los intereses populares”. Defenestró al líder de la oposición, el radical Ricardo Balbín, porque “siempre sirvió a los intereses del antipueblo”, y ratificó la condena a muerte que la organización había fijado sobre el ministro de Bienestar Social, José López Rega.

“El señor López Rega está ya como todos los traidores condenado a muerte y la sentencia depende de las posibilidades”, y añadió: “Cuando estén resueltos los problemas tácticos militares, se puede elegir el momento político, antes no”.

La decena de periodistas convocados —entre ellos, Fernando del Corro (EFE), Andrew Graham-Yooll (*Buenos Aires Herald*), Claudio Polosecki (Noticias Argentinas), Pablo Giussani (*La Opinión*), Donatella Venturi (*L'Espresso*) y Richard Friedrich Stein (ZDF)— hicieron cerca de treinta preguntas que Firmenich contestó ampliamente. Luego saludó a cada uno y se retiró hacia la cocina, prometiendo una “sorpresa”.

Previo al encuentro con los periodistas, Firmenich había dialogado brevemente con Jorge Born a cara descubierta y le pidió disculpas por la

muerte del gerente Bosch y el chofer Pérez. Al secuestrado lo habían bañado en luz ultravioleta para quitarle la palidez y le habían provisto ropa nueva. El buen corte del saco fue comentario entre los periodistas.¹⁸

Poco después de la salida de Firmenich, Jorge Born bajó por la escalera de piedra de la vivienda ayudado por dos montoneros. Tenía gafas de sol y el paso lento. Los periodistas se arremolinaron en torno a él y comenzaron a disparar preguntas. Born confirmó que habían pagado 60 millones de dólares, dijo haber sido “bien” cuidado y que no recordaba con exactitud cuándo habían liberado a su hermano Juan.

Antes de dejar la casa, Firmenich estrechó la mano de Born. Ese pequeño gesto se convertiría, años después, en un hecho clave en el proceso en su contra por el secuestro del empresario más poderoso del país.

Born fue escoltado por un equipo montonero y dos periodistas hasta una esquina de la calle Perú, a pocas cuadras de la estación Acassuso. Desde un bar, llamó a su casa y a los pocos minutos llegaron dos autos. Los periodistas subieron a uno y el empresario a otro. Era el cierre definitivo del mayor

secuestro extorsivo de la historia.

Pocos días después, el grupo Born cumplió con su promesa de publicar como solicitada un texto de la organización en diarios de Europa y los Estados Unidos. El responsable de esa tarea fue el director de Bunge & Born, Videla Aranguren. La solicitada montonera, con recuadro de la empresa aclarando que la publicación no implicaba acuerdo con su contenido, terminó ocupando entre media y una página en los diarios *The Washington Post*, *Le Monde*, *The Guardian*, *Süddeutsche Zeitung* y *Corriere della Sera*. En ese texto, los montoneros se explayaron sobre los motivos del secuestro de los empresarios y aprovecharon para criticar al gobierno de Isabel Perón.¹⁹

ARAMBURU RECAPTURADO

El general Aramburu había sido condenado por los montoneros a morir y a permanecer insepulto hasta tanto no apareciera el cuerpo de Eva Perón. La “accesoria” de la pena capital se había interrumpido porque el régimen de Onganía había recuperado el cuerpo del ex presidente de facto del campo de la familia Ramus, luego de la debacle de los grupos

fundadores en la localidad cordobesa de La Calera.

El 15 de octubre de 1974, dos días antes de la conmemoración del Día de la Lealtad, las unidades de combate montoneras “Juan José Valle” y “Fernando Abal Medina” secuestraron los restos del general golpista del cementerio de la Recoleta.

La acción se decidió con intención propagandística y para renovar los efectos de adhesión popular que había logrado el “Aramburazo”. Sin embargo, se avanzó también en una serie de reclamos al gobierno de Isabel. En principio, la entrega “al pueblo” del cadáver de Evita. Luego, que se costearan viajes y estadías para que los peronistas pobres pudieran visitar la tumba. Y finalmente que el cuerpo no fuera sepultado en el “Altar de la Patria”.

El “Altar de la Patria” era un proyecto de Isabel, que preveía la construcción de un gigantesco mausoleo al que irían a parar los grandes próceres de la Patria, incluyendo a Perón y Evita. La iniciativa tomaba algo del Panteón de París —una gran tumba de las personalidades señeras— y estaría instalado sobre la avenida Figueroa Alcorta y Tagle, en el lugar que Perón había escogido para levantar el fallido “Monumento al Descamisado”.

Un mes después del secuestro del cadáver de Aramburu, Isabel anunció que ya se encontraba en el país el cuerpo de Evita. El encargado de repatriar los restos fue el siempre presente López Rega a bordo de un avión de la Fuerza Aérea y en el más absoluto secreto. Cumplida la principal exigencia, al día siguiente de la llegada del cuerpo de Evita, el comando montonero devolvió el manoseado cadáver del general Aramburu.20

LA VÍA ELECTORAL

La decisión de seguir disputando la conducción de las masas peronistas estaba incólume en Firmenich y en el comando superior montonero. Con este objetivo se decidió crear el Partido Peronista Auténtico [PPA], como para no dejar dudas sobre el lugar que quería ocupar la organización en el movimiento.

El PPA fue presentado el 11 de marzo en el restaurante Nino, de Vicente López. En principio fue inscripto en la justicia electoral como Partido Descamisado, pero desde el PJ se interpuso un recurso para que le fuera dado en exclusiva el uso del término “descamisado”. La Justicia falló a favor

de los históricos y el nombre mutó a Partido Peronista Auténtico pero, una vez más, el PJ protestó por el uso del término “peronista” y otra vez los tribunales le dieron la razón. Los montoneros no podrían usar ni “descamisado” ni “peronista”. Así, la marca electoral quedó en Partido Auténtico [PA].

La primera experiencia del PA fue en las elecciones del 13 de abril en Misiones, que habían sido convocadas por la muerte del gobernador y del vice en un accidente de aviación en 1974. La organización envió un grupo de “supervisión” que acompañó y estructuró la campaña con Tercera Posición, los aliados locales de la izquierda peronista. El PA inscribió una alianza con Tercera Posición para la fórmula del Ejecutivo provincial y presentó su propia lista para legisladores.

El oficialismo, con López Rega a la cabeza, jugó muy fuerte para frenar a los montoneros. Repartió dinero a manos llenas y ganó la elección con el 46 por ciento de los votos, seguido por la UCR con el 39 y muy atrás por la chapa política montonera, con el 5,6 por ciento. Sin embargo, el PA obtuvo dos escaños en la Legislatura provincial —sobre 32 bancas— y su alianza con Tercera Posición logró el

9 por ciento. El PA se constituyó entonces como la tercera fuerza misionera, con una proyección nacional prometedora.²¹

El revés en las urnas no pareció afectar al comandante Pepe, que poco después dijo que “el Partido Peronista Auténtico es parte de ese proceso que se viene realizando hace muchos años en realidad, que es el proceso de transformación y reorganización del peronismo eliminando a los agentes directamente ligados al imperialismo que existían dentro de él”.

“El Partido Peronista Auténtico —insistió Firmenich, que obviamente ignoraba la prohibición de usar ‘peronista’ en el nombre— es el aglutinamiento de todos los sectores peronistas que están con esa ambición de reorganizar al peronismo, de expulsar a la burocracia aliada el imperialismo y de reconstituir al Movimiento de Liberación Nacional.”

Cerrando, repartía responsabilidades por la derrota y ampliaba la base del partido: “Nuestros compañeros participan naturalmente del Partido Peronista Auténtico y también participan otros compañeros que no son de nuestra organización. Nosotros participamos allí como un miembro más,

en un organismo que tiene su carta orgánica dentro de esa estructura y que nuclea a todos los peronistas auténticos”.²²

El nucleamiento se expandiría el 1º de septiembre de 1975, con la presentación en el hotel Savoy del Movimiento Peronista Auténtico, cuyo consejo estaba integrado por Andrés Framini, Jorge Cepernic, Miguel Zavala Rodríguez, Oscar Bidegain, Gonzalo Cháves y Rodolfo Galimberti, entre un total de 16 miembros.

Poco después, el 5 de septiembre, Montoneros atacó el Regimiento de Infantería de Monte 29, en Formosa. Los caídos fueron doce militares, once montoneros, cuatro civiles y tres policías.²³ El gobierno respondió prohibiendo la actividad de la organización, aunque hacía un año que había pasado a la clandestinidad. El decreto encuadraba la actividad “subversiva” de Montoneros en el delito de sedición —alzarse en armas contra la Nación— pero aclaraba que “no se trata de discriminación ideológica, toda vez que nada justifica la asociación ilícita creada para la violencia”.²⁴

El gobierno de Isabel respondió así a la agresión y preparó el terreno para ilegalizar al Partido Auténtico y correr a sus dirigentes al margen del

sistema. Esta vez el argumento fue el ataque del ERP al depósito de arsenales de Monte Chingolo, que terminó con seis militares y unos sesenta guerrilleros muertos. Montoneros no tuvo ninguna participación en ese cruento operativo. Los fundamentos de la resolución del Ejecutivo hablaban de la necesidad de una “Revolución en paz” y mencionaban que en un reciente congreso celebrado en Córdoba, los dirigentes del PA “adhirieron incondicionalmente a la organización extremista Montoneros”. Por tanto, se incorporó al PA a la norma que ilegalizó a Montoneros y se prohibió el quincenario *El Auténtico*.²⁵ En la Conducción no hubo mayor sorpresa ante la decisión. Con mayor o menor claridad, todos los cuadros de la Orga entendían que no se podía mantener por mucho tiempo el funcionamiento paralelo de un partido legal, de superficie, con una organización político-militar en operaciones.

Según Pablo Giussani, periodista del diario *Noticias*, simpatizante y colaborador de la organización y poco después furibundo crítico de su conducción, los avales presentados para que el Partido Auténtico fuese inscripto legalmente se convirtieron en una lista de “blancos” para la Triple

A: “Obtenidas ya 80 mil firmas y entregada en paquete esta ignara muchedumbre a la Justicia Electoral, Montoneros se apartó 180 grados de aquellas explicaciones [de ceñirse a la legalidad] para lanzarse al asalto de la guarnición militar de Formosa en una operación que causó la muerte no sólo de once militantes sino también de un número bastante más elevado de adherentes al Partido Auténtico”. Giussani agregaba que “no es necesario decir que de los padrones del Partido Auténtico emergió buena parte de los cadáveres arrojados a zanjones y baldíos por la Triple A, víctimas de un asesinato en masa que sólo a medias puede imputarse a esa organización parapolicial. La otra mitad del crimen pesa sobre Montoneros y sus aristocratizantes criterios de seguridad”.²⁶

EN CÓRDOBA

En medio de la clandestinidad, Firmenich y María Elpidia Martínez Agüero tuvieron a su primera hija. En noviembre de 1975 nació María Inés. María, por el primer nombre de su madre. Inés por el apodo de guerra que eligió su progenitora cuando ingresó en la organización. María Inés nació en Córdoba, sin un

brazo y ciega de un ojo.²⁷ Las malformaciones habrían sido a causa de unos rayos X que la “Negrita” recibió en la clandestinidad estando embarazada.

En ese momento, Pepe vivía en una casa segura en Córdoba junto a sus compañeros de la Conducción Nacional. El exilio interno cordobés se decidió por la importancia creciente que la organización otorgaba al movimiento obrero, muy activo y organizado en la provincia mediterránea. El momento de mayor sintonía con el clasismo cordobés había tenido lugar en agosto de 1974, cuando Firmenich participó en un paro activo convocado por el Movimiento Sindical Combativo, que agrupaba, entre otros, al mecánico René Salamanca y al lucifuercista Agustín Tosco. Firmenich estuvo en el estrado que se montó en la ex plaza Vélez Sarsfield junto a Tosco y Salamanca y los precedió en el uso de la palabra. El acto estaba convocado en solidaridad con los trabajadores de IKA-Renault pero en realidad era para apoyar a Salamanca, que sufría un serio embate de los sectores ortodoxos de SMATA a nivel nacional y de la CGT.

Pepe, en su discurso, insistió en el eje derecha-

izquierda y en la dicotomía peronista-no peronista. “El objetivo principal en estos momentos es frenar el avance de la derecha cómplice del imperialismo, desgraciadamente enquistada en el peronismo”, enfatizó.

La mudanza de los jefes a Córdoba también se había decidido por cuestiones de seguridad, pero duró poco: nueve meses y de vuelta para el Río de la Plata.

PAREDÓN MONTONERO

La escalada en la represión militar y parapolicial²⁸ produjo un recrudecimiento de la disciplina interna que alcanzó su cenit con la ejecución del combatiente Fernando Haymal. “Valdez”, según su nombre de guerra, fue sometido a un juicio sumario, es decir inapelable, que llevaron adelante sus responsables inmediatos en la jerarquía. La Conducción Nacional avaló la condena.

Haymal fue juzgado en ausencia por delatar la ubicación de un local montonero con depósito de armas, lo que terminó en la caída de Marcos Osatinsky, miembro de la Conducción y uno de los

seis fugados de la cárcel de Rawson. Su captura estuvo a cargo del capitán Héctor Vergez, célebre por su brutalidad en la represión.

Con Osatinsky se ensañó particularmente. Sin piedad, lo ató al paragolpe de un vehículo y lo arrastró por el asfalto hasta que murió. No satisfecho con la horrible tortura que aplicó a su “enemigo”, Vergez secuestró el cuerpo del cortejo fúnebre que organizó la familia, lo llevó hasta Barranca Yaco —donde fue asesinado Facundo Quiroga— y dinamitó el cuerpo. Luego secuestraría a la mujer de Osatinsky, Sara, y haría desaparecer a sus dos hijos, Mario y José.

Los montoneros acusaron a Haymal de provocar esta tragedia “cantando” el local; posteriormente, incluso se acusó a Valdez de haber recibido dinero por su delación.²⁹ En su defensa, Haymal dijo que sus secuestradores lo torturaron y amenazaron con matar a su familia si no hablaba.

“Me cargaron en el vehículo y dijeron que se dirigían a mi casa a secuestrar a mi mujer e hijo”, explicó Valdez, y confesó: “Les dije lo del local. Jamás pensé que pudieran cazar a alguien. Creí que lo único que les entregaba era el *embute*”, el depósito secreto de armas que tenía el local

cordobés.30

Según un ex miembro dirigente de alto rango de Montoneros, “no quedaban dudas” de la culpabilidad de Haymal pero, aun con ese dato presente, reconoce que por aquella etapa hubo una “disminución del valor de la vida” que —según su razonamiento— se explica porque el paradigma que circulaba entre los militantes era condicionar todo, incluso la propia existencia, al interés colectivo.

“Ahora esa ética del interés colectivo que en ese momento tenía fuerza, hoy no tiene vigencia, hoy parece ridícula”, dice, y evalúa que era “muy difícil” abstraerse de la lógica revolucionaria que empuja a fusilar a los “traidores”.

Los montoneros que juzgaron a Haymal lo encontraron culpable de haber provocado la muerte de Osatinsky, de delatar la vivienda de un militante, de haber producido daños materiales a la organización por el secuestro de armas, dinero y explosivos, y de haber provocado “un triunfo político-militar al enemigo”.

El hecho de haber sido sometido a tortura no era un atenuante para los jueces revolucionarios: “El principal método que el enemigo tiene hasta ahora para investigar a la Organización es la aplicación de

torturas a los compañeros que logra detener. Por esta razón cualquier compañero que es detenido es torturado. Los compañeros que han caído en manos del enemigo desde el principio hasta ahora han sido torturados. De ese conjunto, cuyo número oscila entre 800 y 1.000, el 95 por ciento pasó con éxito la tortura sin entregar ningún dato de importancia al enemigo. Hay un cuatro por ciento que entregó algunos datos y un uno por ciento o menos que declaró todos los datos que conocía.

”Esta estadística demuestra por sí sola que la tortura es perfectamente soportable y que no es un problema de resistencia física sino de seguridad ideológica, ya que ha habido compañeros y compañeras de escasa fortaleza física que han superado totalmente esta situación”, fundamentaron.³¹

El 6 de septiembre de 1975, Haymal fue detectado por un comando montonero que lo capturó, lo subió a la parte trasera de un auto y lo ejecutó.

LA “TRAICIÓN” DE QUIETO

Roberto “el Negro” Quieto y Mario “Pepe”

Firmenich” eran los dos referentes más visibles e importantes de la organización. Firmenich, por ser el jefe político y militar, miembro fundante y verdugo de Aramburu. Quieto, por su carisma, su aplomo criollo y sus condiciones políticas y personales. En un marco de valores que exaltaba el coraje, el sacrificio y el compromiso individual por lo colectivo, ambos sintetizaban el ideal de hombre, respaldados por su historia. Como en cualquier grupo juvenil, el componente romántico idealizaba sus conductas pero al mismo tiempo generaba una expectativa muy alta sobre ellas.

Pero un día, el Negro Quieto flaqueó y desencadenó una profunda crisis en la organización. El domingo 28 de diciembre de 1975, contrariando todas las normas de seguridad que él mismo había definido, fue con su familia a pasar el día a la playa La Grande, sobre la desembocadura de la calle Pacheco, en la localidad bonaerense de Martínez.

El Negro se puso los cortos, charló con su mujer, sus hermanos y su mamá; jugó con sus hijos y sobrinos, en definitiva, pasó un domingo en familia, como los muchos hombres y mujeres que lo rodeaban en aquel clásico recreo del Río de la Plata. Pero el Negro era un jefe guerrillero muy

buscado y alguien lo identificó. Sobre las 19, cuando la gente emprendía la retirada, un comando de la Policía Federal, al mando de un tal “inspector Rosas”, lo capturó.

Quieto se resistió todo lo que pudo. Descalzo y semidesnudo como estaba, dejó para el mito su resistencia a que se lo llevaran, aferrado a un árbol tirando patadas. Nada pudo hacer, el operativo estuvo bien planeado. Desde temprano algunos represores se mezclaron entre la gente e irrumpieron en el recreo junto con otro grupo que bajó de dos autos con armas largas. Quieto quedó acorralado, sin posibilidad de escapatoria, en cuestión de segundos. Del árbol lo soltaron a culatazos, tiraron al aire para amedrentar a los familiares y lo metieron en un Torino rojo. Se perdieron en el atardecer.

La familia sabía que debía legalizar la detención. La vida del Negro se jugaba en eso. Llamaron a los contactos en la organización, a un abogado, a un juez, a los medios. A todo aquel que pudiera presionar para que la policía, la Triple A o quien lo hubiera secuestrado, lo hiciera público y existieran algunas garantías sobre su vida.³²

El Cronista Comercial, el diario de Rafael

Perrota que empleaba militantes y simpatizaba con los grupos armados, publicó un recuadrito a dos columnas escrito por el poeta Osvaldo Lamborghini, dirigente del Sindicato de Prensa que había derivado a posiciones más ortodoxas, contando el episodio y remarcando la “poca claridad” del procedimiento.³³

El primer impacto en la militancia fue de incredulidad. No podía ser que Quieto se hubiera expuesto de una manera tan abierta. No era posible que él, un tipo duro y disciplinado, hubiera desconocido la prohibición de visitar familiares, una medida que él mismo había votado en la Conducción. Luego apareció la sospecha: ¿qué hacía el Negro en ese lugar? El golpe se sintió en todo el espectro de la organización, la Tendencia y los grupos revolucionarios. Quieto era, además de un símbolo, un tipo muy querido y respetado por buena parte de esa “Nueva Izquierda” de los 70.

Montoneros inició gestiones de inmediato. Movieron a sus contactos internacionales y a toda la red de prensa, incluso Norberto Habegger gestionó una reunión entre Roberto Perdía y el jefe de la Policía Federal, el general Albano Harguindeguy, para negociar por Quieto. El encuentro se hizo en el

viejo Puerto Madero, entonces una zona a trasmano y con poca actividad.³⁴

La organización estaba dispuesta a entregar dinero a cambio de la liberación o legalización de Quieto. Según un influyente dirigente montonero, el tope de dinero a entregar por Quieto eran 10 millones de dólares. Harguindeguy ni se inmutó con la propuesta y simplemente dijo que Quieto no iba a aparecer más. “No dijo ni si estaba muerto, nada”, revela la fuente.

Eduardo Soares, cuadro de la organización, relata que “Harguindeguy le dijo a Perdía que no lo iban a soltar, que esa iba a ser la única entrevista que iban a tener y que se rindieran. Que esto iba a ser terrible. En un momento, el Pelado habló de la dictadura de Lanusse y Harguindeguy le respondió: ‘Eso fue una *dicta-blanda*, ustedes no saben lo que se viene’”.

El esfuerzo de la organización por Quieto duró menos de una semana. El allanamiento de casas y locales de la organización, cuyas ubicaciones eran conocidas por Quieto, alentó la sospecha de que el Negro estaba “cantando”. La Conducción decidió levantar la campaña de prensa y las acciones públicas como pintadas o reclamos.

En el número inmediato de *Evita Montonera*, la Conducción dio a conocer el “juicio revolucionario” a Quieto, por los cargos de “incumplimiento del deber revolucionario en su caída en manos del enemigo”. El Tribunal Revolucionario se constituyó en febrero y como primera medida suspendió a Quieto como “oficial superior”.

El tribunal estimó que Quieto faltó a sus deberes cuando fue a la playa desarmado, sin custodia y sólo ofreció “resistencia pasiva” a su captura. “En la noche del día siguiente son ocupados por tropa enemiga dos importantes locales de la organización, uno de ellos con equipo de guerra. A partir de allí son ocupados otros locales provocando las consiguientes desapariciones, secuestros, detenciones de compañeros y la pérdida de infraestructura”, se detallaba. “En nuestra guerra revolucionaria, todo militante se mueve en constante situación operativa, porque comparte el territorio con el enemigo”, señaló el tribunal, y estimó que “a partir de allí comienza a tener vigencia un criterio que es la única medida revolucionaria posible frente a esa situación: No entregarse vivo, resistir hasta escapar o morir en el intento. Roberto Quieto viola

los tres criterios”.

Como en el caso de Haymal, la tortura no era atenuante porque “hablar, aun bajo la tortura, es una manifestación de grave egoísmo y desprecio por los intereses del pueblo. En este caso con los agravantes del nivel que tenía, la rapidez con que delata y la importancia de la información dada al enemigo”. Como recurso editorial, la nota estaba ilustrada con las fotos en primer plano de Carlos Olmedo y José Sabino Navarro. “Cayeron combatiendo: dos verdaderos jefes montoneros”, era el epígrafe.³⁵

Tiempo después, los hijos de Quieto plantearon la posibilidad de que esos datos, que terminaron en los allanamientos y en la acusación de delación, ya hubiesen estado en poder de los organismos represivos por otra vía y que los hubieran usado en esa oportunidad para generar la sospecha sobre Quieto y la inquietud interna en Montoneros.

Una ex miembro de la Conducción desestima esa posibilidad: “Si hubieran tenido esos datos, hubieran actuado antes. Nos agarraban a todos. Lo que se hizo en aquel momento, se hizo bajo esos principios. No hay una prueba contundente de que el enemigo tuviera esos datos. De hecho cae el local

donde funcionábamos nosotros. La explicación puede ser que lo delata 48 horas después de que cae”. Treinta y cinco años después de la condena, sostiene la decisión tomada. No tiene culpa por el escarnio sobre su antiguo compañero.

Los testimonios de los compañeros más cercanos a Quieto hablan de un creciente descontento con el giro militar de la organización y un profundo pesar por la distancia con sus hijos que le imponía la clandestinidad. Eso habría debilitado sus posiciones políticas e ideológicas y habría sido la base de su descuido en términos de seguridad.

Fernando Vaca Narvaja, otro de los miembros de la Conducción que lo juzgó, evaluó que Quieto delató pero no dijo todo lo que sabía. Si hubiera dado toda la información que poseía, el daño sobre la organización habría sido muy superior. “En el contexto de entonces, un miembro de la Conducción Nacional no tenía permitidas conductas que otros sí. De ahí la extrema dureza. Pero se nos fue la mano”, aceptó.³⁶

Firmenich tampoco duda de la responsabilidad de Quieto en toda la línea del episodio, pero agrega — según su criterio— un agravante: la Conducción tenía la obligación de suicidarse con la pastilla de

cianuro si la captura era inexorable. La delación, según Pepe, era el verdadero “óxido que destruye una organización clandestina”.

“Decidimos establecer que los medios de conducción no tenían que ofrecer el margen de la delación en la tortura y la única forma de evitar eso —nadie puede garantizar antes de pasar por la tortura que no va a hablar— era morir antes de la tortura. Y allí fue que se estableció para los miembros de la Conducción la obligatoriedad de la pastilla de cianuro, para no entregarse vivo.”

Sin embargo, todos mal que mal, en mayor o menor grado, rompían las reglas por cuestiones afectivas o sentimentales. El propio Firmenich se apareció una noche en la casa de sus padres en Ramos Mejía, en Rivadavia 14654, 1° C, a visitarlos y a presentarles a su mujer, María Elpidia, a quien no conocían. Su madre, Zarina Firmenich, les hizo unas milanesas, según recuerda.

Poco después del episodio con Quieto, la Conducción generalizó entre sus militantes el uso de la pastilla de cianuro para no dejar sólo a los jefes superiores el “privilegio de no ir a la tortura”, como caracterizó Firmenich.³⁷

La extensión del uso de la pastilla para todos los

niveles de la organización fue, efectivamente, una demanda de las bases según confirma el militante de la UES y cuadro montonero Hugo Colaone. “Primero la plantearon sólo para los oficiales. Y eso generó cuestionamientos, se habló de privilegios, porque la única forma de decidir morir era con un arma y no siempre tenías. Así que después se extendió a los aspirantes.”

“Rulo”, uno de los integrantes de Columna Norte —apodado así por una esponjosa permanente que debió incorporar para un operativo—, se queja de que la Conducción no entregaba ni pastillas ni armas para evitar la tortura. “Desde la Norte las pedimos y las negaron. Así que las empezamos a fabricar nosotros. Conseguimos cianuro, como medio kilo. Sacamos la cuenta y nos alcanzaba para matar a toda la Orga y nos cagábamos de risa de eso”, cuenta.

“Mirá cómo sería eso de tener la posibilidad de que no te agarraran con vida que cuando me fui del país, en 1977, le mandé a Graciela, de quien estaba enamorado, mis dos pastillas de cianuro en una cajita de anillos...”

EL GOLPE

Hacia fines del '75, la situación político-institucional de Isabel era insostenible. López Rega, virtual primer ministro y pilar de su gestión, había sido eyectado del gobierno con la anuencia de sindicalistas, militares y todo el arco político, que ya no toleraba las funciones que se arrogaba el superministro. Tampoco las atrocidades de la Triple A.

La situación económica se deterioraba a niveles alarmantes. El célebre “Rodrigazo”, creación del lopezreguista Celestino Rodrigo, devaluó el peso respecto del dólar el 100 por ciento, aumentó el precio de la nafta en el 175 por ciento y produjo un incremento de las tarifas de los servicios públicos en alrededor del 75 por ciento. El salario real descendió el 60 por ciento.³⁸ La CGT reaccionó a las medidas y convocó a un paro general que tuvo un alto acatamiento. Los jefes sindicales querían que Isabel sacrificara a Rodrigo pero más aún a López Rega, que se resistía a homologar los aumentos salariales pactados en paritarias. El ala sindical logró desplazar al superministro luego de una masiva convocatoria a la Plaza de Mayo el 27 de junio.

A fines de 1975 algunos mandos militares todavía

apoyaban una salida institucional a la crisis que podía darse vía el reemplazo de Isabel por Ítalo Luder o a través de una larga licencia de la Presidente. Paulatinamente, el poder militar iría descartando estas opciones y para el verano de 1976 ya había consenso sobre la necesidad de la toma del poder por las fuerzas armadas, acicateado por la “lucha contra la subversión” —un tema muy incorporado en la cultura militar— y el aval de grupos económicos, civiles con participación pública y un amplio espectro de la sociedad argentina.³⁹

El humor social estaba en el último subsuelo y la autoridad presidencial, menoscabada como nunca. Ningún sector en la Argentina, salvo los que tenían intereses directos en la gestión, confiaba en Isabel para conducir los destinos del país. La certeza de un golpe militar restaurador comenzó a circular de manera pública. Los diarios magnificaron los numerosos errores del gobierno y comenzaron a difundir las previsiones de un giro inconstitucional. Primero con cautela; pero ya en el '76 la desvergüenza para anunciar el asalto al poder era total. De los seis golpes que sufrió la Argentina en el siglo XX, ninguno fue tan anunciado como el del

24 de marzo de 1976.40

Para el comandante Pepe, el golpe era previsible: “Lo único que podíamos esperar con la muerte de Perón y con el poder en las manos de Isabel Perón y López Rega era que llegara el momento del golpe de Estado. Además se esperaba que esto fuera muy pronto. Cualquier hombre de la calle podía decir en aquella época que Isabel no iba a durar tres meses. Esperábamos que el golpe de Estado se produjera inmediatamente y eso no ocurrió. Ocurrió una estrategia política del golpismo que fue conocida como la estrategia del fruto maduro, que consistía en dejar al gobierno de Isabel hasta el hartazgo de la sociedad, hasta que hubiera casi un clamor golpista”. Pero, además, Montoneros contaba con la “Orden de Batalla 24 de marzo”, que varios meses antes del golpe le había acercado el hijo de un alto jefe del Ejército encuadrado en la organización. Había hecho una copia de la documentación guardada en la caja fuerte de su padre.41

“Buscamos el diálogo con el gobierno planteando como requisito que terminara el accionar de las tres A. Ese era nuestro requisito básico y esto implicaba desplazar a López Rega, que no tenía absolutamente ningún consenso político”, asegura Firmenich. “Uno

podía tener diferencias con Lorenzo Miguel, pero él representaba una base social, tenía poder político, era una cosa perfectamente reconocible. Uno podía tener diferencias políticas con Martiarena,⁴² pero él era un líder político en Jujuy. Aun con sectores como el Comando de Organización o Guardia de Hierro. Eran sectores de activismo político reconocible. Pero la Triple A no era activismo político reconocible, era una organización de mercenarios, y López Rega no tenía ninguna base de representación política.”

Treinta años después, con muchos hechos procesados en un largo exilio y en una larga condena, el jefe político y militar de Montoneros evalúa que “ya había una presión militar sobre el gobierno de Isabel, que solamente toleraba al gobierno, a pesar de todas sus inconsistencias, en la medida en que fuera una avanzada de represión de lo que iba a ser después el Proceso. Si el gobierno de Isabel hubiera querido dar marcha atrás a esta represión, automáticamente perdía el mínimo respeto, podríamos decirlo así, que el sector golpista tenía sobre él”.⁴³

El golpe, para muchos, incluidos los montoneros, era ya indetenible.

NOTAS

- 1 Entrevista con Claudio Polosecki, 3 de mayo de 2009, y Andrew Graham-Yooll, “El rescate de los hermanos”, en Andrew Graham-Yooll, *Retrato de un exilio*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985.
- 2 Juan Carlos Dante Gullo, jefe de la Regional I, calcula la capacidad de movilización de la JP entre medio millón y un millón de militantes, cifra que suena exagerada.
- 3 El mayor logro en este plano habría sido el lanzador de granadas Energa, según las publicaciones de la organización.
- 4 Legajo Montoneros, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata, fs. 4-51.
- 5 Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, cit., pp. 158-161.
- 6 Véase www.bungeargentina.com/sp/qs_pasado.asp, consulta 12 de marzo de 2010.
- 7 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit.
- 8 Actualizados por la inflación de precios al consumidor tomada del Bureau of Labour Statistics de los Estados Unidos.

- 9 “La Operación Mellizas. Bunge y Born ante la justicia popular”, *Evita Montonera*, suplemento especial s/n, circa julio 1975; Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La Voluntad*, cit., tomo II, pp. 428-430, y expediente causa “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, Juzgado Federal de San Martín, fs. 1298-1306.
- 10 Declaración de Jorge Born del 20 de diciembre de 1984 en la causa “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, cit.
- 11 Juan Gasparini, *David Graiver...* cit., p. 60.
- 12 Declaración de Silvia Fanjul del 7 de octubre de 1977, adjuntada a la causa “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, Juzgado Federal de San Martín, fs. 3580-3587.
- 13 El gobierno cubano envió tropas a Angola en noviembre de 1975, como reacción a la invasión sudafricana y norteamericana en aquel país. El movimiento de soldados se bautizó como “Operación Carlota”.
- 14 La marca de vino existía desde la década del cincuenta, producido por una bodega riojana, y no

- tenía nada que ver con la Orga.
- 15 Causa “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, Juzgado Federal de San Martín, fs. 780-885.
- 16 Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas* cit., pp. 271-279.
- 17 Andrew Graham-Yooll, ob. cit., pp. 79-81.
- 18 Declaración de José María Videla Aranguren, director de Bunge & Born, del 14 de abril de 1977, anexada a la causa “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, Juzgado Federal de San Martín, fs. 241-242.
- 19 *La Prensa*, 21 de junio de 1975.
- 20 María Sáenz Quesada, *Isabel Perón*, Planeta, Buenos Aires, 2003, pp. 215-216.
- 21 Richard Gillespie, ob. cit., pp. 252-263.
- 22 “Conferencia de prensa. Expropiar los monopolios”, *Evita Montonera*, suplemento especial Operación Mellizas, s/n, circa julio 1975, p. 19.
- 23 Andrew Graham-Yooll, *De Perón a Videla*, Legasa, Buenos Aires, 1989, p. 370.
- 24 Boletín Oficial, n° 23.239, 12 de septiembre de 1975, decreto 2452, p. 2.

- 25 Boletín Oficial, nº 23.315, 2 de enero de 1976, decreto 4.060, p. 2.
- 26 Pablo Giussani, *Montoneros. La soberbia armada*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 102.
- 27 Laura Sali, ob. cit.
- 28 La agencia Associated Press estimó que en el primer semestre de 1975 las víctimas de la violencia política llegaban a 389. Citado en Alberto Dearriba, *El golpe*, Sudamericana, Buenos Aires, p. 132.
- 29 Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas* cit., p. 128.
- 30 Testimonio de Fernando Haymal del 10 de agosto de 1975 incorporado a la causa “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, Juzgado Federal de San Martín, fs. 4.975.
- 31 “Juicio revolucionario a un delator”, *Evita Montonera*, nº 8, octubre de 1975, p. 21.
- 32 Lila Pastoriza, “La ‘traición’ de Roberto Quieto: treinta años de silencio”, *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, nº 6, mayo-junio-julio de 2006, pp. 4-31.
- 33 Ricardo Strafacce, *Oswaldo Lamborghini, una*

biografía, Mansalva, Buenos Aires, 2008, pp. 410-411.

34 Roberto Cirilo Perdía, ob. cit., p. 129.

35 “Juicio revolucionario a Roberto Quieto”, *Evita Montonera*, nº 12, febrero-marzo de 1976, pp. 13-14.

36 Lila Pastoriza, loc. cit.

37 Felipe Pigna, *Entrevista a Mario Firmenich* (www.elhistoriador.com.ar/entrevistas/f/firmenich consulta 2 de marzo de 2010).

38 Alberto Dearriba, ob. cit., p. 180.

39 Rosendo Fraga, *Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*, Planeta, Buenos Aires, 1988, pp. 258-259.

40 Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Colihue, Buenos Aires, 1998, p. 75-92.

41 Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas*, cit., p. 83.

42 José Humberto Martiarena, de origen radical, fue gobernador de Jujuy, secretario general del justicialismo en 1973 y senador nacional.

43 Felipe Pigna, *Entrevista a Mario Firmenich*, cit.

1976-1983

Vuelve a poner un pie en Beirut y siente la brisa mediterránea. Toma la ruta principal que va al Sur; tiene una reunión con los militantes que reingresarán a la Argentina como parte de la contraofensiva montonera. Lo esperan con cierta ansiedad. Sus palabras van a inyectar mística y a remachar la convicción ideológica.

Llega al lugar de entrenamiento junto con Yäger y Vaca Narvaja. Los militantes se cuadran ante ellos. Hace varios días que están practicando tácticas de combate: disparan misiles RPG7, ensayan cómo acercarse a los objetivos enemigos y aprenden a no abusar del gatillo para que las balas alcancen para todo el enfrentamiento.

En la reunión, Pepe hace uso de toda su habilidad discursiva. Traza esa línea imaginaria entre la organización y la toma del poder. La explicación es redonda. Cierra por todos lados o la hace cerrar por todos lados. Él tiene la capacidad de marcar un

objetivo y cabalgar sobre las contradicciones hasta alcanzarlo. Vuelve, sin decirlo directamente, sobre la idea de que el poder está a la vuelta de la esquina.

Argumenta sus posiciones con el proceso de lucha que se desarrolla en la Argentina. Hace un balance favorable de las contadas repercusiones sociales de las transmisiones clandestinas y las volanteadas realizadas contra la dictadura durante el Mundial 78. Pondera el rol de los gremios y destaca varias luchas obreras. Todas pequeñas luchas. La conclusión parece dibujada: se viene una ofensiva popular y Montoneros debe estar allí para aceptarla e incentivarla. La idea es producir un hecho como el “Aramburazo”, que no dé margen de duda sobre el sentido de la acción.

Algunos lo escuchan y firman cada palabra. Otros no aceptan todo el análisis, no creen que el pueblo se esté levantando con los niveles de levadura que contabiliza el jefe máximo. Hacen algunas observaciones, pero no hay una gran discusión.

Hay quienes creen que, más allá de las diferencias, no hay otro destino que volver al país para hacer lo que haya que hacer. Y lo que hay que hacer es combatir a la dictadura.1

LA BIENVENIDA

Un día antes del golpe, *La Opinión* hizo un “conteo” de las víctimas de las “bandas extremistas”. Desde principios de año, 152. Desde la llegada de Cámpora a la presidencia, decía el diario de Jacobo Timerman, el “terrorismo” causó 1.358 muertos. La nota “Una Argentina inerme ante la matanza” fue el título de la tapa.

Debajo, otros dos títulos completaban el mensaje. Uno hablaba sobre una reunión de la presidenta María Estela Martínez de Perón con su gabinete, el otro recordaba: “Mañana se cumplen 90 días de la apelación de Videla”. Se refería a la advertencia que había lanzado el teniente general Jorge Rafael Videla en Tucumán, el 24 de diciembre de 1975: “El Ejército Argentino, con el justo derecho que le concede la cuota de sangre generosamente derramada por sus hijos, héroes y mártires, reclama con angustia pero también con firmeza una inmediata toma de conciencia para definir posiciones. La inmoralidad y la corrupción deben ser adecuadamente sancionadas; la especulación

política, económica e ideológica deben dejar de ser medios utilizados por aventureros para lograr sus fines. El orden y la seguridad de los argentinos deben vencer al desorden y la inseguridad”.

Las tapas del día siguiente, 24 de marzo de 1976, son elocuentes: “Las Fuerzas Armadas asumen el poder; detúvose a la Presidente” (*La Nación*) y “Nuevo gobierno” (*Clarín*). Para el 25 de marzo, *La Opinión* presentó en la tapa un título que era, en los hechos, un editorial: “Gobierna la Junta Militar” . En sus primeros párrafos hablaba de lo “tranquila” que había sido la primera jornada de la dictadura, encabezada por los comandantes generales del Ejército, teniente general Jorge Rafael Videla; de la Armada, almirante Eduardo Emilio Massera, y de la Fuerza Aérea, brigadier general Orlando Ramón Agosti.

Lo que no se escribió en esas ediciones ni en las de los días posteriores fueron las explicaciones de por qué las tropas controlaron sindicatos, descabezaron comisiones gremiales y se cobraron algunas cuentas pendientes. Una de ellas fue con el mayor Bernardo Alberte, ex edecán de Perón, a quien efectivos del Ejército fueron a buscar a su casa poco después de las 2 de la madrugada del 24

de marzo.

Llegaron a la cuadra de Avenida del Libertador al 1100, cortaron el tránsito, rompieron la cerradura de la puerta de acceso al edificio y subieron seis pisos por escalera. Al llegar al departamento abrieron a bayonetazos la puerta de servicio y fueron por Alberte. Apenas había alcanzado a tomar su arma pero lo dominaron, lo llevaron hasta una ventana y lo arrojaron al vacío.

La noche antes de su muerte había terminado de escribir una “Carta abierta” para Videla. Allí hablaba del secuestro y asesinato de varios militantes y advertía sobre el rol que podrían volver a jugar las fuerzas armadas. Particularmente señalaba su preocupación por la reunión que los representantes de las tres armas habían tenido con “lo más rancio de los terratenientes y ganaderos para considerar la situación económica nacional y formular críticas al gobierno”.

“La situación es seria y también dramática, no sólo para los trabajadores, sino también para las propias fuerzas armadas, impulsadas a avanzar en un terreno donde por plano inclinado serán llevadas a sustituir a las policías de los ambientes fabriles, hasta ahora privadas, y a ser custodios de los

intereses de una de las partes, precisamente la menos indicada para representar el interés general”, afirmaba.²

Otra de esas primeras detenciones, que devela el sentido político y económico del golpe, fue la de René Salamanca, que había sido titular del SMATA Córdoba desde abril de 1972 hasta su intervención en 1975. Era dirigente del Partido Comunista Revolucionario, nacido y criado en los talleres de matricería de las automotrices, que se había hecho fuerte disputando contra la dictadura de Lanusse, las patronales y la burocracia sindical. Desde su llegada al frente del sindicato cordobés, había impulsado una consulta permanente entre la conducción gremial y los trabajadores. Su regional fue la única que discutió en asambleas las paritarias realizadas entre 1972 y 1973. Obtuvieron los mayores aumentos de sueldo y varias mejoras laborales. Pero en 1975, con la provincia intervenida militarmente, el dirigente nacional del gremio, José Rodríguez, se cobró esa cuenta. Al frente del Congreso Nacional del SMATA, desconoció los reclamos de los delegados cordobeses e ignoró los pedidos de captura y la persecución policial sobre los principales dirigentes de su propio

sindicato. Salamanca fue secuestrado el 24 de marzo de 1976 y continúa desaparecido.³

Firmenich definió, en agosto de 2000, qué era lo que caía y qué era lo que subía: “No, ese gobierno [el de Isabel] no era una democracia, era un gobierno que practicaba el terrorismo de Estado con la Triple A. Hoy, como el justicialismo participa de un pacto político con el radicalismo, y muchos hombres de aquel gobierno son hoy funcionarios del peronismo incluyendo al propio Menem, que fue uno de los máximos isabelistas en su momento, hasta el partido radical quiere silenciar esta realidad”.

POLÍTICA ECONÓMICA

A poco de andar, la dictadura mostró cuáles eran los cambios que tanto deseaban los grupos económicos que habían alentado y solventado el golpe de Estado. Durante 1976 se modificaron o descartaron varias leyes que habían permitido avanzar en un proceso de sustitución de importaciones e industrialización del país. Era el inicio del quiebre de un modelo de país cuyos efectos se verían en el corto plazo y que tendrían consecuencias brutales con el correr de los años.

En abril archivaron la norma que controlaba el ingreso de las inversiones extranjeras (ley 20.557). La reemplazaron por la de radicaciones extranjeras (ley 21.382). Ese nuevo texto, que en 2010 continúa vigente, igualó a las firmas extranjeras con las de capitales nacionales. Les permitió transferir utilidades y dividendos sin ninguna limitación, posibilitó el acceso al crédito interno y reconoció la independencia de las casas matrices respecto de las sucursales locales, como si las políticas empresarias no fueran dictadas en los centros de poder.

La derogada ley 20.557 —sancionada el 11 de noviembre de 1973— limitaba los montos repatriables (20 por ciento anual), prohibía las radicaciones que no se sometieran a la Justicia local, establecía la corresponsabilidad ante posibles conflictos entre los inversores y las empresas creadas. Además, fijaba áreas vedadas para la inversión extranjera, entre las que se encontraban los medios de comunicación, los servicios públicos y la banca, y otorgaba al Poder Ejecutivo la autoridad para aceptar o rechazar las radicaciones.

Se barrió también con los convenios laborales y se avanzó en una sistemática reducción salarial. Eso

implicó liquidar, en los hechos, el instituto del salario mínimo vital y móvil, que aseguraba una remuneración básica que garantizaba el acceso a los bienes y servicios necesarios para satisfacer las necesidades de alimentación, educación, esparcimiento, salud, transporte, vestimenta y vivienda. La norma que lo regulaba estaba vigente desde 1964 y en 1976 le sacaron el punto que establecía un ajuste periódico en relación con la evolución de precios, le suprimieron las variaciones regionales y prohibieron su utilización como base para la negociación salarial.

Los economistas Juan Fal, Germán Pinazo y Juan F. Lizuaín precisaron sobre este proceso que “la apertura asimétrica del mercado de bienes, junto a la reforma financiera de 1977, abrieron un período histórico donde la estructura productiva se reordenó en torno a un reducido grupo de actividades ligadas al aprovechamiento de las ventajas comparativas naturales de nuestro país. En este esquema no sólo se desarticuló políticamente la clase trabajadora industrial, sino que arrastró consigo a todo el universo de asalariados, en un proceso que incluyó el incremento sistemático de los índices de desocupación, pobreza y miseria”.

Esa política posibilitó una “reprimarización del aparato productivo, que derivó en una caída estrepitosa del empleo asalariado industrial y del salario. Entre 1974 y 1994, según los censos económicos, la industria perdió más de una tercera parte de sus empleados, mientras el salario real se contrajo un 40 por ciento”.⁴

Para el aniversario del golpe de Estado, el 24 de marzo de 1977, Rodolfo Walsh escribió su ya famosa “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”, firmada con nombre y apellido y su número de cédula de identidad. Allí trazó un balance de “quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados”, pero aclaró que en esas cifras no estaban los “mayores sufrimientos” para el pueblo. “En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada”, precisó.

Su descripción señaló la caída del salario real, la disminución al 30 por ciento de la participación de los trabajadores en el ingreso nacional, la inflación anual del 400 por ciento, el aumento de la jornada laboral para pagar la canasta familiar, la existencia

de nuevos desocupados y la prohibición de cualquier reclamo colectivo, que incluyó el secuestro de comisiones internas completas.⁵

Se había anticipado, en los hechos, a la Circular número 7 “de la Conducción Nacional a todos los compañeros del Partido”, del 4 de abril de 1977. Allí la dirección montonera señalaba que desde el golpe se había modificado la doctrina de las detenciones e interrogatorios”, que habían pasado a ser “salvajes”. Ante eso, la CN definió que sus militantes no debían permitir que los atraparan vivos y consideró “lícito que los compañeros detenidos —mientras no delataran— aceptaran realizar determinados actos como salir a la calle en coches del enemigo para intentar fugarse”.

LA SUPERESTRUCTURA

Junto con las reformas en la economía, la dictadura golpeó sobre las organizaciones sindicales y las fuerzas políticas opositoras, en armas o sin ellas. Cada uno de esos golpes fue ponderado públicamente. Uno de los más festejados fue la caída de los jefes del ERP Mario Santucho y Benito Urteaga, baleados en julio de 1976.

Montoneros analizó que desde ese momento la represión se concentraría en ellos.

Por esos días, asesinaron a tres sacerdotes y dos seminaristas palotinos. Era parte de la represalia de la dictadura a la “Cuarta Campaña Ofensiva Táctica”, que Montoneros había lanzado en abril contra la policía. Entre los atentados más importantes figuraban la bomba colocada bajo la cama que mató al jefe de la Policía Federal, general Cesáreo Cardozo (18 de junio), y la voladura del comedor de Coordinación Federal (2 de julio).

Agosto no fue un buen mes para Montoneros y menos para Firmenich: murió el banquero David Graiver al caer el avión en el que viajaba — manejaba 17 millones de dólares de la organización — y detuvieron a la Negrita. La torturaron pero blanquearon su captura y se convirtió en una presa “legal”. La encerraron en el penal de Villa Devoto. Estaba embarazada. Su hijo se llamaría Mario Javier. El primer nombre se lo debía al padre, el segundo era su nombre de guerra cuando llegó a Córdoba, en 1972.

“Me pareció mucho más frágil de lo que uno se puede imaginar de la mujer de un comandante... tenía la actitud frente a las celadoras muy sumisa.

No se destacaba”, recordó Estela Cereseto, y consideró “un misterio” que haya sobrevivido.⁶ Otras presas políticas también se sorprendieron por la actitud de la Negrita ante las fuerzas de seguridad y cuestionaron su posicionamiento. El planteo llegaría hasta el propio Firmenich.

La detención de su mujer lo deprimió. Pensó en suicidarse pero la organización no lo dejó. No está claro si el tema fue puesto a consideración de una reunión plenaria de la Conducción Nacional o sólo del grupo más cercano, pero la decisión fue mantenerlo con vida y lejos de la represión que avanzaba en las calles y se comía militantes como una picadora de carne.⁷

La discusión fue intensa. Una de las propuestas — que llevaba el sello de Walsh— fue que Firmenich se escondiera en una isla del Tigre. Él se resistió. Pero después detuvieron a la Negrita y el 17 de diciembre mataron a Carlos Hobert, “Pingulis”, aquel que había visitado a Perón en 1972 y había regresado convencido de que había que volcar la organización a la campaña electoral.

Firmenich reconoce ahora que si a él lo secuestraban o lo mataban en una emboscada, “el problema principal no iba a ser que faltara un

secretario general, el problema principal es que significaba una derrota política con la eliminación del liderazgo político público”.

“El ERP estaba virtualmente diezmado —analiza—, pero el problema es que lo matan a Santucho. Si a Santucho no lo hubiesen matado, el ERP hubiese seguido existiendo políticamente, no importa cuántos comandos o grupos tenía, si estaban más o menos articulados.” Esa misma evaluación, que él dice se negaba a aceptar, estaba en la “presión” para que saliera del país o se refugiara en una isla.

“Tenía todavía cierta idea de que el jefe tenía que estar en el lugar de la decisión, en los lugares más riesgosos. Y les planteo: ‘Lo que podemos hacer, es que yo me suicido, me meten en un frasco con formol, y cada tanto me sacan una foto, y no corremos ningún riesgo’. No teníamos incorporado el espacio exterior, conceptualmente. Esto era una realidad hasta que tengo que salir del país por una gira de seis meses. Ya antes había desaparecido mi compañera, y en diciembre del ’76 nos matan a Carlos. Cuando tiran con mortero un tiro cae delante, un tiro cae detrás, y en algún momento cae en tu cabeza. De modo que ahí queda claro que nos buscaban a nosotros”, recuerda.

En el último año y medio, la Conducción Nacional había perdido a tres miembros de la formación dada en 1973, cuando se produjo la fusión entre FAR y Montoneros: Osatinsky, Quieto y Hobert, quien fue reemplazado por Julio Roqué.

Firmenich salió del país el 28 de diciembre de 1976, once días después de la muerte de Pingulis Hobert. El objetivo era “lanzar un espacio político en el exterior, para intentar lanzar desde el exterior una superestructura política que diera cobertura a la resistencia, el Movimiento Peronista Montonero”. A partir de allí, la organización incorporó el concepto de “espacio exterior” y en las discusiones que se darán en adelante se hablará del “exterior” o “interior” para referirse al mundo o a la Argentina.⁸

EL BANQUERO DE LA ORGA

La muerte de Graiver —un atentado con formato de accidente, según el periodista Juan Gasparini—⁹ impactó sobre las finanzas de la organización. Sirvió, además, para que la dictadura desplegara una campaña de prensa, que incluyó pivotear sobre un flexible concepto de “corrupción”.

Para discutir públicamente con la Junta Militar, la

organización emitió un comunicado titulado “Las finanzas de los Montoneros y la corrupción del sistema”, que se difundió con fecha 26 de abril de 1977, ocho meses después de la muerte de Graiver. Allí explicó su relación con el banquero, al que le habían dado parte de los resultados de algunos secuestros para que los invirtiera. Montoneros decía que no era ningún secreto que contaba con grandes sumas de dinero y tampoco que provenían de “reparaciones económicas” pagadas por empresas y personas “pertenecientes a la oligarquía o el imperialismo”. Definía: “Se trata de fondos mal habidos por sus anteriores poseedores. Eran productos de la enajenación del país y la explotación del pueblo. El Partido Montonero utiliza esos fondos para costear las tareas de la Liberación Nacional en sus múltiples aspectos. Esos fondos, extraídos a la oligarquía y el imperialismo, se usan para destruir su dominación en la Argentina”.

Al explicar su vínculo con Graiver la organización invertía el caño del arma y contragolpeaba. Afirmaba que no había hecho más que utilizar “los sistemas” creados por la oligarquía y el imperialismo “para esconder el producto de su rapacidad” y que ese descubrimiento no provocaba

el “colapso” del régimen.

Trazaba una red de complicidades entre los intereses cruzados de los dirigentes o grupos que utilizaban también los saberes de Graiver y las disputas por hacerse de parte de la fortuna del banquero muerto. Entre los involucrados señalaba: “El sionismo, a través de Jacobo Timerman; la burocracia sindical corrupta, dos de cuyos máximos exponentes, Casildo Herreras y Lorenzo Miguel, sacaban dinero del país a través del grupo Graiver; las empresas que editan los tres diarios más importantes de la Argentina, *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*, que compraron las acciones de Papel Prensa que pertenecían al grupo Graiver, respaldados por el Comando en Jefe del Ejército; el Estado Mayor del Ejército, cuyo segundo jefe, José Antonio Vaquero, aprovechó los datos que tenía sobre el asunto para tratar de extorsionar a Isidoro Graiver; el titular de la Organización de Estados Americanos, Alejandro Orfila, quien recibió préstamos del grupo Graiver, a cambio de introducirlo en el mundo de las finanzas de Estados Unidos; el lopezreguismo, cuyos más notorios personajes usaban al grupo Graiver para sacar del país el producto de sus hurtos; el comandante de la Armada, Emilio

Massera, cuyo escritor de discursos, Mariano Montemayor, fue arrestado y luego liberado por mediación de Massera”.

Por último, el comunicado aclaraba que los fondos de Montoneros estaban seguros, aunque “bloqueados temporalmente”, pero que esto no impedía su ritmo de funcionamiento. Agregaba la organización que creía que “posiblemente Graiver haya sido asesinado por la dictadura militar con la complicidad de la CIA, o por la misma CIA a pedido de la dictadura”.

Recomendaba investigar el asesinato del mayor Adolfo Valis, ejecutivo de La Cantábrica, que trataba de denunciar la privatización de esa siderúrgica —que implicaba vender a un grupo extranjero por tres millones de dólares una planta que tenía un tren de laminación valuado en quince millones de la misma moneda—, o conocer los detalles de la compra de aviones Hércules por parte de las Fuerzas Armadas. Además, señalaba “el negociado que están haciendo los monopolios comercializadores (Bunge & Born, Dreyfus, Cargill, Sasetru) con los cupos de embarque de cereales” y pedía estudiar “el caso Aluar” o los “negocios” entre Massera y Lorenzo Miguel.¹⁰

PAPELES

Ese fin de año, Rodolfo Walsh terminó de sentir en la piel el poder de fuego del enemigo. El 29 de septiembre había caído la Secretaría Política de Montoneros. Sus integrantes, reunidos en una casa del barrio de Floresta, fueron rodeados por tropas del Ejército. El combate duró una hora y media. Cuando los atacantes lograron entrar, encontraron los cuerpos sin vida de cuatro hombres y una mujer (era Victoria Walsh, hija de Rodolfo), y una nena sentada en una cama.¹¹ Fue uno de los golpes más fuertes que experimentó la organización en esos primeros meses y “aceleró” la decisión de enviar al exterior a algunos de sus dirigentes.¹²

Cuando se cumplieron tres meses de aquel combate, volvió a sentir el aliento de la dictadura: secuestraron a Pablo, que integraba la célula a su cargo. Era uno de los militantes que estaba en aquella reunión de ámbito en la cual Walsh se había enterado por la radio de la muerte de su hija.¹³

Por una serie de casualidades y violaciones a las normas de seguridad, Bibí, la compañera de Pablo, tenía el número de la mensajería telefónica por la cual él se comunicaba con Walsh, su superior. Había

quedado anotado en un papel el día anterior. Pablo, obsesionado en el análisis de documentación, no había querido ir a buscar los mensajes telefónicos, y la mandó a ella. Uno de esos recados era una cita.

Allí fue Pablo. Esa noche no regresó. Recién a la mañana siguiente Bibí entendió que lo habían secuestrado. Repasó con rapidez algunos datos sueltos. Pablo le había dicho que desde la ventana con vitrales se veía el restorán donde se reunía con “El Tío”, como le decían cariñosamente a Walsh porque Pablo siempre dejaba mensajes para su “tío”. Se asomó y vio, desde ese sexto piso en Córdoba y Uruburu, la terraza del Club Obras Sanitarias de la Nación, en Paraguay y Junín. Después llamó a la mensajería telefónica.

La gravedad de la situación fue comprendida claramente. Se vieron ese mismo día. Lilia Ferreyra fue puntual. La mujer de Walsh encontró a Bibí con su hija de 1 año y evaluó que el escenario estaba despejado. Volvió a salir y finalmente entró con Rodolfo.

La conversación fue corta. Walsh le ordenó “levantar” el lugar y Lilia se fue con la beba. A pesar de los riesgos, Bibí volvió al departamento y puso en dos bolsos de viaje mucha documentación,

dinero y armas. Dos horas más tarde le pasó la carga a Walsh, en la estación de trenes de Once.

La organización llevó a Bibí y a su hija a una casa en el conurbano bonaerense. Estuvieron allí una semana. Durante esos siete días, Bibí contó una y otra vez lo sucedido. Walsh le hizo muchas preguntas. Le pidió detalles. Le cortó el relato y pidió más precisiones. No entendía por qué Bibí había esperado toda una noche antes de dar el aviso del secuestro. Tampoco por qué tenía el teléfono de la mensajería, ni cómo conocía el lugar de reunión. Muchos años después, ella se dio cuenta de que su versión no había sido creída del todo. Pero finalmente reconocieron que no había engaño. Pablo había caído y ella no tenía nada que ver con eso.

Le dieron un sobre lleno de plata y le ordenaron que se tomara tres meses de vacaciones. Cuando volvió de Punta Mogotes, Bibí no encontró a nadie. La estructura donde militaba, que hacia arriba incluía a Pablo y a Walsh, no existía más. Quedó “desenganchada”. Muchos años después, ya en democracia, reconoció en la solapa de un libro la cara de “El Tío”. Supo que el jefe de su jefe era Rodolfo Walsh.¹⁴

La caída de Pablo fue, según el relato de Lila

Pastoriza, lo que llevó a Walsh a profundizar el debate con la Conducción Nacional de Montoneros.¹⁵

El 23 de noviembre de 1976, ya con Vicky muerta, Rodolfo había escrito un documento en respuesta a un texto del Consejo Nacional — Conducción Nacional ampliada—, del 11 de noviembre, en el que se analizaba la situación de la organización frente a la dictadura. Fue una respuesta dura: habló de “triumfalismo” y subestimación del enemigo, y marcó el “autoaislamiento” de la “gente real” por ideologismo, militarismo y falta de propuestas políticas.

Sostuvo que no era cierto lo que decía la Conducción sobre el fracaso de la política de la dictadura de acercamiento a algunos partidos políticos y ejemplificó: “El PC no participa de los conflictos, mientras negocia con el gobierno a través del Partido Intransigente y les paga viajes a Lázara y a García Costa para que vayan al Congreso de la Internacional Socialista a defender a Videla; la UCR no rompe a pesar de todos los agravios, incluidos Solari Yrigoyen y Amaya; la reacción de la Iglesia es tibia comparada con todo lo que han hecho con los episcopados de Chile y Brasil, donde por mucho

menos se enfrentan abiertamente con las dictaduras”. Además, marcó la “excelente relación con el bloque soviético” y los créditos externos obtenidos en el último tiempo, para mostrar los vínculos internacionales de la Junta Militar.

Remarcó, varias veces, la necesidad de desmontar las estructuras de análisis militaristas y para eso dijo que había que dejar atrás las dos últimas grandes definiciones de Montoneros: “Dijimos en 1974, cuando Perón murió, que queríamos el golpe para evitar la fractura del pueblo, y en 1975 que las armas principales del enfrentamiento serían las militares”.

Esa referencia sobre el golpe de Estado se había dejado planteada en el editorial que firmó Galimberti en *La Causa Peronista*, donde figuraba como su director. “El reformismo esgrime siempre el fantasma del golpe. Prefiere un golpe por día. Dicen que el recambio será todavía más represivo y violento. Sin dudas que sus formas externas pueden ser peores, pero olvidan que la capacidad de respuesta popular es muy superior cuando tiene un claro enemigo enfrente”, señaló Montoneros en su órgano de difusión, que suplantó al clausurado *El Descamisado*. Esa nota editorial fue la última de

una serie que buscó marcar con claridad que el gobierno de Isabel no era un gobierno peronista. Integró la edición en la cual Firmenich y Arrostito contaron cómo fueron el secuestro y la muerte de Aramburu.¹⁶

En su nota, Walsh reconoció el “acierto” del documento del Consejo Nacional, que planteaba la resistencia masiva como propuesta principal de la etapa y marcaba la falta de una política clara para las masas, aclaró que el resultado de la discusión de su célula fue el desacuerdo con la creación del “Movimiento Montonero”. Era preferible volcar los esfuerzos a sumar a la “resistencia al existente Partido Peronista, que en el transcurso de esa lucha irá cambiando y encontrando nuevas formas organizativas en su práctica [...]. No hay que crear estructuras al pedo. Los Montoneros conducen el peronismo. Eso es suficiente”.

En las conclusiones de su respuesta, Walsh consideró que, ya en noviembre de 1976, la dictadura había avanzado “en lo militar y en lo político”, mientras que Montoneros había retrocedido “en ambos campos”. Eso ocurrió porque “sin política no era posible avanzar. Hay que admitirlo así aunque duela”, evaluó. El objetivo

debía ser que la dictadura se peleara con “todo el pueblo”, pero para eso Montoneros debía estar con él. “La clave es política”, insistió.¹⁷

El 13 de diciembre, en una nueva respuesta a otro análisis del Consejo Nacional, Walsh señaló los resultados del debate de su célula. Las mayores diferencias fueron sobre la evaluación política del momento. Habían visto la necesidad de modificar los dos ejes que los habían llevado a tener una “estrategia equivocada”: el pronunciamiento sobre el “agotamiento del peronismo” y la afirmación sobre la “crisis definitiva del capitalismo”. Walsh apostaba por la resistencia popular —“que Montoneros tiene méritos históricos para encabezar”— y la retirada estratégica de la Conducción Nacional y de sus figuras “históricas”.¹⁸

PAPELES II

Por esos días, en que Walsh exponía sus posiciones ante la Conducción Nacional y trataba de encontrar una salida a la encerrona de la dictadura, el ministro de Economía hablaba de lo bien que estaban respondiendo los indicadores económicos. “Comienzan ya a registrarse signos de reactivación

de la economía”, aseguraba José Ignacio López bajo el título “Martínez de Hoz reveló indicadores favorables”, desde la tapa de *La Opinión*.¹⁹ Pero la realidad tenía otras aristas: el salario promedio en la industria había caído 36 por ciento respecto de 1975 y la inflación había pasado del 18,2 al 30,1 por ciento entre el tercer y el cuatro trimestre de 1976. Por su parte, el FMI concedía créditos por 370 millones de dólares; era el “mayor (financiamiento) acordado hasta ese momento a un país latinoamericano”, según la *Memoria* del Banco Central de la República Argentina, de 1976. La transferencia de ingresos a favor de los sectores económicos más concentrados funcionaba como un relojito.²⁰

En la primera semana de enero de 1977, Walsh volvió a enviar otras tres comunicaciones a la Conducción Nacional. Eran el resultado de sus discusiones en su ámbito partidario, que incluían a Pablo y Mariana, ambos desaparecidos poco antes de la Navidad de 1976. Insistía sobre los mismos puntos planteados en las notas de noviembre y diciembre, pero los había pulido y concretado.

“Aporte a una hipótesis de resistencia” fue el título para la nota del 2 de enero, donde proponía

reconocer que la guerra que plantearon en 1975 y 1976 “está perdida en el plano militar y que la derrota militar se corresponde en el plano político con el repliegue de las masas, que no asumen la guerra porque no vislumbran posibilidades de triunfo en la actual estrategia montonera”.

Consideraba que las fuerzas represivas estaban muy avanzadas en sus planes y que podrían pasar a la siguiente fase, que incluía el “exterminio de la vanguardia”, que ocurriría entre enero y junio de 1977. “Si tal exterminio puede evitarse, será posible y hasta cierto punto [sic] conducir esas formas significativas de lucha configurando una etapa de resistencia capaz de prolongarse largo tiempo”, señalaba. Volvía sobre la necesidad de retornar a las “líneas de acción” de la Resistencia Peronista de los 60, que incluía necesariamente el repliegue sobre la masa y sobre el peronismo.

Era replegarse sobre la “Correspondencia Perón-Cooke”, a la cual Walsh se remitía. Significaba, por ejemplo, dejar de producir “armas de guerra” para fabricar y enseñar a fabricar “explosivos, caños caseros y bombas incendiarias”. En los hechos, la crítica llevaba a rediscutir y modificar la decisión de abril de 1976 que había llevado a la organización

a convertirse en un partido de cuadros, de tipo leninista y basado en el concepto de “centralismo democrático”. También significaba cambiar la política de eliminar policías indiscriminadamente, que implicaba un enfrentamiento de “aparato a aparato” y que hacía imposible llevar adelante una política de infiltración de las fuerzas represivas, como se había planteado la organización.

En esa propuesta de desacelerar el enfrentamiento militar y acelerar el enfrentamiento político, Walsh desplegaba la posibilidad de utilizar —previo al pasaje a la resistencia— el “privilegio de la defensa”. Consistía en “no dar batalla en el terreno, sustraerse como blanco masivo al accionar enemigo, reclamar por la paz y, aunque no lo consiga, demostrar que la responsabilidad de la guerra recae en el enemigo”.

Pero el acuerdo de paz incluía el reconocimiento “de ambas partes de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y vigencia de sus principios bajo el control internacional” y de que “el futuro del país debe resolverse por vías democráticas”. Para Montoneros significaba el “cese de toda acción militar antipersonal y el uso de armas solamente en defensa de la vida o la libertad”.

“Reiteradamente Montoneros ha ofrecido la paz a las FF.AA. como lo demuestran el Operativo Dorrego, las relaciones sostenidas con los generales Carcagno, Anaya y Dalla Tea, las conversaciones con el almirante Massera y las negociaciones con el general Harguindeguy tras la detención de Roberto Quieto”, argumentaba.²¹

En otra nota, también del 2 de enero, analizaba el “Curso de la guerra en enero-junio 1977 según la hipótesis enemiga”. En este escrito, decía que la dictadura había “resuelto en 1976 el aspecto territorial de su guerra y encaraba en 1977 la liquidación del aparato partidario”. Su objetivo sería la “destrucción de las Conducciones Nacionales” y ya conocía la estructura de Montoneros en sus aspectos “político, ideológico, organizativo espacial, temporal y relacional”. Además, contaba con “superioridad de fuego y movimiento”.²²

La última comunicación fue fechada el 5 de enero.²³ En ella reiteraba que la dictadura pasaría en breve a la Fase 4 de su Plan de Operaciones: “el exterminio”. Como vimos en el capítulo anterior, Montoneros conocía el “Orden de Batalla” por el hijo de un alto jefe del Ejército que integraba la

organización —estaba en la Secretaría de Inteligencia, que encabezaba Walsh.²⁴

Por último, hacía una apelación a corregir el método de análisis y dejar de lado el estudio de la historia europea para concentrarse en conocer a fondo cómo fue “la toma del poder” en la Argentina. “Perón desconocía a Marx y Lenin, pero conocía muy bien a Yrigoyen, Roca y Rosas, cada uno de los cuales estudió a fondo a sus predecesores”, concluía.

Pero esas cartas habrían llegado tarde. Firmenich aseguró en 2001 que se enteró de ellas “después de la muerte de Walsh”. En esa entrevista, se preocupó por destacar que antes de las discusiones con las decisiones de la Conducción Nacional para corregir la política de la organización frente a la dictadura, el escritor había criticado a la Conducción “por no intervenir la columna (Norte)”, que para la jefatura había incurrido en “una disidencia ultraizquierdista”.²⁵

Años después de aquellos memorándums, Firmenich dijo —en otra entrevista— que en el ’77 “se decide sacar a los cuadros más representativos y a la logística. En el caso de Walsh y de otros militantes, como el gobernador Sapag, estuvo

dispuesta su salida y no hubo tiempo, murió. La represión era más rápida que nuestros movimientos”.26

EL OTRO MOVIMIENTO

Sólo algunas de las propuestas de Walsh fueron valoradas por la Conducción Nacional. Una de ellas fue enviar al exterior a sus principales cuadros. Pero en lugar de utilizar esa superestructura, esa “Conducción Estratégica”, para “conducir la retirada” e impulsar una nueva etapa de la vieja resistencia peronista, fundó el Movimiento Peronista Montonero (MPM). Se le agregó “Peronista” tres días antes de su lanzamiento, que fue el 20 de abril de 1977, en Roma. Eso permitió sumar sin mayores discusiones a los representantes “históricos” del peronismo, como los ex gobernadores Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano, y el ex rector de la UBA Rodolfo Puiggrós.27

La nueva estructura, formada después de intensas discusiones en una casa romana con fuente y jardín, reprodujo el esquema del Movimiento Peronista, pero se le incorporaron dos nuevas “ramas”: Agraria y Profesionales e Intelectuales y Artistas,

que quedaron encabezadas por Osvaldo Lovey y Puiggrós, respectivamente. Al frente de la Rama Política quedaron Bidegain y Obregón Cano, en la Rama Femenina quedaron Lili Massaferró y Adriana Lesgart; y en la Juvenil, Galimberti y Manuel Pedreira. Vaca Narvaja fue nombrado secretario de Relaciones Internacionales, y Juan Gelman y Miguel Bonasso se convirtieron en los jefes de la Secretaría de Prensa y Difusión.²⁸

De ese modo, la organización tenía teóricamente un partido revolucionario (Partido Montonero), un ejército revolucionario (Ejército Montonero) y un frente de masas (MPM). Pero los líderes de cada una de las estructuras se repetían y Firmenich era “primer secretario del PM, comandante en jefe del EM y secretario general del MPM”.²⁹

La presentación pública se hizo en el hotel Leonardo Da Vinci, a dos cuadras del río Tíber. Allí se realizó una conferencia de prensa relámpago. Habían invitado a una veintena de periodistas, que habían sido citados previamente en otro lugar y luego conducidos allí. El presentador fue el senador italiano Lelio Basso —fundador del Tribunal Russell II, para investigar las violaciones a los derechos humanos en la Argentina, el Brasil y Chile

—, quien de pronto les anunció a los periodistas que los montoneros estaban allí.

Nadie supo de dónde salieron, pero se encontraron con Firmenich, Galimberti y Vaca Narvaja. También estaban los tres peronistas “históricos” y Adriana Lesgart, Lili Massaferro, Gelman y Bonasso. La discusión que aprobó la creación de esa nueva estructura había incluido a más militantes. Se habló de la fusión entre Montoneros y el Partido Peronista Auténtico, que no era más que una estructura para dar la batalla electoral impulsada por la organización, que había sumado a los peronistas históricos que tenían buenas relaciones con ellos.

Allí difundieron un programa de acción que reclamaba la renuncia del ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, y la adopción de una nueva política favorable a los intereses nacionales y populares; el restablecimiento de los derechos y garantías constitucionales y la convocatoria a elecciones; la rehabilitación de todos los partidos políticos; la liberación de los presos políticos y del ex presidente Cámpora, los ex gobernadores Martínez Baca (Mendoza) y Jorge Cepernic (Santa Cruz), y varios ex funcionarios.

“Vamos a formar un nuevo frente nacional en Sudamérica capaz de derrocar a la Junta que asumió el poder en un golpe de Estado”, anunció Firmenich.

Después llevaron a los periodistas a otro lugar y les pidieron que se quedaran un rato allí, hasta que los jefes montoneros se fueran del hotel.³⁰

ARGENTINA CAMPEÓN

Entre abril y mayo de ese año, la Conducción de Montoneros tomó también otras definiciones: equiparó sus jerarquías con las militares,³¹ se dio una política para restablecer vínculos con los periodistas argentinos y dedicó esfuerzos a mejorar las relaciones internacionales. La tarea incluyó la difusión de esos encuentros, que tuvieron su espacio para la foto de rigor, con sonrisas, abrazos y apretones de mano. Algunos significaban respaldos concretos, otros estaban cargados de formalismo y declaraciones de solidaridad.

Ejemplo del primero fue la visita que Firmenich y Vaca Narvaja realizaron al Líbano, donde se entrevistaron con el líder palestino Yasser Arafat, jefe de Al Fatah. Era la continuación, en los hechos, de la relación iniciada por Galimberti a principio de

los 70 y sostenida luego por Mendizábal. En esa reunión, además de la foto, se firmó un acuerdo de cooperación, que tenía una parte pública y otra secreta. Esta última tenía que ver con el entrenamiento de militantes argentinos y la provisión de armamento de distinto calibre a cambio de la instalación de una planta de exógeno, que permite fabricar explosivos. Esa relación política los terminó de poner en la mira del Mossad, el servicio de inteligencia israelí, que evidentemente tuvo algún tipo de acuerdo de colaboración con el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército Argentino. Eso se puede inferir por la información que manejaban los militares argentinos sobre los movimientos internacionales de Montoneros.³²

Entre las reuniones formales se puede contar la visita que el 21 de julio realizó a Felipe González una delegación del Movimiento Peronista Montonero, encabezada por Firmenich. Los montoneros expusieron sobre la “resistencia” a la dictadura militar y plantearon que su lucha era por “conquistar la paz, la justicia social, la soberanía política y la independencia económica”. Consideraron que eso sólo sería posible con un “programa democrático de transición al socialismo,

apoyado y ejecutado por la mayoría popular integrada en un Frente de Liberación Nacional”.

Recibieron la solidaridad del PSOE y el deseo de “que prontamente se restablezca en la Argentina un sistema democrático que proteja la vigencia de los derechos humanos, y en el que la voluntad popular se exprese libremente”.³³

El encuentro con Felipe González fue importante, pero el acuerdo logrado con Al Fatah les permitió acceder a los misiles RPG7 que utilizarían durante el Mundial 78. Al mismo tiempo, preparaban las transmisiones de Radio Liberación para interferir las señales de televisión y difundir mensajes de la organización y una campaña de contrainformación sobre los corresponsales extranjeros. Fue una de las etapas de la contraofensiva que Montoneros lanzó, desde el exterior, contra la dictadura.

Al frente de la tarea de prensa quedaron Bonasso y Gelman, que tenían buenos vínculos con la intelectualidad europea. Para amplificar la llegada y la presencia de la organización, la Secretaría de Prensa se dividió en dos sedes: México y Roma. “Contactamos a todos los sindicatos de periodistas de Europa y les entregamos carpetas con materiales sobre lo que pasaba en la Argentina. Las habíamos

traducido al inglés y francés. Muchos diarios europeos y latinoamericanos lo publicaron, también la RAI y TVE”, recuerda Carlos Suárez, que había llegado a Montoneros desde las FAP y se había sumado a la organización cuando trabajaba en la UBA con Puiggrós.³⁴

“Hicimos también contrainformación sobre el centro de la Marina en París. Ellos tenían ex periodistas trabajando, algunos en medios, uno de ellos en la mesa latinoamericana de AFP. Nos metieron comunicados truchos, como el que decía que nos adjudicamos el asesinato de las monjas francesas”, agrega Suárez y saca pecho para contar la campaña que hicieron contra Massera cuando visitó Italia.

“Contactamos a los gremios de los astilleros italianos y cuando visitó uno de ellos se encontró con que los trabajadores lo putearon”, cuenta.

Muchos de los documentos específicos que se elaboraron para los periodistas extranjeros se siguieron difundiendo aun después del campeonato mundial. Entre ellos había uno del Bloque Sindical del MPM titulado “La lucha del movimiento obrero contra la dictadura militar, por la libertad sindical, la paz y la democracia” que contenía un listado de

los 65 sindicatos intervenidos.³⁵

Los mayores logros en términos de difusión internacional se obtuvieron en México, donde Montoneros tenía una buena base de militantes y muchas relaciones políticas. No sólo se encargaron de difundir el verdadero rostro de la dictadura, sino de dar el debate con un sector de la intelectualidad europea que planteaba la necesidad de boicotear el campeonato.

La labor del equipo de prensa tuvo varios logros en las páginas de los diarios de todo el mundo. Uno de ellos, fue el editorial que escribió Antonio Marimón en *Uno más Uno* sobre la ceremonia inaugural: “Veremos una panorámica del estadio River Plate cubierto por 75 mil espectadores. Tocarán las bandas militares, se soltarán globos y palomas, desfilarán delegaciones y hablará el general Jorge Rafael Videla. Pero esa no será la Argentina verdadera; ¿escucharemos acaso el grito de la carne mutilada, rota, vejada en los gabinetes de tortura de la Escuela de Mecánica de la Armada que está a diez cuadras del estadio de River?”³⁶

Desde México también se hizo un llamamiento a los periodistas a “transmitir fielmente” lo que ocurría en la Argentina. La tarea corrió por cuenta

de la Unión de Periodistas Argentinos para la Liberación, cuya primera conducción se había conformado en mayo de 1976 y estaba integrada por Jorge Luis Bernetti, Nicolás Casullo, Carlos Alberto Burgos, Luis Bruschtein y Ana Lía Villa.³⁷

La tarea de difusión incluyó el regreso clandestino de Habegger, Croatto y Gelman, que oficiaron de guías para algunos periodistas extranjeros. Y se realizaron transmisiones de Radio Liberación TV, que no eran otra cosa que interferencias sobre las transmisiones televisivas y permitían poner el audio que la organización había elaborado especialmente. Se empleaba un transmisor portátil, que podía operarse desde un automóvil y se pasaba un mensaje de Firmenich.

Una de esas interferencias, que mereció un lugar en los diarios, se produjo el 14 de junio de 1978, durante la transmisión del partido que disputaron Argentina y Polonia, en el Estadio Lisandro de la Torre, en Rosario. La operación se hizo en Mar del Plata, poco después del primero de los dos goles de Mario Kempes, y permitió escuchar la proclama guerrillera por sobre las imágenes del partido.

Unos días antes, el 6 de junio, la Policía bonaerense había detectado otra interferencia, que

se montó sobre el partido entre Argentina y Francia —que terminó dos a uno, con goles de Daniel Passarella y Leopoldo Luque— y afectó la señal en el centro de La Plata. Al igual que ocurrió con la transmisión de Mar del Plata, no lograron detener a los montoneros.³⁸

En el plano militar, la “Campaña Ofensiva Táctica” fue encabezada por Mendizábal, jefe del Ejército Montonero. La organización había decidido no boicotear la realización del encuentro deportivo y se prohibió realizar ataques que afectaran a periodistas o delegaciones internacionales. No se permitieron atentados a menos de 600 metros de los estadios de fútbol.

Se hicieron más de veinte operaciones. Entre ellas se contó un ataque con un lanzacohetes portátil, que impactó en la Casa Rosada, pero no hizo más que un agujero cuando explotó. Además, se atacó la ESMA, la Escuela Superior de Policía Federal, el Batallón 601 y la Escuela Superior de Guerra. Atacaron las casas del general Reynaldo Bignone, del coronel Adolfo Pandolfi y del secretario de Hacienda, Juan Alemann. Ninguna operación trascendió en los medios locales. No fueron tan espectaculares como para impedir su ocultamiento y

la dictadura utilizó a fondo su cerrojo sobre la prensa.

Firmenich detalló que “el criterio político fue que el Mundial había sido un triunfo nacionalista argentino frente a la presidencia inglesa de la FIFA, ocho años antes. Durante mucho tiempo, había circulado entre la opinión pública la negativa de la FIFA a concedernos un Mundial. Se había celebrado en Chile, en Uruguay, en Brasil... El Mundial estaba concedido mucho antes de la junta militar.

”Además, hubo una disputa política en torno al director técnico de la Selección. Durante el gobierno peronista de 1973-1976 se había designado a Menotti, que representaba una línea política de izquierdas y tenía un estilo futbolístico más popular, frente a otros candidatos, como Bilardo, más de derechas. Los Montoneros sacaron un comunicado público durante la dictadura apoyando a Menotti como director técnico.

”Aparte de esto, teníamos la hipótesis de que el Mundial permitiría a la gente romper el terror, de que con la excusa de poder salir para ir a los partidos de fútbol se podrían recuperar los lazos de comunicación y solidaridad social que el terror de la dictadura había hecho desaparecer. El fútbol fue

un vehículo de expresión política”, explicó Firmenich.³⁹

La decisión política de Montoneros de no realizar operaciones armadas que pudieran obstruir el desarrollo del encuentro deportivo o afectar a periodistas y espectadores fue cruzada por versiones sobre negociaciones con la dictadura. El diario *Le Monde* habló de un encuentro entre Firmenich y Massera en un hotel parisino. Allí se habría pactado una tregua. La versión habría sido confirmada por la diplomática Elena Holmberg a un amigo, Gregorio Dupont, quien relató una conversación sobre el tema ante la Justicia argentina en diciembre de 1985. En ese supuesto encuentro, Massera habría entregado algo más de un millón de dólares para comprar la tregua montonera, según lo que Holmberg le contó a Dupont pocos días antes de ser secuestrada y asesinada a fines de 1978. Pero esa acusación no pudo comprobarse.

Después de la copa de fútbol, Mendizábal concedió una entrevista a la publicación mexicana *Proceso*, en la que afirmaba: “El Mundial significó para nosotros un triunfo político, un triunfo militar y un triunfo organizativo. Un triunfo estratégico rotundo. El ejército montonero no sólo demostró

durante el Mundial que existe, con lo cual queda descubierta la falacia de la Junta de que estábamos aniquilados; sino que actúa, que tiene fuerza, poder de mando y que la resistencia es vigorosa”. Hizo, además, un balance en el que destacó las acciones militares realizadas sin tener una sola baja ni un solo detenido y adelantó, aunque sin decirlo, la contraofensiva estratégica que realizarían el próximo año para “apoyar militarmente la contraofensiva de masas”.40

TUCHO

Seis meses antes del Mundial 78, Montoneros hizo otra campaña de prensa que significó un golpe importante para la dictadura. Afectó su imagen internacional pero también desbarató el plan para asesinar a Firmenich. A diferencia de lo ocurrido con el campeonato de fútbol, Montoneros no planificó lo ocurrido y tuvo que improvisar sobre la marcha para desarmar la “Operación México”. Así habían bautizado los hombres de Leopoldo Fortunato Galtieri, comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, al plan para cortar la cabeza de Montoneros.

Todo había comenzado en Mar del Plata, el 2 de enero de 1978, con la detención del jefe de la columna Rosario, Tulio “Tucho” Valenzuela, su mujer, Raquel Negro, y Sebastián, de dos años, hijo de ella. Todos fueron llevados a una quinta en el barrio residencial de Funes, en las afueras de Rosario. Era una casa con pileta y parrilla que funcionaba como centro clandestino de detención. Los militares alternaban los asados con la picana y otros tormentos.

Al llegar, Tucho se encontró con algunos de sus hombres de confianza: lo habían entregado. Galtieri le ofreció una negociación que incluía traicionar a la Conducción Nacional y él aceptó. Su mujer embarazada —Tucho estaba seguro que de mellizos— quedaría como garantía. Sebastián sería restituido a sus abuelos. Ella estaba al tanto del plan que tenía su compañero, que se distanciaba en sólo un punto de lo acordado con los represores.

El 14 de enero de 1978, Tucho viajó a México con los oficiales del Área de Operaciones 121 de Rosario, Rubén Fariña, Daniel Amelong y Jorge Cabrera, y un montonero quebrado, Miguel Vila Adelaida. Todos viajaban con nombres falsos. Ni bien llegaron, Tucho fue a la casona de Alabama 17,

donde tenía su sede Montoneros. Se reunió con Bonasso y le contó todo. La Conducción Nacional decidió que Tucho debía denunciar lo ocurrido en una conferencia de prensa. Así lo hizo el 18 de enero de 1978. Inmediatamente el gobierno mexicano detuvo a dos de los militares argentinos. Los otros dos se refugiaron en la embajada argentina, pero tres días después los cuatro fueron expulsados del país.⁴¹

La conferencia de prensa generó una repercusión importante. El diario *Uno más Uno* tituló “La junta argentina envía militares a México para asesinar dirigentes exiliados” y el periodista Germán Ramos Navas se comunicó con el centro clandestino de represión conocido como la Quinta de Funes: “El general Fortunato Galtieri, jefe del Segundo Cuerpo del Ejército Argentino, indicó a este diario en una entrevista telefónica que ‘yo no tengo control de mis agentes fuera del país’, al ser interrogado sobre sus responsabilidades con el grupo operativo que la junta militar argentina envió a México”.⁴²

Ramos Navas había pedido hablar con Galtieri y quien lo atendió se presentó como tal, pero probablemente haya conversado con un oficial de apellido Guerrieri, que estaba a cargo del centro

clandestino.

Firmenich, Perdía y Vaca Narvaña, que se habían resguardado en la embajada cubana, viajaron en secreto a la isla. Luego se sumaron Yäger y Mendizábal. Allí instalaron la Comandancia Montonera y poco después llegó Tucho, quien fue sometido a un juicio revolucionario. Se salvó del fusilamiento porque, pese a haber fingido colaboración con el enemigo, terminó denunciando la operación, incluso a costa de su familia, pero lo degradaron.⁴³

La decisión se basaba en que la Conducción Nacional no acordaba con la “política de los militantes que negociaban en la ESMA”, explica un ex alto dirigente de la organización. Evaluaban que esa política “era debilitar la fuerza” y el resultado del juicio a Tucho estaba en la línea de “dar una señal” de que nadie podía “negociar lo que le parecía”.

Pero lo cierto fue que muchos militantes no entendieron el fallo y lo consideraron equivocado. Incluso en los niveles de mayor responsabilidad en la organización, como el caso de Bonasso.

Tampoco Suárez, enlace de la Conducción entre La Habana y Buenos Aires, compartió la medida: “No hubo mucho acuerdo con lo que se hizo con

Tulio Valenzuela, se lo tomó como algo exagerado. Sobre todo haberlo mandado de vuelta a la Argentina, cuando se sabía que estaba recontramarcado”. Pero un ex jefe de alto rango de Montoneros sigue sosteniendo la resolución: “Si vos negociás lo que se te canta y como se te canta, no hay forma de fortalecer la moral de la gente y aguantar”.

Unos meses más tarde, Tucho pidió volver al país. Ingresó clandestino y lo mataron a los diez días. “Fue un error aceptar la insistencia de Tucho con el tema de volver. No nos dimos cuenta. No percibimos eso. Aunque fuera contra su voluntad tendría que haberse quedado afuera, hasta que se rearme su cabeza”, reconoce el ex jefe montonero.⁴⁴

Para Rafael Bielsa, ex militante de Montoneros e integrante de la Juventud Universitaria Peronista rosarina, el juicio a Tucho fue un punto de “no retorno” en la historia de la conducción montonera que lo condenó. “De ese pensamiento no se retorna”, evalúa el ex canciller de Néstor Kirchner, que conoció a Firmenich personalmente en 1992 y mantuvo una relación cordial, que le permitió discutir con él algunas cosas.



Firmenich trabajando en la Comandancia. Así llamaban a la casa donde funcionó la Conducción de Montoneros entre 1978 y 1982. Era una construcción de dos plantas, ubicada en el barrio Miramar, La Habana, a cinco cuadras del Teatro Carlos Marx (Archivo de Montoneros).

ENTRE MÉXICO Y EL LÍBANO

A mediados de 1978 algunos militantes volvieron a la Argentina. Tenían la tarea de trabajar

clandestinamente en el frente sindical. Rápidamente vieron que sus movimientos eran observados con atención. Fue cuando distribuyeron unos volantes en puerta de fábrica. Eran sobre el reclamo de mejoras salariales en Alpargatas. No hicieron más que utilizar las fuentes públicas para elaborar un texto que demostraba lo bien que iban las finanzas de la empresa, que aseguraba que sus cuentas estaban muy mal como para hacer recomposiciones salariales.

No repartieron más de cien volantes, pero eso bastó para que *La Nación* publicara un recuadro contando que Montoneros estaba actuando sobre esa fábrica. Ese conflicto finalmente se ganó y la empresa tuvo que dar una mejora, pero los militantes se dieron cuenta de que cualquier mención a la organización era suficiente para llamar la atención de la dictadura. Decidieron contrariar la orden de la Conducción Nacional y dejaron de firmar los volantes.⁴⁵

Esas pequeñas victorias obreras fueron las que sopesó la Conducción cuando decidió lanzar la “Contraofensiva” sobre la dictadura. Fue una medida votada durante un encuentro del Consejo Nacional, esa estructura de conducción ampliada. Para concretarla, se hizo una gira internacional

reclutando militantes y se los entrenó en México y el Líbano.

Uno de los que preparó a los combatientes que retornarían al país para golpear sobre objetivos económicos fue “Rulo”, miembro de la jefatura de la Columna Norte que había sido expulsado de la organización junto con otros militantes de su grupo a principios de 1977. Fue uno de los que había hecho las transmisiones de Radio Liberación TV durante el Mundial. Quería reinsertarse para cumplir un plan que había conversado con Galimberti: matar a la Conducción. Para eso debían ganar su confianza.

“El Loco decía que tendríamos que haberlos matado en el país, que ahora no podíamos hacerlo en el exterior. Para matarlos teníamos que volver. Si se hacía, había que hacerlo en el país. Por eso yo me sumé”, dice Rulo y sigue convencido de aquel plan fallido, que había comenzado a nacer entre el Brasil y México. Era la única opción que veía para resolver lo que no habían podido hacer a través de la vida dentro de Orga. Ellos ya habían intentado ganar la conducción pero “hicieron trampas internas para tener la Conducción, como reunir a todos los de nuestra banda en un solo distrito, todos en la Columna Norte, con lo cual perdíamos votos”.

Las disidencias se profundizaron con el golpe militar. La Columna Norte fue la que planteó con más fuerza —también ocurrió, pero con menor intensidad, en las columnas La Plata y Sur— la necesidad de distribuir recursos y armas y avanzar en una resistencia descentralizada. Era una posición que tenía puntos de contacto con lo que había señalado Walsh. La Conducción Nacional hizo todo lo contrario y concentró al máximo todos los recursos. En la Columna Norte, que tenía gran despliegue en el frente sindical, se empezaron a desesperar porque se les hacía difícil resguardar a sus cuadros, que tenían exposición pública por su propio ámbito de militancia. Necesitaban casas, documentación y dinero para montar la estructura clandestina.

Pero a la Columna Norte se le sumaron otras complicaciones. Según cuenta Rulo, varios militantes de otras estructuras comenzaron a acercarse en busca de refugio. “Así pasó con la Tana, de San Isidro. La guardamos en una casa, donde estaba yo. Entraba y salía cerrada hasta que un día decidimos abrirle la casa, para que pudiera ir a militar. Tenía que volver antes de las once de la noche y ese día no volvió. La esperamos una hora y

decidí que nos íbamos. Juntamos unos fierros y algunos papeles y nos fuimos. A las doce de la noche con una *metra* en el bolso me fui con mi mujer a dormir a un telo de Recoleta. Pasaron quince días, quince días hasta que la casa cayó. Cuando mi mujer me dijo que la casa cayó, a los quince días, pensé: “Qué hija de puta”, dice y se muerde el labio inferior, hace silencio, mira para afuera del bar donde transcurre la entrevista, se tensa todo, parece que se encoje, se le nublan los ojos y busca un escape en la gente que pasa por la vereda.

“Perdón por este momento emotivo —dice sobre el único espacio que dejó para abandonar su postura de tipo duro—. Se bancó quince días de torturas, me dijeron que le dieron con todo. Y yo no sé si me bancaría ni que me retorcieran el dedo. Y ni siquiera sé su nombre como para ir a pedirle perdón a la familia por haber pensado que era una hija de puta.”

Otra diferencia que marcaban los de la Columna Norte era que ellos ponían el cuerpo, la Conducción o quienes seguían sus lineamientos no iban al frente de batalla. No en vano se autodenominaban las tres M: los Montoneros Más Malos.

Rulo entrenó militantes en México durante tres meses. Todavía se queja de la falta de recursos,

pero, tal como lo había planeado con Galimberti, inició su camino de regreso a la Argentina. “Mientras tanto, el Loco y la banda se dieron cuenta de que estaban mandando a todos los críticos, que de los amigos de la CN venían muy pocos. Pero esa discusión yo no la viví porque estaba entrenando gente en una casa en México. Me pasé tres meses allí y la discusión, que se hizo en Europa, yo no la viví”, recuerda.

En el camino a Buenos Aires lo cruzó Marcelo “Pancho” Langieri, el entonces marido de Patricia Bullrich. Le iba a avisar que la ruptura era inminente, que no podía volver, pero Rulo ya tenía un compromiso con el grupo de doce militantes que iban a entrar por distintos lugares a la Argentina. Tenían una cita en Buenos Aires para definir las operaciones. “No podía dejarlos, tenía una obligación moral. Como le dijo Pancho al Loco: ‘Está como Tarzán arriba de la liana, no puede doblar en el medio del recorrido’”, explica.

Perdía, como miembro de la Conducción, despidió a uno de los grupos de militantes en México. Antes de terminar el entrenamiento, se apareció una noche en el cuartel de Cuernavaca.

—Esta causa no les ofrece retribución material

alguna, sólo demanda sacrificios. Pero, eso sí, al final del camino compensa con la infinita dicha de ver a un pueblo feliz. Entonces todo se justifica.⁴⁶

En mayo de 1979, Firmenich, Yäger y Vaca Narvaja volvieron a Beirut. Fueron a despedir a los doce militantes que retornarían a la Argentina e intentar reparar los lazos que había lesionado Mendizábal. El jefe militar se había ido de boca en septiembre de 1978 y había revelado el tramo secreto del acuerdo de cooperación con Al Fatah. Ese desliz puso en alerta a Israel, que reforzó el asedio sobre el sur del Líbano. Por eso, los jefes montoneros no fueron recibidos por Arafat. Se reunieron con Abú Jihad, jefe de Al Fatah.

Luego viajaron al Sur para visitar a los que se estaban entrenando. Allí Firmenich hizo una arenga sobre las posibilidades de éxito de la Contraofensiva y tuvo algunas discusiones, ninguna de relevancia.

“Yo discutí con Pepe en aquel momento. El discurso que se hacía en ese momento no me convencía en algunas cosas. Lo que sí estaba seguro [era] que lo que hubiera que hacer había que hacerlo en la Argentina. Yo estaba al pedo en Europa, yo salí afuera, estuve tres meses y me volví. Y después

volví a salir después de la Contraofensiva y volví a los 15 días. ¿Por qué? Porque uno tiene que ver si los compromisos que hacía... uno creía en las ideas de que uno tiene que hacer las cosas hasta el final”, relata un ex combatiente.

Firmenich y Vaca Narvaja se quedaron sólo un día. Yäger permaneció una semana, era el jefe militar de la Contraofensiva.[47](#)

LA CONTRAOFENSIVA

El tercer año de la dictadura no sería menos difícil para los trabajadores y la clase media que los dos anteriores. El costo de vida iba a crecer un 139,7 por ciento, se anunciarían las nuevas pautas cambiarias y su devaluación mensual —que pasó a la historia como la amarga “tablita” de Martínez de Hoz—, las multinacionales Citroën y General Motors dejarían de producir autos en el país, y el frigorífico Monte Grande despediría a 500 obreros pagando sólo la mitad de las indemnizaciones.

Sería el año de la “Contraofensiva popular”. Así lo había decidido el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero durante una reunión en Roma, en enero de 1979. La votación fue

unánime, incluyendo a Bonasso, Galimberti y Gelman.⁴⁸ Cuando todo estaba en marcha, Galimberti encabezó una ruptura junto con Gelman, Lili Massafiero, Pablo Fernández Long y Héctor Mouriño, entre otros. Difundieron una carta pública fechada el 22 de febrero de 1979, donde cuestionaban el “surgimiento de un militarismo de origen foquista que impregna” la organización, el “concepto elitista de partido de cuadros”, las “prácticas conspiradoras” de la Conducción y “la definitiva burocratización de todas las esferas de dirección del Partido, cuya máxima expresión es la falta absoluta de democracia interna, lo cual sofoca cualquier intento de reflexión crítica, a la que desechan como deserción o traición, escondiendo la ausencia de respuesta política tras un irresponsable triunfalismo que no convence a nadie”. Además, volvían a plantear la propuesta de la Columna Norte de repartir los fondos de la organización entre los que resistían a la dictadura.

Como la propuesta no cuajó, hubo una apropiación de 62 mil dólares (unos 250 mil de hoy) que con el “boca a boca” se transformaron en dos millones. “Ojalá hubieran sido dos millones, fueron apenas 62 mil dólares”, confirma Jorge “Topo”

Devoto, que se guardó el galimbertismo. El historiador inglés Richard Gillespie tiene el mismo dato, aunque con una leve variación en la cifra.⁴⁹

La Conducción Nacional los acusó de conspiración, insubordinación y deserción y los expulsó, pero los planes no se alteraron. La Contraofensiva siguió adelante.

En la segunda mitad de 1979, Montoneros actuó contra el equipo económico. Las acciones mostraron a la Conducción que las masas no iban a sumarse a una insurrección. Esa era la hipótesis montonera, que se apoyaba en el paro nacional de fines de abril de 1979, que tuvo buenos niveles de adhesión pero fue minimizado por los medios de comunicación. La estrategia de la dictadura había incluido la detención de los dirigentes sindicales de la Comisión de los 25, que integraban los gremios que empujaban la protesta.⁵⁰

Los grupos de militantes montoneros estaban divididos en dos clases, las Tropas Especiales de Infantería (TEI) y Tropas Especiales de Agitación (TEA). Las primeras debían encarar los operativos militares; las segundas, la agitación y propaganda. En la primera mitad de 1979 fueron ingresando al país y para la primavera empezaron a actuar.

Algunas de las armas más potentes fueron introducidas por colaboradores de la organización. Ese fue el caso de dos chicas, una mexicana y otra inglesa, que ingresaron a la Argentina en plan de turismo. Habían embarcado un Mercedes Benz en un puerto inglés y llegaron por mar hasta Santos, Brasil, a 72 kilómetros de la ciudad de San Pablo. Desde allí, manejaron hasta Buenos Aires. El auto era un “gran embute” de lanzamisiles RPG7, cuenta Suárez.

El 27 de septiembre debían hacerse dos operativos simultáneos. Uno de ellos, contra el secretario de Hacienda, Juan Alemann, se suspendió. El otro, contra el secretario de Coordinación y Programación Económica, Guillermo Walter Klein, se hizo. Pero la suerte corrió a su favor y Klein salió vivo.

El grupo operativo llegó en una camioneta y tres autos hasta la puerta del chalet de dos pisos en Catamarca 2740, en Olivos, donde vivía Klein con su mujer y sus cuatro hijos, de entre 6 y 12 años. Llevaban el uniforme montonero: pantalón azul, camisa celeste y boina negra. Tenían la cara cubierta.

Adentro de la casa, la familia no terminaba de

salir de las habitaciones. Eran las 7.50. Las mucamas ponían los últimos utensilios para el desayuno, ya tenían a dos de los niños sentados a la mesa, y el matrimonio aún daba vueltas por la planta alta. Afuera, una parte del pelotón bajó de los vehículos, se paró frente a la entrada y baleó a los dos custodios. Cayeron muertos. Otros dos custodios fueron dominados. Los tiros alertaron a la familia Klein, que se refugió bajo mesas y camas.

El resto del grupo entró a la casa, hizo salir a las dos empleadas domésticas —una con su bebé de ocho meses y la otra embarazada de cuatro— y colocó una carga de explosivos plásticos fabricados por la organización. Antes de salir, arrojaron una granada de humo. Toda la operación no duró más de tres minutos.

En la retirada apareció un patrullero. Los policías dispararon para cortar la fuga y recibieron una respuesta inesperada: les tiraron dos proyectiles Energa, de fabricación montonera, y granadas.

Segundos después, la casa se desplomó con la explosión. Pero sólo se había cumplido uno de los objetivos: realizar una acción espectacular contra el equipo económico, que no pudiera ser ocultado por la dictadura, y mostrar el poder de fuego de

Montoneros. El otro, el asesinato de uno de sus funcionarios, falló.

Los rescatistas encontraron viva a toda la familia. Klein fue sacado de entre los escombros tres horas después del ataque. Uno de los primeros en hablarle fue Martínez de Hoz. Le dijo que su familia estaba bien. El hueco que había dejado la casa logró reunir en el lugar a buena parte de la dictadura: el jefe de la Policía Federal, general Juan Bautista Sasiaiñ; el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Carlos Suárez Mason; el comandante del Primer Cuerpo de Ejército, general Leopoldo Galtieri; el jefe de la Policía bonaerense, general Ovidio Ricchieri, y varios funcionarios de Economía.⁵¹

Después del ataque, ese grupo montonero salió del país.⁵²

El 7 de noviembre llovía a cántaros. Era el día elegido por el otro grupo TEI para concretar el atentado a Alemann, que se había suspendido dos meses antes. Poco después de las 9, el funcionario salió de su departamento en Belgrano y lo siguieron.

Había subido a un Torino, con su chofer y un custodio, sentado adelante. A su lado había un cuarto hombre que no lo acompañaba habitualmente. A los pocos minutos, el auto ya iba por Zabala; antes

de llegar a la esquina con Vuelta de Obligado se le cruzó una camioneta Chevrolet, con caja cerrada y ventanilla lateral. El custodio gritó que se tiraran al piso y con una escopeta respondió al ataque.

Uno de los montoneros bajó de la camioneta, se parapetó y disparó un proyectil Energa. Impactó de lleno en el auto y produjo sus tres mil grados de temperatura al momento de hacer contacto con el objetivo. Pero los vidrios del Torino estaban rotos y no se produjo la presión necesaria para liquidar a sus ocupantes. El misil no fue suficiente y dos horas después Alemann estaba trabajando en su despacho. Sus acompañantes estaban heridos, pero ninguno de gravedad.53

El tercer golpe fue contra el empresario Francisco Soldati, uno de los exponentes de la “patria contratista” y miembro del Consejo Empresario Argentino.

Firmenich justificó ese atentado: “Fue el padre ideológico de Martínez de Hoz, cuadro estratégico de la oligarquía, representante también de capitales monopolistas extranjeros en mi país, era el presidente, entre otras empresas, de la Compañía Ítalo-Argentina de Electricidad, en verdad una empresa de capitales suizos. Esa compañía, por

contratos firmados en la década del 30, debería después de un cierto período pasar al control del Estado sin indemnización. Cuando se aproxima en 1977 el fin de la concesión, Martínez de Hoz compra para el Estado la Ítalo-Argentina por una cantidad fabulosa, cuando ella debería pasar automáticamente meses después y sin costo a las manos del poder público”, denuncia el guerrillero.⁵⁴

El 13 de noviembre, un grupo de doce militantes emboscó al empresario en Arenales y 9 de Julio, a diez cuadras del Obelisco. Un Peugeot 504 obligó a reducir la velocidad del Torino en el que viajaba y una camioneta Ford lo chocó en el costado izquierdo. Bajaron varios militantes con el uniforme montonero y ametrallaron el auto. Soldati murió.

Allí no terminó el operativo. El grupo montonero colocó una bomba de retardo debajo del auto con la esperanza de que Martínez de Hoz o algún otro miembro del equipo económico fuera a ver de cerca lo ocurrido. Eso mismo habían hecho después de los ataques a Klein y Alemann.

Pero algo volvió a salir mal. Irene, una militante entrenada en Beirut y aparentemente muy ágil, trastabilló al bajar de la camioneta y la bomba le estalló en las manos. La detonación voló la parte

trasera de la camioneta y las municiones que había allí. La onda expansiva alcanzó al Torino de Soldati y lo prendió fuego. Los tres hombres que habían disparado contra el empresario quedaron aturcidos, no sabían hacia dónde debían ir. Salieron corriendo para cualquier lado, robaron un auto a una mujer que estaba estacionando y fugaron.

A los otros les cayeron encima policías y militares. Dos murieron en el enfrentamiento. Otros dos fueron heridos y atrapados con vida. Nunca figuraron en los partes oficiales. Sólo se habló de tres montoneros muertos.⁵⁵

Las TEA también tuvieron sus acciones. Entre enero y mayo de 1979 hicieron varias interferencias. Una de ellas, el 22 de enero, se montó sobre las imágenes de la serie “Kojak”, que transmitía Canal 7 a las 23. El audio que acompañaba al célebre detective pelado era Firmenich alentando la lucha popular. La interferencia alcanzó a Berisso y La Plata, según detalló un informe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

Los uniformados también se enteraron de que Montoneros lanzó su proclama el 17 de abril a las 20.55 sobre las imágenes de Canal 13. La transmisión alcanzó a las localidades de La Tablada,

Villa Constitución, Villa Luzuriaga y Villa Tesei. Nueve días después, volvieron a actuar en la zona de San Martín, también en el oeste bonaerense.

En la primera mitad de mayo, un rato antes del mediodía, interrumpieron la transmisión de la carrera de Fórmula 1 que se emitía por Canal 7. Afectó varios barrios porteños. En junio, pusieron la voz del Pepe sobre uno de los monólogos de “Tato para todos”, que se transmitía a la noche por Canal 13.⁵⁶

Durante la reunión del Consejo Superior, que varios meses antes había decidido la Contraofensiva, se habían hecho evaluaciones muy distintas de la situación en la Argentina. “Hubo informes muy derrotistas que eran para dejar todo e irse, pero también otros triunfalistas, como los de la JP, que estaban muy metidos en los barrios. Ahí la gente era solidaria, te guardaba cosas, discutía políticas, pero no era que iba a pasar a la ofensiva, a poner el cuerpo”, evalúa Suárez.

“Yo lo veía, porque entraba y salía del país y hablaba con gente nuestra y con colaboradores. Pero la verdad es que no lo veía en esa magnitud. Es que el terror inmovilizaba a los simpatizantes”, dice el ex enlace de la Conducción Nacional entre La

Habana y Buenos Aires.

Lewinger también recuerda cómo eran esas reuniones, en las cuales la Conducción Nacional terminaba convenciendo a los cuadros que llegaban desde la Argentina sobre las condiciones que existían en el país para continuar la lucha: “Íbamos con informes que decían que nos estaban haciendo mierda y la Conducción, en el exterior, te decía que se estaban cumpliendo los plazos estratégicos y demás. Y te convencían”.

—¿Pero por qué iban con un informe y volvían con otro? Vos volvías al mismo país del que había salido, por ejemplo.

—Es un tema complejo. Por ejemplo, el mismo Perdía, que estaba en la Argentina, salió con esa idea y volvió con otra, con la que le había bajado la Conducción en el exterior. Perdía fue a una reunión en Río de Janeiro. Allí fue después de la reunión con la Conducción en el exterior y allí dijo: “Mientras tengamos la guita y quedemos cuatro, lo otro lo reconstruimos”. Esto fue en 1983, ya habíamos perdido a Yäger.

Al regresar a México, Rulo tenía claro que la Contraofensiva no era lo que había prometido la Conducción Nacional. Su análisis y las discusiones

que generó en la casa de la calle Alabama anticiparon, de alguna manera, la ruptura de fines de 1979.

—¿Qué encontraste en la Argentina cuando volviste?

—Que no había mucho para hacer. Que lo que la Orga quería que hiciéramos no se podía hacer. La propuesta política era imposible. Ellos pensaban que iba a haber insurrecciones por escuchar a Firmenich. Pero, además, operamos sin un mango, con condiciones muy precarias. Al “Pelado” Astiz, según leí en su libro — *Lo que mata de las balas es la velocidad*—,⁵⁷ le consiguieron una casa y armas para el entrenamiento en México. Yo entrené con un aire comprimido y una 45, sin balas. Un día me conseguí un arma y los llevé a tirar, porque no podía ser que no conocieran cómo sonaba un arma al disparar. Hasta que no leí su libro no supe que había habido otros entrenamientos.

LA GUARDERÍA

Edgardo Binstock se había integrado en 1975 a la Orga y en 1979, a sus 28 años, había salido del país. Estaba previsto —él no lo sabía en ese momento—

que retornara en alguno de los grupos de la Contraofensiva, pero se produjo un problema de “seguridad” y se decidió que no volviera a la Argentina. Su destino fue Cuba y se convirtió en uno de los “tíos” de la “Guardería”, el lugar donde la organización cuidaba a los hijos de los combatientes que volvieron al “interior”. Así se definía por esos días a la Argentina en Montoneros: la lucha era global. La Conducción no utilizaba nunca la palabra “exilio”.

“Por la experiencia, ya sabíamos lo que pasaba con los pibes cuando caían. A veces los torturaban para que los padres hablen. Por eso se decidió que los padres no estuvieran con sus pibes. Por otro lado, los grupos tenían mayor capacidad de movimiento”, explica Binstock, que fue el responsable político de la Guardería entre mayo y diciembre de 1979. Fue la primera y se ubicó en una zona alejada de La Habana.

“Era como un chalet muy grande, que tenía una entrada de coches. Tenía una cocina amplia, un estar que usábamos de comedor, un living muy amplio, como una especie de galería cubierta y un patio donde los pibes jugaban, y después un pasillo, donde había varias piezas al costado, y era donde

habíamos dividido para las distintas edades de los chicos. En el fondo había un baño, y había un patio que le hacía como una U alrededor, donde los chicos jugaban”, describe.

La dotación adulta de la Guardería incluía a dos matrimonios de montoneros, más dos mujeres cubanas que ayudaban con la comida y los quehaceres domésticos. Ninguno era pedagogo ni maestro. Estaban allí porque ese era el lugar que les correspondía en la organización que integraban.

Los chicos más grandes tenían entre 6 y 8 años y la edad promedio estaba entre los 3 y 4 años. Algunos habían llegado de la mano de sus padres y tenían algunos objetos preciados, que funcionaban como portarreuerdos: cartas, grabaciones, fotos. Algunos acusaban el golpe de la distancia y les costaba integrarse al grupo. “Había chicos más sueltos que se integraban más, que asumían función de liderazgo, o algunos hermanos que el más grande asumía la función de la familia y cuidaba al más chiquito; y también chicos más retraídos, que había que prestarles más atención, eran más tímidos”, dice Binstock.

“Durante el día los pibes estaban en la escuela o en el círculo infantil. Iban todos: de los más bebés a

los más grandes, y mientras nosotros poníamos en orden toda esa infraestructura. También hacíamos discusión, charlas, formación, en ese horario o cuando los chicos descansaban”, recuerda.

Los días en esa primera guardería, alejada y con poca infraestructura, comenzaban como en cualquier casa con un desayuno y después una *guagiita* — especie de colectivo pequeño— pasaba a buscar a los chicos y los llevaba al jardín o a la escuela. Era parte de la logística que había puesto el gobierno cubano, que incluía una casa para que funcionara la Conducción Nacional, ubicada en el barrio de Miramar, en La Habana. Le decían “la oficina”.

A esa zona de residencias diplomáticas iba cada tanto Binstock a tener reuniones políticas. Allí se encontraba con los dirigentes de la organización: llegaban hasta allí con ropas similares a las de los cubanos y dentro se ponían el uniforme montonero. En ese lugar se hacían “básicamente tareas administrativas, de clasificación de información, y se tenían reuniones políticas”, detalla Binstock.

La relación con el gobierno cubano era muy buena, pero había un acuerdo de mantener un “perfil bajo” dentro de la isla. “Había un tema complejo porque la Argentina y Cuba nunca rompieron

relaciones diplomáticas, que no es un detalle menor. A partir de las relaciones con Rusia nunca se rompieron relaciones diplomáticas. De hecho, hay dos cubanos desaparecidos y Cuba nunca rompió relaciones diplomáticas”, ejemplifica para graficar el delicado equilibrio político.

Cuba no podía romper relaciones con la Argentina porque tampoco las rompía la URSS. Por citar un ejemplo de esos vínculos, basta ver el recibimiento que dio el comandante en jefe del Ejército, general Roberto Viola, a la misión militar de la URSS, cuando apareció fotografiado estrechando la mano de un oficial soviético en la tapa de *Clarín*.

Los cubanos se involucraron mucho con sus huéspedes, se involucraron “afectivamente”, evalúa Binstock. En la casa-guardería se hacían también “reuniones más de corte social”. Iban miembros de la Conducción, se quedaban a jugar con los hijos de los combatientes y alguna vez llegaron algunos cubanos.

“La piba mayor del Pepe a veces dormía en la guardería. Los hijos de todos, digamos, los del Vasco y el Pelado también. No es que estaban en su casa tranquilos mientras los otros se quedaban en la

guardería. Creo que la preocupación del Pepe era que hubiera el mayor nivel posible de infraestructura para aportarles lo máximo cuando no estaban los padres”, agrega.

A fines del '79, la Guardería se trasladó al barrio de Miramar, cerca de “la oficina”. Antes de la Revolución Cubana, el barrio había sido como la Recoleta porteña. Allí se alojaban los cuerpos diplomáticos y los representantes de gobiernos que visitaban la isla. El cambio también fue de “tíos”. Poco después, Binstock dejó su tarea de niñero y viajó a Río de Janeiro. Allí debía encontrarse con su mujer, Mónica Pinus, y con Horacio Campiglia, miembro de la Conducción Nacional. Iban a ser el contacto en Brasil del responsable de la Contraofensiva de 1980 y el enlace con la Conducción Nacional.

A la Guardería de La Habana llegaron Susana Brandinelli —la mujer de Armando Croatto, asesinado en septiembre de 1979 en Buenos Aires—, Hugo Fucek y otros dos militantes montoneros. Ellos eran los nuevos “tíos”. Contaban, además, con asesoramiento de una pedagoga y un psicólogo.

Fucek había quedado “desenganchado” a principios de 1977 y se había ido del país. Terminó

en Europa y se sumó —como él mismo lo define— a la “parafernalia de Montoneros en el exterior”. Se dedicaba a hacer “viajes” y llevar y traer “cosas”. Hasta que le ofrecieron sumarse a la “Segunda Contraofensiva”. Hizo algunos entrenamientos en España, pero finalmente dijo que no volvería. Le parecía que no tenía “retaguardia”.

“Nos daban la guita y los *embutes* y cada uno tenía que definir cómo y por dónde entraba. Pero para mí era una situación de mucha fragilidad, porque faltabas a una cita de control y quedabas solo. Me dieron otro puesto: la Guardería”, relata.

Para ocupar su nuevo puesto, viajó desde Madrid con Nora Patrich y los dos hijos de ella. Además, llevaron otra nena y dos varones. Los hicieron pasar a todos por hijos suyos. “Tomamos un avión de Cubana y al llegar al aeropuerto en Cuba nos fue a buscar un coche al pie del avión y no pasamos por aduana”, recuerda.

Para Mariana Cháves, que llegó a Cuba con 11 años en 1979, la elección de hombres y mujeres al frente de la Guardería fue “muy importante” porque esas parejas hacían que la institución se pareciera “a una familia”. Mariana es hija de Gonzalo Cháves, dirigente montonero de la Rama Sindical.

El ritmo de la Guardería del barrio de Miramar no era muy distinto al de la etapa anterior: se levantaban a las 6, desayunaban, subían a los chicos a una camioneta rusa marca Latvija —un microbús con asientos— y los repartían por jardines o colegios. Algunos tenían doble jornada y los iban a buscar por la tarde, a los otros los recogían al mediodía.

Cada tanto se hacía alguna salida a la playa y, cada vez que los chicos poblaban la casa a la vuelta del jardín o durante el fin de semana, los adultos se las ingeniaban para que todo funcionara. Una de las cosas que recuerdan Mariana Cháves y Virginia Croatto sobre esas peripecias para animar las tardes era a la “Tía Porota”, que personificaba Fucek con ropas de mujer y peluca. “Él era fundamental, era un cago de risa”, define Mariana.

Los chicos vivían eso a su manera. Estaban consustanciados con la lucha política que desarrollaban sus padres. Eso no significaba que vivieran esa estadía como unas vacaciones o que la prefirieran al contacto con sus padres, pero en algún lugar se sentían parte de la lucha. “Una de las cosas que recuerdo es que juntábamos palos, en una terracita que había en la casita, y habíamos hecho

una pilita. Alguien nos preguntó qué era eso y le dijimos que eran los palos que íbamos a usar para matar a los malos cuando volviéramos a la Argentina”, sonríe Virginia Croatto.

Agrega: “Nosotros fantaseábamos mucho con eso, con volver a la Argentina. Era como si la Argentina fuera un paraíso. Por ejemplo, yo no conocía a mi familia, no conocía a mis primos. Fantaseamos con volver a ver a nuestros viejos, a nuestros ‘tíos’. Al poco tiempo de volver al país —en 1983—, mi hermano, que es mayor que yo, le dijo a mi vieja: ‘¿Este es el país al que querías volver?’”.

A Mario Yäger le costó menos regresar. Su padre cayó muerto en el último tramo de la dictadura y su vuelta fue a un pueblito de Santa Fe, con sus abuelos. Eso hizo la transición más llevadera. No tuvo que ocultar su origen, porque todos se conocían.

Era uno de los más grandes de la Guardería. Tenía 8 años e iba a la escuela, doble turno. De esas jornadas escolares, recuerda con cariño las conversaciones bajo la campera con la que se tapaban para hacer la siesta que ningún chico quería cumplir y la torta y la gaseosa que les daban en la escuela cada vez que salían al recreo.

También tiene esa imagen de chicos “en comunidad” que sugiere Virginia y cree que a muchos los ayudó a no sentirse solos por más que sus padres estuvieran lejos. “Estabas lleno de amigos, de compañeros”, dice al recordar la Guardería y esos días de “libertad” —“en primer grado, me levantaba, desayunaba y me iba solo al colegio”— y la vida en una “sociedad amigable”. Antes había vivido un tiempo en México DF y palpó muy de cerca el calor de ambas sociedades, que tenían sistemas políticos y económicos distintos: “En el DF te llevan puesto, preguntás y nadie te da ni cinco de pelota. En Cuba preguntás y el cubano hasta que no te pone en la puerta no para. Más allá de la revolución, yo creo que el pueblo cubano es una sociedad muy amigable, muy de ser solidaria con el otro. Creo que por eso triunfó la revolución, estaban preparados”.

La relación con el gobierno cubano era muy buena. Eso les permitía no sólo tener la Guardería, la casa de la Conducción y varios departamentos donde vivían los jefes de la organización y otros militantes de rango, sino que la camioneta Latvija tuviera una patente HK —para técnicos de las organizaciones extranjeras— pero con un distintivo

extra, que indicaba que eran “especiales dentro de los especiales”, explica Fucek.

Un día recibieron a Silvio Rodríguez, que llegó con otros cantantes de la trova. “Ese día estaban todas babosas”, se ríe Mariana Cháves, y se queja porque esas reuniones sociales “eran un embole”, en las que los adultos terminaban cantando tangos, chacareras y canciones de la Guerra Civil Española acompañados por alguna guitarra. Firmenich era uno de esos músicos aficionados.

En la Guardería también se hacían los cumpleaños, como ocurre en cualquier jardín de infantes. Reunían a todos los chicos que cumplían en el mes y se hacía una fiesta comunitaria. Cuando los chicos se iban a dormir, los adultos se quedaban conversando, guitarreando.

“En uno de esos cumpleaños, ya tarde, estaban Estela, la que después fue esposa de Carlón, la madre de Virginia [Croatto], Gonzalo Cháves, Pepe y yo. Ya muy tarde, ya muy mamado Pepe, y yo también, me dice: ‘Al final, Julián [nombre de guerra], Montoneros será una luz en la historia de lucha del pueblo argentino y quizás sea momento de fundirse, de replegarse en el pueblo’. Yo quedé duro pero me lo guardé y no dije nada.”

En otro cumpleaños, Fucek quiso seguir esa conversación.

—Me quedé pensando en eso que dijiste la otra vez...

—¿En qué cosa que dije?

—En esto de que es el momento de replegarse, que Montoneros fue un momento de la lucha...

—Yo nunca dije eso...

—Pepe, lo dijiste, me acuerdo, estábamos los dos...

“Entonces me agarró de los brazos, me miró a los ojos y me dijo: ‘Nunca dije eso, ¿me entendiste que nunca dije eso?’.”

LA COMANDANCIA

La casa de la Conducción Nacional estaba en Miramar, a cinco cuadras del teatro Carlos Marx y, como indica el nombre del barrio, ofrecía una vista fabulosa del Caribe. Había sido la casa de una familia rica. Tenía un enorme salón abajo y una o dos oficinas, con una cocina y baños. Arriba estaban las oficinas de Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, Mendizábal y Yäger. “Tenía un jardín donde hacíamos los asados”, recuerda Suárez, que como

miembro de la Secretaría Técnica ofició de enlace de la Conducción, con base en Cuba, entre diciembre de 1978 y enero de 1980.

A las 8 comenzaba la jornada en la Comandancia. Llegaban los jefes, se hacían algunas rondas de mate, se comentaban las noticias de los cables de Prensa Latina y AFP y una hora más tarde cada uno tomaba sus tareas del día. El almuerzo se hacía a las 13 y algunos días los jefes volvían a sus casas, que estaban a unas diez cuadras, y almorzaban con sus familias. A las 15 se reiniciaba la actividad hasta las 19. Pero la casa no quedaba sola en ningún momento. Se hacían guardias armadas, que eran simbólicas, porque no se pensaba seriamente que allí se pudiera producir un atentado contra Montoneros.

“En ese tiempo me hice un experto en cine húngaro, checoslovaco, soviético, que eran las películas que se veían ahí”, se ríe Suárez.

Algunos fines de semana, los jefes se iban a pescar o se hacía algún asado. Esas reuniones sociales, que también se hacían en la Guardería — Fucek recuerda un encuentro allí con Pascual Martínez Gil, jefe del G2, las Tropas Especiales cubanas—. “Tuvimos mucho contacto con los

cubanos del Departamento de América Latina, del PC cubano. Principalmente con el comandante ‘Barbarroja’ Piñeiro”, precisa Suárez.

Pero más allá del entramado de relaciones políticas que construyeron allí, los jefes montoneros se dedicaron a una tarea de análisis y evaluación de la información que recibían. Desde allí realizaban las propuestas para el desarrollo de cada zona en la Argentina.

Dentro de la Comandancia estaba el archivo, que tenía el acceso restringido. Además de la Conducción, sólo estaban habilitados los miembros de la Secretaría Técnica. Estaba ubicado en un salón, de unos diez metros por cuatro, en la parte de atrás de la casa, que no tenía contacto con el exterior. Allí se guardaban los informes de la organización, los legajos de los militantes, documentos y publicaciones de otras fuerzas políticas. El lugar se inundó a fines de los ochenta. Eso arruinó una parte del material, pero el resto quedó en manos del gobierno cubano. Según Suárez, específicamente en las oficinas del Departamento de América Latina.



Reunión de la Conducción de Montoneros en la Comandancia, en La Habana, entre 1978 y 1979. De izquierda a derecha Horacio Mendizábal (Lauchón), Roberto Perdiá (Pelado), Raúl Clemente Yäger (Roque) y Mario Firmenich (Pepe) (Archivo de Montoneros).

La comunicación con los militantes en la Argentina se hacía a través de un sistema de postas, que iba de La Habana a México y desde allí hasta la

Argentina. El circuito tenía una frecuencia de dos envíos semanales, de ida y vuelta. “La Conducción estaba bien informada, dentro de lo que era posible en el exterior y en una isla como es Cuba. En México había más fuentes de información”, describe Suárez.

La comunicación desde el “espacio interior” — como definía Montoneros a la Argentina— era vía la embajada de Cuba en Buenos Aires. Todas las semanas les llegaba a La Habana un “servicio de información en valija diplomática”. Contenía diarios, revistas y grabaciones de programas políticos radiales y televisivos. Ahí llegaban las revistas *Billiken* y *Anteojito* que recibían después los chicos en la Guardería. “Pensándolo bien era gracioso, porque eran muy pro militares. Nosotros guardábamos las granjitas y las cosas de cartón que traían. Jugábamos mucho con eso”, dice Virginia Croatto.

Suárez señala que “toda esa información se leía entre líneas, bajo el agua. Eso permitía tener mucha información de lugares distintos. Los que estaban en la Argentina tampoco estaban mucho más informados, porque aquí había mucha desconexión, entre la censura y la clandestinidad”.

El movimiento de la Conducción y de algunos cuadros montoneros por la isla se hacía de la mano de choferes de las Tropas Especiales, pero sin custodia. “Había que tener mucho cuidado para no comprometer al gobierno con lo que hacíamos. Una vez, para un 1º de mayo, lo invitaron a Firmenich a hablar en una fábrica y salió en el *Granma*, pero no era habitual”, detalla Suárez.

Para Mariana Cháves, una niña entrando en la adolescencia que había vivido la lucha política junto a sus padres, la Comandancia no era un lugar ajeno. Ella vivía con su familia en un departamento en un edificio con otras familias argentinas y cubanas. También estaba frente al mar, como la “oficina”. Sólo pasó seis meses en la Guardería.

A unas cuadras estaban las casas de Firmenich y Vaca Narvaja, junto a sus familias. Era una vivienda de dos pisos y funcionaban como separadas. “La mayor parte de las que trabajaban en el área administrativa eran mujeres. Y casi todas las compañeras trabajaban ahí. Haciendo papeles de diferentes cosas. Y en el piso de arriba había oficinas más de liderazgo y ahí había varones. No sé si hacían horarios muy estrictos, pero era como si fueras acá a un edificio público”, describe.

Dice que los lugares restringidos eran más abiertos para los chicos —“todos hemos pasado finalmente en todas partes”— y que algunas restricciones también tenían que ver con el acceso a los insumos: “Había una sala donde estaba la fotocopidora, antes del archivo, puede ser que hubiera unos escalones pero no un sótano, y la fotocopidora estaba restringida para que nadie fuera a boludear sacando fotocopias”. La explicación está ligada al valor que esa máquina tenía en Cuba y la necesidad de cuidarla.

“Ahí había muchos insumos, era como una oficina de un país capitalista, porque recibías todo de afuera. En las oficinas cubanas había otras cosas, papeles amarillos, y ahí se funcionaba con otras cosas”, agrega.

Pero esa posibilidad de tener acceso a otros elementos sólo se restringía —según recuerda Mariana— a esas tareas administrativo-revolucionarias. La vida cotidiana era similar a la de los cubanos, incluso en los niveles de consumo.

El acceso a esas áreas “restringidas” en la Comandancia también se extendía a las casas. Los chicos más grandes, que andaban sueltos por Cuba —“era un paraíso”, se ilumina Mariana— sin los

problemas de la inseguridad urbana de los países capitalistas, entraban en todas las casas. Pasaban por todas las casas, jugaban con Firmenich, Vaca Narvaja o Yäger sin respetar jerarquías y sabían quién estaba en la isla. “No todo el mundo sabía quién estaba en ese momento en La Habana. Por ahí de repente ibas a la casa de uno, veías a fulano, que nadie sabía que estaba”, dice.

Como el resto de los hijos de los “compañeros”, Mariana tenía muy en claro qué era eso de la compartimentación, que se vivía incluso en el exilio. Nunca se olvida del día en que tuvo que sacar al Pepe de su casa. Fue el 8 de abril de 1978; el jefe se había quedado a dormir en la casa de los Cháves, en Madrid. Esa mañana, Mariana se despertó y encontró un cartelito que decía que sus padres se habían ido al hospital porque iba a nacer su hermanita. Le encomendaron la tarea de “sacar al Pepe” sin que él supiera luego volver al punto de partida.

“Con mis 9 añitos, llevaba al Pepe caminando, diciéndole por dónde doblar, que no levantara la cabeza. Bueno, él conocía perfectamente el mecanismo, así que no se indisciplinaba. Dimos varias vueltas, cuadas de más, para un lado, para el

otro, y ya un poco lejos de casa le dije que ya estaba, que se fuera. Y volví a casa para jugar con mi amiguita de la vuelta, la hija del portero. Ahí estaba cuando llegó mi viejo a decirme que tenía una hermanita: Julieta. Y yo estaba feliz”, escribió Mariana.[58](#)

RADIO NOTICIAS DEL CONTINENTE

Romper el cerco informativo de la dictadura era uno de los desafíos de Montoneros. La idea de crear una radio se había discutido muchas veces, pero comenzó a tomar forma en dos lugares: la Secretaría de Prensa y el grupo de militantes exiliados en Costa Rica. Eran dos proyectos similares: instalar una emisora de onda corta que pudiera cumplir al mismo tiempo con los objetivos de hacer contrainformación y transmitir mensajes cifrados a los militantes.

Se pensó primero en instalarla en algún país africano pero se definieron por Costa Rica, que solía tener buenas relaciones con las organizaciones de la izquierda latinoamericana y, además, estaba dentro del continente.

Los primeros sondeos se hicieron en 1977, ante

funcionarios del gobierno del socialdemócrata Daniel Oduber Quirós. Los encargados fueron el abogado Rodolfo Ponce de León, Raúl Cuestas —un periodista con llegada directa a la Conducción Nacional— y Carlos Villalba, periodista y docente.

—Ustedes acá tienen absoluta libertad para hacer las denuncias, pero lo que no pueden hacer es poner un campo de entrenamiento.

Esa fue la respuesta al pedido de autorización para instalar la emisora. Después vino el apretón de manos que cierra cualquier acuerdo; pero antes de que abandonaran la oficina, el funcionario les soltó un comentario medio en broma, que explicaba el marco de alianzas de aquella administración: “Esta misma reunión la tuve con los de Alpha 66”, la organización paramilitar de anticastristas cubanos, cuenta Villalba.

Pero la instalación se demoró. En medio de las conversaciones, se produjo el cambio de gobierno. En mayo de 1978 asumieron los socialcristianos, que habían postulado a Rodrigo Carazo Odio para presidente. Su ministro de Gobierno fue Johny Echeverría, con quien los montoneros tenían relaciones profesionales anteriores a su cargo en la administración costarricense. Eso facilitó las cosas.

“Hicimos la misma reunión con Echeverría y le dijimos que íbamos a construir una sociedad económica para administrar una radio y que el objetivo era romper el cerco informativo de la dictadura argentina. Nos dieron dos o tres frecuencias y estuvimos haciendo emisiones de prueba durante 40 o 50 días”, relata Villalba. En ese período había militantes que reingresaban a la Argentina para escuchar la radio y registrar en qué zona y en qué horarios se escuchaba mejor. También probaron cómo funcionaba cada una de las frecuencias.

“Así logramos ubicar la programación para aprovechar al máximo la posibilidad de ser escuchados”, dice Villalba.

Eran pruebas con música pero tenían un rebufo que impactaba en Nicaragua. “Entonces los sandinistas nos decían que nos dejáramos de pasar musiquita al pedo y emitiéramos para Radio Sandino. Eso aceleró el proceso de Radio Noticias del Continente, porque se cruzó con el levantamiento de Monimbó, en Nicaragua, y las necesidades de los sandinistas”, detalla.

El estallido de aquel barrio indígena, de 45 mil habitantes y a 26 kilómetros de Managua, no había

sido planificado por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), pero sus dirigentes se pusieron al frente de la sublevación. Fue la respuesta a la represión de la dictadura motivada por la conmemoración del reciente fallecimiento del empresario periodístico Pedro Joaquín Chamorro —director del diario *La Prensa* y opositor a la dictadura de Anastasio Somoza, que había sido asesinado en enero— y de los 44 años de la muerte de Augusto César Sandino.

La Guardia Nacional sitió durante una semana la zona y finalmente sofocó la rebelión. Pero esos sucesos dejaron muchas enseñanzas en el sandinismo. Sería el principio de la caída de Somoza.

El pedido de los sandinistas a los montoneros no tenía, además, mayores costos políticos en sus relaciones con Costa Rica. Todo lo contrario, el gobierno costarricense se encaminaba a romper relaciones diplomáticas con Nicaragua y miraba para otro lado cuando el FSLN se movía en su territorio.

Las primeras transmisiones fueron en mayo de 1979, para acompañar el triunfo de los sandinistas en junio, y entrado el segundo semestre de 1979,

TIRLR Radio Noticias del Continente se orientó hacia Buenos Aires. Sus primeros informes inquietaron a la dictadura argentina. No pasó mucho tiempo hasta que recibieron los primeros rebotes de aquellos envíos, que llegaron en forma de atentados.

La conducción de la emisora estaba integrada por Jorge Lewinger (periodista y responsable político enviado por la Conducción Nacional), Cuestas (director general), Villalba (director y coordinador del área del Informativo) y Tomás Saraví (director y coordinador del área de Programación). Los periodistas eran en su mayoría costarricenses, para cumplir con la ley local que obligaba a ser *tico* o nacionalizado para poder ejercer el periodismo. Pero todos estaban consustanciados con la causa montonera.

“La radio tenía dos grandes cuerpos, uno que nosotros llamábamos ‘Informativo’ y otro que llamábamos ‘Programación’. El Informativo era lo que a nosotros nos importaba, centralizábamos toda la producción y la controlábamos más obsesivamente. Tenía un informativo de media hora, otro de una hora y micros más cortos a lo largo de toda la programación”, detalla Villalba.

La radio emitía durante 16 horas por día: ocho de

transmisión y ocho de retransmisión. La otra área era la de Programación, que incluía programas de otro tipo pero siempre vinculados al tango, la música latinoamericana y las luchas de liberación en todo el mundo. Habían preparado, además, una cortina musical que era la marcha peronista en una versión para guitarra de Adrián Goizueta, hijo del actor y locutor Oscar Casco. “Nadie se daba cuenta de lo que significaba esa música, salvo los argentinos”, sonríe Villalba.

“Había un programa sobre los países del Tercer Mundo que se llamaba ‘Asia, África y el mundo’. Agarrábamos un día Argelia, por ejemplo, con música del lugar, etcétera. Teníamos también un programa sobre libros. Y desde el nacimiento insertamos en la retransmisión Radio Sandino, creo que se llamaba ‘Habla Radio Sandino’. Ese era el esquema”, agrega.

La radio se nutría de agencias informativas “de concepciones tan variadas como Associated Press, Tass, France Press, Prensa Latina, Acan Efe, Nueva Nicaragua y la Agencia Independiente de Prensa”,⁵⁹ del monitoreo de otras emisoras y de muchos corresponsales repartidos por el mundo. Muchos eran periodistas que simpatizaban con la causa y

otros eran militantes a los que les habían explicado qué y cómo debían contar lo que estaba pasando. “Era una forma de ir completando lo que decían los diarios y el teletipo de las agencias”, dice Villalba.

La decisión de sumar varias fuentes de información de los medios más variados y cruzarla con los datos de los corresponsales propios era para “ver con ‘nuestros propios ojos’”, se explicó en el folleto impreso por la dirección de la emisora luego de la clausura, en mayo de 1981. Esa red de corresponsales incluyó a “la inmensa mayoría de las Federaciones Nacionales de Periodistas adheridos a la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP)”.

La radio contó además entre sus auspiciantes a entidades públicas y privadas de España, México, Panamá, Ecuador y Venezuela. Entre los anunciantes se encontraban los diarios *El Día* (México), *Le Monde Diplomatique* en español (editado en México) y *Crítica* (Panamá), la Guía Industrial y Comercial de España, varias editoriales, una empresa de importación y exportación panameña, una planta de tratamiento de aguas y una fábrica de lámparas.⁶⁰

En el segmento del Informativo sobre la Argentina

priorizaban las informaciones sobre movilizaciones y actividades políticas —“un comunicado de la CGT para nosotros era prioritario, ni qué decir de una movilización de Ubaldini en la calle”, dice—. Eso era más importante que relatar una operación político-militar en algún barrio, que también se reflejaba. Además, se ponía de relieve toda la información económica relativa a niveles de endeudamiento del país, inflación, desocupación y salarios. “Por supuesto que se destacaban todas las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos en la Argentina que se hacían en el exterior”, agrega.

Villalba no recuerda conflictos entre los periodistas y la Conducción Nacional de Montoneros, como sí marcaron Bonasso o Verbitsky que existió en el diario *Noticias*, otro producto de Montoneros. “Si bien periodísticamente hubo un momento en que la radio llegó a tener presencia y prestigio, y tenía vida propia, fue conducida por nosotros, por los jefes. Nosotros teníamos las mismas obligaciones y derechos de cualquier oficial montonero, incluso sin serlo. Me imagino que alguno habrá dicho: ‘Qué es esta pelotudez’, pero nada más allá de eso”, indica.

De lo que Villalba no se olvida es de los

atentados. El primero fue en San José de Costa Rica, donde habían instalado el primer estudio. Allí les pusieron un pequeño artefacto explosivo que no causó daños. Era para intimidar. Los otros ataques fueron a la planta transmisora, que estaba en las afueras de San José, entre cafetales.

El primero de ellos consistió en disparos contra los equipos, que no provocaron daños. Pero entre septiembre y octubre de 1980 les tiraron una bomba desde un avión, que no llegó a explotar. Era un barril metálico con explosivos adentro, que perforó el techo del galpón donde estaban los equipos. Los montoneros tuvieron “dos milagros”, como describe Villalba a los errores de la tecnología enemiga: se desprendió el mecanismo de percusión y habían desconectado los equipos para realizarles algunos arreglos.

“El otro atentado fue organizado por la Argentina y la dictadura salvadoreña con tropas somocistas”, dice Villalba y asegura que para ese momento ellos ya estaban preparados. Habían ido aumentando las condiciones de seguridad a la espera de un ataque de mayor calidad, como el que se produjo y del que habría participado Raúl Guglielminetti.

“Ahí ya estábamos preparados. Teníamos un

sistema de guardias rotativas las 24 horas al día. Había gente de sectores solidarios con la radio y con la Argentina, hasta los propios cuadros nuestros, que éramos periodistas de mañana y custodios de noche. Con lo cual nosotros, cuando se produce ese ataque, estábamos preparados, sabíamos que podía llegar a suceder. Calculamos que hubo unos quince atacantes. El combate fue de al menos más de diez. Fuego muy fuerte, suponemos que tiraron con FAL. Nosotros no tuvimos ninguna baja, ningún herido, nada, y ellos no sabemos. Vimos grandes charcos de sangre. No dejaron ni heridos ni cadáveres”, relata.

Antes de que la radio dejara de emitir y los equipos fueran llevados a Panamá, Radio Noticias del Continente se convirtió en el canal por que el que se transmitieron las últimas homilías del salvadoreño monseñor Oscar Romero. “Eso le dio identidad propia, dejó de ser la radio de los Montoneros para tener una instalación internacional y convertirse en la radio que transmite la homilía de monseñor Romero”, se entusiasma Villalba. Romero terminó asesinado en plena misa.

“A él le importó muchísimo el tema de la comunicación masiva. Hacía [de] la homilía toda una cosa escenográfica en la Plaza de San Salvador.

Se juntaba con ochenta curas, todos vestidos de blanco, antes de la misa, y entraban tocando la guitarra y tocando canciones que no necesariamente eran del cantoral romano, hasta que llegaba la homilía. Tenía un momento previo a la lectura de la palabra, que era un análisis de coyuntura. Entonces él decía: ‘Tenemos que lamentar que las fuerzas del campo popular sufrieron bajas porque hubo una matanza en tal lugar’”, recuerda Villaba al relatar las denuncias que hacía el religioso.

Las ceremonias se transmitían por la radio de la Iglesia católica YSAX. En ese momento se paralizaba El Salvador. Pero el lunes 18 de febrero de 1980 volaron la planta transmisora y al domingo siguiente el corresponsal de Montoneros grabó la homilía y la transmitieron por Radio Noticias del Continente. El religioso agradeció el gesto y a partir de allí se hizo un puente telefónico y su palabra cruzó las fronteras. En cada homilía, el religioso agradecía el gesto y la llamaba “la emisora amiga”. Incluso llegó a denunciar uno de los atentados contra la radio montonera. Eso fue en su última homilía, la del 22 de marzo; al día siguiente lo mataron. Sobre el final de su sermón les había hablado a los soldados, la base de sustentación de la represión.

“Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército, y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la Ley de Dios que dice: NO MATAR... Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios... Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla... Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado...”

LOS TENIENTES

Antes de lanzar la primera etapa de la Contraofensiva, Montoneros envió varias cartas al Episcopado argentino para intentar una negociación con la dictadura. La primera fue en diciembre de 1976. Era una repuesta a una misiva de la Conferencia Episcopal Argentina, que hablaba sobre la “subversión”.

“En cuanto a la alusión directa a nuestro accionar, debemos dejar en claro una vez más que jamás hemos cometido el desatino de pretender desarrollar

la apología de la violencia como una cosa buena en sí misma. Por el contrario, como que la padecemos con rigor y la ejercemos con dolor, sabemos que la violencia de la guerra (pues no se trata de otra cosa), produce sufrimientos y pérdidas irreparables a los pueblos, mucho más cuando, como en el caso argentino, se trata de una guerra civil. Sin embargo, resulta inalienable e indiscutible universalmente el ejercicio de la violencia en defensa de la patria, en defensa propia del pueblo y en defensa propia de sus individuos”, escribieron en esa nota firmada por Firmenich, Perdía, Yäger y Roqué.

Además de dar su posición sobre el ejercicio de la violencia, pidieron a la Iglesia, “tan golpeada también por la violencia asesina de la dictadura”, que intentase mediar ante la Junta Militar.

En abril de 1977 se envió otra nota. Era similar a la primera y el encargado de la entrega fue Habegger, que hizo llegar copias a varios obispos. El 29 de mayo de 1979, el capellán de Montoneros, el padre Jorge Adur, entregó otra carta en Buenos Aires y antes de salir del país fue secuestrado. Era una respuesta al documento del Episcopado titulado “Evangelio, diálogo y sociedad”, que estaba relacionado con la convocatoria al diálogo político

que hizo la dictadura. “Si usted menciona como apertura política actos eleccionarios y elecciones y acción política, le digo terminantemente que no”, había explicado el ministro Harguindeguy sobre los alcances de esa convocatoria.⁶¹ Allí volvían a pedir que la Iglesia mediara para “establecer un diálogo para la paz”. Esa nota estaba firmada por Firmenich, en representación de toda la Conducción Nacional.

Además, hacia fines de 1978, Firmenich realizó una gestión ante el Vaticano. Era parte del pedido de una mediación papal para evitar el conflicto con Chile por el canal de Beagle. Como parte de esas negociaciones, Perdía se reunió dos veces con el sacerdote jesuita Fiorello Cavalli. En el primer encuentro, Cavalli le dijo que las gestiones estaban iniciadas; en el segundo, le dijo que la respuesta de la Junta Militar era una negativa rotunda.⁶²

Esos rechazos a las propuestas de paz fueron parte de la justificación política de la Contraofensiva de 1979, que terminó con varias bajas propias y dos rupturas. La primera fue la ya mencionada, encabezada por Galimberti y Gelman cuando la operación estaba en proceso; la segunda fue durante la reunión del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero para evaluar los

resultados de la primera campaña. Esta última fractura estuvo liderada por militantes con rango de teniente e impulsada por Bonasso, secretario de Prensa del MPM.

La ruptura tenía que ver —según los que se iban— con la falta de debate interno y errores de evaluación política de la situación en la Argentina. Marcaban, además, el fracaso de la Contraofensiva y utilizaban para sostener sus argumentaciones las bajas que tuvo la Orga en esa operación: Mendizábal (Conducción Nacional), el ex diputado nacional Armando Croatto (jefe de la Rama Sindical), Guillermo Amarilla (jefe de la Rama Juvenil), Adriana Lesgart (jefa de la Rama Femenina), Julio Suárez (Rama Política), el dirigente agrario Carlos Píccoli, María Antonia Berger, Jorge Gullo (hermano del líder de la JP), Daniel Tolchinsky y Ana Wiessen. Era la contraposición de la evaluación de la Conducción Nacional, que había considerado —en su “Balance de la Campaña Carlos Hobert”, así la llamaron— que la realización de la Contraofensiva había sido “correcta y oportuna”.⁶³

La campaña, que confluyó con varios conflictos gremiales con distinto grado de desarrollo y

extensión en el tiempo, demostraba el acierto del análisis montonero sobre el ritmo del proceso de luchas en el movimiento obrero: durante 1979 se produjeron 188 conflictos laborales que, incluyendo el paro general del 27 de abril, contaron con la participación de 1.800.000 trabajadores.⁶⁴ Pero el desarrollo de la Contraofensiva incidió “muy poco” sobre ellos, como lo reconoció Perdía en su libro editado en 1987. “El cumplimiento parcial de los objetivos fue a un costo humano, político y organizativo altísimo. Resulta claro que el tipo y forma de empeño puesto en esa Contraofensiva no fue idóneo”, asumió.

“Pero el elemento determinante fue la falta de conexión entre el pueblo, sus expectativas, intereses, formas de vida y organización, y las expectativas, formas de vida y organización que nosotros sosteníamos y que sirvieron de base a esa Contraofensiva. Esa desconexión entre Montoneros y el pueblo que signó esta etapa fue la causa esencial, quedando como causas secundarias todas las demás”, agregó.⁶⁵

Ese análisis no era el que hacía la Conducción en 1979, que Perdía integraba. Allí está la causa de la ruptura de “Los tenientes”, que comenzó a

manifestarse durante la reunión que mantuvo en Cuba el Consejo Superior del MPM, en diciembre de ese año. Así lo detalla un informe de la Dirección General de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DGIPBA), del 31 de marzo de 1980, que lleva la firma del subdirector general de Inteligencia, comisario mayor Alberto Rouse.

Según ese informe fue un encuentro que reunió hasta los niveles de capitán inclusive y allí se presentó un documento crítico que confrontó con el balance positivo de la Conducción Nacional. Se habló de la falta de “autocrítica” y se definió la actuación de las TEA y TEI como “militarista, aparatista e insuficiente por sí sola para el desarrollo de la actividad política”. Llevaba las firmas de los tenientes Jaime Dri, Miguel Bonasso, Daniel Vaca Narvaja, Pablo Ramos y Gerardo Bavio.

Además, cuestionaron “el manejo de los fondos, la falta de democracia interna” y señalaron el “alto costo” sufrido con la primera etapa de la Contraofensiva, que se midió en bajas propias. “Cabe consignarse que finalizada la reunión, decidieron constituirse en tendencia interna”, indicó

el documento de inteligencia.⁶⁶

Ese texto también señaló el alejamiento y discusiones que existían con militantes que habían actuado en Buenos Aires en los atentados contra Klein y Alemann. Uno de ellos —según los agentes de inteligencia— había explicado su alejamiento a partir de que “las bajas sufridas y la poca repercusión política en las masas indican lo erróneo de la línea adoptada”.

Otro documento de la dictadura, en este caso del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército, también fechado el 31 de marzo de 1980, complementa la información que manejaban los represores bonaerenses con los datos obtenidos bajo tortura. Entre febrero y marzo fueron cazando militantes. Sabían cómo y de qué modo retornarían al país. También sabían que los depósitos de armas se habían camuflado en guardamuebles. Encontraron un lanzamisiles, pistolas, escopetas, ametralladoras, granadas, explosivo plástico y municiones varias. En esos lugares esperaron a los militantes que se les habían filtrado por las fronteras.

Con toda esa información, elaboraron su informe, donde indicaron que se preveía que entre marzo, abril y mayo un grupo TEI se asentaría en la zona

norte del Gran Buenos Aires. Tenía varios blancos posibles: el subsecretario de Coordinación Económica, Juan Antonio Nicholson; el socio de Martínez de Hoz, Luis Alberto Aragón; los miembros de la Sociedad Rural, Marcos Raúl Firpo y Fernando Campos Méndez, o los empresarios Ricardo Gruneissen (Astra), Eduardo Braun Castillo y Arturo F. A. Acevedo (Acindar).⁶⁷

La ruptura del Consejo Superior, que terminó de concretarse en marzo de 1980 durante una reunión en Managua, tenía en cuenta esas caídas de militantes y el fracaso de varios operativos en términos de incidencia sobre la población. También lo que reconoció Perdía en su libro, en 1987: la poca incidencia de las acciones armadas en la realidad cotidiana de los trabajadores.

“Ellos piensan que la Contraofensiva fue un éxito. Nosotros, que fue un desastre. Es imposible llegar a una síntesis y Oscar Bidegain propone pasar a votación. Nos ganan por un par de votos, pero el resultado político es terrible: en este segundo cisma, el Consejo Superior se ha partido en dos”, relata Bonasso al describir el final del encuentro de Managua.⁶⁸ Ese grupo fundó Montoneros 17 de Octubre (M-17). Incluyó a Dri, Ramos, Bavio,

Daniel Vaca Narvaja, Eduardo Astiz, Sylvia Bermann, Olimpia Díaz, René Chávez, Ernesto Jauretche, Pedro Orgambide, Julio Rodríguez Anido y Susana Sanz.⁶⁹

NICARAGUA

El día en que Firmenich y el resto de la Conducción pisaron Managua tenían los uniformes libres de polvo. No habían tirado un solo tiro. “Llegaron para sacarse la foto”, dice Noemí Calvo, ex militante montonera, que pasó por varios países antes de sumarse a la revolución sandinista. Ella tampoco llegó a sumarse a los frentes de combate, porque se aceleró la “ofensiva final” y la dictadura somocista cayó antes de lo previsto. El 19 de julio las tropas del Frente Sandinista de Liberación Nacional entraron en la capital.

Aunque la historia oficial de los montoneros dice que aportaron la Brigada General San Martín y una unidad de médicos, Calvo sostiene que “los montoneros que fueron desde Europa no lo hicieron por decisiones de la Orga, sino por decisiones individuales”.

“Para ese momento la Orga estaba destruida. Yo

fui por una decisión individual. No me llegó ninguna instrucción de la Orga, pero había estado en Cuba y se iba a hacer una revolución y ya que no la podíamos hacer acá...”, hace esa pausa que se completa sola y explica que ella se contactó con “compañeros”, viajó a México y de allí a Costa Rica. Pero la situación se precipitó y la caída de Managua la encontró fuera de Nicaragua. Llegó en septiembre y se sumó a la reconstrucción del país.

“Después del 19 de julio de 1979, llegaron muchos compañeros. Los de la Dirección de Relaciones Internacionales de Nicaragua iban asignando tareas y lugares. Ahí se veía bien quién era un teórico que no había hecho nunca nada”, dice.



Saludo militar en la Comandancia de La Habana, Cuba, para los registros de la organización. De izquierda a derecha, Mario Firmenich (Pepe), Horacio Mendizábal (Lauchón), Horacio Domingo Campiglia (Petrus) y Raúl Clemente Yáger (Roque) (Archivo de Montoneros).

En eso estaban, en las tareas para que la Revolución Sandinista pudiera garantizar las necesidades de todos sus habitantes, cuando en

noviembre “llegó una circular desde Roma, firmada por los tres [de la Conducción], diciendo que estaban dadas las condiciones para volver con una acción militar”, recuerda. Pero sus informaciones eran exactamente opuestas. Eso también lo recuerda.

“Tal era la situación que uno que llegó con la carta, que defendía la posición de volver, a los dos días ya estaba en contra. Ese era el convencimiento”, subraya y dice que de su grupo nicaragüense, que eran unos diez militantes, “no se sumó nadie”.

Después se conoció la ruptura del M-17, que era una fractura anunciada. Poco antes empezaron a caer los militantes que habían entrado para la Segunda Contraofensiva. La dictadura los estaba esperando.

SUBVERSIVOS

A fines de 1980 se produjo otra operación de propaganda contra la dictadura que alteró los ánimos de la represión bonaerense. Era una nueva versión de Radio Liberación TV pero en otro formato. Se trataba de un casete con una tapa que decía “Felices Fiestas”, con una banda cruzada que invitaba: “Obsequio promocional”. Los militantes lo

metían en bolsitas que hacían juego con el “obsequio” y lo dejaban colgado en las manijas de las puertas de las casas.

En el lado A se escuchaba la marcha “Los muchachos peronistas” y luego una voz anunciaba: “Transmite Radio Liberación, voz del Partido Montonero”. Después, un reportaje a Firmenich y el cierre era Joan Manuel Serrat cantando “La montonera”, una canción que nunca se grabó con intenciones comerciales.

“Cómo quiere usted que no ande / de acá pa’ allá cargando la primavera / cayéndose y volviéndose a levantar / la montonera”, se escuchaba, antes de que saltara la tecla *play*.

Del otro lado, Firmenich leía los diez puntos que levantaba el Movimiento Peronista Montonero para enfrentar políticamente a la dictadura, que incluía la destitución de Martínez de Hoz, salarios dignos y recuperación del poder adquisitivo obrero, oposición a la Ley de Asociaciones Profesionales y defensa de las obras sociales, libertad a los presos políticos, vigencia de la Constitución y llamado a elecciones.⁷⁰

Ese año continuaban la tendencia de destrucción de la industria local y la modificación de la

estructura productiva: Alpargatas despidió a 1.400 de sus 4.000 operarios de la planta de Barracas y arrastró a varias textiles que la proveían; la fábrica de Motores Borgward Argentina suspendió a 1.400 trabajadores; la dictadura privatizó la Empresa Líneas Marítimas Argentinas y cerró Industrias Mecánicas del Estado, que fabricaba el Rastrojero Diésel. También se produjeron varios conflictos laborales por mejoras salariales.

En 1981, el teniente general Roberto Viola asumió en lugar de Videla. La ceremonia se hizo el domingo 29 de marzo en el Salón Azul del Congreso, que por esos días era un edificio sin legisladores, donde funcionaba una Comisión de Asesoramiento Legislativo integrada por representantes de las tres armas. Junto con él asumió un nuevo gabinete de ministros que, a diferencia del anterior, incluyó a varios civiles: Oscar Camilión (Relaciones Exteriores), Lorenzo Sigaut (Economía, Hacienda y Finanzas), Amadeo Frugoli (Justicia), Jorge Rubén Aguado (Agricultura y Ganadería), Eduardo V. Oxenford (Industria y Minería) y Carlos García Martínez (Comercio e Intereses Marítimos).

Poco después, la Comisión Multipartidaria comenzó a cobrar vida y en julio emitió su primer

documento público, donde pidió “el retorno al Estado de Derecho mediante la plena vigencia de la Constitución Nacional”. Planteaba, además, la necesidad de elaborar “un programa de emergencia que permita superar la crisis e iniciar la reconstrucción de la economía nacional”. Llevaba las firmas de dirigentes de la UCR, el Movimiento Integración y Desarrollo, el PJ, la Democracia Cristiana y el Partido Intransigente, entre otras organizaciones.

Montoneros pidió un espacio, como parte del peronismo, en ese frente político antidictatorial. Lo hizo a través del sello del Partido Auténtico y con una carta dirigida al vicepresidente del PJ, el escribano Deolindo Bittel, que llevaba la firma del ex gobernador Oscar Bidegain. También solicitó que ese frente le abriera las puertas a la CGT, al empresariado nacional, a las Madres de Plaza de Mayo, a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y a las Juventudes Políticas. Bidegain señalaba que él era uno de los que estaban incluidos en el Acta Institucional de la dictadura y no podía volver al país. Si lo hacía, se condenaba a prisión sin límite de tiempo.

En la revista *Vencer*, el nuevo órgano de prensa

de Montoneros, Firmenich saludó la conformación de ese agrupamiento: “Lo cierto es que con prohibición y represión incluidas se ha constituido este primer paso, que es la Multipartidaria, la que se convierte en receptáculo natural de todos los silencios injustos, quejas, murmullos, protestas, gritos y rebeldías de la Argentina”. Proponía, tal cual lo había definido la organización, “desarrollar la Multipartidaria en la perspectiva de un frente de liberación”. Eso no ocurrió.

Ese número de *Vencer* incluía un “Informe especial” con la reproducción de una conferencia de prensa ofrecida en Managua, publicada por *El Nuevo Diario*, el 23 de julio de 1981, y un reportaje de la revista mexicana *Por Esto!* Eran dos textos en los que Firmenich marcaba cierto reacomodamiento de las hipótesis de lucha de la Orga.

“Una ‘contraofensiva’ del pueblo argentino no tiene por qué ser igual a la ‘Ofensiva Final’ del pueblo de Nicaragua. Más aún, digo que debe ser necesariamente distinta. Se trata de un país distinto, con una historia distinta. Entendemos por contraofensiva la alteración definitiva de la evolución de la correlación de fuerzas. En un país como la Argentina, esa contraofensiva se basa

fundamentalmente en la movilización sindical, ganando las calles para la clase obrera organizada”, dijo en Managua. En esa visión del desarrollo del proceso político se inscribía la creación de la Multipartidaria.

Además, aclaraba los términos de la “reconciliación nacional” y explicaba: “Debe producirse entre sectores del peronismo que nos hemos enfrentado, entre sectores radicales que han llevado a la fractura del viejo tronco radical, y entre peronistas y radicales en su conjunto”. Para Firmenich, la “reconciliación entre civiles y militares, hecho que, en abstracto, viene a encubrir lo que sería una supuesta reconciliación entre pueblo y oligarquía, entre mártires y verdugos”, no era posible, y la resolución del conflicto tenía que ver “con la justicia de dar a cada uno lo suyo”.

Pero ni el planteo de reconciliación ni el pedido de acceso a la Multipartidaria tuvieron efecto. De hecho, Bittel respondió hablando de “organizaciones dentro de la ley” y cuestionó los “dorados exilios”, y el radical Antonio Tróccoli sostuvo una de las bases de lo que sería la teoría de los dos demonios: “Yo creo que Firmenich debería venir a rendir cuentas de todo lo que está ocurriendo, que es

consecuencia inmediata de la actividad subversiva liderada por él”.

Firmenich respondió desde la revista mexicana. Recordó que Perón también fue un exiliado de una dictadura y que decía que la ley era la que emanaba de un gobierno popular, y sostuvo que en la Argentina se vivían “dos clases” de subversión. “La subversión del orden jurídico y constitucional, la subversión del orden impuesto por el soberano, que es el pueblo, está encarnada por las Fuerzas Armadas al servicio de la oligarquía, quienes están usufructuando el poder a través de una usurpación producto de un acto de fuerza ilegal, inconstitucional, ilegítimo, criminal, antinacional y antipopular. La subversión frente al sistema económico-social de la dependencia y la explotación, esa sí, con mucho orgullo, la ejercemos nosotros, entre otros, en el primer nivel, en la primera línea de combate. [...]

”Ahora bien, ¿cuál de las dos subversiones tiene la culpa de la situación actual? ¿Acaso tenemos la culpa de que haya 35 millones de dólares de deuda externa, cuando hace cinco años y medio no llegaba a 10 millones? ¿Acaso tenemos la culpa de que esté en quiebra por endeudamiento interno el aparato

productivo nacional? ¿Acaso tenemos la culpa de que estén despojando de sus tierras a nuestros productores agropecuarios, pequeños y medianos? ¿O que quiebren las empresas nacionales mientras el pulpo de los grupos económicos de la oligarquía y el imperialismo concentran el capital?” [71](#)

DON VICENTE

Desde 1980, Montoneros comenzó a estrechar relaciones con lo que sería Intransigencia y Movilización Peronista, agrupación que encabezaba el caudillo catamarqueño Vicente Leonidas Saadi. Para 1981, miembro de la conducción nacional del Partido Justicialista que en el documento fundacional del 8 de julio hablaba de no confundir “a opresores con oprimidos, a explotadores con explotados y a agresores con agredidos”. Criticaba la política de Martínez de Hoz, que “arrasó con la estructura productiva, que generó miseria, que corrompió el aparato del Estado y que expolió a los argentinos beneficiando a una minoría de especuladores”.

Saadi había comenzado a viajar al exterior y a explicar lo que ocurría en la Argentina. También en

los países socialistas. Montoneros logró contactarlo y se hizo una reunión en Madrid con Firmenich y otros dirigentes de la organización. “Y ahí se le propone algún tipo de colaboración, de trabajo en conjunto. Le proponemos la idea de una revista. Y dice: ‘¿Por qué una revista, por qué no un diario? Estos tipos ya están, ya se caen. Hay que entrar a correrlos’. Y ahí empezó a prepararse el diario *La Voz*”, recuerda un ex dirigente de alto rango de Montoneros.

Después siguieron las reuniones con militantes en distintos países. Ahí se sumaron Nilda Garré y Andrés Framini. El primero de esos encuentros se hizo en Barcelona, el segundo fue en Madrid. Allí sumaron ya unos 250 exiliados, no todos de Montoneros. El tercero fue en noviembre de 1982, en París. Reunieron unos 200 militantes provenientes de Alemania, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Suecia y Suiza. Desde la Argentina viajaron Framini, Emilio Mignone y Eduardo Soares.

En paralelo se realizaron reuniones en Cuernavaca, México, entre Firmenich, Obregón Cano y Saadi. Fueron entre abril y agosto de 1982 y el conflicto de Malvinas atravesó esas

discusiones.72

El 8 de octubre, Saadi presentó en sociedad a Intransigencia y Movilización Peronista, la nueva corriente interna del justicialismo.

LAS ISLAS

Dos días antes de que anunciara la toma de las islas Malvinas, la dictadura reprimió una movilización sindical a Plaza de Mayo. Era una convocatoria que tenía raíces en movilizaciones anteriores, como la del 7 de noviembre de 1981 a la iglesia de San Cayetano para pedir el trabajo que la política económica negaba y que desbordó a las fuerzas de seguridad.

Pero el 30 de marzo subía la apuesta. La CGT Brasil, que encabezaba Saúl Ubaldini, había dispuesto un paro nacional con movilizaciones bajo la consigna “Paz, pan y trabajo”. La respuesta de Leopoldo Fortunato Galtieri —quien había asumido como presidente el 22 de diciembre de 1981— fue el sitio a las principales ciudades del país y una represión que terminó con más de cuatro mil detenidos y un obrero muerto.

Pero la represión no fue el único saldo de aquella

jornada. “Otra cosa fue lo que yo vi y viví ese día: la solidaridad de la gente, que nos abría la puerta de los edificios, para ‘guardar’ a los que quería ‘cazar’ la *cana*, la solidaridad y acción en cada comisaría, entre los presos, o la de los abogados o los de derechos humanos”, recordó Víctor De Gennaro.

Para De Gennaro, la dictadura tenía sus días “contados” y por eso tenía que frenar la movilización. “Y pensar que hay algunos que creen y siguen repitiendo como loros las palabras del periodista Bernardo Neustadt de que la dictadura se acabó porque los militares perdieron las Malvinas. Es cierto, eso apresuró la caída (casi huida), pero lo que los derrotó fue la resistencia popular de todos esos años, que tuvo sus formas, sus métodos; jalonado, edificado, en tantas y tantas luchas ocultas”, analizó.⁷³

Sin embargo, aquella represión quedó opacada por la decisión de ocupar las Malvinas. Eso estimuló las posiciones nacionales y antiimperialistas por sobre los conflictos internos. “Constituye de cualquier modo una auténtica reivindicación nacional largamente reclamada por nuestro pueblo”, sostuvo Firmenich.⁷⁴

Trazó una línea histórica sobre el conflicto, que

se remite a la ocupación del Reino Unido en 1833; dijo que no había dudas sobre que las islas “constituyen una porción del territorio argentino ocupada ilegalmente por una potencia extranjera” y afirmó que “los invasores y otras fuerzas reaccionarias del mundo acusan a la dictadura militar argentina por sus violaciones a los derechos humanos y la usurpación ilegítima del poder” en la Argentina.

Más allá de la lucha contra la dictadura, Montoneros apoyó la recuperación de las islas y, si bien no se lo blanqueó en público, si el conflicto recrudecía estaban dispuestos a mandar al frente a sus combatientes.

NOTAS

1 “Procedimiento sobre las TEI efectuado por zona IV”, informe del Batallón 601, del 31 de marzo de 1980; entrevista con un militante montonero que participó de esa discusión y de la Contraofensiva de 1979, y entrevistas con Adolfo Alcázar, Hugo Colaone, Hugo Fucek y Eduardo Montes, quienes dieron cuenta sobre la fuerza argumentativa que imprime Firmenich a sus debates y sobre la

decisión de muchos militantes para el enfrentamiento aun con pronóstico de derrota asegurado.

2 Eduardo Gurrucharri, *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Colihue, Buenos Aires, 2001, pp. 408-413.

3 Horacio Tarcus, ob. cit., pp. 597-599.

4 Juan Fal, Germán Pinazo y Juan F. Lizuaín, “Notas sobre la postconvertibilidad: los límites a la mejora en las condiciones de vida de los sectores populares”, *Periferias*, año 13, n° 18, segundo semestre de 2009, pp. 65 a 87.

5 Carta abierta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar, (www.desaparecidos.org/arg/victimas/walsh/carta consulta 2 de marzo de 2010).

6 Laura Sali, ob. cit.

7 Entrevista con Guillermo Robledo, 7 de noviembre de 2008.

8 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich de Felipe Pigna y Roberto Pistarino cit. y entrevista a Firmenich realizada en 1999, preproducción del documental *P4R+ Operación Walsh*, Archivo Pedernera.

9 Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas*, cit.

10 “Las finanzas de los Montoneros y la corrupción

del sistema”, comunicado número 14 de la oficina de Prensa del Partido Montonero, 26 de abril de 1977, Buenos Aires.

11 Los otros cuatro eran Alberto Molina, Carlos Coronel, Ignacio Beltrán e Ismael Salame. La nena era la hija de Victoria Walsh.

12 Roberto Cirilo Perdía, ob. cit., p. 286.

13 Roberto Baschetti, *Rodolfo Walsh, vivo*, De la Flor, Buenos Aires, 1994, p. 186. El nombre verdadero de Pablo era Carlos Bayón; tuvo una hija con Norma Batsche, “Mariana”, también integrante de esa célula. Ambos están desaparecidos.

14 Entrevista con Bibí, 15 de noviembre de 2009.

15 Eduardo Jozami, *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Norma, Buenos Aires, 2006, p. 346.

16 Rodolfo Galimberti, “¿Quiénes son y para quién gobiernan?”, *La causa peronista*, año 1, nº 9, 3 de septiembre de 1974.

17 Roberto Baschetti, *Rodolfo Walsh, vivo*, cit., pp. 208-219.

18 *Ibidem*, pp. 220-226.

19 *La Opinión*, 14 de diciembre de 1976.

20 Jorge Schwarzer, *La política económica de Martínez de Hoz*, Hyspamérica, Buenos Aires,

1986, pp. 395-398.

21 *Ibíd.*, pp. 226-234.

22 *Ibíd.*, pp. 234-236.

23 *Ibíd.*, pp. 236-240.

24 Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas*, cit., p.83.

25 Rolando Graña, “Mario Firmenich. Mi ética es la misma de siempre”, *Tres Puntos*, año 4, nº 190, 15 de febrero de 2001, p. 16.

26 Entrevista a Mario Eduardo Firmenich realizada en 1999, preproducción del documental *P4R+ Operación Walsh*, Archivo de Rosendo Pedernera.

27 La precisión sobre el cambio de nombre fue publicada en *Cuadernos del Peronismo Montonero Auténtico*, editado en 1979, que publicó por primera vez los documentos de Walsh; en Roberto Baschetti, *Rodolfo Walsh, vivo* cit., p. 206.

28 “Resistir es vencer y ganar la paz en la Argentina”, documento del MPM, 1980.

29 Richard Gillespie, ob. cit., p. 296.

30 *La Prensa*, 22 de abril de 1977; *Clarín*, 22 de abril de 1977, p. 7; cables de las agencias Associated Press y Reuters, 20 y 21 de abril de

1977, respectivamente.

31 Legajo Montoneros, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata, fs. 87.

32 “Procedimiento sobre las TEI efectuado por zona IV”, informe del Batallón 601, 31 de marzo de 1980.

33 *La Vanguardia*, España, 24 de julio de 1977, p. 9.

34 Entrevistado el 6 y 11 de mayo de 2009. Falleció el 15 de diciembre de 2009.

35 “La lucha del movimiento obrero contra la dictadura militar, por la libertad sindical, la paz y la democracia”, Bloque Sindical del MPM, sin lugar de publicación, julio de 1978.

36 *Uno más Uno*, México, 1º de junio de 1978, en Pablo Yankelevich, “Desde el mirador de la prensa mexicana”, *Lucha Armada en la Argentina*, año 4 nº 11, 2008, pp. 30-40.

37 Pablo Yankelevich, loc. cit.

38 *La Vanguardia*, España, 16 de junio de 1978, p. 45.

39 Jordi Homs, “Argentina arrastra aún el trauma de la dictadura”, *La Vanguardia revista*, 27 de agosto de 2000, pp. 12-13.

40 “Habla a *Proceso* el comandante de los

Montoneros”, *Proceso*, México, 10 de julio de 1978, p. 11, en Pablo Yankelevich, loc. cit.

41 Documentos desclasificados por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, hallados por la investigadora Susana Zavala, en cooperación entre el Proyecto de Documentación de México y el del Cono Sur del National Security Archive, fondo del Centro de Investigación y Seguridad Nacional en el Archivo General de la Nación de México.

42 *Uno más Uno*, México, 19 y 20 de enero de 1978.

43 Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino* cit., pp. 287-298; Marcelo Larraquy y Roberto Cavallero, *Galimberti* cit., pp. 303-305.

44 Raquel Negro tuvo mellizos, un nene y una nena, en el Hospital Militar de Paraná el 26 de marzo de 1978. La nena fue apropiada, pero en enero de 2009 la hija de Valenzuela y Negro recuperó su identidad.

45 “Hambre y represión para engordar al patrón”, volante del Bloque Sindical del Movimiento Peronista Montero, Legajo Montoneros, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

46 Jorge Falcone, ob. cit., p. 162.

- 47 “Procedimiento sobre las TEI efectuado por zona IV”, informe del Batallón 601, 31 de marzo de 1980.
- 48 Entrevista con Carlos Suárez, 6 de mayo de 2009.
- 49 Richard Gillespie, ob. cit., pp. 321-322.
- 50 *La Nación*, 28 de abril de 1979; *La Prensa*, 27 de abril de 1979; *La Razón*, 26, 27 y 28 de abril de 1979.
- 51 *Clarín*, 28 de septiembre de 1979, pp. 2, 3 y 4; *La Nación*, 28 de septiembre de 1979, tapa y p. 5.
- 52 “Procedimiento sobre las TEI efectuado por zona IV”, informe del Batallón 601, 31 de marzo de 1980.
- 53 Marcelo Larraquy, *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Aguilar, Buenos Aires, 2006, pp. 169-170.
- 54 Fernando Morais, “Mario Firmenich, comandante de los montoneros argentinos (y enemigo n° 1 de la CIA) hace una autocrítica de la guerrilla”, *Status*, San Pablo, n° 78, enero de 1981, artículo anexo a la Causa Born.
- 55 Marcelo Larraquy, *Fuimos soldados*, cit., pp. 171-175.
- 56 Legajo Montoneros, Archivo DIPBA, Comisión

- Provincial por la Memoria, La Plata, fs. 96-100.
- 57 Eduardo Astiz Mones Ruiz, *Lo que mata de las balas es la velocidad*, De la Campana, La Plata, 2005.
- 58 Mariana Cháves, “Sacar al Pepe”, *Puentes*, año 7, nº 21, La Plata, agosto de 2007, pp. 30-31.
- 59 “Radio Noticias del Continente. La voz de los sin voz”, folleto, Managua, 28 de abril de 1981.
- 60 *Ibidem* y fotocopia de la pauta diaria de la radio del 30 de octubre de 1980.
- 61 *Clarín*, 6 de diciembre de 1979, en Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, *ob. cit.*, p. 324.
- 62 Roberto Cirilo Perdía, *ob. cit.*, pp. 29-298 y 413-417.
- 63 Richard Gillespie, *ob. cit.*, p. 320.
- 64 Gonzalo Leonidas Cháves, *Las luchas sindicales contra el Proceso. 1976-1980. Cinco años de resistencia*, Ediciones de la Causa, Buenos Aires, 1983, p. 8.
- 65 Roberto Cirilo Perdía, *ob. cit.*, p. 326.
- 66 “Situación de la BDT Montoneros”, Sección C nº 605.
- 67 “Procedimiento sobre las TEI efectuado por zona IV” y “Situación de la BDT Montoneros al 1º Mar 80”, dos informes del Batallón 601, fechados el

31 de marzo de 1980.

68 Miguel Bonasso, *Diario del un clandestino* cit., p. 325.

69 Richard Gillespie, ob. cit., p. 323, nota 120.

70 Legajo Montoneros, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata, fs. 123-128.

71 *Vencer*, n° 9, México, julio-agosto de 1981, pp. 2-3, e informe especial “Desarrollar la Multipartidaria en la perspectiva de un frente de liberación”.

72 “Denuncian los vínculos de la subversión”, *Clarín*, 21 de mayo de 1983, pp. 2-23; “Informe de la Junta sobre Montoneros”, *La Nación*, 21 de mayo de 1983; entrevista con Eduardo Soares.

73 “Aquel histórico 30 de marzo”, 27 de marzo de 2006. Entrevista a Mario Firmenich, Radio La Habana, Cuba, 9 de abril de 1982. Archivo Adrián Korol.

74 Entrevista a Mario Firmenich, Radio La Habana, Cuba, 9 de abril de 1982. Archivo Adrián Korol.

1983-1990

Apoya el filo sobre la piel y vuelve a escuchar las mismas palabras de los últimos días. Siente correr la hoja por su mejilla y se reafirma en su decisión. Al compañero que le habla lo conoce de muchas batallas, pero esta vez no logran ponerse de acuerdo. Ninguno de los dos lo sabe, pero esta diferencia comenzará el ocaso de la organización.

Se lava la cara. Vuelve a argumentar y repite que se abrió una nueva etapa de la vida de la Argentina, marcada por la democracia y la vigencia de la Constitución. Le dice que está claro que el pueblo no eligió el socialismo y la vía insurreccional y que ahora hay que ajustarse a las nuevas reglas.

—Si ya no vamos por la vía de la lucha armada al socialismo hay que legalizarse, y si hay que legalizarse ya no tengo por qué ser clandestino —
cierra.

Termina de afeitarse y busca la partida de nacimiento brasileña. Está fechada el 25 de enero de

1984 y tiene anotados los nombres del caudillo riojano y del Libertador de América. Saluda a la familia con hondura y le estrecha la mano al compañero.

Cierra la puerta, toma aire y piensa en cuánto hace que no se llama Mario Eduardo Firmenich y que no tiene un domicilio legal. Eso cambiará a partir de hoy.¹

* * *

VOLVER A LA FAMILIA

Antes de que terminara 1982, Firmenich y Vaca Narvaja participaron de la Tercera Reunión de Partidos Políticos de América Latina, que se desarrolló en La Paz, Bolivia. Según el diario *Tiempo Argentino*, aportaron “una significativa contribución económica” para su realización. Allí se habló de la necesidad de consolidar el proceso de recuperación de la democracia que comenzaba a vivirse en la región.²

La segunda mitad de ese año significó para Firmenich volver a reunirse con su familia. La Negrita había salido con “libertad vigilada” en

marzo —había caído en agosto de 1976, estuvo dos meses desaparecida y luego fue legalizada— y aprovechó el conflicto por Malvinas para buscar una puerta de salida del país. Eligió la frontera terrestre con Brasil y en el camino recogió a Mario Javier. Su hijo ya tenía 5 años y había sido criado en el orfanato del padre Francisco Luchessi, en Córdoba. Ella tuvo que desprenderse de él a los 7 meses de vida y se crió sin conocer el nombre de sus padres. Era una cuestión de “seguridad”, explicó la Negrita.

Firmenich sólo conocía a María Inés. Se la había llevado fuera del país y había vivido por algún tiempo en la Guardería de La Habana.

Al cruzar la frontera, la embajada brasileña le dio un salvoconducto que le permitió volar a México y el 14 de mayo se reencontraron las dos partes de la familia. “Fue *shockeante*. Ver a una nena que me decía mamá y no me conocía era dramático. Igual con Mario, que le decía papá a un señor que no conocía. Eran dos hijos de la guerra que no conocían la paz”, definió la Negrita.³

La organización había montado una casa en Ciudad Satélite, una zona residencial en el noroeste de México DF, que tenía todas las condiciones de

seguridad que requerían el jefe montonero y su familia. Eso incluía monitoreo por circuito cerrado de televisión y un aceitado aparato de custodia — armas, autos, sistema de comunicaciones—, que comandaba Mario Montoto.

Unos días antes del reencuentro familiar, Firmenich tuvo que enfrentar una crítica cara a cara, que golpeaba donde más dolía: ponía en duda las convicciones revolucionarias de la madre de sus hijos.

Tal como lo vivió Cereseto, Isabel Eckerl estaba molesta por la actitud que la Negrita había tenido ante “el enemigo” dentro de Villa Devoto. No se lo quería guardar y pidió una reunión en México con Firmenich. Ella había en caído 1975 y había salido de la cárcel en 1980. Se exilió en Viena dos años y antes de volver a la Argentina, a seguir militando, quería discutir el tema con el Pepe.

“En Devoto la actitud de Montoneros y el ERP era resistir ante el enemigo, que era el Servicio Penitenciario. Nosotras nos negamos en la requisita a desnudarnos. No nos bajábamos la bombacha y el castigo era que te mandaban al calabozo [aisladas]. Podías pasarte una semana o diez días en el calabozo. Fue ahí que un grupo de compañeras

plantean que hay que hacer lo que el enemigo quiere para irse. Esa postura la encabeza la Negrita”, dice Eckerl, aún en desacuerdo con aquella posición.

Eso generó una discusión muy fuerte, pero las compañeras que planteaban la confrontación con el Servicio Penitenciario terminaron cediendo. No querían “romper la unidad” dentro del penal. Sabían que eso era lo peor que les podía pasar. “Considerábamos que o la Negrita se había quebrado o había una política para salir que nosotros desconocíamos. No sólo se bajaban la bombacha: accedían a todo”, recuerda, y su cara redonda se pone tensa.

“Nosotras perdíamos 30-70 contra la postura de la Negrita. En eso tuvo peso que fuera la mujer de Firmenich. Lo respetábamos mucho. Los domingos, que eran días de distensión y de joda, nosotros decíamos que era ‘San Pepe’. Había culto a la personalidad en la organización”, recuerda.

Esa discusión sobre cómo pararse frente a la dictadura atravesó tanto las cárceles con presos políticos como los centros clandestinos de detención. Algunos sostenían que con actitudes que mostraran cierto “arrepentimiento” la salida podría estar más cerca. A la inversa, otros afirmaban que

frente al enemigo no había que ceder en ningún terreno, ni siquiera en los gestos más pequeños. Sostenían que esa actitud de “no ceder” fortalecía la moral de los militantes detenidos y que “acceder” la resentía. Pero todos coincidían en la necesidad de tener una política de acción unificada frente al “enemigo”.

La reunión en México se hizo en una casa y no duró más de 20 minutos. Firmenich escuchó el planteo de Eckerl. Ella habló incluso de que algunas presas montoneras habían firmado un documento que decía algo así como “no soy, no fui ni seré subversiva”. Era una especie de juramento que había impulsado el coronel Carlos Sánchez Toranzo.

“Pepe me escuchó y me dijo que quería ver ese papel. Yo quería dejar planteado que hubo resistencia. Pepe no tomó ningún partido y dijo: ‘El que está preso tiene que ver cómo salir’”, dice al describir ese encuentro y recuerda que antes de esa reunión había conversado el tema con Perdía: “Él me había dicho que ante la duda hay que resistir”.

LOS INFILTRADOS

El 30 de abril de 1983 murió en Córdoba el

último jefe montonero que caería con un arma en la mano: Raúl “el Roque” Clemente Yäger. Dos semanas después, el 14 de mayo, un grupo de tareas secuestró a Osvaldo Cambiasso y Eduardo Pereyra Rossi del bar Magnun, en Rosario. Era mediodía y hubo muchos testigos, pero sus cuerpos aparecieron perforados a balazos en la zona de Lima, en el partido de Zárate.

Según la versión oficial, una patrulla de la Policía bonaerense, al mando de Luis Patti, se enfrentó con ellos. La autopsia, realizada en aquel momento, reveló otra cosa: tenían la piel quemada con picana. El enfrentamiento fue fraguado.

Cruzando esas muertes y la documentación secuestrada en esos operativos, la Junta Militar presentó un informe sobre “los planes de infiltración terrorista en sectores políticos”. En una breve exposición, que no duró más de 15 minutos y contó con representantes de las tres armas, se exhibió el material secuestrado y se aseguró que entre los papeles que llevaba Yäger había apuntes relacionados con atentados a varias figuras políticas y sindicales.

Además, el documento entregado a los periodistas —que no fueron autorizados a realizar pregunta

alguna— contenía una acusación oficial contra el Movimiento Intransigencia y Movilización Peronista y definió al diario *La Voz* como el órgano de “adoctrinamiento y difusión” de la corriente que encabezaba el caudillo catamarqueño Vicente Leonidas Saadi.

“Está montado y mantenido por los montoneros”, afirmaron los militares y detallaron que su lanzamiento se había decidido en una reunión mantenida en México entre Firmenich, Obregón Cano y el catamarqueño.

La Junta Militar tenía en claro que Montoneros estaba buscando los carriles para reingresar en la disputa política a través de las vías democráticas: “Quieren lograr la mayor representatividad política dentro de los partidos tradicionales” y avanzar hacia “un verdadero frente de izquierda dentro de los cuerpos colegiados de la Nación para imponer su ideología revolucionaria”.

El terrorismo que estaba realizando la dictadura no sólo iba contra Montoneros, también mencionaba a los “elementos autoexiliados” del PRT-ERP, que —según su información— habían comenzado a retornar a la Argentina. Pero el golpe más fuerte, y el detalle más exhaustivo, tenía que ver con los

movimientos de Montoneros y su relación con Saadi, a quien le contaron cada una de sus costillas. Marcaron su relación con la URSS y con Alemania Democrática, y detallaron las reuniones realizadas junto con Garré y Framini en Europa con los exiliados de distintas fuerzas políticas.⁴

Eran los días en los que cada paso de la dictadura tenía respuestas cada vez más ágiles y masivas: el informe “Documento final de la lucha antisubversiva” fue rechazado con una movilización masiva desde el Luna Park hasta el Congreso. Al frente iban referentes de los organismos de derechos humanos, sindicalistas combativos como Alberto Piccinini y algunos dirigentes de partidos políticos.

En ese marco de agitación, Saadi hizo dos movimientos para desmarcarse de la jugada de la Junta; se reunió con Saúl Ubaldini, Lorenzo Miguel y Andrés Framini en la sede de la CGT-RA. Allí agradeció la solidaridad del Consejo Superior del PJ, la central sindical y las 62 Organizaciones por los asesinatos de Cambiasso y Pereyra Rossi. Fue, al mismo tiempo, un gesto de unidad del peronismo.

Pero eso no fue todo. Saadi convocó a una conferencia de prensa en su casa. Allí, acompañado por el ex vicepresidente Vicente Solano Lima, el

peronista jujeño Reynaldo Romero y varios jerárquicos de *La Voz*, disparó: “Las acusaciones del Proceso son tan falsas como cuando dijeron que venían a organizar el país y poner orden en 1976, dejándonos esta anarquía. Tan falso como cuando nos decían que estábamos ganando en las Malvinas y los resultados están a la vista. Como cuando decían que crecía el Producto Bruto Interno y era todo lo contrario”. Dijo, también, que llevaría el tema ante la Justicia y desafió a la dictadura a un debate público.⁵

LA VOZ

El 6 de septiembre de 1982 apareció *La Voz del Mundo*, el diario que molestaba tanto a la dictadura que mereció una denuncia pública en su octavo mes de vida. *La Voz*, como quedó en la memoria colectiva, nació con el objetivo de confrontar con la dictadura, jalonar el triunfo peronista en las elecciones presidenciales y avanzar en una política de legalización de Montoneros. Así lo definió Perdía y precisó que la línea editorial apuntaría a “reflejar las alianzas bastante fuertes con sectores de la CGT, fundamentalmente con el ubaldinismo”.⁶

Esa doble misión quedó plasmada desde su primera tapa. El título principal fue “Convocan a comicios para noviembre del ’83” y el segundo, “Argentina está en cesación de pagos”, donde se dejaba en claro, en una columna firmada por Alberto Dearriba, que el matutino iba a denunciar la política económica de la dictadura y a sus beneficiarios.

En ese primer ejemplar estaban las fotos de la fiesta de inauguración. Entre los que pasaron a saludar estaban Antonio Cafiero, Duilio Brunello, Miguel Unamuno, Héctor Polino, Jorge Abelardo Ramos, Susana Valle, Oscar Alende, Alejandro Díaz Bialek, Carlos Menem y hasta Eduardo Massera (h). Entre los diplomáticos se anotaron el embajador de los Estados Unidos, Harry Schlaudeman, y el representante del gobierno cubano en el país, Emilio Aragonés Navarro. También participaron varios empresarios y el escritor Fermín Chávez, entre otros.⁷

Tal como lo definió Dearriba, y como lo muestra el espectro de invitados a la inauguración, era “un diario muy frentista” que “intentaba reeditar de algún modo lo que había sido el Frejuli, o aún más amplio. Y sobre todo, desde Montoneros, un frente aún más hacia la izquierda. Era la idea del

momento, la intención”.

Perdía, el representante de Montoneros que mantenía la relación con Saadi, agregó: “Los acuerdos políticos los manejábamos Saadi y nosotros. Ese era el tema principal de las reuniones con Cuestas, Aharonian y León González Olguín, era el tema de los acuerdos políticos. Es decir, hacia dónde orientar los acuerdos políticos según el desarrollo de la coyuntura. Pensemos que la mayor parte del diario se hizo todavía durante la dictadura. De modo tal que teníamos presiones de todo tipo y, además de la presión, tampoco podíamos avanzar mucho más de lo que la coyuntura daba, en el sentido de que era un diario legal que funcionaba dentro del sistema en medio de una dictadura, donde todavía después hubo compañeros muertos y asesinados”.

La redacción se instaló en el barrio de Pompeya, en un edificio que aún ocupa un amplio terreno de cinco parcelas y que tiene su entrada principal por Tabaré 1641. Allí se instaló una rotativa que Saadi había ido a comprar a Alemania Oriental.⁸

El primer director fue José María Castiñeira de Dios; el segundo, Julio Amoedo, pero ninguno de ellos tenía el control real del diario. Eso

correspondía a los periodistas Raúl Cuestas y José Antonio Mauro Bianco. “Yo entro director pero no figuro, estaba en el segundo piso, y tenía relación con los jefes de la redacción”, dice Cuestas. Se refiere al secretario de Redacción, Enrique Ponsati —“el cuadro más importante de ahí”—; el jefe de Economía, Alberto Dearriba; Roberto Propatto, Mauro Bianco y el jefe de Política, Carlos Villalba, que había estado en Radio Noticias del Continente, en Costa Rica. “Con ellos se manejaba el diario”, explica Cuestas, que se mantenía de incógnito para el resto de los integrantes de la redacción.

Cuestas era un hombre de extrema confianza de la Conducción. Había sido enviado al país a fines de 1981 durante un mes. Recorrió Buenos Aires y varias ciudades y pueblos del interior. Su misión era hacer un informe detallado del ánimo de las masas. En su parte a la Conducción destacó que había una “negación total” de lo ocurrido en la sociedad y que los únicos focos afines eran sectores obreros de Córdoba y Buenos Aires. Nada más.

El informe se lo llevó personalmente a Firmenich a la Comandancia en La Habana. Hablaron durante cuatro horas. “Él no quería creer que el panorama era tan malo, se le había desviado la consideración

de la clase media. La clase media fue montonera, apoyaba a los muchachos de la lucha armada, fue frondizista, fue radical, alfonsinista. Y fue peronista también”, señala y parece que le duele la definición.

—¿Y Firmenich qué suponía?

—Que era distinto. Que había grandes sectores de la clase media que podían apoyarlo. Que iban a tenerle consideración y respeto como tuvieron otras organizaciones armadas, como los sandinistas en Nicaragua.

Cuestas regresó al país poco antes del conflicto de Malvinas y durante los meses en que se terminó de ajustar el nuevo proyecto mediático mantuvo varias reuniones con Perdía, Vaca Narvaja y Firmenich. Asegura que todas fueron en el país, pero no detalla circunstancias de tiempo y lugar. Cuestas afirma que en esos encuentros pudo plantear todos sus pareceres sin límite alguno. “Acá hay un fantasma que se ha creado en torno a que la Conducción era una estructura burocrática y dictatorial. No hay nada más falso que eso.”

Dearriba cuenta que en principio no estaba muy claro de quién era el diario ni cómo se financiaba. “Jodíamos que alguno pasaba con una valija de guita y la tiraba por la ventana”, evoca. Los salarios en el

diario eran buenos, al nivel de plaza de un periodista profesional. Sin embargo, recuerda el entonces jefe de Economía, ya se decía que “la guita venía de Río [donde estaba Firmenich] y era del secuestro de los Born”.

La duda sobre los dueños del diario se despejó cuando le ordenaron levantar dos páginas para plantar una solicitada de Intransigencia y Movilización Peronista, cuyo texto Mauro Bianco había leído en la cárcel y venía de la Conducción Nacional. Ahí Dearriba tuvo en claro que la plata venía de Montoneros.

El diario había sido creado para acompañar el presunto triunfo del peronismo en las elecciones generales, pero el radical Raúl Alfonsín logró transmitir un mensaje esperanzador y fue finalmente el que llegó al sillón de Rivadavia.

El fracaso electoral generó algunos conflictos en el justicialismo y en la línea montonera, que tuvieron expresión económica y política: en diciembre de 1983, a sólo una semana de la asunción de Raúl Alfonsín, los trabajadores pararon *La Voz* en reclamo del pago de salarios.

En los meses previos, el diario había jugado fuerte y publicado un informe sobre las tumbas NN

en todo el país y un documento interno de la Junta Militar donde se juzgaba la negligencia de los jefes militares en la guerra de Malvinas.

Las revelaciones generaron un “profundo malestar” en la dictadura, pero el encono y la persecución al diario se terminaron de consolidar con el título a cuatro columnas sobre el crimen de Cambiasso y Pereyra Rossi: “Los fusilaron”, había decidido poner Ponsati en la publicación del 18 de mayo de 1983. Estaba ilustrada con una foto a dos columnas que mostraba a Cambiasso de pie, con la mano en alto haciendo la ve con los dedos. Alrededor de esa foto, otros cuatro titulares hechos de declaraciones: Policía Federal —“Cayeron el sábado en un tiroteo”—, Galtieri —“No actuaron fuerzas de seguridad”—, Saadi —“Fue el Segundo Cuerpo de Ejército”— y el Centro de Estudios Legales y Sociales —“El Gobierno está en complicidad”—. Debajo, un reclamo como cierre, a cuatro columnas y en tipografía catástrofe: “¡Basta!”.

La situación interna en el diario se deterioraba, según cuenta uno de los hombres clave de la dirección que respondía directamente a Perdía. “Dearriba se va. Podemos decir que su etapa fue la

más profesionalista y la de Ponsati, la más política, porque se empieza a endurecer la línea, se acaba con la pluralidad, quedan los leales y la calidad del diario cae. Paralelamente, Alfonsín gana y se desmorona el proyecto frentista que *La Voz* apoyaba”, explica el hombre de Perdía, que pidió confidencialidad.

La misma fuente analiza que “Alfonsín pone el certificado de defunción de *La Voz* con los decretos 157 y 158 que instalan la teoría de los dos demonios. Ponen en un pie de igualdad a la Conducción y a los represores, e impiden el retorno de la Conducción. Todos sabían que iban a volver con el regreso de la democracia, pero esto lo impide”.

Para Cuestas, la caída de *La Voz* comenzó con la derrota del PJ. Era un diario pensado para el triunfo del peronismo; eso no ocurrió y la publicación no logró encontrar un rumbo claro. Sin embargo, según Cuestas, alcanzó el punto de equilibrio económico —30 mil ejemplares de venta.

La Voz nunca fue *Noticias*. No tuvo una redacción de notables, ni un gran éxito de ventas, ni la influencia de aquel breve pero potente producto editorial de Montoneros, pero estaba bien hecho y,

pese al corsé político, era un producto informativamente digno para lectores de izquierda con identidad peronista. Sus periodistas más notables estuvieron en la sección Deportes. Por allí pasaron Osvaldo Pepe, Alejandro Fabbri, Juan José Panno y Gustavo Veiga, entre otros.

En el resto de las secciones había periodistas formados y con talento pero también militantes que necesitaban un trabajo o cuadros de la organización que sabían mucho de la línea que bajaba la Conducción pero poco de noticias.

El escándalo por el caso Klein fue una oportunidad para que *La Voz* se luciera como el único medio que cubría un *affaire* que ensuciaba a la dictadura. “Se destapó la olla”, tituló a diez columnas, utilizando tapa y contratapa, el jueves 6 de septiembre de 1984, para anunciar: “Documentos secretos que prueban la responsabilidad y participación de Martínez de Hoz en varios negociados fueron hallados en las oficinas de Klein”. Así comenzó la cobertura que continuó con otra tapa que era un editorial en sí misma: “Reprimieron”, fue el título a cinco columnas ilustrado con las fotos de Videla, Martínez de Hoz y Klein, que se completaba debajo de las fotos con

“para saquear el país”.

El allanamiento de las oficinas del estudio Klein y Mairal, en el octavo piso de Lavalle 1171, había sido ordenado en el marco de la investigación parlamentaria por la escandalosa estatización de la Compañía Ítalo-Argentina de Electricidad, que había sido comprada por el Estado poco antes de que venciera el acuerdo por el cual debía pasar a manos públicas sin abonar un centavo. Unos días antes del golpe de 1976, el entonces fiscal Edgar Sá había evaluado que la Ítalo no valía más de 35 millones de dólares, pero Martínez de Hoz habilitó pagos por más de 350 millones de dólares, según lo que había analizado la comisión investigadora.

En el estudio se encontró información “que salpica a unas 2.000 operaciones en las que están involucrados, con nombre y apellido, directivos y accionistas y testaferros de un centenar de empresas que realizaron transacciones fraudulentas durante el ‘Proceso’”.⁹ Todo estaba prolijamente acomodado en una caja fuerte de 24 metros cuadrados, aunque alguna documentación pudo ser salvada del allanamiento: “En el momento de ingresar los integrantes de la comisión parlamentaria, dos abogados jóvenes huyeron del lugar con dos grandes

valijas. Uno era Mariano Grondona (hijo), dirigente juvenil de la UCD. El otro, José Alfredo Martínez de Hoz (hijo)".¹⁰

Pero eso no fue todo. En el estudio también encontraron informes de inteligencia militar sobre la actividad de los partidos políticos, de la Iglesia católica, de los distintos sindicatos. Seguimientos de Antonio Tróccoli, en ese momento ministro del Interior, y de Deolindo Bittel, e instrucciones para los funcionarios de la dictadura sobre cómo actuar ante la visita de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, que visitó la Argentina en septiembre de 1979.¹¹

El último número salió el 31 de agosto de 1985. Para esa fecha, Hugo Colaone trabajaba en el área de Intendencia del diario y era uno de los delegados. Antes de que todo terminara fue a Villa Devoto a reunirse con Firmenich.

“Fui como compañero pero también como delegado. Pepe me decía que era un proyecto que había nacido mal parido y que tenía que terminar, pero tenía que terminar bien. Dijo que a todos se les iban a pagar las indemnizaciones”, recuerda Colaone y dice que con ese mandato regresó a la redacción.

“Volví y me fui derecho a verlo al director, que en ese momento creo que era Cuestas, y me dijo que lo de la indemnización tenía que ser un aporte revolucionario de los compañeros y le tiré lo que me había dicho Pepe. ¡Ma’ qué aporte revolucionario, se querían quedar con la guita!”, se altera Colaone al recordar la respuesta que recibió.

El tema se discutió entre los compañeros de trabajo y se decidió tomar el diario. Durante la toma debieron repeler el intento de desalojo del jefe de seguridad del diario y hombre de confianza de Perdía, Daniel Zverko, que intentó entrar con un grupo de choque pero fue rechazado.

“Finalmente nos pagaron las indemnizaciones, pero no todo. La mitad. Muchas veces después yo lo jodía a Pepe y le decía: ‘Me debés la mitad de la indemnización’”, sonríe Colaone.

CAZANDO DEMONIOS

El 20 de diciembre de 1983, los ex gobernadores Bidegain y Obregón Cano pisaron suelo argentino. Apenas pudieron improvisar una conferencia de prensa para anunciar que se disolvía el Movimiento Peronista Montonero.

“Iniciamos nuestro regreso a la patria reiterando plenamente los propósitos enunciados en la carta abierta al entonces presidente electo doctor Raúl Alfonsín, fechada el 29 de noviembre de 1983”, era el mensaje central. Se referían al texto en el cual los jefes del MPM anunciaban que regresarían al país con el fin de “aportar” su esfuerzo “para la superación de la profunda crisis” que padecía el país.

La respuesta del alfonsinismo fue la detención de ambos, aunque una negociación posterior permitió la liberación de Bidegain, que viajó a España, donde se refugió. El escenario en el cual se había realizado una amplia convocatoria para sumarse a la vida política del país, que había corrido por cuenta del ministro del Interior, Antonio Tróccoli, había mutado: la Junta Coordinadora Nacional 12 había reforzado sus posiciones dentro del gobierno radical.

“Lo que era la Línea Nacional 13 pierde la interna con la Coordinadora y sacan los decretos. Tróccoli pretendía ser prenda de paz en la Argentina, el balbinismo era bastante menos gorila que la Coordinadora, que competía con nosotros”, dice un ex jefe montonero de alto rango.

El día en que los ex gobernadores llegaron al Aeropuerto de Ezeiza ya estaban vigentes los decretos 157 y 158, que ordenaban enjuiciar a Firmenich, Vaca Narvaja, Obregón Cano, Galimberti, Perdía, Héctor Pardo y Enrique Gorriarán Merlo, y a los integrantes de las tres primeras juntas militares de la dictadura. De ese modo, se equipararon responsabilidades y se obvió el trasfondo político.

En su libro *La historia política del Nunca Más*, Emilio Crenzel explicó: “Así, los decretos proponían una lectura política del pasado reciente y la condena de la violencia desde una perspectiva que diferenciaba la legalidad y la legitimidad de sus portadores. La insurgencia se proponía como antecedente de la violencia estatal y, de hecho, la guerrilla sería la única acusada por la violencia previa al golpe, pero también serían juzgadas sus acciones tras él. En cambio, el examen de la metodología ilegal usada por las fuerzas armadas se acotaría al período 1976-1979, los años más intensos de la represión dictatorial, y se excluiría su intervención bajo el gobierno de Isabel Perón. Este prisma fue caracterizado como ‘la teoría de los dos demonios’, pues limitaba a las cúpulas de dos

actores la responsabilidad de la violencia política. Por otro lado, proponía a la sociedad como ajena y víctima de ambas, y explicaba la violencia de Estado, aunque no sus procedimientos, por la violencia guerrillera”.

Sin embargo, el informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (CONADEP), creada por decreto 187 el 15 de diciembre de 1983, arrojó resultados que mostraron una realidad muy diferente de la construida por la teoría de los dos demonios: más del 55 por ciento de los detenidos desaparecidos eran trabajadores. Según el relevamiento realizado sobre 8.960 personas, el 30 por ciento eran obreros, el 21 por ciento estudiantes, 17,9 por ciento empleados, 10,7 por ciento profesionales, 5,7 por ciento docentes, 5 por ciento autónomos, 3,8 por ciento amas de casa, 2,5 por ciento conscriptos y personal subalterno de las fuerzas de seguridad, 1,6 por ciento periodistas, 1,3 por ciento artistas y 0,3 por ciento religiosos. Pese a todos esos datos, que hablaban de destrucciones de comisiones gremiales enteras para implantar nuevos esquemas productivos, la explicación que encontró la CONADEP estuvo en línea con la política oficial. “Durante la década del 70 la Argentina fue

convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países”, comenzaba el prólogo del informe titulado *Nunca Más*, que escribió Ernesto Sabato.¹⁴

Esa comisión de notables era exactamente lo contrario de lo que querían varias organizaciones políticas y los distintos organismos de derechos humanos, que reclamaron hasta último momento la creación de una comisión parlamentaria. “Tendría atributos coercitivos para citar a declarar, realizar inspecciones y, por estar integrada por los representantes del pueblo, podría realizar una condena política al terrorismo de Estado”, explicaban.¹⁵

Ajeno a toda esa discusión, el 25 de enero de 1984 nació Facundo José, el tercer hijo de Pepe y la Negrita. Su llegada, en suelo brasileño, tuvo un impacto emocional que explica ella: “No nos imaginábamos que el gobierno de Alfonsín iba a reaccionar de esa manera, por eso seguimos adelante para salir de la clandestinidad. Estábamos cansados de ser ilegales”.¹⁶

Firmenich fue a inscribir a su hijo y a pedir su documentación al consulado argentino en Río de

Janeiro y el 13 de febrero quedó detenido. El decreto 157 se aplicó a rajatabla y, en cuanto tuvo confirmada la noticia y establecida cierta estrategia jurídica, el fiscal Juan Martín Romero Victorica pidió la reapertura de la causa por el secuestro de los hermanos Born y la muerte de sus dos custodios.¹⁷

“Hubo una mala valoración de las relaciones internacionales. Ahí volvió a pesar la omnipotencia y el aislamiento que se profundizó desde el pase a la clandestinidad. Se suponía que los vínculos internacionales iban a evitar la extradición. Hasta el día antes de la extradición, Pepe pensaba que no lo iban a extraditar. De eso doy fe. Es cierto que el presidente mexicano, [José] López Portillo, lo visitaba en su casa en México pero eso no fue suficiente”, dice Adela Segarra, actual diputada nacional y pareja de Mario Montoto por aquellos días de principios del '80 en los que el PRI mexicano respaldaba a Montoneros.

Firmenich evaluaba también que el Brasil no lo entregaría a la Argentina porque tenía un hijo nacido en suelo brasileño. Tenía en mente el antecedente de Ronald Biggs, el británico que en agosto de 1963 participó del asalto a un tren de correos que iba de

Londres a Glasgow. Dos años después lo detuvieron y lo condenaron, pero se fugó y terminó en el Brasil. Allí lo encontraron en 1974 y cuando lo estaban por enviar a Londres descubrió que su novia estaba embarazada. Como padre de un brasileño estaba exento de la extradición y lo liberaron.

La respuesta política y la solidaridad internacional fueron rápidas en apoyo a Firmenich. A los sindicatos, legisladores y dirigentes brasileños que se habían quejado por la detención de Bidegain y Obregón Cano, se sumaron movilizaciones y gestiones directas realizadas por cuadros de la organización. Uno de los encargados fue Edgardo Binstock, del área de Derechos Humanos de la Orga.

“Viajamos al Brasil como familiares que trabajábamos por los derechos humanos y fuimos a buscarle cobertura y que no fuera repatriado. Fuimos a ver autoridades, a gente que trabajaba con organismos de derechos humanos. Estuvimos en Río y después en Porto Alegre”, recuerda y dice que llegaron con un programa medio armado de visitas, que habían organizado los militantes que estaban en el Brasil.

La pelea por la no extradición coincidía con el

desgajamiento de IMP y los comienzos del armado del Peronismo Revolucionario, que sería el refugio político y al mismo tiempo la nueva estructura de Montoneros.

El 21 de junio, el Supremo Tribunal Federal brasileño decidió, por siete votos contra tres, conceder la extradición de Firmenich y generó todo tipo de reacciones.¹⁸ Entre los que redoblaron sus críticas a la medida y expresaron su solidaridad con el dirigente preso estuvo el presidente del Partido de los Trabajadores (PT), Luiz Inácio “Lula” Da Silva. Definió la decisión judicial como “absurda” porque “rompe la tradición brasileña de dar abrigo a refugiados políticos”.

Pidió, además, la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas (ACNUR). “Considerando que la estructura represiva se mantiene intacta en la Argentina, lo que podría significar el asesinato del líder político, venimos a solicitar la concesión del estatus de refugiado político a Firmenich ya que es la última forma de garantizar la libertad y la vida”, escribió Lula en una carta dirigida al titular del organismo, Paul Hartling.¹⁹

Entretanto, los abogados de Firmenich buscaban

los resquicios judiciales para demorar y lograr la revisión de la medida, y se organizaban manifestaciones en Río de Janeiro. Una de ellas fue realizada el 27 de junio, que terminó frente al palacio municipal y contó con la participación de Lula y de los gobernadores Leonel Brizola (Río de Janeiro), Paulo Franco Montoro (San Pablo) y José Richerd (Paraná). Además, estuvo el vicegobernador de Mato Grosso, Rames Tebelt, y representantes de los gobernadores de Minas Gerais y Espírito Santo, junto con varios legisladores.²⁰

En Buenos Aires también avanzaba la campaña contra la extradición. El lunes 20 de agosto, *La Voz* publicó una solicitada titulada “Por la no devolución de Mario Eduardo Firmenich”, que planteaba que no había “garantías” para su vida; que se priorizaba la acción sobre un líder político mientras “los genocidas de la dictadura militar, que cometieron miles de ilícitos y violaciones a los derechos humanos, aún siguen sin castigo”; y señalaba que la persecución se había hecho extensiva a su esposa. Estaba acompañada por varios centenares de firmas, entre las que se encontraban las de Emilio Mignone, Rubén Milito, Carlos Kunkel, Eduardo Olmos, Osvaldo Pepe,

Emilio Pérsico, Enrique Rodríguez, Vicente Leonidas Saadi, Luis Salinas, Jorge Salmón, Adela Segarra, Raúl Spina, Bruno Tavano, Bernardo Tirelli, Andrea Tolchinsky y Eloy Torres.²¹

Sin embargo, el proceso siguió adelante. Firmenich logró la solidaridad de figuras como los presidentes Hernán Siles Zuazo (Bolivia) y Felipe González (España) y de Paulo Freire. “Como demócrata, como latinoamericano, como pedagogo y como militante del Partido de los Trabajadores expreso mi oposición a la extradición del compañero Mario Firmenich”, sostuvo Freire.²²

El 21 de octubre, Firmenich llegó finalmente a la Argentina. Iba custodiado por el subsecretario del Ministerio del Interior, Raúl Galván, que encabezó la comisión de la Policía Federal que lo fue a buscar a Brasilia. El viaje no fue tranquilo. Firmenich no dejó de pensar que lo iban a matar. “Nos contó que se pegó un julepe en el avión, que pensaba que lo iban a liquidar. Que se cortó la luz”, relata Zarina, su madre.

El vuelo atravesó una fuerte tormenta y tuvo que hacer escala en Paraná, para finalmente llegar a la Base Aérea de El Palomar. Desde allí lo llevaron hasta el Departamento Central de la Policía Federal

a la espera de los planteos judiciales. Estaba involucrado en tres causas: la muerte del empresario Francisco Soldati, el atentado contra el ex funcionario de la dictadura Juan Alemann y el secuestro de los hermanos Born.

LA VOZ II

Las elecciones se habían perdido y la persecución a los jefes de la organización avanzaba. Ante esa situación, se tomó la decisión de darle voz a Firmenich y que tuviera proyección política hacia las masas. Así fue que comenzó a escribir una serie de columnas de opinión que, a diferencia de muchas otras, aparecieron con su firma y fechadas en Villa Devoto, su lugar de detención.

La primera —“Ideas nuevas para soluciones reales a propósito del Beagle”— apareció el 24 de noviembre de 1984 y propuso la abstención ante la consulta electoral no obligatoria para aprobar o rechazar el tratado acordado entre la Argentina y Chile. Como alternativa a ese convenio, Firmenich impulsaba una reunión de todos los partidos políticos de la Argentina, Bolivia, el Brasil, Chile, el Ecuador, el Paraguay, el Perú y el Uruguay para

buscar un “acuerdo global, multilateral y simultáneo”.

El 20 de diciembre de 1984, hizo una discusión pública con las posiciones de la Juventud Radical y marcó la necesidad de trabajar en forma unificada la convocatoria a la “Marcha de la Resistencia”, prevista para ese día, y la marcha en defensa de la democracia, que se haría el día siguiente. “Unidad nacional y pluralismo ante los reclamos de justicia” fue el título de esa columna, en la cual llamaba a la Juventud Peronista a “convocar a participar masivamente” en ambas movilizaciones y buscar “una síntesis integradora de las banderas nacionales y populares”.

En su siguiente columna, “Sobre las luchas sindicales y una alternativa de poder político”, Firmenich agitó la necesidad de que el movimiento obrero se propusiera una “estrategia de poder político” ante el rumbo del gobierno.

El 5 de febrero de 1985 volvió sobre un debate que lo afectaba directamente, con una columna titulada “Otra vez ‘la conspiración terrorista internacional’”. Daba respuesta a un informe que hablaba sobre el supuesto peligro del “rebrote subversivo”. Era un texto cruzado por información

de inteligencia que mezclaba siglas de organizaciones políticas de la región. En esa nota negaba que propiciara la lucha armada, recordaba que ya había tenido que desmentir su supuesta participación en atentados y volvía a reivindicar el derecho a la rebelión ante la opresión, negando el carácter de “terrorista” de Montoneros. “Aclaremos entonces qué es el terrorismo. Se trata de la política de controlar a los sectores de la población mediante el terror. Por nuestra parte, jamás hemos practicado tal política. En cambio, hoy en día nadie duda de que la dictadura sí ha procurado mantener controlado al pueblo y a su clase trabajadora mediante el terror”, escribió.

La columna del 13 de febrero la dedicó a la “Renovación y democracia interna en el peronismo”. Aprovechaba para pasar factura al sector del PJ que había hegemonizado el proceso de salida de la dictadura y llevado a Herminio Iglesias como candidato a gobernador bonaerense. Comparaba eso con los “procedimientos que llevaron a la derrota del proceso de liberación de 1973”.

Firmenich reclamó luego desde *La Voz* el voto directo para los afiliados, la creación de la JP como

cuarta rama del Movimiento Peronista; el “estricto cumplimiento del 25 por ciento de poder para cada una de las ramas” y el “voto libre” de los congresales para elegir una nueva conducción partidaria.

La última columna fue publicada el 26 de febrero. “Reflexiones sobre la renuncia de Isabel” fue su título y destacó la decisión de María Estela Martínez de Perón de renunciar a la presidencia del PJ. Fustigó entonces a Lorenzo Miguel y Herminio Iglesias por no querer aceptarle la dimisión y bloquear los caminos para la renovación.

LA CAUSA DE ROMERO VICTORICA

Para Claudio “Polito” Polosecki, ex militante comunista, periodista profesional y antiguo contacto de Montoneros en la agencia Noticias Argentinas, la decisión de hacer un decreto que incluyera a los jefes guerrilleros sólo tenía el objetivo de “equilibrar” la situación.

“Nadie esperaba que alguno de ellos iba a presentarse, como ocurrió con Firmenich. Y de pronto se encontraron con que lo tenían a Firmenich y no podían juzgarlo, porque lo único que tenían era

un libro de Graham-Yooll”, dice Polosecki, quien pasó a convertirse en el “testigo clave” de la jugada alfonsinista en la causa por el secuestro de los hermanos Born.

José Ignacio López, que ya no era periodista del extinto diario *La Opinión* sino vocero presidencial, fue el encargado de acercarlo a la causa judicial que desvelaba al gobierno. “Me dijo que le había contado a Alfonsín que conocía a alguien que había estado en la conferencia de prensa y que Alfonsín quería saber si yo estaba dispuesto a dar testimonio. Me sorprendió mucho la situación. Yo le respondí lo único que se me ocurrió: ‘¿Él, qué cree que voy a hacer?’, y me dijo: ‘Cree que sos un patriota’”, relata.

Polosecki —que luego escribiría algunos discursos de Alfonsín— creía que tenía que declarar por el simple hecho de que se trataba de un “hecho de información pública”, que en aquel momento no había podido publicar en Noticias Argentinas, pero había hecho circular la información para que otros la publicaran. “Además, yo no acusaba a nadie, lo único que me pedían es que prestara testimonio sobre algo que yo había presenciado”, agregó.

—¿Alguna vez hablaste de todo esto con

Alfonsín?

—Lo hablamos, pero no mucho. Era un tema difícil para él porque los juicios no fueron lo que él quería. Alfonsín había dicho en sus primeros discursos que no se podía dejar las violaciones a los derechos humanos sin una revisión judicial, pero también dijo que ningún país avanza con los ojos en la nuca. Ahí planteó los tres tipos de responsabilidad: el de los que planificaron y dieron las órdenes, que debían recibir todo el peso de la ley; el de los que se excedieron en el cumplimiento de las órdenes, que debían ser sancionados; y que había que contemplar a los que cumplieron órdenes, que actuaron bajo la debida obediencia porque no podían hacer otra cosa. Cuando quiso llevar la ley al Congreso para modificar el Código de Justicia Militar, para que la justicia civil pueda juzgar los casos de lesa humanidad, se encontró con el planteo del PJ que decía que había que juzgar a todos. Eso le implicó una negociación con Sapag, que tenía un hijo desaparecido, para poder sacar la ley. Pero tuvo que incluir eso de “delitos aberrantes” y delitos aberrantes son todos, y finalmente hubo una andanada de causas judiciales. Pero lo que quería Alfonsín era hacer una docena de juicios y cerrar el

tema.

La misma tarde en que le dio el sí a López, lo llamó el fiscal Romero Victorica. Se vieron en el café Tortoní y el fiscal llegó con el expediente bajo el brazo. Hablaron y acordaron que declararía en los próximos días. Cuando la conversación judicial estaba agotada, Romero Victorica le dijo si le podía presentar a Alfonsín, y Polosecki, ya por ese momento secretario de Redacción de la agencia DyN, le dijo que sí. Pagaron la cuenta y caminaron esas pocas cuadras que separan al Tortoní de la Casa de Gobierno.

“Estábamos en el despacho de José Ignacio, que iba y venía, y de pronto Romero Victorica se puso pálido. ‘Me olvidé el expediente en el bar’, dijo. Bajó corriendo y mandó a su chofer a buscarlo”, cuenta Polosecki y sonríe con ironía.

El 22 de noviembre de 1984, Polosecki fue a declarar al Juzgado Federal nº 1 de San Martín ante el juez Carlos Luft. Le pidió a su padre que lo acompañara y se pasó allí todo el día. Mientras él realizaba los trámites judiciales, su padre se cruzó en el pasillo con el entonces secretario letrado de la Procuración General de la Nación, Alfredo Bisordi, y le preguntó si tenía algo que ver con José

Polisecki. Le dijo que era su sobrino, aunque el apellido difería porque cuando llegaron al puerto de Buenos Aires desde Europa un funcionario lo anotó a él con un apellido y con otro a su hermano.

—La casa de Libertad, donde se hizo la conferencia de prensa a la que fue su hijo, es la misma donde mataron a su sobrino.

Polosecki padre casi se muere de un infarto allí mismo.

“Era la misma casa. La había utilizado un grupo operativo de policías y parapoliciales que tenían su emprendimiento privado y habían secuestrado a mi primo y le pidieron a mi tío un millón de dólares. Finalmente mataron a mi primo porque reconoció a uno de ellos y mi tío, Elías Polisecki, se gastó toda la plata que no pudo pagar en el rescate para pagar una investigación privada. Supo quiénes lo habían matado”, recuerda Polosecki.

Por la tarde, lo carearon con Firmenich. Su equipo de defensa estaba encabezado por el abogado de la CGT, Fernando Torres, y los letrados Osvaldo Joaquín Beatti y Gustavo Alberto Semorile. Al año siguiente designaría como abogado codefensor a Marcelo Ricardo Palenque.

Al abrirse la puerta de la sala donde se haría el

encuentro, el jefe montonero apareció con el Código Penal bajo el brazo. “Romero Víctorica, que es un canchero bárbaro, le dijo: ‘Se equivocó, el que tiene que estudiar es este’ y le mostró el Código de Procedimiento Penal”, sonríe Polosecki.

Durante el careo se produjo cierta tensión. Firmenich empezó a poner en duda las palabras del periodista. Lo interrumpía, le preguntaba qué edad tenía en 1975, quién le había pagado para declarar y presiones de ese tenor. “Le pregunté al juez si tenía que responderle a Firmenich y el juez me dijo: ‘Usted me tiene que responder a mí’, así que giré mi silla y quedé de perfil a Firmenich y no lo miré más. Se había puesto agresivo porque mi presencia les quemaba los papeles”, recuerda.

“Todo eso me molestó mucho porque yo no fui de Montoneros porque era del PC. Podría haber sido mi jefe político y me pareció berreta que me dijera que me habían pagado. Yo había estado allí. Me molestó que negara el hecho como si fuera un ladrón de gallinas. Me molestó que no asumiera su compromiso, su responsabilidad política”, señala “Polito”, como lo conocen sus colegas.

La declaración de Polosecki fue en el mismo sentido que la de otros seis periodistas que

declararon. El único que declaró algo diferente fue Fernando del Corro, de la agencia EFE, que casi queda detenido por falso testimonio. Menos él, todos coincidían en que Firmenich había anunciado que verían a Jorge Born y que habían coincidido durante un segundo en la misma sala.

El jefe montonero sostuvo desde la primera declaración ante el juez Luft que no había tenido participación en el secuestro y sólo admitió que participó de la conferencia de prensa previa a la liberación de Born. Pero negó haberse cruzado con él. Allí estaba la clave de la acusación de la fiscalía. “Él sostiene que la organización estaba compartimentada y que no había absolutamente ningún contacto con los jefes de grupos que manejaban algunos tipos de operaciones especiales”, explicó Torres, uno de sus defensores.²³

La causa no fue simple para los abogados de Firmenich. Había una decisión política y varias de las medidas presentadas fueron rechazadas. Por ejemplo, se negó la declaración de dos testigos de la defensa, Jorge Luis Bernetti y Carlos Muñoz, y se ordenó sacar del expediente unos recortes periodísticos que señalaban que Eugenio Benjamín

Méndez, testigo de la fiscalía, era un agente de los servicios de información de las fuerzas armadas.

Los abogados Beatti y Semorile hablaban de “arbitrariedad” de parte del juzgado y de la violación reiterada de “la imparcialidad que debe mantener frente a la fiscalía y a la defensa”. Insistían: “El procurador general de la Nación, su secretario letrado, el fiscal federal de San Martín y el juez actuante trabajan en equipo, no para buscar la verdad, sino buscando la condena”.²⁴

El 7 de noviembre de 1985, el fiscal Romero Victorica pidió que, por los delitos de doble secuestro extorsivo y doble homicidio calificado, Firmenich fuera condenado a la pena de reclusión perpetua más la accesoria de reclusión por tiempo indeterminado.

La defensa respondió desde su posición: dijo que era una causa eminentemente política, invocó el derecho a rebelión y subrayó el carácter válido del poder popular. El descargo, de 231 fojas, terminó pidiendo la absolución del jefe montonero.

LEGALIZACIÓN

El 25 de octubre de 1984, Firmenich quedó

alojado en el penal de Villa Devoto. Tenía 36 años. Ese fue su nuevo frente de batalla política y la piedra de toque de muchos dirigentes. Algunos querían que se supiera que pasaban por allí y otros lo ocultaban. Desde el penal, Firmenich dio instrucciones para el naciente Peronismo Revolucionario, que se había conformado sobre las cenizas de Intransigencia y Movilización Peronista.

En sus declaraciones ante la Justicia, ya sea por el caso Born o por las causas sobre la muerte de Soldati o el atentado a Alemann —que llevaba el juez Fernando Archimbal—, Firmenich siempre volvía a analizar detalladamente “el enfrentamiento a lo largo de la historia entre el pueblo y la oligarquía”. Allí radicaba la explicación del accionar de Montoneros; se trataba de una lucha política que enfrentaba distintos proyectos de país. Su preocupación estaba centrada en evitar simplificaciones, en que se dejara de hablar de “la violencia” en abstracto.

Cada uno de esos trámites judiciales, que se repitieron en la causa Born, fue acompañado de poderosos operativos de seguridad. Firmenich era sacado del penal con chaleco antibalas y viajaba en un camión celular escoltado por motociclistas y

patrulleros. Se llegaron a utilizar dos tanquetas y en general no había menos de cien efectivos, entre policías bonaerenses y federales.

Con el jefe preso, la organización pasó a tener como meta su liberación y la campaña nacional e internacional continuó. Se buscó aprovechar al máximo las relaciones internacionales logradas durante la lucha antidictatorial y las visitas a los dirigentes y funcionarios de los distintos gobiernos fueron dando sus frutos: el 3 de noviembre de 1984, Firmenich fue declarado “ciudadano honorario” por el Concejo Deliberante de Río de Janeiro.

Trece días después, llegó a Buenos Aires una delegación de concejales cariocas para entregar personalmente la distinción a Firmenich. La iniciativa había surgido del concejal Carlos Imperial, del Partido Democrático Laborista, pero logró el apoyo de los representantes del Partido Movimiento Democrático, del Partido de los Trabajadores y del Partido Democrático Social.

El primer secretario del Concejo Deliberante, Antonio Pereira, junto a los concejales Carlos Imperial, Bendita Da Silva y Aloisio Pereira (h) se reunieron en Buenos Aires con el subsecretario de Derechos Humanos, Eduardo Rabossi. Le

comunicaron oficialmente la distinción y el funcionario contraatacó: sacó de su biblioteca un libro y se los regaló. Era *La soberbia armada*, de Pablo Giussani. Además, en una conferencia de prensa posterior dijo que la distinción era una “intromisión en los asuntos internos del país”.²⁵

Pese a sus gestiones, los concejales brasileños no pudieron ver a Firmenich y se contentaron con hacer una conferencia de prensa junto a sus padres, Víctor y Zarina. A ellos les dieron la hoja con la distinción.

ELENA HOLMBERG

Durante esos años, volvieron una y otra vez las acusaciones sobre su vinculación con la Junta Militar, en particular con Massera. Debió responder varias veces sobre el tema. Una de ellas fue ante el juez Miguel Pons. Negó que hubiera intentado contactos con el jefe de la Armada y que la decisión de permitir que se jugara el Mundial 78 tuviera que ver con algún pacto con los militares.

“Era conveniente aprovechar esa circunstancia para que la opinión pública mundial tomara conocimiento de la situación real que se vivía en el país en materia de represión”, explicó ante el juez y

también negó su relación con la muerte de Elena Holmberg. Dijo que conoció el tema por los medios y que por esa misma vía supo que su muerte estaría relacionada a “eventuales desacuerdos o denuncias sobre el Centro Piloto de París”, el centro de inteligencia montado con cobertura diplomática para cazar militantes en el exilio.²⁶

Holmberg era una diplomática argentina que había sido enviada a París en 1978 para asistir a la formación del Centro Piloto, cuyo objetivo formal era contrarrestar la “campana antiargentina” de los militantes exiliados y terminó promocionando la figura del almirante Massera. Según denunciaron sus hermanos, ella conoció información que comprometía al ex jefe de la Armada: su participación en la logia masónica Propaganda Due y sus supuestas negociaciones con Montoneros para lograr una tregua en el Mundial 78. Dijeron, incluso, que tenía una foto del encuentro entre Massera y Firmenich en el Hotel Intercontinental, en París. Si la foto existió, nunca se publicó.

También Gregorio Dupont, un diplomático amigo de Elena, habló de esos vínculos. Su hermano Marcelo fue secuestrado y asesinado en 1982 como represalia por la colaboración que él estaba dando

para la investigación judicial que impulsaban los hermanos Eugenio, Enrique, Ernesto y Ezequiel Holmberg, cuando aún la dictadura no había caído.

“Le pregunto si es verdad lo que había salido en el diario *Le Monde* sobre una reunión de Massera con los Montoneros y Firmenich, y ella me dijo, no sólo es verdad, sino que se les entregó una suma, un millón doscientos, un millón trescientos, no recuerdo bien, una suma superior al millón de dólares, y me dijo que lo podía probar”, dijo Dupont en agosto de 1985 ante la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional que juzgó a las juntas militares. Esa conversación había transcurrido en un bar de Recoleta, unos días antes de que ella fuera secuestrada, en diciembre de 1978.

Aunque en su declaración ante el tribunal mostró un testimonio escrito del director del diario *La Prensa*, Máximo Gainza, en el cual relata una reunión con Massera, en enero de 1979, donde el marino habría confirmado que se había reunido con montoneros “perejiles” pero no con Firmenich, Dupont volvió sobre ese supuesto encuentro en París y citó un diálogo con Héctor Villalón.²⁷

En ese encuentro con Dupont, que se realizó en París, Villalón le habría dicho que “efectivamente

Massera entregó una suma grande de dinero para obtener una tregua con motivo del Mundial del 78". Sin embargo, Villalón se negó a realizar esa misma declaración ante tribunal alguno.²⁸

El 23 de diciembre de 1978, el cuerpo de la diplomática apareció flotando en el río Luján, en el Tigre. Había sido secuestrada tres días antes en el centro porteño. La investigación judicial no logró mostrar a los responsables del crimen, pero sus hermanos siguieron señalando a Massera y a la patota que operó en la ESMA.²⁹ Para el segundo semestre de 1978, Massera no era más el jefe de la Armada y había fundado el Partido para la Democracia Social, con el que pensaba competir en elecciones condicionadas por la Presidencia de la Nación.

Ese supuesto encuentro es una denuncia sin pruebas y apoyada en declaraciones de terceros que aseguran que Holmberg les dijo que tenía una foto de ambos jefes sentados a una mesa. Su muerte ayuda, según los denunciantes, a dar peso a la versión, pero Elena también hablaba sobre las actividades de Massera en el exterior, que excedían las tareas de contrarrestar la campaña de denuncia de los militantes exiliados, incluyendo la promoción

política y económica del almirante. Esto no es suficiente para dar por hecho que Firmenich se sentase a negociar con el asesino de sus compañeros. Que no esté probado no significa que el episodio no haya existido, aunque no sea muy plausible en la coyuntura de la época.

Montoneros no tenía pruritos para dialogar con sus enemigos (en cierto aspecto, de eso se trata la política). De hecho, en el año 1975 contactó al general Harguindeguy para intentar canjear la vida de Quieto por dinero. Pero en el año 1978, fecha indicada para el supuesto encuentro Massera-Firmenich, no había nada para negociar en términos políticos o materiales: el aparato represivo había diezmado a la organización y los jefes militares contaban con el financiamiento del Estado. Firmenich les servía más en una pica en una plaza pública que en una mesa de negociación.

LEGALIZACIÓN II

En el penal de Villa Devoto, Firmenich estaba aislado del resto de los reclusos pero tenía un amplio régimen de visitas. Se levantaba temprano y escuchaba los programas de radio de Madgalena

Ruiz Guiñazú, Bernardo Neustadt y Rolando Hanglin. Hojeaba *Ámbito Financiero*, *Clarín* y *La Nación*. Luego llegaba su esposa. Por la tarde, tenía las visitas políticas. Iban principalmente los que no tenían pedidos de captura, como Jorge Falcone o Emilio Pérsico. Los que estaban perseguidos comenzaron a ir después, pero eso no significaba que no lo apoyaran sino el simple uso del sentido común. En 1990, ya sin peligro de ser detenido, lo visitaría el ex gobernador Bidegain.

Para ver al jefe de lo que había sido Montoneros había que atravesar varias rejas y llegar a un patio, que se conectaba con una especie de sala de espera. Ahí había un escritorio y dos sillones. Además, tenía otro espacio para dormir y ver televisión. Ese cuarto le dio la privacidad necesaria para concebir otros dos hijos estando detenido.

Mientras Firmenich iba armando su estrategia de defensa, varios sectores de la Juventud Peronista comenzaban a reunirse para pasarle la factura a la conducción del Partido Justicialista. Sentían que la derrota del '83 latía como una herida que se niega a cicatrizar.

Bajo la sigla JP comenzaron a reunirse peronistas de todos los sectores: montoneros, galimbertistas,

guardianes. El rejunte funcionó un tiempo pero a poco de andar comenzaron a verse las diferencias incluso entre los sectores de Montoneros; algunos cuestionaban a la Conducción Nacional y se sentían más cerca del alfonsinismo. Allí se contaban Kunkel y Gullo, que habían formado parte de la Conducción Táctica de la organización, o Patricia Bullrich, que revistaba en las filas del galimbertismo.

Con la ruptura de la Conducción Táctica y la Conducción Estratégica (Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja), algunos dirigentes de la Conducción Táctica se cortaron solos y fueron a buscar financiamiento a Cuba; pero el gobierno de Castro ya había decidido que no salía un solo dólar de la isla.

En ese burbujeo político, Pablo Unamuno, ex militante de la Unión de Estudiantes Secundarios e hijo del sindicalista vadorista Miguel Unamuno, tomó distancia de Patricia Bullrich y se acercó a la Conducción Nacional. “Promediando los 80, me doy cuenta de que el aporte más importante que la sociedad argentina les pide a los Montoneros es que hagan su autocrítica y aporten a la reconciliación nacional. A partir de eso yo comienzo a trabajar para esa estrategia”, dice Unamuno.

“Ni siquiera en la CN había una síntesis sobre el tema. No por casualidad Pepe estaba preso y los otros dos no. Es decir, lo de Pepe no es una casualidad, es una decisión política. Creo que Pepe hace todo lo posible por legalizarse. Estar preso es una manera de legalizarse. La estrategia final de Pepe es su legalización definitiva para su retorno a la política y la legalización de la fuerza política. Muchas cosas se hacen tironeadas, a veces te apuran para que hagas cosas. Creo que nunca el Pelado [Perdía] y el Vasco [Vaca Narvaja] estuvieron convencidos de esa estrategia”, reflexiona.

—¿Pero él intentó otra vía antes de entregarse a la Justicia?

—No lo puedo asegurar. Creo que en ese momento no había margen político. Si casi no había margen político en el gobierno de Menem para la amnistía, mucho menos en el '83. No había otra que hacer un proceso de legalización. Y lo hemos debatido mucho. Y había posiciones más insurreccionalistas. Pepe se encargaba sistemáticamente de combatir esas posiciones pro insurreccionalistas.

Pero también tuvo que dar batalla con las posiciones más “politiqueras” porque —explica

Unamuno— para “Pepe era tan peligrosa una como la otra. ¿Qué garantías tenía de que otros no se salgan con la suya y lo dejen preso? Se encargaba sistemáticamente de neutralizar al ala que lo podía poner en peligro por izquierda, o de enchastrar al ala que por derecha lo podía negociar”.

Falcone comenzó a visitar a Firmenich como secretario de Prensa del Peronismo Revolucionario (PR). La fuerza, que se aglutinó en torno a la figura de Firmenich después de la fractura con Intransigencia y Movilización, se había constituido formalmente el 18 de agosto de 1985 durante un plenario nacional realizado en Mendoza. Se autoproclamaba como una “corriente interna del Partido Justicialista” y planteaba la necesidad de formar “una alternativa de poder frentista, nacional y popular, contra las imposiciones del FMI”. Cuestionaba, ya desde esa definición, el programa económico del gobierno de Alfonsín, al que consideraba sujeto “a los dictados de la usura del gran capital financiero internacional”.

Pedían la libertad de todos los presos políticos —especialmente Osvaldo Lovey, Obregón Cano y Firmenich— y daban un “respaldo absoluto” al plan de lucha lanzado por la CGT que encabezaba

Ubaldini, que para ese momento ya había dirigido dos huelgas y preparaba una más para el 29 de agosto.

El 27 de agosto se publicó el documento del PR “Democracia con justicia social para la liberación o democracia colonial para la dependencia”, a doble página en *La Voz*. Allí sintetizaban los debates de los 120 delegados reunidos en Mendoza. En la mesa de conducción estaban Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja, Pérsico, Jorge Cepernic, Gustavo Gemelli, Jorge Salmón, Inés López y Unamuno, entre otros. Pero las definiciones de fondo las terminaban tomando los primeros tres.³⁰

“Pepe era como el prestidigitador ese que les da envión a los platos para que sigan girando solos sin que ninguno se caiga. Tenía interlocución federal con todos los frentes y en todas las provincias. Esto es, con los cuadros integrales que representaban nuestras políticas en Patagonia, Centro, Cuyo, Norte, Litoral. Y a la vez, con los frentes de masas, con las representaciones de Juventud, Universidad”, dice Falcone al recordar la tarea que desarrollaba Firmenich desde la cárcel.

Falcone lo iba a ver también como representante de la fuerza sociopolítica organizada

territorialmente en La Plata, Berisso y Ensenada y le pedía opiniones: “La dinámica con Pepe era poner a sus consideraciones políticas territoriales e intercambiar. Uno le abría el damero y le daba la posibilidad de que el enemigo no cortara ese cordón umbilical con una visión que considerábamos aguda, rigurosa, estratégica, que nos gustaba. Intercambiábamos lo táctico, el día a día, con la interpelación que a él le podía merecer lo que íbamos haciendo”.

El 14 de marzo de 1986, el Peronismo Revolucionario salió a la calle e hizo su primer acto público. Fue para recordar el triunfo electoral de la fórmula Cámpora-Solano Lima. La nueva Orga, que ratificó su respaldo al plan de lucha de la CGT, logró sumar unas cuatro mil personas en plaza Once y llevó puertas afuera del penal la palabra de Firmenich, que envió una carta.

“Estamos construyendo una fuerza política organizada que represente y ocupe este espacio como corriente interna del movimiento peronista y del Partido Justicialista y se trata de una organización enteramente legal. Eso quiere decir que se trata de una fuerza constitucionalmente democrática, encuadrada tanto en el estatuto de los

partidos políticos como de la carta orgánica partidaria”, escribió Firmenich.³¹

MENEM PRESIDENTE

“El proyecto de Pepe tiene una matriz que tiene que ver con el peronismo y una reconciliación entre los peronistas primero. Es decir, reconciliar a los Montoneros con los peronistas, y después reconciliando a la violencia que expresó el peronismo con Montoneros con la sociedad. Es una lectura más totalizadora y no maniquea como la teoría de los dos demonios”, dice Unamuno, que por su condición de montonero no combatiente e hijo de un sindicalista vandorista se convierte en el mejor interlocutor de esa estrategia. Él había sido militante de la UES pero no llegó a encuadrarse en la Orga. El golpe de 1976 lo encontró apartándose de la militancia política e ingresando en la facultad. Eso lo dejó “limpio” para encarar las negociaciones que vendrían.

En ese esquema de legalización y reconciliación se impulsó la precandidatura a diputado nacional de Firmenich para las elecciones legislativas de 1987, que requería la necesaria excarcelación. El anuncio

se hizo el 24 de septiembre de 1986, durante una conferencia de prensa que encabezaron Unamuno, Gustavo Gemelli y Jorge Reyna, quienes pedían al PJ porteño que aceptara la afiliación de su jefe. Uno de los que salió a responder fue Carlos Ruckauf y definió la decisión como “una provocación” cuyo resultado sería “en beneficio exclusivo del radicalismo”.³²

Pero mientras se daba la batalla legal y mediática, los militantes del PR lanzaron una campaña en las calles que contaba con el aval de Pepe. La mayor jugada fue colgar largos y estrechos carteles con la consigna “Firmenich diputado”, que cubrieron casi toda la extensión de las cuatro caras del Obelisco. El operativo había sido comandado por Zverko, que llegó a evaluar la posibilidad de contratar elefantes para que desfilaran por la avenida 9 de Julio con carteles de “Libertad de Firmenich”.³³

Ante la demora en la resolución judicial, Firmenich resignó la candidatura.³⁴ La Cámara Federal le demostró que estaba en lo cierto: el 4 de marzo de 1987 denegó el recurso extraordinario ante la Corte Suprema de Justicia para obtener el beneficio de la excarcelación. Unos días después, el

PR volvió a recordar el triunfo de Cámpora en 1973 con un acto en plaza Once y Firmenich mandó un mensaje grabado donde definió al gobierno de Alfonsín como una “segunda república colonial” que se expresaba en “el continuismo de la estrategia económica” de la última dictadura.³⁵

A principio de abril llegó el papa Juan Pablo II, y los jefes montoneros dejaron en claro su posición ante el religioso al proponer una “Oración por la paz, la democracia, la justicia social, la autocrítica, la reconciliación y la liberación para la nación y el pueblo argentinos”, que publicaron en forma de solicitada.

Los montoneros reconocían su “culpa” histórica y pedían que Dios se apiadara de quienes los habían perseguido y que sus enemigos tuvieran el “coraje” de arrepentirse. Es decir, asumían responsabilidad pero reclamaban que los demás partícipes hicieran lo mismo.

El texto incluía un agradecimiento al Santo Padre por su intervención a fines de 1978, que evitó el enfrentamiento con Chile, y fuertes críticas a la política económica, que seguía a pie juntillas las definiciones del FMI.³⁶

El programa que en ese momento levantaba el PR

incluía la revisión de la deuda para definir qué parte era legítima y qué parte ilegítima, democratizar la economía poniendo a las multinacionales “bajo el imperio riguroso de la ley” e investigar los fraudes económicos que había dejado la dictadura.

Toda esa gran campaña política no logró frenar el fallo del juez Luft, que el 19 de mayo de 1987 condenó a Firmenich a reclusión perpetua, limitada a los 30 años porque esa fue la pena máxima establecida en la extradición brasileña. Según esa sentencia, debía permanecer tras las rejas hasta el mediodía del 13 de febrero de 2014. El magistrado lo consideró “coinstigador” y “coautor” del secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born, que terminó con dos muertos, el chofer Juan Carlos Pérez y Alberto Bosch.

En ese proceso político, que incluía la condena judicial pero también los planteos de pacificación y reconciliación, Montoneros se fue acercando a Carlos Saúl Menem. Ese camino no fue simple ni directo, significó una fuerte disputa puertas adentro de la Orga, que se terminó de definir en el Consejo Federal, que se realizó en Cuernavaca, México, para que pudieran asistir Perdía y Vaca Narvaja, que permanecían en el exilio. Ambos vivían entre el

Perú y el Uruguay, protegidos por acuerdos políticos con las fuerzas de esos países.

La discusión fue muy compleja pero finalmente se definieron por Menem y dejaron la renovación cafierista, filosocialdemócrata, de lado. Firmenich se había hecho escuchar a través de su fiel secretario Montoto pero también por medio de su cuñado Guillermo “Polo” Martínez Agüero.

Los “pepistas” habían llegado con una carta importante, que permitió torcer la posición de Perdía y Vaca Narvaja, que eran *primi inter pares*: tenían el compromiso de Menem de respetar los “diez puntos” del programa del PR —que llevaba a la cabeza la liberación de los presos— y el acuerdo de presentar públicamente el apoyo con una conferencia de prensa. “Pepe decía: ‘Los acuerdos se cumplen cuando son públicos’”, rememora Unamuno.

Sin embargo, la tensión que generó esa definición aportó más elementos a la futura ruptura, que en ese momento no podía mostrarse como tal. “Las políticas de reconciliación para muchos sonaban a una especie de claudicación, una especie de rendición. Y eso se mezclaba en el debate de Cuernavaca en el apoyo a Menem”, reconoce

Unamuno.

El encuentro duró cuatro días y se hizo en una casa quinta conseguida por intermedio de Juan Manuel Abal Medina, que trabajaba en México en el Ministerio del Interior. Era una casona con pileta, que utilizaban las fuerzas especiales mexicanas para hacer entrenamientos.³⁷ La discusión no fue simple, pero ninguno de los otros candidatos había ofrecido tanto como Menem. Eso volcó la balanza. Los pepistas habían jugado a fondo y lograron sumar el apoyo de los representantes de Santa Fe, el norte del país y Cuyo, y después de mucho discutir lograron “roer” a Entre Ríos, provincia de Buenos Aires y Capital Federal. “Era la mejor oferta. Y aun perdiendo lográbamos pararnos como corriente interna dentro del peronismo”, explica Unamuno, y dice que con el aval de Cuernavaca fueron a ver a Menem.

—¿Por qué Firmenich decide ir con Menem?

—Creo que Pepe era el más peronista en términos vinculados a que reivindicara el peronismo de Intransigencia, de Saadi. Lo otro era un peronismo más parecido al radicalismo, por eso le decíamos la “cafieradora”. Y gran parte de nuestra fuerza había construido poder junto a Cafiero o junto a algunos

gobernadores que se alineaban con él.

Los encargados de la gestión ante el riojano fueron Unamuno y Gemelli, marido de Patricia Vaca Narvaja, que viajaron a Mar del Plata con los “diez puntos” del programa político del PR. Menem los recibió en su habitación del Hotel Hermitage —que gentilmente le cedía el empresario hotelero y de medios Florencio Aldrey Iglesias— con el torso desnudo.

“La reunión se hizo al mediodía, fue larga, como de 40 minutos. Repasamos uno por uno los puntos y Menem dijo a todo que sí. Él no pidió nada en especial, sí que bancáramos la campaña y todo eso. Cuando salimos fuimos a buscar una cabina para llamar a los muchachos: creo que hablamos con Pepe, Perdía y con el Vasco”, dice Gemelli y se ríe al recordar la desesperación con que buscaron ese teléfono público.

Días después se formalizó en una conferencia de prensa la incorporación del PR a la Mesa “Menem Presidente”. En la foto estaban Eduardo Duhalde, candidato a vicepresidente, César Arias, Cepernic, Fernando Galmarini y Unamuno. El anuncio se acompañó con una solicitada que decía que se retomaba “el camino trunco” iniciado por Perón y

Evita y aportaba por “la consumación de la revolución justicialista inconclusa”.

Menem logró que Cafiero, gobernador bonaerense, le concediera las internas abiertas y por distrito único. Esa fue una de las claves del triunfo. Nadie esperaba que Menem, viniendo del interior y sin controlar el aparato, pudiera ganar. Pero ganó.

Con la certeza de ser gobierno en pocos meses, la pata montonera del menemismo inició gestiones para liberar a Firmenich y traer de vuelta, libres de órdenes de captura, a Vaca Narvaja y Perdía.

“Elaboramos el Proyecto Mandela”, dice Unamuno en referencia a una propuesta de amnistía de “características selectivas, con condiciones”, que implicaba “la asunción de responsabilidad política, la recuperación de la memoria” y el pedido de perdón por haberse alzado contra un gobierno constitucional. “Esos podían acogerse a la amnistía”, precisa. Recuerda que Menem dijo que “lo iba a ver” pero no les explicó cómo terminaría resolviendo la situación. Esa propuesta había sido otra de las tantas que Unamuno se había llevado anotada del penal de Villa Devoto.

Desde allí partió Firmenich cuando fue llevado ante la Cámara Federal de San Martín para

presentar el alegato que buscaba una revisión de su condena en primera instancia. Fue una defensa política en la cual habló del decreto 157 como un elemento para equilibrar la condena a las juntas militares y sostener la teoría de los dos demonios, y reiteró el concepto de la “guerra civil intermitente” que vivió el país desde el golpe de 1955.

Con pausas teatrales y miradas intensas al tribunal, Firmenich dijo: “Toda nuestra generación se vio en la obligación moral de ejercer el derecho a la resistencia a la opresión”. Al terminar la audiencia, los dirigentes del PR que estaban en la sala comenzaron a cantar la marcha peronista y el titular del cuerpo, Jorge Barral, ordenó desalojar el lugar.³⁸

En los primeros días de agosto de 1989, la Corte Suprema de Justicia confirmó finalmente la condena a 30 años de prisión. En octubre, la Cámara Federal porteña confirmó la condena por la muerte de Soldati y uno de sus custodios y por el atentado contra Alemann, que no dejó víctimas fatales.

—Usted fue uno de los testigos clave que permitió la condena de Firmenich. ¿Por qué tomó esa decisión? —preguntó un periodista de *Nuevo Sur* a Andrew Graham-Yooll.

—Fue una decisión personal, cuando la fiscalía me pidió que me presentase. Había otras cosas en juego. Por un decreto del '83, Alfonsín dijo que los militares serían juzgados por sus pares y los pares dijeron que no había causa. Para mudar esto a la causa civil, había que recurrir a la teoría de los dos demonios. Para llegar a la instancia del juicio había que equiparar un kilo de manzanas con uno de peras. Para mi interpretación, se necesitaba demostrar que se enjuiciaba a las dos bandas. Si yo no aportaba mi kilo de peras, no se iba a poner al otro kilo de manzanas en la balanza.³⁹

EN CAMPAÑA

El Peronismo Revolucionario cumplió con su palabra de dar apoyo. No sólo hubo dinero —unos “80 mil dólares que administraba Pascualito”—,⁴⁰ que entregaba regularmente Cuba. También pusieron el cuerpo. Fernando Rivas Zucarelli fue uno de los asignados a la estructura de prensa de la campaña presidencial y recuerda la participación de su sector: “El PR y Gastronómicos eran las dos únicas organizaciones nacionales que tenían representación en todas las provincias. Viajé en el Menemóvil, en

el avión, y cada vez que llegábamos a algún lugar estaban las banderas de Gastronómicos y del PR”.

Pero todo pareció naufragar por un reportaje que Unamuno concedió al semanario *El Ciudadano*, que estaba dirigido por la Junta Coordinadora Radical. La nota la firmaba Daniel Juri y el título era una frase de Unamuno: “En este país nadie orina agua bendita”.⁴¹

“—¿Han hablado con el Sr. Menem sobre la situación procesal del Sr. Firmenich, de triunfar el justicialismo en 1989?

”—Uno de los elementos centrales que nos llevó a inclinarnos por su candidatura fue que tanto él como el menemismo se han comprometido a la resolución inmediata de la situación de nuestros compañeros en el '89. Está claro para todos los peronistas que, con el triunfo de Menem, no puede haber un solo justicialista preso ni perseguido. Así que nosotros vamos a seguir luchando para ver cómo se instrumentará esto en su momento. Creemos que una de las formas de resolverlo es el indulto presidencial.

”—¿Esto se lo han planteado en esos términos al Sr. Menem?

”—Así es. Y él se comprometió a resolver el

tema en forma inmediata en 1989...

”—¿Ustedes no creen que, en ese caso, los Sres. Videla, Massera y Camps también van a pedir ser indultados?

”—Sobre las juntas militares pesa el juicio político de la sociedad, por haber tenido toda la responsabilidad de la última dictadura. Y esto es inapelable.”

La revelación del compromiso de Menem estalló con la potencia de una bomba. El riojano estaba en la clásica gira de los candidatos presidenciales por Europa y la publicación del reportaje lo encontró en Roma. “Yo me quería morir, estaba con Menem en Roma, no sabía qué carajo hacer, ni cómo explicar. Al ‘Turco’ le dije la verdad y él me decía: ‘Quedate tranquilo’”, recuerda Unamuno.

Pero en Buenos Aires, los menemistas pedían sangre. Eduardo Menem, entonces senador justicialista, salió velozmente a desmentir a Unamuno y dijo que sus declaraciones eran “absolutamente falsas”. Insistió: “Ya resulta fastidioso tener que aclarar por enésima vez la posición de Carlos Menem, quien dijo y repitió hasta el cansancio que no es su propósito promover indultos ni amnistías”.⁴²

También lo salió a desmentir Eduardo Bauzá. En el radicalismo se frotaban las manos y buscaban las frases más filosas para sacar el máximo jugo del traspié de Unamuno. “Cabe preguntarse si en su proyecto de pacificación Menem piensa indultar a López Rega y los jefes de la dictadura militar”, repetía el diputado Jesús Rodríguez ante cada micrófono que encontraba a mano.⁴³ La frase obviaba que, en el reportaje de *El Ciudadano*, Unamuno había aclarado que el ex ministro de Bienestar Social no entraba dentro de esa definición de que no podía haber “un solo justicialista preso ni perseguido” en el gobierno de Menem.

A fines de noviembre, Bauzá piloteó el debate en el Consejo Nacional del Justicialismo: suspendió la afiliación de Unamuno y envió su caso al Tribunal de Disciplina partidario. Había sumado el apoyo de José Luis Manzano, José Manuel de la Sota, Julio Corzo y Rubén Cardozo; los más dialoguistas habían sido Carlos Grosso, José María Vernet y Eduardo Duhalde.⁴⁴

Finalmente, el joven militante fue corrido del tablero político y se convirtió en “correo” entre Buenos Aires y España. Cada diez días viajaba a Madrid a ver a Bidegain. “Pepe no quería que

ningún documento que sacase la Orga no tuviese su aval firmado”, explica.

EL COMPROMISO

A las 6.30 del lunes 23 de enero de 1989, un camión de reparto de Coca-Cola derribó el portón de ingreso al Regimiento de Infantería Mecanizada 3 “General Belgrano”, en La Tablada. Detrás ingresaron varios autos particulares, con un total de unas cuarenta personas armadas. Varios de ellos estaban vestidos de militares, llevaban la cara cubierta de betún, arrojaban volantes de un inexistente “Nuevo Ejército Argentino” y vivaban al teniente coronel Aldo Rico, que en los últimos dos años había encabezado los alzamientos de Semana Santa y Monte Caseros.

El 2 de diciembre de 1988 se había producido la más reciente revuelta “carapintada”. La había comandado el coronel Mohamed Alí Seineldín. El reclamo era la creación de un instrumento que terminara con los juicios a la mano de obra del terrorismo de Estado. Pero, a poco de andar, se comprobó que el ataque en La Tablada no era realizado por carapintadas sino por un grupo de

militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP). Fue sofocado a la mañana siguiente con el saldo de 29 atacantes muertos y 13 detenidos. Muchos de los muertos habían sido fusilados después de rendirse.

La explicación de la organización, que comandaba el ex cuadro del ERP Enrique Gorriarán Merlo, es que habían ido a frenar un alzamiento carapintada para desmontar un supuesto complot de Menem y Seineldín para dar un golpe institucional. La relación entre uno de los jefes del MTP, Francisco Provenzano, y el ministro del Interior, Enrique “Coti” Nosiglia, comenzó a ventilarse rápidamente y se tejieron conspiraciones. También se habló de que Gorriarán Merlo fue engañado por un sector del Ejército y que la acción terminó sirviendo para cohesionar a los uniformados.

Según análisis conocidos posteriormente, el operativo consistía en simular un alzamiento carapintada y una consiguiente “recuperación” del cuartel por civiles, quienes “encabezarían una insurrección”, fogoneada por militantes del MTP. El plan incluía una movilización cuyo destino era la Plaza de Mayo.⁴⁵

Pero en enero de 1989 todavía no se tenía esa

lectura y muchos olfateaban cosas más oscuras por detrás. El Peronismo Revolucionario salió rápidamente a desmarcarse con un comunicado firmado por Firmenich, Pardo y Oscar Viñas: “La violencia armada por parte de militantes políticos de izquierda no puede tener ninguna justificación en las actuales circunstancias”, dijeron.

Aprovecharon la oportunidad para volver sobre sus reclamos y señalaron que “se impone la necesidad de reencauzamiento de la transición democrática, atemperando las tensiones socioeconómicas, garantizando la pacificación nacional, aportando cada uno su sincera autocrítica para construir la reconciliación nacional, desterrando el estilo de ‘guerra política’ en la campaña electoral”.

Con ese norte de la pacificación nacional, los ex montoneros llevaron su documento “Compromiso solemne por la pacificación y reconciliación nacional” al obispo de Mercedes, monseñor Emilio Ogñénovich. “La verdad histórica es que no hay entre los argentinos absolutamente ningún sector libre de culpa y de errores por los violentos enfrentamientos políticos que han desquiciado el orden jurídico constitucional y han sumido en la

decadencia económico-social a nuestra Patria, para beneficio de intereses ajenos y minoritarios. Es por ello que se impone la necesidad de autocrítica nacional. Nosotros hemos aportado la nuestra”, afirmaban.

En ese documento, firmado por Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja, Cepernic, Bidegain, Montoto, Unamuno y el resto de la conducción del PR, los viejos montoneros hacían su alegato político. Planteaban la “regresión económica” que vivía el país, advertían sobre la falta de “paz social” y señalaban la “insensatez” de dejar abiertas “las puertas a la influencia política del terror y las provocaciones”. Además, marcaban su opción electoral por Menem y Duhalde y, ganase quien ganase, se comprometían a “propugnar y sostener con el ejemplo la realización práctica de la definitiva pacificación nacional”.

Esto no les hacía abandonar sus banderas —que quedaron señaladas en el documento— del derecho a la resistencia a la opresión, basándose en la encíclica *Populorum progressio*, pero al mismo tiempo reafirmaban que renunciaban “al uso de las armas y a la lucha clandestina como sustituto de los mecanismos democráticos para dirimir diferencias

políticas”. La copia que entregaron al obispo fue certificada por el escribano Luis García Orlando, el 21 de abril de 1989.

LA RUPTURA

El triunfo de Menem, el 14 de mayo de 1989, dio cierta certeza de que se cumplirían los acuerdos preelectorales, pero también se aceleró la cuenta regresiva de la ruptura. Los tres jefes de la vieja conducción de Montoneros ya tenían posiciones muy diferentes, que no se expresaron hasta la liberación de Firmenich.

Perdía y Vaca Narvaja fueron indultados y regresaron al país en octubre. Una de sus primeras actividades políticas fue agradecer el gesto al presidente Menem, quien los recibió junto a Eduardo Bauzá. Le dijeron a Menem que se convertirían en “adalides” de la pacificación nacional y pidieron la liberación de Firmenich.⁴⁶

Pero esas posiciones abroqueladas que se mostraban hacia fuera no tenían la misma cohesión interna. Eso había quedado demostrado el mismo día de su retorno al país, desde Montevideo. Llegaron al puerto y viajaron hasta el local de Solís

1485, en el barrio porteño de Constitución. “Los recibimos en Puerto Madero, con un grupo numeroso de militantes, de la vieja y la nueva guardia, y los llevamos al local y ellos hablaron por la ventana explicando la ruptura. Explican que las diferencias no les permiten seguir caminando juntos. Se lo explican ahí a la militancia. El PR empieza a funcionar diferenciadamente”, recuerda Falcone.

Para Falcone, esa liberación por etapas de los jefes montoneros fue parte de una “maniobra del sistema para ir pasando en limpio quién va a ser el enemigo público número uno”, y dice que eso estuvo presente en la ruptura. Insiste sobre el punto: “El enemigo le puso la campana de leproso a un solo tipo. Toda la responsabilidad de las acciones, correctas o no, prácticamente se las endilgaron a él. Firmenich es el gran cinturón ecológico de todo lo que a los argentinos nos salió mal, Martínez de Hoz no. Subrayo, Martínez de Hoz no”.

La fractura formal se completó el domingo 4 de marzo de 1990, cuando debieron redefinir posiciones en torno a la interna peronista y la ubicación del Peronismo Revolucionario. “Perdía y Vaca [Narvaja] creían que había que volver al peronismo, a ser una corriente interna. Ellos tenían

una visión político-electoral, que era más revisionista. Pepe es más frontal, en el sentido de que lo nuestro terminó y que no estábamos en capacidad de dirigir. Además, él ya empieza a plantear que el movimiento de liberación nacional estaba vacante, que ya el peronismo no ocupaba ese lugar”, analiza Juan Carlos “Pipón” Giuliani, ex integrante del Consejo Federal del PR y secretario de Prensa de la CTA.

Un ex dirigente de alto rango de Montoneros tiene una visión más personal de los motivos de la ruptura y la enmarca en la distancia física entre los tres jefes montoneros. Eso les impidió discutir cara a cara y salvar las diferencias políticas sobre la base del debate y los acuerdos crecientes. “Todo eso se rompe cuando a Pepe lo encanan porque la relación, por una cuestión de imposibilidad física, empieza a estar mediatizada por terceros y ahí se empiezan a formar bandas que juegan su partido. Todo eso comenzó por una decisión no consensuada: la entrega de Pepe”, dice con algo de pesadumbre.

NOTAS

1 Entrevistas con Jorge Falcone, 30 de abril de

2009, y ex dirigente de alto rango de Montoneros, 1º de junio de 2009.

2 *Tiempo Argentino*, 2 de junio de 1983.

3 Laura Sali, ob. cit.

4 “Denuncian los vínculos de la subversión”, *Clarín*, 21 de mayo de 1983, pp. 2-23 e “Informe de la Junta sobre Montoneros”, *La Nación*, 21 de mayo de 1983.

5 “Desmintió tener vinculación alguna con los terroristas”, *La Nación*, 21 de mayo de 1983, p. 6.

6 Mariano Mancuso, “El diario *La Voz del Mundo*”, tesina en elaboración para la Licenciatura en Comunicación de la Carrera de Ciencias Sociales de la UBA, Buenos Aires, 2010.

7 *La Voz*, 6 de septiembre de 1982, pp. 6-8.

8 Mariano Mancuso, loc. cit.

9 *La Voz*, 6 de noviembre de 1984, pp. 2-3.

10 *La Voz*, 7 de noviembre de 1984, pp. 2-3.

11 *La Voz*, 8 de noviembre de 1984, pp. 2-3.

12 La Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical había sido creada a comienzos de la década de 1970, como expresión de los sectores juveniles (predominantemente del estudiantado) del radicalismo. En las internas con vistas a las elecciones de 1973 se volcaron en apoyo del

Movimiento de Renovación y Cambio, dirigido por Raúl Alfonsín. Para 1981, la “Coordinadora” —integrada por dirigentes ya en torno a los 30 y más años, formaba el “núcleo duro” del alfonsinismo.

13 Línea Nacional era la corriente interna de la UCR creada y liderada por Ricardo Balbín hasta su fallecimiento, y luego continuada por otros dirigentes, como Carlos Contín, Carlos Perette y Antonio Tróccoli, entre otros. Fue la línea mayoritaria y de dirección del partido hasta las internas de 1983.

14 Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más*, Eudeba, Buenos Aires, 1997.

15 Emilio Crenzel, *La historia política del Nunca Más*, Siglo Veintiuno, Avellaneda, 2008, p. 62.

16 Laura Sali, ob. cit.

17 “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, Juzgado Federal de San Martín, fs. 544.

18 *Crónica*, 21 de junio de 1984.

19 *La Voz*, 27 de junio de 1984.

20 *La Voz*, 29 de junio de 1984.

21 *La Voz*, 20 de agosto de 1984.

- 22 *La Voz*, 23 de octubre de 1984.
- 23 *Clarín*, 31 de octubre de 1984, p. 12.
- 24 “Firmenich, Mario Eduardo s/doble homicidio calificado y secuestro extorsivo”, Juzgado Federal de San Martín, fs. 4.821.
- 25 *Crónica y Tiempo Argentino*, 19 de noviembre de 1984.
- 26 *La Voz*, 10 de agosto de 1985.
- 27 *El diario del juicio*, año 1, n° 31, 24 de diciembre de 1985, versión taquigráfica del 9 de agosto de 1985, pp. 561-565.
- 28 *El diario del juicio*, año 1, n° 12, 13 de agosto de 1985, pp. 2-3.
- 29 *Elena Holmberg. Historia de una infamia*, edición de sus hermanos, Buenos Aires, 2000.
- 30 *La Razón*, 24 de agosto, y *La Voz*, 27 de agosto de 1985.
- 31 *Clarín y Tiempo Argentino*, 15 de marzo de 1986.
- 32 *Clarín*, 25 de septiembre de 1986.
- 33 *Clarín*, 1° de octubre de 1986, y entrevistas a Adolfo Alcazar, Gustavo Gemelli y Pablo Unamuno.
- 34 *Crónica*, “Carta abierta del dirigente peronista Mario E. Firmenich”, 7 de octubre de 1986.

- 35 *Clarín*, 5 de marzo de 1987, y *La Nación*, 14 de marzo de 1987.
- 36 *Clarín*, 6 de abril de 1987, p. 16.
- 37 Entrevistas a Pablo Unamuno, 17 de octubre de 2008 y 20 de agosto de 2009.
- 38 *Página/12* y *Clarín*, 4 de mayo de 1988.
- 39 *Nuevo Sur*, 10 de mayo de 1989.
- 40 Entrevista a Pablo Unamuno, 20 de agosto de 2009.
- 41 *El Ciudadano*, 1º de noviembre de 1988.
- 42 *La Nación*, 4 de noviembre de 1988.
- 43 *Clarín*, 3 de noviembre de 1988.
- 44 *Clarín*, 26 de noviembre de 1988; *El Cronista*, 25 de noviembre de 1988.
- 45 Claudia Hilb, “La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista”, *Lucha Armada en la Argentina* año 3, nº 9, 2007.
- 46 *Clarín*, *La Nación* y *La Prensa*, 20 de octubre de 1989.

—Dejate de joder... es mi cumpleaños e invito a quien quiero.

El Topo se impacienta con los cuestionamientos de su invitado y todavía tienen mucho para hacer. Están llegando los primeros invitados a la Casona del Conde de Palermo, un viejo reducto del rock nacional en Honduras y Soler, rescatado como salón de fiestas. Ya hay saludos, algún regalo; los mozos que empiezan a circular.

El invitado insiste.

—Es una cuestión de coherencia, Topo, dejate vos de joder. Reconoceme que es un error histórico. Criaba ganado y porque mueren dos tipos pasa al frente. No me jodas vos, Topo. ¿O no fue el responsable de todo lo que pasó entre el secuestro de Aramburu y el pase a la clandestinidad?

El Topo lo mira de a ratos, como para no ser frontalmente descortés, pero los argumentos de su amigo le hinchan las pelotas. Quizá se avendría a

discutirlo en una tarde mansa en algún barcito agradable, pero la noche de su cumpleaños número 40 no tiene espacio ni paciencia.

—Mirá, vos políticamente cuestionale lo que quieras. De hecho, cuando venga, vas a poder decirle todo esto, pero por el momento, te lo pido encarecidamente, abstenede de hacer y decir boludeces y no me arruines el cumpleaños, ¿puede ser?

No, no puede ser. El invitado amaga con reiniciar la diatriba, pero su anfitrión lo palmea en el brazo y retoma su condición de agasajado saludando a un joven santacruceño que acaba de ser reelecto gobernador de la provincia con más del 66 por ciento de los votos. Se llama Néstor Kirchner y es un compañero. El Topo lo abraza con una sonrisa y cruzan chistes.

Detrás del gobernador patagónico aparece la secretaria de la Función Pública, Claudia Bello, y unos metros más atrás, el sindicalista y dirigente de Boca Roberto Digón. La antesala de la Casona del Conde de Palermo se puebla de caras conocidas, como Pablo Unamuno, Gabriel Fuks y otros peronistas. El Topo ve poca bebida en las copas de sus amigos y entra al salón. Busca al dueño detrás

de la barra. El patrón lo ve y le hace una seña.

—Topo, escuchame —oye a sus espaldas—, si viene ese tipo yo me voy. Yo entiendo que es tu cumpleaños pero tenés que entender que...

El Topo lo mira mal. Ambos saben que se viene una puteada más cargada que las anteriores.

—¿Sabés qué? Vamos a hacer una cosa. Yo festejo mi cumpleaños y si vos querés te quedás y si no te vas a...

Se detiene porque ve algo y se le ocurre otra cosa mejor que la puteada. Sabe que con su próxima movida se termina el chamuyo. Con su mano enorme lo agarra de la nuca y le apoya la frente en su frente.

—Te propongo algo —le dice, bajito—; si no querés que Pepe venga, decíselo vos...

Gira y hace girar a su compañero con él, como en una finta tanguera de viejos compadritos de Palermo, y se corre.

El invitado y Firmenich quedan frente a frente, perplejos los dos. Hace más de veinte años que no se ven. Les resulta raro reconocerse en ese rostro que cambió pero es el mismo. Firmenich tiene su misma media sonrisa de siempre. El espejo le devuelve un rostro más consternado que balbucea algo y lo abraza.

El invitado rompe en llanto abrazado a su odiado Pepe y sigue llorando un largo rato, ahogado de emoción mientras el Topo saluda a los amigos y cuenta, sonriendo, los detalles del reencuentro.¹

* * *

LA LIBERTAD

Durante todo el sábado debió lidiar con su ansiedad. La celda parecía más chica a medida que se acortaba el tiempo para alcanzar la salida. Las demoras fueron primero a gran escala, de meses, luego de días y ahora ya sólo eran horas, pero pesaban más que los casi siete años preso. Al fin saldría, al fin libre.

Antes de tomar el vuelo para Anillaco, como todos los años para esa fecha, Carlos Menem firmó el decreto 2.742/90 que indultó a Firmenich y a los militares detenidos por los crímenes de la dictadura. El presidente señaló que buscaba “afianzar el proceso de pacificación nacional” y que para ello sacrificaba “convicciones obvias, legítimas e históricas”.

El decreto, firmado por Menem y el ministro de

Justicia, Antonio Salonia, meritaba “muy especialmente” el tiempo de cautiverio de Firmenich y prometía que, a futuro, se debía “proscribir por igual a los mesiánicos de cualquier signo que pretendan sustituir a la voluntad popular”.

Finalmente, cerca de las 10 de la noche lo fueron a buscar. Firmó sin atender lo que le ponían delante, lo revisaron una vez más y pasó goznes tras goznes hasta llegar a la salida. Un Renault 11 y un Dodge 1500 lo esperaban en un acceso lateral del penal. Afuera, un porcentaje casi igual de periodistas y militantes del Peronismo Revolucionario aguardaban su salida. Firmenich quería ver a su familia y a sus amigos, que esperaban en la pizzería de Bermúdez y Melincué. Desde la mañana estaban allí sus padres, Víctor y Zarina; sus hermanos: Claudio, Beatriz, Augusto y Guillermo; Mario Montoto y Pablo Unamuno, entre otros.

Los periodistas eran numerosos, pero él no estaba con ánimo para declaraciones públicas. La llegada triunfal de Vaca Narvaja y Perdía desde Montevideo no le había gustado un carajo. Para su liberación pretendía un mayor recato.

Apenas salió, a las 22.20, se zambulló en el Renault y partió raudo en dirección a la General

Paz. En la salida alcanzó a saludar a alguna cara conocida y a los pocos periodistas que advirtieron la fuga. Un grupito de cronistas con más reflejos lo persiguió y, en el primer semáforo que se detuvo, Firmenich bajó la ventanilla y los atajó: “No voy a hacer declaraciones”. Repetiría esa fórmula incansablemente ante cada entrevista de asalto.²

Afuera del penal, los militantes del PR festejaban la libertad del jefe cantando la marcha peronista con los puños en alto y haciendo la V con los dedos. Entretanto, Pepe y su coche escolta avanzaban por Lugones hacia el centro de Buenos Aires. Fueron derecho a la casa de Pablo Unamuno.

“Pepe atraviesa un largo pasillo, lo salen a saludar los más eufóricos. Yo espero. Cuando llega, lo abrazo. Se ve que el tipo venía contenido por una enorme expectativa, de prórroga de esa libertad, y haciendo un duelo de lo que había sido su hogar en esos siete años, el cautiverio. Venía con una enorme carga emocional”, dice Falcone, y sus gestos parecen perderse en el relato de aquel día.

“Entonces viene, lo abrazo y le digo al oído, con mucho cariño: ‘Vos te comiste en estos ocho años un garrón que venía para todos estos y te lo comiste vos solito’. Y se derrumbó. Se ahogó en llanto, no

me podía largar. Nunca más lo vi así. Y es la primera vez que lo vi así. Se ve que alguna lata de debajo de la estantería le saqué”, recuerda y cree que eso es una “perlita” en la estructura cerrada —“prusiana”, califica— del jefe montonero.

El indulto del menemismo benefició también a Jorge Rafael Videla, Emilio Massera, Orlando Agosti, Roberto Viola, Armando Lambruschini, Ramón Camps, Ovidio Ricchieri, Norma Kennedy, Duilio Brunello, José Alfredo Martínez de Hoz y Guillermo Suárez Mason. A nadie escapó que, en los hechos, la liberación de Firmenich implicó convalidar la teoría de los dos demonios que había fundado el alfonsinismo para alejarse de su responsabilidad y encontrar culpables visibles.

Además, siendo un indulto y no una amnistía, se reducía la acción de la guerrilla a un mero acto punible, despojado de todo contenido político legítimo. El indulto supone el perdón de la pena, pero con el reconocimiento de la existencia de un delito. En su extenso alegato ante los tribunales federales de San Martín, Firmenich había invocado el derecho a la rebelión, se había erigido como líder de ella y defendido la “legalidad de la lucha armada contra las tiranías”. Pero al aceptar el indulto se

impuso un pragmatismo que posibilitó la liberación del comandante Pepe y, al mismo tiempo, significó la cristalización de la teoría de los dos demonios, que tuvo el aval de una de sus principales víctimas.

Si alguien le apuntaba esta contradicción, Pepe aclaraba que había una diferencia entre estar preso y estar libre. Decía que él era el último preso de los 70 y que el indulto era un costo que tenía que pagar para reinsertarse en la vida democrática. “Yo no pude elegir cómo me reinsertaba”, remataba.³

No todos lo entendían de esa forma; claro que ninguno había pasado seis años y diez meses en el penal de Devoto en el período democrático, pero el planteo era político, no personal. Graciela Daleo fue la única que rechazó el indulto por vía judicial y se marchó prófuga a Uruguay.

EL ESCRACHE

El cuestionamiento más duro y abierto a su aceptación del indulto llegaría en un encuentro con el pasado anterior a la fundación de Montoneros.

Una de las tantas tradiciones del Colegio Nacional de Buenos Aires es que los egresados se reúnan cuando cumplen un cuarto de siglo para la

entrega de una medalla conmemorativa en el Aula Magna y un encuentro de camaradería con canapés incluidos. En 1991, para la conmemoración de los veinticinco años de la promoción 66, la Asociación de Ex Alumnos contactó a los egresados más visibles y les planteó qué hacer con la invitación de Mario Firmenich. El dilema se trasladó entonces al grupo de la séptima división y quedó en ellos la definición de hacer participar o no a su antiguo compañero.

“Salió que sí, que se lo podía invitar y hasta las personas que tenían más resquemor ideológico dijeron: ‘Si está indultado por el Presidente de la Nación tiene todos los derechos de cualquier ciudadano, después veré si le hablo o no’”, rememora Manuel “Lolo” Limeres. Esa decisión se tomó pese a que “un grupo grande” —como agrega Enrique Banfi— se oponía, aunque con matices, a su presencia.

En aquella oportunidad se eligió para que hablaran a un representante del turno mañana y otro del turno tarde. Mario Wainfeld, entonces un intelectual peronista que luego derivó al Frepaso y más tarde se convirtió en columnista de *Página/12*, habló por los madrugadores. Por el turno tarde, el

elegido fue el abogado Fernando Aranovich, compañero de veraneo de Mario y ex asesor de Guillermo Walter Klein, secretario de Programación y Coordinación Económica de José Martínez de Hoz, que había sido blanco de un atentado de Montoneros en 1979.

Wainfeld, lúcido intérprete de los procesos sociales, comenzó su discurso comprándose al auditorio con una descripción muy amena y vívida de la efervescencia intelectual y las rupturas culturales de los 60. Luego vino el plato fuerte de su pieza retórica: “Nosotros nos opusimos a los indultos de Menem y como acá estamos en presencia de un indultado quería manifestarlo...”. Hubo un breve silencio y algunos aplausos.

En general, el cuestionamiento de Wainfeld no gustó. “A mí me molestó —confiesa Limeres—, porque no era un lugar para hacer eso. Se conmemoraban veinticinco años de una cosa que había pasado entre los 13 y los 18 años.”

Otro de los compañeros presentes, Jorge Castells, agrega: “Hubo algunas reacciones desproporcionadas, como la de Mario Wainfeld, para mí, fuera de lugar. Creo que en la vida se construyen distintos tipos de relaciones; yo entre mis

compañeros de colegio no puedo sentir a nadie como enemigo. Y ese era un acto de compañeros, no político. Creo que estuvo mal”.

Banfi tampoco avala la crítica de Wainfeld. “Para mí no tenía nada que ver”, dice y, en la misma línea que sus compañeros del secundario, prefiere preservar el afecto sobre las diferencias políticas. Incluso Aranovich, uno de los que se había opuesto tenazmente a la presencia de su ex compañero, considera que “no era el momento oportuno. Su discurso fue una hermosa pieza, por el recuerdo de una época muy excitante para el mundo. Esa parte fue muy atractiva. Lo otro fue muy agresivo y polarizó”.

Con el clima un poco tenso, Aranovich subió al estrado y dijo que iba a ser breve, como para que todos pasaran a la parte distendida del ágape y la charla nostálgica. “Básicamente tenemos muchas cosas en común, otras nos separan. El colegio nos dio una apertura intelectual y un clima de trabajo que ningún otro colegio puede dar. Ni los colegios bilingües que sacan excelentes gerentes de corporaciones pero no grandes pensadores ni literatos. Y cada uno siguió el camino que su conciencia le indicó, y cada uno sabrá si estaba bien

o estaba mal. Con lo cual que cada uno se pusiera un sayo si le cabe”, reconstruye citándose.

El rector de aquel momento, Horacio Sanguinetti, explica que “Wainfeld tenía como norma ética repudiar el indulto en cada acto en el que estuviera y nos dijo luego que no se iba a callar porque estuviera Firmenich”.

Después de los discursos, Viviana Rubinstein subió a escena para entregar las medallas conmemorativas de la séptima división. Estaban también las de los desaparecidos del curso, incluido Carlos Ramus. Rubinstein los nombró uno por uno y pidió un minuto de silencio.⁴

Firmenich tuvo una visión reivindicativa del homenaje de Rubinstein a los compañeros muertos: “El día en que se cumplieron veinticinco años de mi egreso del Colegio Nacional de Buenos Aires alguien se puso a dar un discurso, y de repente saca de la galera una parrafada contra mí. Yo estaba recién indultado. Cuando termina, sólo un tercio de los presentes se pone de pie y lo aplaude. Entonces los compañeros de mi división se ponen de acuerdo. A Viviana Rubinstein le tocaba pasar la lista para la entrega de medallas y diplomas, pero antes dijo: ‘Nosotros queremos recordar a tres personas que

van a estar ausentes hoy porque han sido asesinados por la dictadura por ser militantes montoneros. O sea que lo primero que pedimos es que se ponga todo el mundo de pie y se haga un minuto de silencio'. Me doy por cumplido y no hago ningún reclamo personal. Después se acercó el presidente de la Asociación de Ex Alumnos para disculparse. 'Este hombre ha estado fuera de lugar, pero no lo tome a mal. Mire, si usted no se ofende, le voy a contar algo: en una oportunidad me invitaron a dar una conferencia sobre el colegio en la Peña El Ombú. Cuando me refería a todos los próceres que habían pasado por las distintas aulas, el fiscal Juan Martín Romero Victorica, que estaba presente entre el público, me interrumpió: 'Bueno, termínela, no sé de qué se vanaglorian tanto, que de esas aulas han salido Firmenich, Abal Medina, Ramus y muchos más'. ¿Sabe qué le contesté? 'Mire, doctor, no se equivoque. Nosotros de los buenos tenemos a los mejores, y de los malos también'".⁵

Terminado el acto, los viejos compañeros se confundieron en saludos y abrazos. Aranovich puntualiza que "se acercó Mario a darme la mano: obviamente no se la di. Fue un acto claro de repudio porque yo no comparto ni sus ideas ni sus métodos

ni la masacre a la que condenaron a una generación de chicos jóvenes en pos de no sé qué”.

Raúl Carnota fue otro de los que lo desairó. “Yo tenía una actitud de decir: ‘Este tipo es un tipo sospechoso’, más próximo a la idea de decir: ‘Este tipo se fue salvando misteriosamente, mandó a morir gente’, así que lo ignoré. Cuando me quiso saludar lo dejé con la mano colgando, esa fue mi actitud personal y la de alguna otra gente.”

Por otra parte, el ex directivo de la Fede desmiente que Rubinstein haya reivindicado a Mario y explica que “Viviana lo que hizo fue mencionar a los desaparecidos, no reivindicó la gesta. Él lo leyó así. Viviana creo que mandó una vez una carta en la que cuestiona esa interpretación. Ella dice que no fue así”.⁶

Uno de sus compañeros más cercanos, Néstor Tato, se acercó a Mario. Estaba cruzado por la contradicción entre sus recuerdos adolescentes y lo que vino después. “Estuve charlando con él pese a que políticamente me dé en el quinto forro de las pelotas lo que hizo y humanamente sea una bestialidad. Hubo muchos compañeros que lo evitaron, que no fueron a saludarlo, pero yo no pude. Mario es Mario. Veinticinco años después era el

tipo que yo quise. Al Pepe lo mato, lo hago mierda, pero a Mario no. No puedo”, dice.

María Laura Eandi, otra militante de la Fede, recuerda con mucha vehemencia que Firmenich “intentó victimizarse, mencionando que recientemente había votado ‘por primera vez’, como si él no hubiera tenido nada que ver con eso, que en realidad en todo caso nos afectó a los que nos habíamos quedado en la Argentina”.

De la conmemoración quedó una foto grupal en las escalinatas de mármol que comunican la planta baja con el primer piso del colegio. Cada división fue posando para agregar un recuerdo al acto.

“Después del revuelo general, Mario consiguió ubicarse en el centro, hizo lo imposible. Pero al final se colocó y está ahí, en el centro geográfico de la foto. Da la sensación de ese esfuerzo por integrarse, aunque más no sea en una foto. Todo el esfuerzo de ese acto fue de integrarse, de saludar a todos, aun a los que no había tratado demasiado, y de reinsertarse, de blanquearse”, interpreta Carnota.

VOLVER AL RUEDO

Menos de doce horas después de haber

recuperado la libertad, dirigentes y amigos le organizaron un asado de bienvenida al mundo civil. Era la primera vez en treinta años —con la excepción del breve interregno 73-74— que Firmenich contaba con las libertades plenas de un ciudadano. Podía circular, comprar y vender bienes, integrar instituciones y ser reconocido como sujeto de derecho, algo que casi no había experimentado en su vida adulta.

La bienvenida reunió medio centenar de militantes, adherentes y “pepistas” furiosos. Estuvieron por supuesto los infaltables Montoto, Unamuno, Falcone, la familia y representantes de las ramas juveniles, de los trabajadores y mujeres del Peronismo Revolucionario. Con los platos llenos de huesos y las botellas medio vacías, Firmenich habló corto y en términos informales. Agradeció entonces el apoyo incondicional y el sostén durante su cautiverio y prometió trabajar políticamente para hacer del PR una fuerza con chances.

A mediados de enero, todavía con el calor más intenso del verano, el jefe liberado empezó a reunirse con los referentes de la tropa. Uno de sus más cercanos colaboradores de aquel momento, Jorge Conti, reseña que “hubo un antes y un después

de la salida de Pepe”.

“A partir de que sale Pepe se empiezan a borrar todos. Cuando el tipo estaba preso, vamos a decirlo en términos de ahora, ‘todos vivíamos de esa’. Salió el jefe, nos quedamos sin laburo todos. Con él preso, vos podés hacer lo que quieras. Cuando el tipo sale, ve todo lo que decían que tenían y no tenían un carajo”, critica.

Conti aclara que “no todos los compañeros entraron en esa. Sería injusto decir que todos los compañeros, pero quizás le decían: ‘Yo tengo una unidad básica’, y eso estaba físicamente, ¿pero el trabajo político dónde está? A partir de que él sale, hay un borre automático”.

La ruptura más importante fue la que protagonizó su ex secretario, amigo, apoderado y padrino de su hija María Inés, Mario “Pascual-Pascualito” Montoto, un hombre clave dentro de la organización por su doble condición de especialista en inteligencia y logística. Montoto fue el responsable de la seguridad personal de Firmenich en los años duros. “Pascualito era el ‘aparato’ de inteligencia, era el ‘aparato’ del Pepe”, confiesa su ex mujer, la diputada kirchnerista Adela Segarra.

Pocos días después de quedar libre Firmenich,

Montoto llevó a su amigo a una plaza (“para que disfrutara del sol”, explicó) y le dijo: “Mario, hasta aquí llegué”.

“Ya no encajaba en las internas políticas. Hasta ahí había llegado una etapa, y así se lo dije”, recalcó Montoto,⁷ quien con el paso de los años se convertiría en un próspero hombre de negocios, vinculado al sector de la defensa, la publicidad, el marketing político y otras áreas de gran rentabilidad.

Firmenich acusó el impacto de la desertión de su amigo y al otro día comunicó a sus colaboradores que “Pascual no va a estar más con nosotros. No es más Pascual, ahora es Mario Montoto”, reconstruye Conti. Ambos seguirían teniendo vínculo pero ya no tan estrecho y cotidiano.

Las malas noticias siguieron llegando para el recién liberado Firmenich. A los pocos días de estar libre, vinieron en la forma de un pedido de captura internacional dictado por el juez federal de San Isidro, Alberto Piotti, por las causas relacionadas al secuestro del gerente de Mercedes Benz, Heinrich Franz Metz, y el atentado a Guillermo Klein.

El reflejo del menemismo fue inmediato. No podía dejar que motivos jurídicos se interpusieran

al objetivo político de consagrar por la vía del perdón efectivo la teoría de los dos demonios que alumbró el alfonsinismo. Esto es, que la sociedad argentina y sus instituciones fueron ajenas al conflicto que enfrentó a la ultraderecha con la ultraizquierda. El rostro del sector “zurdo” era Firmenich.

Al día siguiente de conocerse el pedido de captura, el viernes 15 de febrero de 1991, Menem anunció en conferencia de prensa que ampliaría el indulto al jefe guerrillero. El Ministerio de Justicia, aún en poder del desarrollista Salonia, rastreó todas las causas que tuvieran a Firmenich como actor y las incluyó en el decreto de indulto dos días después del anuncio del Presidente. Una de esas causas tenía que ver con el secuestro seguido de muerte del cónsul norteamericano en Córdoba, John Egan, y con diversos delitos, como tenencia de armas, asociación ilícita, homicidio y lesiones. En total, el menemismo lo liberó de responsabilidades en siete causas penales con distintos grados de instrucción y desarrollo procesal.⁸

Los favores del menemismo (sólo por el secuestro de los Born tendría que haber purgado condena hasta el año 2015) no conmovieron a

Firmenich. En un gesto claro, no fue a la Casa Rosada a agradecerle a Menem el indulto como sí hicieron Vaca Narvaja y Perdía. Y en la primera oportunidad endilgó el costo político de la medida al gobierno del riojano.

El diario *Clarín*, reproduciendo supuestas declaraciones al diario *Folha de São Paulo*, en Porto Alegre —adonde viajó a fines de febrero para visitar a su hermano mayor, Claudio—, aseguró que el flamante indultado habría dicho: “Yo no tengo problema porque la gente conoce mi pasado político; quien puede ser cuestionado es el gobierno, por haberme liberado junto con generales dictadores”.⁹ Poco después, Firmenich desmentiría haber dicho “semejante cosa” y aclararía que en todo caso “si hay costo político lo pagamos todos, todos los beneficiarios y los no beneficiarios”. A partir de allí, agradecería tibiamente en entrevistas y salidas públicas el indulto de Menem.

En términos de cercanía y colaboración con el menemismo, al comienzo, el más menemista era Firmenich, según recuerda Gustavo Gemelli, dirigente del Peronismo Revolucionario. “Pepe era el más menemista, el Vasco era más renovador y el Pelado tenía una posición intermedia”. Con el correr

de la gestión de Menem estas posturas cambiaron. Perdía se incorporó como asesor al Ministerio del Interior y Firmenich no tuvo espacios, salvo empleos para la familia, como el de su mujer —referido por Unamuno— y un cargo en la Subsecretaría de Derechos Humanos y Sociales de la Nación para su hija mayor, María Inés. “Fue mi secretaria por muchos años y se ganó el cariño de toda la gente. Es una chica divina y muy inteligente”, convalida la ex subsecretaria, Alicia Pierini.

Su vínculo con el menemismo lo explicó el mismo Firmenich, años después: “Al principio del programa económico de Menem yo estuve de acuerdo con la paridad cambiaria, como todo el mundo, porque era una forma de controlar las expectativas hiperinflacionarias. Estaba de acuerdo en que había que hacer un ajuste estructural del Estado, pero no un remate, encima con coimas multimillonarias en el medio. Pero no estaba de acuerdo con el abandono del rol social del Estado”.¹⁰

Resuelto el problema legal y sin desmayar por el desbande de la tropa, Firmenich se afincó en la casa de Bruselas 2429, en Isidro Casanova, que Segarra compró y acondicionó para él y su familia por su

condición de vecina de la zona y cercana a la familia —su hija es ahijada de Firmenich—. El servicio no le saldría gratis. Segarra consideró que el indulto había estado negociado con Menem sobre la historia de los montoneros y que se legitimó la teoría de los dos demonios.

“Yo con el indulto me reenojé”, confiesa Segarra y detalla que “yo le pinté todo el barrio con la leyenda: ‘No al indulto’, cuando había pasacalles que decían: ‘Bienvenido Pepe’: mandé dos grupos de compañeros que pintaron todo Casanova. En una revista salieron las pintadas en una nota con el título ‘Las dos caras de Firmenich’”.

Entonces, como un modo de recuperar la iniciativa, Firmenich lanzó un proyecto de microemprendimientos productivos que buscaban hacer política sin aparato partidario. Firmenich pensaba en sujetos económicos con un pequeño capital —por ejemplo, los despedidos de las empresas estatales privatizadas—¹¹ que a partir de la independencia económica lograrían la independencia política y se convertirían en la base de un movimiento que barrería al aparato político clásico.

Pedernera menciona que Firmenich planteaba que

“había que pensar una economía de subsistencia, que el mundo iba hacia sociedades autogestionarias y que iba a haber una situación de mucha desocupación”.

La composición inicial de los microemprendimientos estaría dada por el dinero que los sujetos obtuvieran en concepto de indemnización y también por lo que se pudiera obtener de los fondos depositados en Cuba por la organización luego del secuestro de los Born.

Perdía protestó. No se había hablado de ese destino para el dinero en Cuba. Gustavo Gemelli, dirigente del PR, reconoce que hubo un reclamo por el uso unilateral que Firmenich pretendía hacer de los fondos cubanos. Firmenich tampoco perdonó nunca a sus ex compañeros de la Conducción un supuesto viaje que habrían realizado a la isla, apenas indultados, para pedir fondos. En teoría, Vaca Narvaja y Perdía habrían rescatado un millón de dólares cada uno, o al menos eso era lo que pensaba Firmenich, según una fuente cercana al ex jefe montonero que pidió reserva de identidad.

La idea era canalizar algunos de los fondos de Cuba para el proyecto vía el gobierno menemista.

—Menem no les dio mucha bola —recalca

Unamuno.

—¿Hubo algún interlocutor en el gobierno?

—Estaba el “Beto” Conca. Lo máximo que se logró fue que le diesen trabajo a la mujer de Pepe.

Sin embargo, los microemprendimientos arrancaron en rubros diversos, como la producción de chinchillas, truchas, frutillas, textiles y codornices. En algunos casos, los emprendimientos funcionaron, pero en general fracasaron por la inexperiencia de los productores.

Para Unamuno, su experiencia con las codornices fue un “fiasco” porque el sistema de producción y los materiales los proveía la firma Lanango —de larga trayectoria en el rubro— y la dinámica conducía a que “terminabas siendo un trabajador de Lanango, que tenía el monopolio”.

“En mi caso nunca fue rentable, porque además yo tenía poca experiencia. Se las comían las comadrejas. Era un quilombo. Un par de meses duró eso”, y rememora con algo de fastidio que la comunidad política se tomaba la iniciativa para la “chacota”. “No te tomaban muy en serio”, define.

En cambio, Conti da prueba de que algunos emprendimientos funcionaron. “Hoy mi familia vive de un microemprendimiento que hicimos en ese

momento, en confección de todo lo que es decoración: colchones, almohadones, etcétera. Viven ocho personas, todos bien, mis hermanos están todos con autos cero kilómetro.”

Al mismo Firmenich no pareció irle muy mal con los microemprendimientos. Junto con los dirigentes del Peronismo Revolucionario Francisco Jovellanos, Mario Montoto, Héctor Pardo, Pedro Montero, Juan Carlos “Pipón” Giuliani y su cuñado, Guillermo Martínez Agüero, formó la sociedad anónima Egio Sur, dedicada a la producción de huevos de codorniz. Al 30 de noviembre del '91, la firma poseía un superávit de 118.000 pesos. La dirección legal de la sociedad estaba ubicada en la sede del Peronismo Revolucionario, en Solís 1487.

En el caso de Firmenich, la actividad de las codornices se complementó por etapas con un quiosco que montó en Isidro Casanova, la compra y venta de autos, un taxi y las clases de apoyo en Matemática.

Giuliani recuerda que “fuimos los primeros tipos en cuestionar la economía neoliberal con una forma de economía solidaria. Tengo algunos documentos que eran como cursillos que nos daban. Eran una especie de manuales prácticos, cómo tenías que

hacer la cooperativa, paso por paso; eran muy buenos”.

Más allá de las experiencias y percepciones particulares, los microemprendimientos productivos no sirvieron para incorporar a la sociedad a ese sujeto social excluido, que Firmenich avizoraba como la base de un nuevo movimiento político que crecería bajo su liderazgo.

MONTONERO HABLA

La relación de Firmenich con la prensa, y por extensión con los periodistas, nunca fue buena. De antiguo solía cruzarse con Miguel Bonasso, director del diario *Noticias*, por la línea editorial y porque “salían pocos comunicados o noticias de los frentes de masas de la organización”.¹² Pepe quería prensa partidaria, completamente identificada con el proyecto. No le gustaban las tibiezas profesionalistas del periodismo comercial. Con el tiempo, basado en sus experiencias personales, acuñó la idea de que los periodistas argentinos carecen de un código ético.

Sin embargo, a lo largo de su historia pública fue accediendo a dar entrevistas por razones políticas y,

según parece, también económicas.

La revista *Gente* condujo la más encarnizada campaña de condena a Montoneros, sus miembros y muy especialmente contra Firmenich. Tal condena se entiende por la composición ideológica del público de la revista pero también por la política de alianzas que el semanario se dio con el gobierno militar y particularmente con la Marina. Durante los 70, 80, 90 e incluso en el nuevo siglo, los redactores de *Gente* tienen la más absoluta libertad para denostar a Firmenich. En el archivo de la revista, cinco sobres repletos de notas sobre el ex guerrillero prueban el interés de la publicación por el personaje.

El otro producto de editorial Atlántida, *Somos*, también sirvió como instrumento de disección crítica de Firmenich, pero no tanto en un plano moral sino más bien en el terreno de los manejos económicos de la “organización terrorista”.

Con estos antecedentes no se entiende cómo Firmenich accedió, cuando se entregó en Brasil en 1984, a una larga entrevista con *Gente*, que se complementaba con otros dos largos reportajes a su mujer y a sus padres, los primeros que concedían pese a la insistencia de muchos medios.

En 1981, cuando Montoneros pugnaba por sumarse a la Multipartidaria, la revista *Gente* había hecho una nota confrontando declaraciones de Firmenich con preguntas a Tróccoli (UCR) y Bittel (PJ). Ambos lo maltrataron y menospreciaron el ingreso de esa organización. Por esos días, el jefe montonero habló sobre el tema en un reportaje con la revista mexicana *Por Esto!* : “No nos debemos dejar tentar por las provocaciones policíacas que montan los militares que han llevado adelante la llamada guerra sucia. Mire, le voy a poner un ejemplo: las respuestas de los señores Tróccoli y Bittel a las que usted alude fueron publicadas por la revista *Gente*, donde se ilustra la nota con una foto de Tróccoli, otra de Bittel y una tercera foto mía. Esa foto, que como se percibe en la misma revista lleva mi firma en su costado inferior derecho, era una foto que estaba en poder de nuestro querido compañero Horacio Mendizábal, cuando cayó asesinado en Buenos Aires, en 1979, y cuya compañera ha desaparecido, como tantos otros que tenemos en la Argentina. Quisiera saber cómo es que la revista *Gente* ha tenido acceso a esa fotografía o, dicho de otro modo, la publicación de esa fotografía es la prueba irrefutable de que ese

periodismo que participa de revistas como *Gente* es un periodismo policíaco, de torturadores y asesinos”.¹³

Jorge “Topo” Devoto, galimbertista y luego pepista, admite que “las entrevistas en *Gente* fueron pagas” y justifica el cobro en la “pobreza franciscana” de la familia Firmenich y en que los medios hacen negocios con su figura. Por eso, Firmenich se considera con derecho a participar de esa ganancia, según Devoto.

Durante los siete años de confinamiento, Firmenich no concedió entrevistas importantes. Sus dos grandes presentaciones públicas en medios ajenos a la organización Montoneros fueron la referida para *Gente*, en 1984, y dos meses después de recuperar la libertad, en marzo de 1991, para el programa *Qué sabe nadie*, del entrevistador español Jesús Quintero.

El ex comandante montonero viajó especialmente a España para esa entrevista. Llegó a Barajas el domingo 3, en el vuelo 162 de Aerolíneas Argentinas, con su mujer y un acompañante, y combinó con un vuelo a Sevilla. La grabación del programa *Qué sabe nadie* ¹⁴ fue el mismo día.

—¿Le duele que no lo quieran? —preguntó

Quintero en el remate de la entrevista.

—Eso estoy más dispuesto a soportarlo, porque como cristiano sé que no es más grande el siervo que su Señor y... si Jesucristo fue crucificado y desconocido, yo no aspiro a recompensas especiales y a reconocimientos especiales. Sé que el tiempo destruirá el mito de la bestia negra.

También dijo que Videla fue, en alguna medida, un “chivo expiatorio”, porque la dictadura que encabezó tuvo “consenso social”, y afirmó que “habrá algún que otro desaparecido que no tenía nada que ver pero la inmensa mayoría eran militantes y la inmensa mayoría eran montoneros. La inmensa mayoría de los desaparecidos son montoneros”.

“No existen los buenos y los malos, en líneas generales —relativizó—; nosotros en mi versión no somos los buenos y los demás son los malos, todos somos buenos y malos, y todos somos responsables de que la Argentina esté como está, por acción u omisión.”

Quintero lo apretó en algunos pasajes de la entrevista, parado en la condena abstracta de la violencia, un lugar políticamente correcto pero parcial, que dejó a Firmenich a la defensiva y

justificándose, como en el noventa por ciento de las entrevistas que concedería en democracia.

“¿A qué edad escuchó usted la palabra asesinato?”; “¿Con el exilio salvó su vida?”; “No entiendo muy bien a un cristiano empuñando un arma”; “¿Le parece lícito matar por una causa justa?”; “¿Pero cuánta sangre han costado a la historia y a los pueblos las guerras santas, verdad?”. Las preguntas fueron de ese tenor.

Luego, el periodista andaluz encaró por el lado del dinero del rescate de los Born:

—Yo soy periodista, no soy policía, ni soy juez, pero ¿jura usted decir la verdad ahora mismo? ¿Tiene usted un solo peso o un solo dólar de los 100 millones de dólares o 62 millones de dólares por el rescate de los hermanos Born?

—Yo juro que no, juro que no. Tengo una situación difícil en este sentido, porque hoy mucha gente cree que tengo 100 millones de dólares y en realidad no tengo nada. La gente cree que soy un hombre de dinero y no lo soy, ni nunca aspiré a serlo, por otra parte, ni aspiro a ser un hombre de dinero. Nada de lo hecho en la historia de lucha nuestra ha sido para beneficio personal, nada; no tendría legitimidad, no tendría cara para hablarles a

mis hijos. Yo no tengo cuentas bancarias ni en la Argentina ni en ningún lugar del mundo, ni en un banco ni en otro tipo de actividad financiera, ni a nombre propio ni a nombre de terceros, ni con testaferros ni en representación de nadie ni en Cuba.

—¿Pero dónde está tanto dinero? ¿Dónde?

—Bueno, para empezar, nunca existió tanto dinero, esa es la cuestión.

—Significa que sabe usted del dinero...

—Nos quedan los jueces y los fiscales para hablar de esos millones de dólares. Es un cálculo aritmético del interés compuesto sobre presuntas sumas que nunca hubieran sido tocadas, que se hubieran capitalizado todos los intereses, de modo que es una especie de juego numérico, ¿no? Del supuesto de los 100 millones sale un cálculo aritmético absolutamente irreal para la vida de cualquiera.¹⁵

Las reacciones en la Argentina ante las definiciones de Firmenich fueron inmediatas y unánimemente indignadas. Las declaraciones más duras fueron las de Nora Cortiñas, de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora: “Es un traidor a la militancia de la década del 70. Se entregó en Brasil y luego se acomodó de nuevo en su país para

negociar sobre la desaparición de más de 30 mil personas, miles de torturados y miles de presos y exiliados”, juzgó Cortiñas, ya enfrentada con Madres de Plaza de Mayo de Hebe de Bonafini.

El premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel no fue más benévolo con el ex jefe montonero: “Justificar a Videla es lo más aberrante que se puede hacer”, y consideró que el entrevistado era “un asesino, un hombre que ha secuestrado y matado. [...] Así como Videla salió de su jaula de oro y justificó el terrorismo de Estado, Firmenich justifica el ataque a los sectores populares”.¹⁶

Pero no sería esa la aparición más polémica de Mario Firmenich. El 8 de junio de 1992, accedió a una entrevista por Canal 9 con el ex gerente de Canal 11 durante las dictaduras de Onganía y Videla, Enrique Llamas de Madariaga.

La idea original de Llamas de Madariaga era armar una especie de debate entre Firmenich y el capitán Aldo Luis Molinari, autor de una de las teorías más difundidas sobre la supuesta complicidad de Montoneros y Onganía en el secuestro y la muerte de Aramburu. Firmenich se negó. El presentador del programa insistió y se ofreció como garantía para que la gente escuchara

“las dos campanas”. Firmenich volvió a negarse y zanjó la discusión argumentando que a él no le convenía que la gente supusiera que la verdad estaba a mitad de camino entre su versión y la teoría de Molinari. Al final, claro, no se cruzó con Molinari y tuvo la cámara sólo para él.

En el programa recreó lo dicho en su primera aparición en España y acentuó que los sucesos de los 70 fueron una “guerra civil” y extendió la teoría de “todos somos demonios”: “En una guerra civil, aquel que no tiene nada que ver es porque se fue de la Nación. Los demás están todos comprometidos, unos bajo la cama y otros empuñando un arma, pero comprometidos al fin”.

La definición de guerra civil —lucha armada entre dos bandos de una misma nación— no puede aplicarse al caso argentino si se toma en cuenta la aclaración de Firmenich en el programa de Quintero sobre la dimensión del bando montonero:

—¿Cuántos hombres llegó a tener su ejército?

—La definición de ejército es más política que real, la verdad es que una organización clandestina, celular, no podía conformar un ejército; esta es la verdad [...].

En la entrevista con Llamas de Madariaga, como

al pasar, el comandante montonero deslizó que Horacio Verbitsky era subjefe de Inteligencia de la organización. “El Perro”, como se lo conoce en los medios, contraatacó un día después desde *Página/12*: “Le preguntan quiénes eran sus jefes de inteligencia. Contesta que sólo va a mencionar a Rodolfo Walsh, porque está muerto. Hace una pausa. Espera la pregunta, que no llega. Entonces sigue contestando: balbucea que no sería ético, que podría constituir una actitud delatora si él... Recién entonces recibe la pregunta: ¿Y Horacio Verbitsky no fue el subjefe? Entonces completa la respuesta: ‘Que cada cual asuma su responsabilidad, sólo voy a mencionar que fue militante montonero’. Misión cumplida, mal, pero cumplida”.

“Ni Rodolfo fue jefe ni yo subjefe de nada — aclaró Verbitsky—. Ojalá lo hubiéramos sido, quizás no habría habido tantas barbaridades que lamentar. Paco Urondo, a quien también nombró Firmenich, se quejaba de la susceptibilidad de la conducción contra los intelectuales. Molestaba el pensamiento propio.”¹⁷

La repercusión fue amplia. Nadie apoyó los dichos de Firmenich ni aceptó sus razones. Hebe de Bonafini no anduvo con elipsis: “Firmenich es un

traidor, un cadáver, es peor que Videla, un ser despreciable en todo sentido. Todo el mundo sabe que él estaba de parte de los militares, y en este momento está trabajando para el gobierno, por eso involucra a todos”.¹⁸

Llamas de Madariaga también evaluó el impacto de la entrevista. “Me molestó la sobreinterpretación. Unos dijeron que era para ayudar al gobierno. Otros, que era para desestabilizar a Menem por lo del pacto. Otros, que era contra Verbitsky. Nada de eso. Era una nota periodística. Nada más.”¹⁹

Al día siguiente a su aparición en Canal 9, decidió salir a la calle para concretar algunas reuniones. Su chofer, Conti, le sugirió amablemente que no lo hiciera. “Te van a matar, Pepe”, le dijo, pero el jefe manda y salieron. Todos en el entorno habían acusado el “golpe al hígado” —califica Conti— posterior a la entrevista, menos el protagonista.

“Nadie delante de mí le dijo un insulto”, se sorprende Conti y recrea que “caminaba en el microcentro, entre la clase media, el gorilaje. En medio del enemigo...”.

Conti pasó casi tres años como chofer y asistente de Firmenich y da fe de que no lo vio “nunca

levantar el tono”. Insiste: “Nunca decía una mala palabra. Jamás lo escuché decir ‘boludo’. Cero joda. Era un tipo frío, muy formal, rígido”.

Mientras las críticas a su pasado arreciaban, Firmenich intentaba hacer política reagrupando a los viejos cuadros de la organización dispersos luego de la fractura del PR. En paralelo, continuaba organizando y buscando financiamiento para los microemprendimientos.

“Estaba muy entusiasmado con el armado de los microemprendimientos productivos —recuerda su asistente—, las cooperativas y una nueva alternativa económica. Era la época de los despidos y la gente hacía retiros voluntarios. Él decía que era todo al pedo, que iban a terminar todos con un quiosquito, con remises. Su idea era que el Estado debía tener un órgano instructor que les dijera: ‘Miren, muchachos, ustedes tiene tanta guita que se les dio de la empresa, el Estado necesita esto, tenemos que producir esto’. Asociarse, tener cooperativas de laburo y que el Estado banque eso y le ponga toda la parte de contención”, rememora quien años después se convirtió en dirigente del Movimiento Evita.

El esquema organizativo del “pepismo” seguía los lineamientos de cualquier fuerza política, una

mesa nacional y representantes en distritos. Según Conti, el reagrupamiento de los ex montoneros era “muy pobre”, y agrega que “no tenía sustento de trabajo territorial ni de masas, era más bien un estructuramiento”.

Allí estaban los leales de siempre —los que habían sobrevivido a la represión, claro— y algunos militantes de la generación siguiente que no habían vivido el gran momento de Montoneros y sus frentes de masas pero a quienes entusiasmaba el pasado épico de la organización y sus dirigentes.

Tanto en el plano de los microemprendimientos como en el armado político, el problema se reducía a una sola y sencilla razón: ya nadie quería aparecer ligado al ex comandante montonero. Sus apariciones públicas se reducían a las misas de los domingos en la parroquia de Isidro Casanova, las reuniones de la Acción Católica y la peregrinación anual a Luján.

“A Pepe no lo recibía nadie —dice Conti, lacónico—; en esa época nadie se quería sacar una foto con Pepe.” La clandestinidad lo perseguía y lo público le rehuía.

Incluso en ámbitos que se suponen más piadosos, como el cristiano, el ex comandante montonero era rechazado. Pepe, ya se sabe, era hombre de

comuni3n frecuente. En abril del '89, el Peronismo Revolucionario haba entregado un documento de compromiso con la pacificaci3n del pa3s al obispo de Mercedes, monse3or Emilio Ogn3novich, por su doble condici3n de menemista y custodio de la Virgen de Luj3n.

En aquel acto estuvo presente la Negrita, embarazada de su quinto y 3ltimo hijo, Agust3n. "Siempre que veo embarazadas bendigo al peque3o, porque es el que est3 en m3s riesgo", explica Ogn3novich en el hogar sacerdotal de Flores. El 3ltimo de los Firmenich fue bendecido por el sacerdote en el vientre materno y el hecho toc3 la espiritualidad de la Negrita, que quiso luego que el sacerdote lo bautizara.

Con este prop3sito, a mediados de 1990, Firmenich emprendi3 el viaje en su Renault Trafic blanca hasta Mercedes para solicitar los servicios de Ogn3novich, quiz3s el sacerdote de mayor llegada al presidente Carlos Menem.

Pepe y un asistente llegaron como al mediod3a a la curia de Mercedes, en la calle 24 al 700. Preguntaron por Ogn3novich y este los hizo pasar, no sin cierto recelo. Sin mucha vuelta, Firmenich le pidi3 que bautizara a su hijo. Ogn3novich se neg3

por un problema de imagen pública.

“Le dije que ni bautismo ni nada porque en seguida me iban a agarrar los periódicos o lo que fuera —rememora Ognénovich en su silla de ruedas—: le pedí que me disculpe pero le dije que podía darle la parroquia que le corresponde a él, porque los bautismos se suelen hacer en un santuario o en la respectiva parroquia. Era inconveniente que yo lo bautizara.”

“No sé si se fue enojado”, intenta reconstruir el sacerdote y aclara que no demostró ningún enojo pero no le dio la dirección de su parroquia ni él le indicó cuál le correspondía por zona.

Como era mediodía, Ognénovich invitó a Pepe y a su asistente a almorzar en el restaurante de calle 14, entre 5 y 7. El encuentro con el jefe guerrillero, según recuerda, le trajo problemas: “Algunos que conocían a Firmenich dijeron: ‘¿Cómo el obispo se junta con esta gente?’”.

No sería la única frustración de Firmenich. En enero de 1994 pretendió viajar a Chile con su mujer y dos de sus hijos, pero en la Dirección de Migraciones de Mendoza lo retuvieron porque todavía estaba vigente la prohibición para salir del país que había dictado el juez Piotti por el secuestro

del gerente de Mercedes Benz y el atentado a Klein. Según las crónicas de la época, Firmenich se mostró “muy enojado” y pidió hablar con la directora de la delegación de Migraciones, Patricia Fadel de Nahím, y que lo comunicaran con Luis Prol, ex militante montonero y entonces subsecretario general de la Presidencia. El trámite finalmente se destrabó pero la familia Firmenich debió esperar ocho horas para cruzar a Chile.

Un episodio similar debió sortear dos años después, en febrero del '96, cuando quiso pasar al Uruguay por el puente que une Puerto Unzué con Fray Bentos. La complicación fue la misma: figuraba como requerido por la Justicia.

La entonces subsecretaria de Derechos Humanos y Sociales y antigua militante de la organización, Alicia Pierini, explica que “el problema era que había presentado el indulto en Ezeiza pero no lo había hecho en el resto de los puestos fronterizos. Cuando lo detuvieron en Fray Bentos era sábado y no había nadie. Hubo que buscar el indulto por todos lados y mandarlo por fax. Encima, Pepe armó un quilombo bárbaro. Yo lo quería matar”.

DOBLE AGENTE

La exclusiva la tuvo la revista *Somos*: un libro de un periodista norteamericano aseguraba que Firmenich había sido agente del Batallón 601 del Ejército y que había “entregado” al líder del ERP, Mario Santucho. El autor de la explosiva investigación, con título de *best-seller* de espionaje (*Dossier secreto*), era Martin Edwin “Mick” Andersen, un periodista de la revista *Newsweek* ligado al Partido Demócrata.

La afirmación de Andersen se basaba en dos fuentes: un agente del FBI apostado en Buenos Aires durante la década del 70, Robert Scherrer, y el jefe de Inteligencia II del Ejército y jefe del Batallón 601, Alberto Alfredo Valín, hombre de confianza de la CIA en la región y quien importaría a Centroamérica las técnicas argentinas de lucha contrainsurgente. Las denuncias estaban basadas en los dichos de dos fuentes interesadas, de dos agentes de inteligencia cuyo objetivo, en esa coyuntura, era infiltrar y dañar a Montoneros y sus dirigentes.

En la primera edición del libro estas fuentes no se mencionaron. En el caso de Scherrer porque había pedido “por razones de salud” —estaba postrado por la esclerosis múltiple y a punto de jubilarse— no aparecer con su nombre. Valín todavía no había

confirmado a Andersen la versión de Scherrer, cosa que haría después para gran satisfacción del periodista. Pero todos los caminos conducían a Valín. Scherrer confesó que quien le había dicho que Firmenich trabajaba para el Ejército era Valín. Las dos fuentes se redujeron a una: Valín. Andersen fue advertido, al menos por un periodista argentino, del inconveniente de dar crédito a las afirmaciones de Valín, pero igual insistió.

Andersen, aun a sabiendas de la baja catadura moral de su informante, apostaba a la veracidad de Valín por razones de conveniencia del militar argentino: “Es mucho menos probable que Valín mintiera a algún miembro destacado de la inteligencia norteamericana que a un par argentino, especialmente si quería tener una relación prolongada e íntima con la embajada de los Estados Unidos, como tuvo”, le dijo a Bonasso en una entrevista en Londres.²⁰

Firmenich no le perdonaría nunca a su antiguo compañero no haberlo defendido de las “mentiras” de Andersen. En esa entrevista, Bonasso pone en duda ante Andersen la validez de sus afirmaciones, pero su línea de cuestionamiento viene por el lado de la debilidad de sus fuentes y no por la integridad

ética o fortaleza ideológica de Firmenich que harían imposible un rol de doble agente. Bonasso da algo de crédito a las hipótesis de Andersen desde el momento en que escribe dos páginas al respecto en uno de los diarios de mayor circulación del país.

En la edición definitiva de *Dossier secreto* (Sudamericana, 2000), Andersen explicó que “Scherrer dijo que Firmenich empezó a cooperar con la unidad 601 a principios de la década de 1970, cuando los Montoneros pasaron abiertamente a la izquierda. Su ayuda fue ‘ideológica al principio, y luego por la excitación que le provocaba’”, según el norteamericano. Si esto es así, el papel de Firmenich en la política de los 70 quedaría reducido al impulso banal de un jovencito en busca de emociones.

Las revelaciones de Scherrer, a quien Andersen reivindica como un investigador de fuste y un hombre perspicaz, incluyeron —siempre vía Valín— que Rucci y Mor Roig habían sido asesinados por López Rega y que Firmenich se había adjudicado las ejecuciones al solo fin de “desprestigiar” a la organización.

Valín también le dijo a Scherrer que Montoneros había “entregado” al líder del ERP, Mario Santucho,

apresado por una patrulla del Ejército en julio del '76 en un departamento de Villa Martelli y muerto poco después en Campo de Mayo, con vejámenes *post mortem* sobre su cuerpo.

Montoneros y ERP estaban en un proceso de constitución de un frente que se denominaría Organización para la Liberación de Argentina (OLA) y para ese fin estaban preparando un encuentro cumbre entre Santucho y Firmenich. En la cita entre los representantes de las organizaciones, fijada para el 19 de julio —el mismo día de la caída de Santucho—, el enlace montonero no concurrió. Había caído en manos de las fuerzas represivas unas semanas antes y el ERP no lo sabía. A partir de allí es que Scherrer infiere una delación del montonero que termina en la captura del líder “erpio”.

La biógrafa de Santucho, María Seoane, no otorga mayor crédito a la teoría de la entrega pero desarrolla la versión en paralelo a la explicación del diario *La Opinión*, que aseveró que la patrulla policial investigó en las inmobiliarias de la zona las transacciones que había hecho, con identidad falsa, Domingo Menna, un alto cuadro del ERP apresado el mismo día de la caída de Santucho.

Seoane entrevistó a Firmenich y a Perdía para

determinar si Montoneros tuvo alguna responsabilidad en la detención de Santucho. Firmenich rechazó de plano cualquier vínculo con la caída del jefe del ERP. Perdía, en cambio, especuló que el enlace montonero pudo haber aportado alguna información que colaboró en ese desenlace.²¹

Años después, la integridad de las fuentes de Andersen sufrió serios daños cuando el diario norteamericano *The New York Times* reveló, en febrero de 1999, que Scherrer era el encargado de los vínculos con los servicios de inteligencia de las dictaduras latinoamericanas que perseguían, asesinaban y desaparecían a los miembros de las organizaciones armadas y a militantes políticos.²²

Valín, por su parte, además de haber estado al frente de uno de los símbolos de la represión ilegal como fue el Batallón 601, terminó sus días investigado por la Justicia por inversiones millonarias en Miami y Uruguay, como admitió Andersen en un correo electrónico enviado a Adrián Korol en enero del '97.

En cuanto a Andersen, después de desempeñarse en Buenos Aires como corresponsal de *Newsweek* entre 1982 y 1987, fue asesor del senador demócrata Alan Cranston —traductor al inglés del *Mein Kampf*

de Hitler—, dictó cursos para policías en Colombia, Bolivia y el Ecuador, y fue contratado por el Ministerio del Interior argentino para temas relacionados con la policía y la seguridad pública. En 2001 ganó el premio al “Servidor Público” otorgado por el gobierno norteamericano y trabajó como investigador principal, para América Latina y el Caribe, de la ONG hiperconservadora “Freedom House”. En 2002 escribió *La policía, pasado, presente y propuestas para el futuro*, que editó Sudamericana.

Firmenich dio su opinión sobre la teoría de Andersen en una entrevista a mediados de 1993: “Es absurdo, esa historia no tiene sustento. Todo se remite a un testigo que no puede nombrar, y, aunque diera nombres, es fácil conseguir a un testigo muerto, carece de sentido común. Además, todos los servicios de inteligencia del mundo han investigado, y el único que descubrió que yo era doble agente es Andersen. ¿No suena un poco extraño?”²³

El contrapunto entre denunciante y denunciado cobró un nuevo elemento cuando en enero de 2010 el Ejército Argentino, a instancias del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, desclasificó por primera vez en su historia el listado de agentes que

se desempeñaron en el temible Batallón 601 durante la dictadura. En la larga lista de 4.300 agentes no figura el nombre de Mario Eduardo Firmenich ni el de algún montonero notorio.²⁴ Claro está que esta lista puede estar incompleta y no sería inverosímil pensar que alguien quitó nombres o eliminó legajos.

El secretario de Derechos Humanos de la gestión Kirchner y defensor de presos políticos en el '70, Eduardo Luis Duhalde, definió que “Firmenich es un mesiánico, que cometió errores políticos enormes pero nunca fue ‘cana’: lo de Andersen no es cierto”.²⁵

EL GUARDIÁN DE MUGICA

Los villeros de Retiro conmemoran todos los años el día en que la Triple A asesinó a Mugica. El 11 de mayo de 1974, cuando terminaba de coordinar unas charlas prematrimoniales en la parroquia San Francisco Solano, el cura fue baleado por Rodolfo Almirón, uno de los sicarios de López Rega. Durante veinticinco años, el cuerpo del cura rubio estuvo depositado en el panteón del clero del cementerio de la Recoleta y hacia allí iban cada mayo, en lenta procesión, los habitantes de la Villa

31, para rezar.

Cuando se cumplieron veinte años, Firmenich decidió participar del homenaje y fue con su mujer.

Aquel sábado 14 de mayo de 1994, la columna villera avanzaba por Figueroa Alcorta con destino a la capilla Cristo Obrero, que Mugica había ayudado a construir. La movilización estaba encabezada por un inmenso estandarte que recordaba la frase del cura: “No hablen así de mis hermanos villeros” y varias vírgenes que eran transportadas a pulso. El grueso de la gente era de la villa.

A la altura de ATC, Firmenich y su mujer se integraron a la columna. Una novel movilera de Crónica TV, Graciela Guiñazú, lo detectó, le dijo a su camarógrafo que prendiera la cámara y lo encaró:

—Mario Firmenich...

—No voy a hacer declaraciones.

—¿Pero por qué?

—Porque no he venido a hacer declaraciones.

—¿Usted lo conoció al padre Mugica?

—Ha sido mi asesor espiritual, claro.

—¿Qué es lo que rescata de él?

—Todo, muchísimas cosas...

—¿Como por ejemplo...?

—Era un ser excepcional en todo sentido.

—¿Por qué se lo mató?

—Porque era una persona excepcional, por eso lo mataron.

—¿No fueron montoneros?

—Eso es una infamia. Por favor... Por favor...

—¿Por qué no quiere hablar?

—No respondo infamias. No respondo infamias.

—Le estoy preguntando...

—Eso es una infamia, no es una pregunta. Una infamia ofensiva a una persona que ha sido mi formador personal...

Entonces intervino en el cruce la hermana de Mugica, Marta.

—Soy la hermana de Carlos y le voy a pedir que se retire porque nos está ofendiendo con su presencia.

—Bueno, vea, señora...

—Usted es un hombre que ha hecho mucho daño al país...

—Usted es la hermana de Carlos y yo soy discípulo de Carlos...

—Si usted fuera discípulo hubiera sido otra su historia... ¡Por favor, se retira!

—No, no me voy a ir.²⁶

El hijo de Marta Mugica, Diego, intervino

increpándolo. Firmenich le clavó la mirada y le tiró un amenazante: “¿Qué te pasa?”, pero ya era empujado hacia la avenida Figueroa Alcorta por Marta y algunos villeros. La Negrita intentaba convencerlo de que se fueran. Un sacerdote joven, alto y con barba, lo exhortó a que se fuera. Lentamente, molesto, Firmenich caminó hacia la avenida y cruzó con su mujer sin que el semáforo hubiera cortado, cuando el flujo de autos estaba liberado. Tuvo que correr unos metros para que no lo atropellaran.

Años después, en una entrevista con Magdalena Ruiz Guiñazú, Marta explicó que “hasta hoy me sigue felicitando gente por lo que ocurrió”, pero reconoció: “Mi familia casi me mata por ese episodio, pero fue visceral. ¡Me salió del alma!”.²⁷

La movilera recuerda con mucha claridad la mirada dura que le clavó Firmenich cuando le preguntó si habían sido montoneros los asesinos de Mugica. “Le hice un par de preguntas de *ablande* y luego le pregunté: ‘¿No fueron los montoneros?’. Fue terrible cómo me miró.”

“La sensación que me dio era que fue como un ciudadano más y creía que lo iban a respetar por su relación con Mugica”, dice Graciela y cuenta que

Héctor Ricardo García se entusiasmó mucho con el material y ordenó que mandaran de inmediato la famosa placa roja que advierte sobre las grandes noticias.

LA AUTOCRÍTICA

Desde el ventanal del estudio se puede admirar el parque añoso deslizándose en suave pendiente al río. No hay rastros urbanos. La mirada cruza limpia hacia el cuadro melancólico del río y su vegetación. Es el último sábado de abril y las hojas ya se oxidan. Firmenich se pierde en la lontananza sentado frente a un gran escritorio de madera y bajo la mirada inquietante de un enorme retrato al óleo del dueño de casa, el periodista Bernardo Neustadt.

De pronto, entra “Bernie” con paso elástico, seguido por su perrita Yorkshire “Amore”. Tiene puesto un pulóver amarillo, saluda despreocupado y ofrece café. Se sienta y junta las manos a la altura de la cara, amaga con decir algo pero Firmenich lo interrumpe:

—Señor Neustadt, quiero decirle que usted fue, es y será mi enemigo, pero vine por un negocio suyo y mío. Cuando salga por esta puerta, usted volverá a

ser mi enemigo. Hoy lo respeto porque está en su casa.²⁸

Neustadt hizo como si no hubiera escuchado:

—Mire, Firmenich, es un momento clave de la Argentina, usted tiene 47, 48 años, tiene cinco hijos... ¿por qué no hace algo por la juventud? ¿Por qué usted no se arrepiente públicamente? Es todo lo que le pido.²⁹

Firmenich asintió. En la reunión, que duró como dos horas, se acordó que Firmenich leería una “autocrítica” en el programa “Tiempo Nuevo” de Telefé (ex Canal 11). La emisión se grabaría el 2 de mayo a las 14.

La idea de comparecer frente a la opinión pública con un perdón o autocrítica se generó luego del éxito —en términos políticos y comunicacionales— de la que hiciera el jefe del Ejército, Martín Balza, el 25 de abril de 1995, en cuanto a la responsabilidad de la fuerza en la represión ilegal de la dictadura.

Balza, en un mensaje de ocho minutos leído frente a las cámaras de “Tiempo Nuevo” —el programa político de mayor audiencia del momento—, consideró un “error” el golpe de Estado y definió como delincuentes a quienes vulneran la Constitución, a quienes imparten órdenes inmorales,

a quienes obedecen órdenes inmorales y a quienes, para cumplir un fin justo, emplean medios injustos. El general, en definitiva, condenó los métodos de la dictadura y criticó la falta de recursos de la fuerza para combatir al “terrorismo demencial”.

Hacia adentro de las fuerzas armadas, Balza se ganó el odio de los grupos que habían estado implicados en la represión ilegal. Apenas dejó el Edificio Libertador, fue expulsado del Círculo Militar, en una asamblea que presidió el represor Ramón Genaro Díaz Bessone y a la que concurrieron los también probados represores Luciano Benjamín Menéndez y Albano Harguindeguy.³⁰

Hacia afuera, Balza se ganó definitivamente el apoyo de la sociedad y se convirtió en el militar con mayor prestigio entre los civiles. Las secuelas de su mensaje repercutieron durante años como ejemplo de valor e integridad. Con su autocrítica, Balza se convirtió en un militar democrático y empujó en esa dirección a la maltrecha imagen de la institución.

La sensación entre los montoneros fue: “Ahora nos toca a nosotros”. Ese planteo de los militantes fue recurrente y desembocaba en Firmenich como vocero, por su condición de responsable número

uno de la organización.

El menemismo también tenía interés en que Firmenich hiciera su *mea culpa*. En este sentido, Pierini —funcionaria de la gestión y cuadro de la organización— lo llamó por teléfono luego de lo de Balza y le dijo que “sería importante” que también hablara.³¹

Firmenich tenía temor de que el mensaje se interpretara como una posición personal y armó una serie de reuniones en la oficina que tenía el “Topo” Devoto en Avenida de Mayo. La consulta fue relativamente amplia y terminó generando un documento que iba a ser el que Firmenich leyera en el programa de Neustadt.

Pierini señala que “se discutió con los compañeros sobre si era o no conveniente decir algo en relación con los ocho minutos de Balza. Eran conversaciones informales. Tenía pros y contras. La mayor contra era que aceptábamos la teoría de los dos demonios”.

Uno de los hombres de confianza de Firmenich, que participó del debate previo a la aparición en “Tiempo Nuevo”, Guillermo Robledo, explica: “La decisión era dar respuesta a lo de Balza sin que eso significara un arrepentimiento, y fuimos al programa

de Neustadt porque era el lugar con más audiencia, a un programa sin audiencia no íbamos a ir”.

El martes 2 de mayo de 1995, Firmenich llegó al estudio mayor de Telefé a las 13.40, acompañado por Robledo y el ex dirigente de la JP Juan Carlos Dante Gullo. En el canal ya estaba sus padres y poco antes de empezar la grabación llegarían su mujer y sus cinco hijos.

Minutos antes de que las cámaras se encendieran habló en voz muy baja con Neustadt, rechazó un café que le ofreció la producción y finalmente se acomodó frente al conductor en el escritorio principal del decorado. Estaba de saco y corbata, un poco más gordo y algo más canoso que en sus apariciones anteriores.

En la introducción a la lectura de la autocrítica asumió “toda la responsabilidad política” por lo actuado por Montoneros y pidió que todos los sectores de la sociedad asumieran sus “responsabilidades”.

Luego leyó: “Después de diez años de democracia, de transición, llegó la hora de la verdad para los argentinos. El general Balza tuvo el coraje de asumir una autocrítica que le correspondía a Videla. Y tendió una mano de paz y reconciliación

con la verdad, con la sociedad de hoy y con sus antiguos adversarios. Los montoneros ya habíamos hecho nuestra autocrítica y nuestros aportes a la reconciliación y a la pacificación en forma escrita, pública y en la práctica cotidiana. Quizá no fue debidamente escuchada.

”Cuando fuimos acorralados, política y policialmente, cuando la Triple A nos masacraba tras la muerte del general Perón, cometimos el error madre de pasar a la clandestinidad y retomar la lucha armada, pese a que no existía para eso la legitimidad que otorga el consenso de las mayorías. Políticamente el error fue de naturaleza ideologista y militarista.

”Los argentinos produjimos una guerra civil embozada desde 1955 en adelante. Nosotros no empezamos la violencia en la Argentina. Nosotros fuimos la generación que nació, creció y se educó durante ese proceso histórico. Sufrimos los bombardeos a la población civil, la derogación por bando militar de la Constitución Nacional, los fusilamientos sin juicio previo, la proscripción política por décadas. Todo eso tanto con gobiernos civiles radicales como con dictaduras militares. El derecho de resistencia a la opresión por todos los

medios fue legitimado universalmente tanto en el derecho constitucional como en las encíclicas papales.

”La Juventud Peronista, tuvimos la osadía y el coraje de ponerlo en práctica [el derecho a la resistencia], al precio de sacrificar nuestras incipientes vidas. Pero no fuimos sólo los montoneros ni solamente los jóvenes peronistas. Con muy variadas formas de militancia, fue toda nuestra generación.

”Hoy podemos hablar de la reconciliación nacional y la pacificación definitiva porque en un Estado democrático, de plena vigencia de todos los derechos y garantías de una Constitución con respaldo unánime, la violencia política no tiene ningún sentido ni ninguna legitimidad. Pero no se trata de la reconciliación de torturadores y torturados, se trata de la reconciliación social y política en una cultura pluralista, que entre todos hemos ido construyendo durante los once años de transición democrática”.

Cuando terminó, Neustadt descargó una larga parrafada sobre los jóvenes que no conocen la historia y nombró a toda la familia de Firmenich presente en el estudio. Esa fue la introducción a la

pregunta de si había arrastrado de “las narices” a los jóvenes militantes de la organización.

—No, no los arrastré de las narices, los representé, nuestras decisiones fueron colegiadas.

—¿Lo volvería a hacer [la lucha armada]?

—No, he comprendido que es un error.

—El secuestro del general Aramburu, ¿cómo lo vive usted? Es decir, eso fue un secuestro, ese fue un hombre que intentó [sic] ser vejado, después de ser asesinado. Ustedes mismos asumieron que lo habían hecho.

—No, no lo hemos vejado, lo hemos respetado hasta el extremo de, como inclusive lo he relatado en alguna ocasión, sin tener necesidad en un hombre que está por morir, evitar que se tropiece con los cordones de sus zapatos, porque estaba él maniatado. No, lo hemos respetado e inclusive públicamente hemosorado por él. Y también ahí aprendí que no había que odiar al enemigo.

—Pero lo asesinaron...

—Fue un acto que no decidimos nosotros, lo decidió el pueblo. Estaba decidido por el pueblo, y esto es en todo caso lo triste, porque no podemos hablar de esta situación sin hablar de los bombardeos a Plaza de Mayo, sin hablar del

fusilamiento del general Valle.

—¿Le puedo pedir un favor? Nunca más represente al pueblo así. Le pido por favor.³²

El saldo no fue muy favorable. A diferencia de la exposición de Balza, en el mensaje de Firmenich sí hubo preguntas y, al decir de Pierini, “Neustadt lo sacó del contexto y lo ancló en lo de Aramburu. Entonces lo dejó sin antes ni después”.

“Fue sabiendo el precio que pagaba porque era Neustadt, era el enemigo. Era la propuesta de Neustadt para sostener la teoría: le permitía elogiar a uno y atacar a otro”, insiste Pierini, y aclara que “la línea del gobierno de Menem era que todos hicieran sus autocríticas para ir blanqueando la responsabilidad de cada uno. Pero después no hablaron ni los grupos económicos ni el radicalismo histórico”.

Robledo cree que quedó en relieve un aspecto menor de la disputa histórica. “Nosotros tratamos de expresar esa disputa de la herencia del peronismo, donde lo militar era un elemento, pero no *el* elemento. Lo que pasa es que cualquier relato sobre nosotros siempre tuvo una carga muy militar”, afirma.

Apenas terminó el programa, Firmenich se quedó

charlando con los cámaras, tiracables y asistentes de producción. Luego se retiró con Robledo por el acceso de la calle Pavón. Según Robledo, estaba de buen talante y no lamentó ninguna circunstancia del programa.

La emisión fue el mismo día de la grabación, en horario central, a las 22. Antes de Firmenich, Neustadt entrevistó al hijo del general Aramburu, el abogado Eugenio Aramburu, que reconoció el trato “digno” dado por los montoneros a su padre y reivindicó lo actuado por la Cámara Federal en lo Penal de la Nación, creada en mayo de 1971 con el objeto de “juzgar la actividad subversiva” y con jurisdicción en todo el país.

Al día siguiente los diarios reflejaron en páginas centrales y con llamados en tapa la aparición de Firmenich. El enfoque general fue que Firmenich no se arrepintió de la ejecución de Aramburu y tampoco del resto de los episodios violentos que concretó Montoneros.

En el caso de *La Nación*, el columnista político del diario, Atilio Cadorín, estuvo en el piso y analizó que la aparición fue una estrategia del menemismo para “equilibrar” el impacto del mensaje de Balza. “Fue un error: lo que se percibió

en el piso fue que Firmenich respalda a Menem”, escribió. Cadorín dijo que “dos hechos” llamaron la atención en el estudio de Telefé: que Firmenich haya preguntado si el Presidente recibiría copia del programa y que le pidiera a Neustadt que le preguntara por Horacio Verbitsky.³³

Menem también dio su opinión sobre la autocrítica montonera. Dijo por radio que, para su gusto, le faltó un “pleno arrepentimiento” (en referencia a Aramburu) pero agregó: “Evidentemente hay una sostenida autocrítica y yo creo que por esa variante tienen que entrar todos aquellos que apelaron a la violencia”.³⁴

Dos años después de la autocrítica, Jorge “Chiqui” Falcone —profesor de Martín Balza hijo— mantuvo un encuentro reservado con Balza. El general le preguntó por Firmenich: “Mire, Firmenich es mi amigo, es un buen padre de familia, es un buen marido, es un buen compañero, es muy buena persona. No le contesto desde la política”.

“Y el tipo se queda y me dice: ‘Yo le dije a mi señora que también me dio esa impresión, porque cuando lo vi en el programa de Neustadt pensé: un tipo que se hace la autocrítica delante de la mujer y los hijos por televisión tiene que estar muy loco

para estar verseando’.”

SIN HONORES

Pocos meses después de salir en libertad, a fines de marzo, Firmenich volvió a la Universidad de Buenos Aires en calidad de alumno regular. Durante su confinamiento en Devoto había avanzado en la carrera de Ciencias Económicas con quince materias rendidas —sobre treinta y seis de la licenciatura— y un notable promedio de 9,29.³⁵

En su desempeño, muy superior a su paso por el Nacional y por las carreras de Ingeniería y Agronomía, tuvo mucho que ver su padre, el ingeniero Firmenich, que lo ayudó con matemática, y el infinito tiempo que supone estar preso.

De su esfuerzo da fe el rector radical del Nacional y antimontonero, Horacio Sanguinetti: “En el ’86 me preguntaron si podía tomar un examen en Devoto. Dije que sí y un día antes me avisaron que era Firmenich. Él tenía un régimen especial, estaba solo en un pabellón, horroroso de todas maneras, aunque tenía las comodidades mínimas. Y fue muy cordial, como un ex alumno. Preguntó por algunos profesores del Colegio, por Meyer, por Azamor.

Sacó 8, 9 en el escrito y 7 en el oral. Fue un buen examen”.

El año lectivo lo arrancó con Estadística — cátedra Arce— y Macroeconomía Superior — cátedra Landro—, con cursadas los lunes, miércoles y jueves de 9 a 11. Al principio iba acompañado de algún compañero del PR, por las dudas, y llegaba una vez comenzada la clase, cuando el grueso de los alumnos ya estaba ubicado y los pasillos y patios, más libres.

No tenía mucho contacto con sus compañeros, por falta de iniciativa en ambos lados, pero el trato fue cordial y de tolerancia. Incluso cuando la novedad del regreso a las aulas del indultado convocó a periodistas, camarógrafos y fotógrafos que lo perseguían hasta dentro de las aulas, en plena clase.

El Centro de Estudiantes, en poder de Franja Morada, muy velozmente lo declaró persona no grata, repudió su presencia en la facultad y colgó fotos suyas con la leyenda: “Vea usted mismo un homo indultado”. La declaración fue votada por doce de los trece miembros de la comisión directiva del Centro. A la iniciativa de la Franja se sumaron la Agrupación Manuel Belgrano (socialistas) y la Unión para la Apertura Universitaria (liberales). La

Juventud Universitaria Peronista (JUP) no apoyó la movida.

El entonces presidente del Centro de Económicas, José Luis Giusti —hoy, dirigente del PRO— relata que “en marzo empezó a cursar como si nada, no sólo cursaba sino que pasaba por la rotonda de la facultad, donde están las mesas de las agrupaciones, y se quedaba charlando con un grupo de la JUP, que eran montoneros que habían pertenecido a la Regional 1, pero a esa altura ya eran menemistas”.

“La presencia de Firmenich empezó a generar ruido en las agrupaciones y entre los estudiantes y como no teníamos manera de sancionarlo, aunque algunos querían echarlo de la facultad, decidimos darle una sanción moral y declararlo persona no grata”, añade y confirma que “los de la JUP nos contaron que estaba recaliente con la decisión”.

Giusti admite con cierto entusiasmo: “El episodio me hizo medio famoso, nos llevó Neustadt al programa que era muy visto y salimos en los diarios. Poco después fui a Italia a visitar a unos parientes y tenían guardado el recorte del diario”.

Otro de los referentes de la Franja, Julio Goldstein, explicó en medio del conflicto que “es inevitable: realmente nos irrita su sola presencia.

No pretendemos que deje de estudiar porque sabemos que es su derecho. Simplemente queremos dejar en claro que nosotros no lo indultamos”.

El representante de la JUP, Carlos Toccetti, aclaró que no acompañaban la condena “no porque estemos de acuerdo con su metodología, todo lo contrario, simplemente creemos que tiene derecho a estudiar y marginarlo es una manera de no reconocer ese derecho”.

El decano, Leandro Portnoy, dijo que “es un estudiante como cualquier otro. No hay que magnificar el tema”.³⁶

Pese a la iniciativa de Franja Morada, el estudiante Firmenich no fue increpado por sus compañeros. Al contrario, con el tiempo, los de la JUP y algún que otro independiente lo rodeaban apenas llegaba para que contara historias y anécdotas de los 70.

“Se le juntaban pibes a pedirle que les cuente la historia y tenía miedo de que alguno creyera que los estaba meloneando y armara quilombo”, describe el Topo Devoto, uno de sus amigos más cercanos en los 90.

El verdadero problema con el alumno Firmenich surgiría a fines de 1996, cuando debió pedir el

certificado de estudios para seguir una carrera de posgrado. Como su promedio excedía el 8 —se recibió con 8,97—, era merecedor del “diploma de honor”, según estipulaba el artículo 74 del reglamento sobre los premios de las universidades.

El decano de Económicas, Rodolfo Pérez, firmó en diciembre de 1996 la resolución 4.119 que otorgaba la distinción a Firmenich y a los alumnos destacados de la promoción 95, Axel Kicillof, Cosme César Di Vagno, Mariano Asz y Adriana Rodríguez. Pero Franja Morada y la Juventud Radical de Capital objetaron el reconocimiento por la falta de “condiciones morales” del ex guerrillero. El dilema se trasladó inmediatamente a la sociedad: ¿merecía el diploma o no?, y se cruzaron opiniones a favor y en contra. Los que estaban por darle el reconocimiento entendían que la nota, como valor objetivo, era indiscutible, y si Firmenich superaba el 8 había que dárselo. Los que estaban en contra sostenían que el reconocimiento era integral y premiaba el conjunto de valores del alumno y agregaban que en definitiva la comunidad universitaria era la que decidía a qué miembros premiaba.

La discusión se definió el 20 de marzo de 1997,

cuando 11 de los 14 miembros presentes del Consejo Directivo de Económicas decidieron no otorgarle el diploma de honor al alumno Firmenich. Los argumentos fueron la “falta de condiciones morales” del ex montonero para alcanzar el mérito honorífico y que “su accionar ilegal abrió las puertas, en la Argentina, a la puesta en marcha de la terrible doctrina de seguridad nacional”, según señaló el diario *La Nación*.

A título personal, la cronista editorializó que “la sociedad argentina puede sentirse satisfecha, pues si se presta atención a lo ocurrido ayer en Ciencias Económicas, los jóvenes son la reserva moral de este país”.³⁷

Uno de los promotores de la restricción, el consejero por Franja Morada, Mauro Vello, recordó que “al compartir desafortunadamente las clases de Derecho Público con Firmenich tuve que escucharlo reivindicar fuertemente el accionar de los Montoneros, al tiempo que cuestionaba duramente el enjuiciamiento a los jefes militares y el trabajo de la CONADEP”.

Otro de los que votó por la no entrega, el socialista de la Agrupación Manuel Belgrano, Matías Tombolini, dijo que “la universidad debe

darle a la sociedad el ejemplo de que aún conserva la memoria. Ya que el gobierno parece haberla perdido cuando le otorgó el indulto a Firmenich, la UBA no puede otorgarle este diploma porque la sociedad no lo perdonó ni lo va a perdonar”.³⁸

El proyecto para negarle la distinción fue presentado por los docentes consejeros Carlos Degrossi (sería luego decano de la Facultad durante el gobierno de la Alianza) y Nelson López del Carril (más tarde, director de la Casa de la Moneda nombrado por Fernando de la Rúa). “La universidad es una comunidad de profesores, alumnos y graduados que procura la formación integral y armónica de sus componentes, e infunde en ellos el espíritu de rectitud moral y responsabilidad cívica”, aclaraba la resolución y agregaba que en el alumno Mario Eduardo Firmenich “no existe constancia de que esté imbuido —antes y ahora— de tales valores”.

“Por el contrario —continuaban los fundamentos—, se ha manifestado a través de sus actos, que son de público conocimiento, que por ausencia de tales virtudes ha merecido condenas judiciales firmes, sólo atemperadas por el indulto presidencial, que no ameritó la readaptación del delincuente sino

procurar la paz social”.³⁹

Sus asesores legales fueron Pierini y su viejo compañero del Nacional Jorge Castells, que prepararon un recurso administrativo ante la Facultad de Ciencias Económicas. La apelación por vía administrativa abrió la posibilidad de que el caso llegara al Consejo Superior de la UBA, bajo el rectorado del radical Oscar Shuberoff. Con este posible giro, la Franja se vio en aprietos porque era un tanto indisimulable que la decisión se basaba en valores subjetivos y que los antecedentes históricos eran claros: graduado con promedio superior a 8 recibía el diploma de honor, sin excepción.

Ante la perspectiva de perder la pulseada, los radicales echaron mano del artículo 70 del reglamento de premios que exigía “haber cursado la carrera en el tiempo previsto, sin perder ni ganar un año”, pero esto se aplicaba al premio al mejor alumno, una distinción superior al diploma de honor.

Sin embargo, insistieron con este argumento técnico formal y recordaron que la Licenciatura en Economía es de seis años: el inicial del CBC y los cinco de la carrera. Firmenich demoró ocho años para terminar la carrera. Comenzó a cursar en 1987, a través del programa carcelario UBA XXII, y

concluyó sus estudios en 1995, cursando los últimos tres años en la facultad.

“Por supuesto que le correspondía, no se lo dieron por gorilas”, define Alicia Pierini y aclara que “Pepe no quiso hacer una denuncia judicial contra la UBA, pero había que hacer la denuncia de lo que se había hecho, al menos en el plano administrativo y político”.

El 25 de marzo presentó un escrito en la Subsecretaría de Derechos Humanos y Sociales, que dirigía Pierini, quien acompañaría una denuncia contra la Facultad por discriminación.

La presentación de Firmenich fue en letra manuscrita mayúscula, sin acentos, y decía que “la Universidad no es una institución con atribuciones para juzgar la responsabilidad ciudadana o el honor personal de nadie. Jamás se me ocurrió pensar que sacando buenas notas obtendría un certificado sobre mi honor. Mi honor personal está fuera del alcance de los individuos que han protagonizado este disparate institucional”.

Luego invocó a Jesús: “Nos ha enseñado que el que esté libre de culpa tire la primera piedra. ¿Qué autoridad moral tienen estos señores? ¿Qué hicieron cuando se bombardeó Buenos Aires en 1955,

cuando fusilaron a Valle y tantos otros en 1956? ¿Dónde estaban en los enfrentamientos entre azules y colorados? ¿Qué hicieron en la masacre de Trelew? ¿Qué hicieron cuando imperaba la Triple A? ¿Qué hacían y decían cuando desaparecían a nuestros militantes? ¿Creerán que haber inventado la falacia de los dos demonios les da autoridad moral para tirar piedras?

”Este desconocimiento de un derecho académico adquirido no es más que el resurgir del odio gorila, transmitido generacionalmente a los actuales universitarios de Franja Morada”, resumió Firmenich.

Pierini trasladó el 8 de abril la denuncia de Firmenich al decano de Económicas, adjuntada a una misiva que cita la Constitución Nacional — artículo 16, igualdad ante la ley—, el Pacto de San José de Costa Rica, la ley 23.592, que define el acto discriminatorio, y el estatuto universitario que establece que la universidad es “prescindente en materia ideológica, política y religiosa”, para advertir que, según la subsecretaria, el episodio dejaba configurada una “discriminación por enjuiciamiento ético de facto con sanción de restricción de derechos sobre un profesional

universitario”.⁴⁰

Pese a sus pataleos y presentaciones, nunca le concedieron el diploma de honor. Poco después se exilió en Barcelona y el tema murió. El decano Pérez recordó que cuando Firmenich se recibió, no fue a la jura de su promoción: “Creo que lo hizo para evitarnos un problema...”.⁴¹

EL AISLAMIENTO

Después del episodio en el homenaje a Mugica, el espíritu de resistencia de Firmenich quedó minado. Enemigos siempre tuvo, pero el arco de condena era ya inmenso: de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo, en toda la sociedad. Además, su condición de hombre político se veía frustrada por la falta de espacios y el ninguneo a sus iniciativas y propuestas. Estaba cansado y quería irse.

Primero averiguó con Pierini su condición legal. La abogada y subsecretaria de Derechos Humanos le recomendó presentar un hábeas corpus preventivo para despejar la posibilidad de que no lo dejaran salir del país. Así lo hizo y presentó el recurso ante la jueza penal María Cristina Bértola. La magistrada le confirmó que no existía ningún pedido de captura

sobre su persona.

Evaluó entonces las opciones para cursar un doctorado y se decidió por el sistema universitario noruego, que es básicamente gratuito aunque después el alumno debe devolver lo invertido por el Estado con sus ganancias profesionales. El 20 de marzo viajó a Oslo, vía Brasil, para acomodarse y luego llevar a su familia.

El dato del viaje de estudio de Firmenich despertó un gran interés en los medios noruegos. Al comienzo el trato fue positivo, en la ola del fenómeno de la rebelión en Chiapas y el carismático subcomandante Marcos. Con los días, la caracterización del líder revolucionario fue cambiando. El gobierno socialdemócrata dijo que Firmenich había sido condenado por varios asesinatos y tenía antecedentes “altamente dudosos”.⁴²

Los argentinos no necesitaban visa para ingresar a Noruega como turistas pero sí tenían que tramitar un permiso en caso de ir a estudiar o trabajar. Más allá de la letra impresa y las condiciones formales, la residencia es una decisión política de los gobiernos. Los noruegos no estaban muy convencidos de hospedar al ex guerrillero.

La negativa final llegó en boca de la directora de Migraciones, Henrietta Munkeby: “Firmenich no solicitó tal permiso [de estudio] y en caso de que ya estuviera viajando hacia este país sería demasiado tarde, ya que debió haberlo entregado en la embajada noruega en la Argentina”.⁴³ Tuvo que regresar a Buenos Aires.

Sin amedrentarse, a todo o nada, en agosto del '96 anunció el lanzamiento de una corriente de opinión que se presentaría con un plenario de militantes en Isidro Casanova. Ante la duda de varios periodistas sobre si esto implicaba un retorno a la política, Firmenich dijo: “Sí, esto es un retorno a la política”.

La agenda inicial de la corriente se reducía al debate de la “situación política y económica nacional y las alternativas posibles para salir de la crisis socioeconómica producida por un modelo neoliberal agotado”.⁴⁴

La aparición implicó, si se quiere, el primer cuestionamiento público al gobierno menemista, que ya iba por su segundo período. Hasta allí, no había criticado en público a la gestión justicialista. Firmenich aclaró que la agrupación no estaba planteada en “términos electorales” y descartó que

“por ahora” se convirtiera en una línea interna del peronismo.

El ya economista proponía “una alternativa al modelo neoliberal” a través de “un pacto constituyente socioeconómico que defina el perfil productivo del país”, en la incipiente globalización.⁴⁵ Ya asomaban, en las bases de su convocatoria, los ejes de lo que sería su tesis de doctorado.

La propuesta no generó más que la novedad de su anuncio y sólo se entendió como un intento de Firmenich para reinsertarse en un escenario político y en una comunidad pública que no dejaba de rechazarlo.

NOTAS

1 Entrevista con Jorge Devoto, 26 de febrero de 2010.

2 “Tras casi siete años de prisión, Firmenich recuperó la libertad”, *La Nación*, 30 de diciembre de 1990.

3 Entrevista con Rosendo Pedernera, 21 de septiembre de 2009.

4 Los desaparecidos y víctimas de la violencia

política correspondientes a esa séptima división fueron Leonardo Adjiman, Mirta Cancela y Carlos Ramus; de la misma promoción 66, de otras divisiones: Alberto Miguel Camps y José Luis D'Alessio.

5 Cristina Zuker, *El tren de la victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 243.

6 Viviana Rubinstein fue contactada para brindar su testimonio en este libro pero prefirió no participar.

7 Jorge Urien Berri, “Mario Montoto: el hombre de las dos revoluciones”, *La Nación*, suplemento Enfoques, 14 de mayo de 2006.

8 “Firmenich: ampliaron los alcances del indulto”, *La Nación*, 19 de febrero de 1990, y “Firmenich: otro indulto”, *Clarín*, 19 de febrero de 1990.

9 “Firmenich anuncia el retorno”, *Clarín*, 24 de febrero de 1991.

10 Rolando Graña, “Mario Firmenich. Mi ética es la misma de siempre”, *Tres Puntos*, año 4, n° 190, 15 de febrero de 2001, pp. 13-14.

11 En los primeros cinco años de la gestión menemista se inició un proceso de privatizaciones y concesiones que abarcaría casi la totalidad de las empresas nacionales y produciría, por la vía

del retiro voluntario y los despidos, miles de cuentapropistas y desocupados.

12 Gabriela Esquivada, *El diario Noticias. Los Montoneros en la prensa argentina*, Ediciones de Periodismo y Comunicación, nº 26, La Plata, 2004, pp. 122-124.

13 *Vencer*, nº 9, México, julio-agosto de 1981, informe especial “Desarrollar la Multipartidaria en la perspectiva de un frente de liberación”.

14 Según el mismo Jesús Quintero, el nombre del programa “es una expresión popular con la que se zanja cualquier juicio y que supone una llamada a la empatía, a ponerse en el lugar y en las circunstancias de la persona juzgada” (www.jesusquintero.com, consulta 22 de marzo de 2010).

15 “Confesiones de un indultado”, *Página/12*, 17 de marzo de 1991, pp. 14-17.

16 “A Firmenich le responden de todo”, *Clarín*, 18 de marzo de 1991.

17 *Página/12*, 8 de junio de 1992.

18 Jorge Sigal y Olga Wornat, “Por qué volvió Firmenich. ¿Guerrillero o servicio”, *Somos*, nº 819, 8 de junio de 1992, pp. 4-10.

19 *Ibídem*.

- 20 Miguel Bonasso, “Firmenich secreto”, *Página/12*, 25 de abril de 1993.
- 21 María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pp. 293-305.
- 22 Tim Weiner, “F.B.I. Helped Chile Search For Leftists, Files Show”, *The New York Times*, 10 de febrero de 1999, p. 6.
- 23 Marisa Grinstein, “Nada es para siempre”, *Noticias*, 13 de junio de 1993, pp. 126-127; fotos: José Luis Cabezas.
- 24 Listado del personal civil de inteligencia remitido por el director general de Inteligencia, general César Gerardo Milani, a la ministra de Defensa, Nilda Garré. Expt. FT10 320/4 MD n° 7749/10 DDHH. n° 115/10.
- 25 Entrevista con Eduardo Luis Duhalde, 22 de abril de 2009.
- 26 Crónica TV, 14 de mayo de 1994.
- 27 *Perfil*, 3 de mayo de 2009, pp. 7-8.
- 28 Testimonio de Jorge Devoto, 26 de febrero de 2010. Devoto acompañó a Firmenich al encuentro con Neustadt.
- 29 *Clarín*, 5 de mayo de 1995, p. 4.

30 Guido Braslavsky, *Enemigos íntimos. Los militares y Kirchner*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pp. 42-43.

31 *Clarín*, 5 de mayo de 1995.

32 Véase www.bernardoneustadt.org (consulta 2 de marzo de 2010).

33 Atilio Cadorín, “Hubo más de estrategia que de arrepentimiento real”, *La Nación*, 3 de mayo de 1995.

34 *Clarín*, 4 de mayo de 1995.

35 Procesos Socioeconómicos, Matemática, Ciencias Políticas, Introducción al Conocimiento Social y el Estado, Introducción al Conocimiento Científico, Economía, Sociología, Historia Económica Mundial, Álgebra, Análisis Matemático, Análisis Matemático II, Contabilidad Básica, Economía II, Economía III y Matemática para Economistas.

36 Alejandra Florit, “9,29 en Economía, cero en imagen”, *Gente*, 18 de abril de 1991.

37 Susana Reinoso, “Firmenich no recibirá el diploma de honor”, *La Nación*, 21 de marzo de 1997.

38 *Ibíd.*

39 Resolución del Consejo Directivo n° 3362-

97/varios.

40 Subsecretaría de Derechos Humanos y Sociales,
Ministerio del Interior, leg. 2732 - Firmenich
s/disc.

41 *La Nación*, 18 de marzo de 1997.

42 *Página/12*, 23 de marzo de 1996.

43 *Clarín*, 23 de marzo de 1996.

44 *Página/12*, 10 de agosto de 1996.

45 *La Nación*, 12 de agosto de 1996.

Cantan el Himno Nacional, la marcha peronista en versión reducida y terminan con arengas que insisten sobre la condición peronista de la Orga. Es la refundación del Movimiento Peronista Montonero y el lanzamiento de la candidatura presidencial de Mario Eduardo Firmenich. Será, según el documento que elaboró y que hoy discuten, el nuevo líder político de los excluidos, que en la Argentina se cuentan por millones.

En el local de fiestas de Villa Pueyrredón, donde se hace el acto, hay sesenta personas. Algunos son viejos militantes de los 70; otros, sobrevivientes del ochentoso Peronismo Revolucionario, y varios jóvenes peronistas que se acercaron cuando el menemismo confirmó su traición. El único que no está es el candidato.

La tecnología lo asiste y desde Barcelona habla con su gente vía teleconferencia. Hay representantes de diez provincias y el salón está adornado con

banderas argentinas y una pancarta importante con la palabra Montoneros, que la cruza de punta a punta, y una estrella federal bien roja.

Todos leyeron su documento sobre la urgencia de construir un candidato nacional que pueda sumarse a esa “revolución necesaria” que se avecina. Todavía faltan seis meses para diciembre de 2001, pero él ya avizora en el horizonte cercano un estallido que cuestionará la institucionalidad política argentina. Habla de “insurrección social semiespontánea” y plantea la necesidad de sumarse con todo y con todos a los cortes de rutas.

Pero dice que hay que tener cuidado, que la teoría de los dos demonios puede reaparecer bajo nuevas formas. Por eso advierte que hay que estar preparados para el “terrorismo ideológico de Estado” y aclara que esa “revolución”, que no es otra cosa que un cambio de sistema, no será socialista, y que para alcanzarla no será necesario pasar a la clandestinidad, ni fundar una organización político-militar. Los fierros, en el nuevo escenario, no entran.1

* * *

EL DOCTOR

En el segundo semestre de 1996, Firmenich comenzó a instalarse con su familia en Barcelona, donde comenzaría un doctorado en Economía en la Universidad de Barcelona y lo conchabaría en una editorial anarquista su amigo, el escritor español Manuel Vázquez-Montalbán.²

Pero antes de terminar de partir hizo una última apelación pública a sus militantes: envió a la Negrita con una carta al homenaje que se realizó el 1º de mayo a Yäger, muerto en los últimos meses de la dictadura.

“Hay que elaborar nuevas teorías que sustenten sólidamente nuevos proyectos económicos, sociales y políticos al servicio de nuestro pueblo y de nuestra patria”, escribió Firmenich en la hoja que se leyó en el cementerio de Rosario. Hasta allí habían llegado militantes desde distintas provincias pero él no fue: estaba preparando su partida a España.³

Una vez instalado en Barcelona, repartió el tiempo entre el estudio y la elaboración de un marco teórico que le permitiera realizar una nueva propuesta política y económica. Eso no le impidió resolver algunas tareas que habían quedado

inconclusas; una de ellas fue intentar recuperar el archivo de Montoneros que había quedado en Cuba.

Viajó a la isla acompañado por Jorge “Topo” Devoto, quien tenía relación con los funcionarios cubanos que se habían desempeñado en los 70 en la embajada de la isla en la Argentina. El Topo fue a un hotel y Firmenich paró en la casa del ex embajador en Buenos Aires, Emilio Aragonés Navarro, el mismo que había fungido casi como un montonero más en la etapa de mayor poder de la organización. Ambos se tenían un afecto profundo.

Pero, en realidad, el funcionario a entrevistar en el asunto del archivo era el comandante Manuel “Barbarroja” Piñeiro, ex jefe del Departamento Américas, hombre clave para las guerrillas en Latinoamérica cuando Fidel Castro vislumbró un camino político en la insurgencia indiscriminada. Barbarroja no se llevaba del todo bien con los montoneros, prefería a los hombres del ERP, más afines a la Revolución Cubana y a la izquierda internacional que los peronistas revolucionarios.

El archivo de la organización era un reservorio adquirido con mucho trabajo, tiempo y dinero para documentar la memoria de Montoneros y otras organizaciones de la región. Las fuentes consistían

en documentos, informes, imágenes y papeles, todos guardados en una habitación enrejada en la casa del barrio Miramar, en calle Primera y 26, en La Habana, que la Conducción había usado como comandancia.

La gestión fue en vano. Barbarroja dijo que una “inundación”, que efectivamente se produjo, había arrasado con los documentos pero que algo se había salvado. Ante el estupor de Firmenich, el comandante Barbarroja, que murió días después de esa entrevista en un accidente, sacó unas carpetas y se las entregó al ex jefe montonero. Aunque no muy conforme con los resultados del operativo de recuperación del archivo, Firmenich diría después que los documentos que le entregó Barbarroja, sobre el secuestro de los Born, eran “muy interesantes”.⁴

Como ya no había mucho para hacer, el Topo arregló un encuentro con el embajador argentino en la isla, Jorge Telerman, ex periodista y ex vocero de Eduardo Duhalde. Telerman era bastante crítico de la conducción montonera y el Topo suponía que sus puntos de vista cambiarían si lo ponía frente a Firmenich.

El lugar elegido para ese encuentro secreto fue uno de los jardines del exclusivo Hotel Nacional.

Hacia unos años que ese lugar, nacido en 1930 y decorado con caprichosos rasgos *art déco*, había sido restaurado completamente. Era en ese momento, y lo sigue siendo ahora, uno de los alojamientos elegidos por los viajeros con mayor gusto y poder adquisitivo que visitan la isla. Está ubicado sobre una colina, a pocos metros del mar y en el corazón del Vedado, en el centro de La Habana. Desde algunas de sus habitaciones se puede ver la bahía con su malecón y, más allá, la fortaleza del Morro.

La decisión de que la reunión fuera secreta fue de Telerman. Era embajador y ese encuentro no tenía nada que ver con su función. “Era una cuestión personal. No tuvo la más mínima relación con la política exterior argentina. Me encuentro con un tipo jefe de amigos míos y dominante de la escena política de mi adolescencia. Y que quería dejar en claro algunas cosas”, explica.

“Fui con el prejuicio de que me iba a encontrar con un aventurero. Que probablemente era la manera que yo tenía para mí mismo de saldar esa duda entre la aceptación y el rechazo, más sobre él que sobre el resto de la dirigencia montonera”, dice Telerman y aclara que “nunca” fue montonero y que siempre fue

muy crítico de la organización, a la que veía como “catalizadora” del golpe de 1976. Pero se encontró “con un tipo mucho más reflexivo”.

El ex embajador recuerda que Firmenich estaba “preocupado por la construcción de un proyecto nacional” y también que le preguntó por la versión de su relación con Massera. “De eso no se habló mucho porque él fue contundente en su rechazo, en que era propaganda enemiga. No encontré ningún resquicio en su discurso, más allá de que no era ningún interrogatorio el mío, era una charla”, agrega.

Dice que en aquellos días el ex jefe montonero “no hablaba de peronismo” y que lo que le llamó “la atención” es que se reivindicó socialdemócrata. Precisa: “Dijo que muchas de sus ideas se acercaban a posiciones socialdemócratas”.

Del tema del dinero depositado en Cuba no se habló, pero Telerman dice que los antiguos jefes montoneros no dejaron de visitar la isla. Conociendo el temperamento de la administración castrista cree que la propuesta debe haber sido “de acá no sale un dólar más pero cobrátele en especies”.

“Hay ciertas cosas que no se pueden hablar en

Cuba. Sobre las cosas que se pueden hablar uno puede decir una cosa o la otra, pero sobre ciertas cosas no podés hablar ni a favor ni en contra. La muerte de Fidel no podés ni mencionarla. Y en ese grupo están la guita y las vinculaciones con los grupos insurreccionales”, explica.

Todo ese año Firmenich se dedicó a estudiar. El siguiente también. Mientras tanto, en la Argentina el modelo del uno a uno seguía crujiendo. El futuro nuevo gobierno de la Alianza seguía sosteniendo los mismos pilares económicos que la administración de Menem, a la que decía aborrecer. Los productos importados brillaban en las góndolas de los supermercados y los trabajadores despedidos no dejaban de multiplicarse. Los antiguos torneros, matriceros, mecánicos de ferrocarriles o artesanos del vidrio se convertían en remiseros o quiosqueros y se preparaban, sin saberlo, para fumarse la indemnización.

Esa realidad no estaba demasiado lejos de la vida cotidiana de Firmenich, quien pese a la distancia coordinaba foros de debate virtual sobre la política argentina y las posibles alianzas para acceder a cuotas de poder real. Allí aparecían discusiones no saldadas entre compañeros de muchos años y las

opciones políticas que cada uno iba tomando. Muchos estaban alineados detrás de la fórmula electoral de Eduardo Duhalde y Ramón Ortega y otros se entusiasmaban con la Alianza. Pepe —así firmaba sus correos electrónicos— intentaba explicar lo que ocurría: “Es una muestra de que no hay opciones de cambio y progreso claras en la coyuntura de la elección presidencial, al menos hasta ahora”.⁵

En Vilanova i la Geltrú, una ciudad de 62 mil habitantes a unos 40 kilómetros de Barcelona, más barata para vivir que la capital catalana, Firmenich intentaba forjarse una nueva vida, cruzada por el ámbito académico. “Vive de la misma manera que puede vivir un mecánico. Ni siquiera como un profesor universitario titular de cátedra, sino como un mecánico de Castelldefels. Ese modo de vida. Y cuando viene acá: Isidro Casanova. Igual que el Pelado Perdía. Son individuos inmunes a las tentaciones materiales”, dice Rafael Bielsa.

No sólo el ex canciller habló de esa austeridad, que él conoció de cerca porque gestionó algunas ayudas para la familia. También lo señalaron otros entrevistados y marcaron la particular preocupación de Firmenich por que todos sus hijos pudieran

recibirse en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Eso hizo que los hijos menores tuvieran que estudiar en España y viajar a Buenos Aires para rendir los exámenes de cada año. Para cada uno de esos viajes se realizaron colectas entre los antiguos compañeros.⁶

El ex canciller tiene sólo elogios para la tesis de doctorado de Firmenich. Asegura que “es un estudio económico muy importante”, una “obra maciza, estalina”. El trabajo académico se publicó como libro en 2004 y, como Bielsa era un admirador confeso, Firmenich le pidió que lo prologara. El entonces canciller escribió unas páginas que finalmente no fueron publicadas. Cuando en la “mesa chica” kirchnerista se enteraron de la iniciativa, le solicitaron al canciller que desistiera y este, obediente de los deseos de su primer y único jefe político, Néstor Kirchner, así lo hizo.

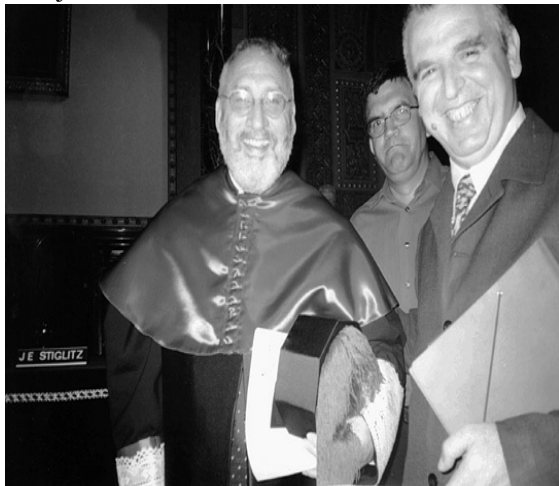
Eutopía. Una propuesta alternativa al modelo neoliberal sintetiza esa tesis con la que Firmenich se doctoró el 10 de diciembre de 1999 y que obtuvo calificación sobresaliente *cum laude*. En esa misma ceremonia, en la que le entregaron el título, designaron doctor honoris causa al premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, quien había hecho la

tutoría de su trabajo pero no tuvo intervención académica.⁷ Del otro lado del océano, Fernando de la Rúa se calzaba la banda presidencial y nombraba a un “gabinete de lujo”. Así había definido la elite empresaria argentina al equipo de gobierno que incluía cuatro economistas: José Luis Machinea (Economía), Juan Llach (Educación), Ricardo López Murphy (Defensa) y Adalberto Rodríguez Giavarini (Relaciones Exteriores).⁸

El libro, que sus seguidores recomiendan casi como una Biblia, desarrolla tres ideas interrelacionadas: un “replanteo de la teoría económica” para desarrollar la teoría de los sistemas político-económicos; una propuesta de reforma del sistema monetario internacional “como punto de partida de una globalización justa y sustentable”, y un “modelo de políticas nacionales alternativas al neoliberalismo”.⁹

“Con la mente y el corazón puestos en aquellos queridísimos desaparecidos y en nuestros no menos queridísimos hijos, ha sido consagrada con galardón científico. *Eutopía. Una propuesta alternativa al modelo socioeconómiconeoliberal como paradigma del pensamiento único* ha sido juzgada explícitamente por el tribunal como una revolución

académica y científica”, escribió Firmenich en un mail al dirigente Guillermo Robledo, un día después de haber defendido y aprobado su tesis. El 24 de diciembre, antes de que comenzara el nuevo milenio, Firmenich les regaló a la Negrita y a sus hijos el ejemplar original. En la dedicatoria les agradeció y reconoció el sacrificio “de toda una vida de lucha”, que fue lo que permitió sintetizar ese trabajo.



El premio Nobel de Economía y ex economista jefe del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, realizó la tutoría de la tesis de doctorado de Firmenich, aunque no tuvo participación académica en el trabajo. En la misma ceremonia en la cual el antiguo jefe de Montoneros recibió su título de Doctor en Economía, Stiglitz fue nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad de Barcelona, 10 de diciembre de 1999 (Archivo personal de Guillermo Robledo).

Antes de partir a España había tenido una fuerte discusión con María Inés. Mario era un padre exigente que no aceptaba que su hija mayor cayera en la autocompasión y le exigía lo mismo o más que a los demás, contó Adela Segarra y confirmó Isabel Eckerl.

El problema con Inés fue su novio y la violación de las reglas de la casa. Ella lo había llevado a cenar, para que conociera a la familia, y su padre le aclaró que después de la sobremesa debía irse, no estaba permitido que pasara la noche allí, en la casa familiar, en La Matanza.

“A la mañana, Pepe vio salir al novio de la pieza de María Inés. Estaba despeinado y le dijo: ‘Hola, suegro’. Pepe estalló. Lo llevó a su casa en auto y cuando volvió se metió en la pieza de María Inés y le leyó la Biblia”, cuenta Pedernera y se ríe; los ojos se le achinan hasta desaparecer.

Ahí hubo una discusión fuerte. No iba a ser para

menos, habían criado a una hija de modo que pudiera tomar decisiones propias y sostenerlas. “Ella le dijo que con su vida y sus relaciones hacía lo que quería y Pepe le dijo que sí, pero que no en su casa. La terminó llevando a una pensión y le dijo: ‘Para hacer lo que querés te tenés que bancar sola’. Ella terminó en lo de una amiga”, dice Pedernera.

La pelea, que también conoce Montes, se comentó en el círculo de amigos de Firmenich y durante mucho tiempo le hicieron pagar por la rigidez de sus reglas. “En las reuniones hacíamos que leíamos la Biblia y se ponía loco”, dice Pedernera y sonríe con picardía.

PADRECITO

El 28 de agosto de 1999 se estrenó el documental *Padre Mugica* en el cine Cosmos, sobre la calle Corrientes, a unas cuadras de Callao. La película era el resultado de aquel sábado oscuro de mayo de 1994 en el que Firmenich tuvo que irse del homenaje a Mugica. La hermana de su asesor espiritual de la adolescencia, Marta, lo había echado después de escupirle en la cara que él le había hecho “mucho daño al país”.

Uno de los que vio esa escena fue Gabriel Mariotto y se le atornilló la bronca en la garganta. Decidió que había que limpiar la imagen de Pepe. No había sido montonero, su edad no se lo permitía, pero veía en el antiguo jefe de la Orga a un dirigente de masas que había que rescatar.

“El objetivo de ese documental era demostrar eso: que Pepe no mandó a matar a su amigo. Era terminar con una operación de los servicios de inteligencia que duró veinticinco años. Eso se terminó con el documental. Eso amplió el abanico de Pepe”, dice Mariotto, que en aquellos días era funcionario de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Luego fue decano, pasó por la Subsecretaría de Medios de la Nación y fue designado interventor del Comité Federal de Radiodifusión (COMFER).

En ese documental, que incluye la palabra de Firmenich, Graciela Daleo, Marilina Ross y Fermín Chávez, Mariotto logró que Alejandro Mugica dijera que su hermano sabía que estaba en la mira de López Rega. Fue una definición clave para terminar con la “operación” que se repetía constantemente.

“Carlos vino a decirme que lo iban a matar y que le iban a echar la culpa a López Rega, a los

montoneros, pero el que me mata es López Rega. ¿Qué vino a decirme? Que yo dijera públicamente quién lo había matado. Cosa que hube de hacer, [pero] me agarraron entre el viejo Ricardo García y Neustadt y me dijeron: ‘Vos estás totalmente loco, decís eso y sos cadáver en 24 horas’. Yo había escrito una cartita para mandar a todos los diarios y no la mandé”, explica Alejandro Mugica.¹⁰

VOLVER AL RUEDO

En Buenos Aires, varios jóvenes —muchos de ellos hijos de militantes de los 70— seguían buscando una salida al desempleo y no encontraban un marco político de referencia. Uno de ellos era Gustavo “Witi” Sardinias, hijo de un dirigente del Movimiento Peronista Villero que había sobrevivido a las jornadas de cacería que la Triple A realizó en la Villa 31, primero, y a la represión de la dictadura, después.

Witi se acercó a Mario Javier Firmenich en el año 2000. Fue para el “aniversario del Aramburazo”, que los viejos militantes de Montoneros habían ido a buscar a su padre, Carmelo Sardinias. Se hizo un encuentro en la UOM de

Quilmes, que encabezaba Francisco “Barba” Gutiérrez, y ahí Witi se encontró con “muchos hijos de compañeros”. Había militantes de todo el país pero a él le quedaron grabados los de Salta, Santiago del Estero, San Luis, San Juan, Mendoza. Entre los 300 militantes, sólo había un puñado de jóvenes.

Witi y Mario Javier comenzaron a verse. Se fueron amigando y varias veces se juntaron a comer algo en William Morris, donde vivían los Sardinias, cerca de donde habían caído Abal Medina y Ramus en septiembre de 1970. En una de esas charlas, Witi le pidió conocer a su padre.

“Un día hablé con él por la computadora y le dije que soy hijo de compañeros, que no le iba a pedir explicaciones ni autocrítica pero que quería conversar porque para mi viejo él sigue siendo su comandante y que quería conversar sobre la situación política”, recuerda Witi y se entusiasma. Antes de que terminara esa conversación, que le sabía a poco, le soltó una propuesta: quería hacer una charla con más gente, quería que sus amigos del barrio, todos pibes que “paraban en la esquina” sin mucho para hacer, pudieran escucharlo. Él y sus amigos eran el ejemplo palpable de lo que habían

provocado las políticas económicas implementadas desde la dictadura: jóvenes con bajos niveles de estudio y sin trabajo fijo.

“Armamos una reunión con 30 o 40 pibes. A todos nos gustaba el peronismo, casi todos de familias peronistas, pero de barrio, de parar en la esquina a escabiar y fumar, del conurbano, no intelectuales de la universidad, y eso lo digo sin prejuicio”, describe.

Esa segunda charla le resultó reveladora: “Ahí Firmenich nos dijo: ‘¿Cuál es su estrategia de poder? ¿Qué es lo que quieren?’. Y eso me mató porque me marcó que nosotros no queríamos saber nada con el poder y ellos sí, ellos lo querían. Entonces él se dio cuenta al toque de que éramos pibes de barrio y explicó la política como una cancha de fútbol y dijo: ‘El pueblo está en la tribuna con la barra brava, está el equipo, el presidente del club, ¿ustedes qué quieren ser?’, y se hizo un silencio, nadie dijo nada. ‘Tienen que ser el presidente del club, esa es la estrategia de poder para conducir el equipo, para conducir todo’”.

Witi se sorprendió de la “claridad” con la que explicaba el proceso de exclusión que generaron las políticas neoliberales. También le gustó el tono

clasista del discurso que conservaba Firmenich: “Nos decía: ‘A mí los universitarios no me sirven, yo quiero hablar con los pibes que paran en las esquinas, con los pibes del conurbano, que son los excluidos, los otros ya están incluidos’”.

LOS EXCLUIDOS

El intercambio que relata Witi parecía anticipar las ideas que iba elaborando Firmenich. Antes de que el año 2000 llegara a la mitad, hizo trascender un documento en el que se preguntaba si “no llegó la hora de mirar para adelante y alguna vez valorar a quienes luchan por sus ideales”.

“¿Quién robó bebés en la Argentina? ¿Firmenich? ¿Quién tiró miles de personas al río? ¿Alguien habló alguna vez de la carta enviada al Papa perdonando a mis enemigos y pidiendo perdón a la sociedad?”, dijo Firmenich en una pregunta retórica y recordó que ningún integrante de las juntas militares estuvo ese tiempo detenido.¹¹

En los primeros seis meses del gobierno de De la Rúa los salarios no dejaban de caer, la pérdida para los asalariados había sido del 4,2 por ciento interanual en mayo. En el Ministerio de Economía se

anunciaba otro programa de ajuste del gasto público, acordado con el FMI por 22.000 millones de dólares, que incluía la eliminación de varios organismos. A principios de mayo, la Gendarmería y la Policía provincial reprimieron un corte de ruta de los desocupados salteños en General Mosconi, que pedían una solución al desempleo, que orillaba el 25 por ciento.

La protesta tuvo la solidaridad de los vecinos, que escondieron manifestantes en sus casas cuando la policía extendió la represión hacia el corazón de la ciudad, pero desde el gobierno provincial y desde la administración nacional se empezó a hablar de los “infiltrados”. La definición sería recurrente.¹²

En diciembre se cumplieron diez años de los indultos con los que Menem había liberado a Firmenich y a los miembros de las juntas militares. Los perdones habían sido el resultado de acuerdos políticos con Alfonsín y de una política de “pacificación” que posibilitaba una “reconciliación” con las fuerzas armadas y la garantía de no volver sobre el pasado, que aseguraba tranquilidad para los financistas y beneficiarios del golpe.¹³

Para julio de 2001, el gobierno de De la Rúa

sumaba la renuncia de Carlos “Chacho” Álvarez — en octubre del año anterior— y contaba con Domingo Cavallo, el estatizador de la deuda privada en los últimos meses de la dictadura y el hacedor de la ilusión del uno a uno, como ministro de Economía. En ese contexto político y con la baja del riesgo país como norte del gobierno nacional, se lanzó la candidatura presidencial de Mario Eduardo Firmenich y se presentó una nueva versión del Movimiento Peronista Montonero.

La postulación superó ese proceso de mediatización de la política que llevó a los candidatos a abandonar los actos públicos y refugiarse en los cómodos estudios televisivos: se realizó vía teleconferencia. Sin abandonar Barcelona, el ex jefe montonero buscó su retorno a la arena política argentina y realizó su propuesta para unos sesenta militantes y varios periodistas, que lo escucharon el sábado 28 de julio en un local en Almafuerde 505, en el barrio porteño de Nueva Pompeya.¹⁴

La puesta en escena, que incluyó banderas argentinas y estrellas federales, era el resultado de una discusión de siete horas sobre un documento elaborado por Firmenich y distribuido dos meses

antes: “Bases actualizadas del ideario político para la refundación del Movimiento Peronista Montonero”. A lo largo de sus treinta y una páginas analizaba el contexto mundial y nacional, y en sus conclusiones se hablaba de una “revolución necesaria” que había comenzado a “cuestionar la legitimidad del sistema vigente por la vía de la insurrección social semiespontánea de los excluidos, con los cortes de rutas y ataques masivos a centros visibles del poder institucional”.

Consideraba que “ningún partido político” podía ser el “representante de los excluidos ante el *establishment* excluyente para renegociar el contrato social” y, al mismo tiempo, dejaba aclarado que la tarea era construir una fuerza capaz de disputar en el terreno electoral pero preparada “para operar en cualquiera de las formas que adopte la resolución de la actual crisis terminal del modelo neoliberal”.

Siguiendo esa línea de análisis, Montoneros había sido una organización marginada por el sistema y por lo tanto era también una excluida. “El desarrollo de la estrategia de poder exige que se constituya un referente político público, masivamente conocido, capaz de sostener de un modo coherente, sistemático

y con alcance masivo el discurso político de la propuesta programática”, señaló Firmenich bajo el subtítulo “¿Qué significa una estrategia de poder?”. No hacía falta mucha imaginación para tirar de los hilos que unían su discurso: a los excluidos sólo puede representarlos un excluido, y ese era Firmenich.

“Ese documento, que decía que él tenía que ser el presidente porque era un país de excluidos, fue mi límite. Me fui”, dice Hugo Colaone, que siendo un joven militante se había deslumbrado con el jefe guerrillero, que lo había vuelto a ver siendo delegado de *La Voz* y que lo había ido a buscar después de que la hermana de Mugica lo echara del homenaje al religioso en 1994. “Ese día vi a Pepe por televisión y lo llamé. Me sentí muy identificado. Recordé cuando me metieron preso, en 1976, que a mi vieja no la saludaban en el barrio. Lo llamé y a la semana hicimos la primera reunión en mi casa, pero ese documento fue demasiado”, recuerda y aún se molesta por el desenlace final.

VOLVER AL RUEDO II

La vuelta a la batalla política fue completa. Los

montoneros de primera y segunda generación nunca habían dejado de hacer política. Muchos de ellos estaban insertos en organizaciones sociales con despliegue territorial. De modo que no fue complejo tener, en relativamente poco tiempo, una fuerza con cierto peso para la disputa en las calles y con cierto grado de organización. Eran los días de los cortes de ruta, donde los desocupados buscaban hacerse oír y su único espacio para volverse visibles eran las calles.

“Nuestros militantes, que son varios centenares distribuidos en doce provincias del país, participarán de los piquetes”, dijo Firmenich en declaraciones a Radio Diez, y anticipó así que la nueva organización se sumaría a las protestas del martes 31 de julio de 2001.¹⁵ Era la respuesta de distintas fuerzas políticas, enhebrada por la Federación Tierra y Vivienda (CTA) y la Corriente Clasista y Combativa, al programa de ajuste sistemático del gobierno de De la Rúa.

La protesta fue una convocatoria nacional, acordada por muchas organizaciones sociales, sindicales y partidos políticos, y excedía con creces las fuerzas que tenía el nuevo MPM, pero el peso de las palabras del jefe montonero alcanzó para

calentar la usina de rumores y operaciones políticas. Más allá del terrorismo mediático empujado desde el gobierno, que incluyó una denuncia ante la Justicia federal por “alterar gravemente el orden público y afectar el derecho de miles de personas”,¹⁶ las protestas no incluyeron bloqueos totales y se hicieron sentir en Capital, Gran Buenos Aires, Mar del Plata, La Plata y varias provincias.

Ese retorno a los medios de comunicación llevó a Firmenich a caer en la trampa de las definiciones filosas. En declaraciones a radio La Red dijo que no mató a nadie “inútilmente, ni por gusto, ni por sadismo” y que ejerció “la defensa propia que está legítimamente establecida en los códigos penales, en las constituciones y en el derecho de resistencia a la opresión en todo el mundo desde hace mucho, mucho tiempo”.

Eso le costó una denuncia por “apología del crimen” que presentó el dirigente radical Humberto Bonanata en los primeros días de agosto de 2001. El caso, que llevó al juez en lo correccional Fernando Pigni y fue impulsado por el fiscal Marcelo Martínez Burgos, estuvo cruzado por sospechosas amenazas de bombas al juzgado y a la fiscalía. Finalmente fue sobreseído a principio de febrero de

2002.17

Más allá de la judicialización de sus declaraciones, su convocatoria a participar de la lucha política y su reivindicación de la utilización de las armas en defensa de la patria generó una polémica con el historiador Osvaldo Bayer. “Me da mucha tristeza; tendría que callarse la boca por los siglos de los siglos”, dijo el escritor. “Hay que saber perder y no tiene ningún derecho a decir eso”, y remató: “Lo único que hace es ensuciar el nido, que se calle la boca y viva en España tranquilo”.18

Firmenich evitó la confrontación y no respondió. En cambio golpeó sobre el presidente De la Rúa, Alfonsín y Carlos Ruckauf. “En un país que ha vivido una guerra civil, todos tienen las manos manchadas de sangre, y esto es lo que hay que asumir. Las tiene manchadas Alfonsín; las tiene manchadas De la Rúa, que ha apoyado la dictadura con Balbín, en sus comienzos; las tiene manchadas Cafiero, que fue ministro de la Triple A, y las tiene manchadas Ruckauf, que también fue ministro de la Triple A”, sostuvo desde España. Fue una respuesta a la consideración de un periodista que le había dicho que mucha gente en la Argentina creía que él tenía las manos manchadas con sangre. Cafiero fue

ministro de Economía y Ruckauf de Trabajo durante el gobierno de Isabel y refrendaron el decreto 261/75, del 5 de febrero, que estableció en su primer artículo que “el Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán”. Fue la luz verde para el “Operativo Independencia” y el primero de una serie de decretos que constituyeron el Consejo Superior de Seguridad Interior (2770/75), dispusieron los medios necesarios para la “lucha contra la subversión” (2771/75) y libraron órdenes de ejecución de operaciones militares (2772/75).¹⁹

“Si De la Rúa no exhibe una capacidad de comprensión de la gravísima situación que tiene el país y de modificar el esquema vigente, entonces creo que no terminará su mandato”, anticipó el jefe del nuevo MPM, al tiempo que ratificaba su decisión de competir en los comicios presidenciales de 2003 y se autodefinía como un “excluido de la vida política y, en particular, un perseguido personal de Alfonsín”.²⁰

Lo que anticipaba Firmenich no era ningún

secreto; varias organizaciones políticas y sociales veían que todo se desbarrancaba. La crisis económica terminó de estallar a fines de diciembre de 2001 y el gobierno volvió a elegir la represión como solución a los reclamos sociales. El estallido del 19 y el 20 de diciembre dejó treinta y cinco muertos y centenares de heridos en todo el país: allí se contaban trabajadores y desocupados.

El vacío de poder y la discusión sobre las conducciones políticas que generó esa crisis económica, cuyo correlato social se expresó en las asambleas populares que se organizaron en las principales ciudades, alentó expectativas en muchos militantes que habían vivido la agitación de los 70. Los montoneros de la primera y la segunda generación volvieron a juntarse, pero no a instancias de la antigua Conducción Nacional.

“Vimos que había una carencia de conducción y nos empezamos a juntar. Empezamos a hablar y discutimos que los tres de la Conducción estuvieran. Venían el Vasco y Perdía. Firmenich no venía, estaba en España, pero venía su cuñado, Polo Martínez Agüero, que lo representaba”, recuerda Noemí Calvo, aquella militante que se fue a Nicaragua para sumarse a la revolución sandinista.

Eran unos treinta y cinco militantes. Muchos habían estado en el Peronismo Revolucionario y era el momento de sentarse a conversar, a “saldar cuentas y seguir para adelante”, define Calvo sobre esas cuatro reuniones.

“Se avanzó bastante en cosas que no se decían, porque los del M-17 —la ruptura que encabezó Bonasso en marzo de 1980— sí discutimos mucho e hicimos autocríticas, pero los tres jefes nunca se habían hecho cargo de nada, de los problemas en la militancia, de hechos que se probó que eran errados”, dice Calvo y mira a la nada, se pierde en el recuerdo de aquellas discusiones.

Todos fueron encuentros muy reservados, al que asistieron viejos cuadros de la Orga. Uno de ellos se hizo en la casa de Vaca Narvaja, en Floresta, y otros en una casa en la calle Piedras, cerca de Rivadavia, en el centro porteño. Para ella fue “una de las etapas más lindas” porque pudieron volver a discutir después de tantos años. Les habían vuelto las “ganas de hacer algo”, que llegaron con el estallido social de diciembre. “Uno habría querido tener la organización lista para entrar a la Casa Rosada, pero no la tenía”, se lamenta.

En esas discusiones se definió al peronismo, se

acordó que los legados históricos de Juan Perón eran la “justicia social y la felicidad del pueblo” y se decidió utilizar “categorías marxistas” para analizar la realidad. Pero todo terminó por quebrarse poco antes de que definieran cómo salir a disputar políticamente.

“Al otro día de la última reunión salió una nota diciendo que Firmenich estaba pensando en volver al país a organizar otra vez Montoneros. Ahí yo fui una de las que dijo: ‘Hasta aquí llegamos con Firmenich’”, se enoja Calvo y no le cierra aún la explicación que le dieron los “pepistas” sobre cómo se filtró la información. Colaone coincide en que la ruptura de esos encuentros “fue porque él se metió”.

Firmenich había estado en la Argentina para la Navidad de 2001 y había realizado varias charlas con militantes. No se trataba de esos encuentros donde se discutía horizontalmente para “sacar los trapitos al sol” —como definió Calvo—, sino que eran reuniones abiertas. Una de ellas se hizo en el Hotel de La Paz, en la localidad bonaerense de Luján. Ahí volvió a hablar de su nuevo proyecto político ante unos treinta militantes del MPM y respondió algunas preguntas.

Con la bandera de Montoneros con la clásica

estrella federal a sus espaldas, Firmenich analizó que se vivía una época de “redefinición de los ejes de la expansión económica” y que eso presuponia “una redefinición de materias primas estratégicas y de mercados consumidores”.

“Ambas cosas están dentro de fronteras políticas. Y las fronteras políticas presuponen capacidad de intervención pública sobre los mercados. Por lo tanto es bastante fácil en esta época que se redibujen fronteras políticas en función de mercados consumidores o de materias primas estratégicas. Los pueblos que no tengan la capacidad de gestar su propia integración al orden global corren el serio peligro de que desde el exterior les redibujen su mapa político”, agregó.

—¿Se puede decir que Montoneros atraviesa en la actualidad una etapa de reconstrucción, o que retoma un camino que quedó disuelto en un punto de la historia argentina?

—Nosotros hemos planteado hace unos meses, a partir de que empezamos con las discusiones de plenarios en todo el país, un proceso que terminó con una decantación de consensos a fines de julio, basado en construir el Movimiento Peronista Montonero como partido político legal, pensando

todavía en la instancia de una legalidad política más estable que obviamente se ha desestabilizado. No abandonamos nuestra idea de participación política legal. Lo que creemos es que no es este el momento de ponernos a afiliar porque la gente no tiene ganas de afiliarse a ningún partido.²¹

OTRA VEZ LOS DEMONIOS

Fue un hecho histórico. La Cámara de Diputados aprobó un proyecto de ley que declaró “insanablemente nulas” las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y envió el texto al Senado. La decisión fue apoyada por una movilización frente al Congreso que reunió a organismos de derechos humanos y organizaciones sociales, políticas y sindicales.

El 14 de agosto de 2003, 48 horas después de aquella votación que había expresado un amplio acuerdo de distintas fuerzas políticas, Perdía y Vaca Narvaja fueron detenidos por orden del juez federal Claudio Bonadío. Los acusaba de tener alguna responsabilidad en el secuestro y la desaparición de dieciocho montoneros durante la Contraofensiva de 1980. La sorpresiva decisión provocaba un giro en

la causa, donde ya había una treintena de represores detenidos y procesados. Ahora cambiaba el foco y estimaba que en las caídas de los militantes “habrían tenido responsabilidad los integrantes de la Conducción Nacional”.

En uno de los párrafos de la resolución, que incluyó los pedidos de captura librados al Departamento de Interpol de la Policía Federal, indicó que los jefes de la organización “siempre debían haber tomado todos los recaudos necesarios para que sus decisiones no fueran funcionales a la estructura ilegal de represión organizada por el gobierno de las fuerzas armadas en el período 1976/83”.²²

Rápido de reflejos, Firmenich dejó de verse por los lugares habituales. Sus movimientos fueron más veloces que la orden de captura y salió de España. Una red de amigos le dio cobertura y pasó algún tiempo por París. Allí había varios lugares donde alojarlo.

“Me preguntaron si podía guardar un ‘canuto’ y dije que sí, pero al final no fue necesario”, cuenta Silvio López Estigarribia en un bar de París, a unas cuadras de la Bastilla. Pero lo que importan no son esas palabras, sino la lealtad que tiene su tono. Eso

es casi todo en esa respuesta.

López Estigarribia es paraguayo y fue dirigente riojano de Montoneros, y no puede ocultar que no es de allí. Pertenece a otro lado y se le nota por la forma en la que se sienta. Está frente al café como si fuera un mate y dice que comparte “la irresponsabilidad de la Conducción Nacional”. Por eso no dudó cuando le dijeron que necesitaban esconder al Pepe hasta que pasara la embestida político-judicial. Finalmente no fue a su casa. Al menos, eso fue lo que dijo Silvio.

En Buenos Aires, el abogado Gustavo Maradini Drago intentaba conseguir el beneficio de eximición de prisión para Firmenich que Bonadío —uno de los jueces de la “servilleta” que había denunciado Cavallo— le había denegado. Apeló la decisión ante la Cámara Federal y dijo que si le garantizaban la libertad su defendido se presentaría a declarar ante el magistrado.

Mientras tanto, Perdía y Vaca Narvaja seguían detenidos en la División Unidad Antiterrorista, el mismo lugar donde estaba alojada la polifuncionaria menemista María Julia Alsogaray. Su caso era muy distinto; estaba procesada por los delitos de peculado reiterado y fraude en perjuicio de la

administración pública durante su paso por la Secretaría de Recursos Naturales y Medio Ambiente. Para ese momento ya estaba procesada por presunto enriquecimiento ilícito y defraudación a la administración pública en dos contratos de la ex Entel.²³

Para Perdía y Vaca Narvaja, lo que estaba ocurriendo en la causa era una suerte de “compensación” por la anulación de las leyes del perdón, que finalmente fue votada por el Senado el 21 de agosto. “Esto sirve a muchos intereses —dijo Perdía sobre su detención—. El de Bonadío parece bastante público: los jueces federales están muy cuestionados. Pero a nadie le puede escapar que hay un interés histórico de mantener en equivalencia a la resistencia con la represión. Como si los victimarios y las víctimas fueran la misma cosa en la Argentina.”

Vaca Narvaja completó: “Lo que pasó es que nos tiraron al circo romano con una mano atada. Pero como ya pasaron veinte años de democracia, la sociedad reaccionó de una manera que ellos no esperaban. Bonadío especuló con que nuestra detención iba a despertar otra reacción. Y la gente ya no nos silba, ni pide nuestra cabeza”.²⁴

La teoría de la infiltración se apoyaba, entre otras cosas, en las declaraciones que había hecho Cristino Nicolaides, ex jefe del Ejército durante la última dictadura, y uno de los acusados por los secuestros y desapariciones. Dijo que la dictadura había contado con información entregada por una “alta integrante de la cúpula de la organización”. Se refería a Silvia Noemí Tolchinsky, que durante un año fue secretaria técnica de la organización y asistente de Firmenich. Ella fue una de las detenidas durante la Contraofensiva. Fue también una testigo central para el procesamiento de los 26 represores del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército en la causa que tenía Bonadío. Según los datos del Equipo de Antropología Forense, la dictadura mató más de 80 militantes que habían regresado a la Argentina para participar de la Contraofensiva, entre 1979 y 1980.²⁵

La historia de Tolchinsky está cruzada por toda la oscuridad de los centros clandestinos de detención. Ella perdió a su primer marido en la Contraofensiva y en la última etapa de sus dos años de cautiverio, que incluyó un período de “libertad vigilada”, se puso de novia con Claudio Gustavo Scagliuzzi, personal de inteligencia del Ejército. Luego se

convirtió en su esposo y se fue con ella a vivir a España. Es otro de los acusados.

“Me parece claro que todas las personas que aparecen acusadas en mi declaración buscarán los recursos para anularla y para desautorizarme como testigo y que la única intención de todo esto es deslegitimar mi testimonio. Lo han hecho durante el juicio a las juntas con los sobrevivientes y mucho más en mi caso, ya que quedo en el ojo del huracán”, dijo Tolchinsky al defenderse de las acusaciones de Nicolaidis.²⁶

Pero el debate sobre cómo se habían producido las caídas de los militantes no quedó allí. Entró en juego Bonasso, que había roto con Montoneros después de la Contraofensiva de 1979 y ahora volvía a plantear sus cuestionamientos a las decisiones de la Conducción Nacional. En un artículo que publicó en *Página/12* relató que en la causa que investigaba Bonadío había un informe de noventa y tres carillas, elaborado por el Batallón 601, donde se daba un detalle puntilloso de los planes de la organización. El documento estaba fechado en junio de 1980. “Revela que el Ejército tenía un conocimiento casi perfecto sobre la intimidad organizativa de Montoneros y sus planes

políticos y militares. A tal punto, que sugiere la posibilidad siempre enunciada y nunca probada de una infiltración en los altos niveles de la organización guerrillera peronista”, escribió Bonasso en el primer párrafo.

“El conjunto del documento es riguroso en cuanto a personas, nombres legales y de guerra, fechas y circunstancias; las erratas son las mínimas que se pueden encontrar en noventa y tres carillas a un espacio, hablando de una sociedad secreta”, reconoció Bonasso, y destacó la “minuciosidad” del trabajo de inteligencia. Incluía cambios organizativos, datos de la computadora que se utilizaba en las oficinas de la Comandancia en Cuba y mucha información sobre la Guardería.

“¿Quién conoce ese ámbito reservado? Cuba mantiene en aquel momento relaciones diplomáticas con la Argentina. Es lógico que su gobierno, de por sí discreto y cuidadoso en este tipo de actividades, no permita que haya filtraciones. ¿Quién ha logrado traspasar la severa vigilancia de las Tropas Especiales, que hasta le sirve la comida a la Comandancia Montonera, para evitar indiscreciones? ¿Quién puede perforar la malla de esa tropa de elite que responde directamente al

Comandante en Jefe, Fidel Castro?”, se preguntó (y preguntó) el ex director de *Noticias*.²⁷

En los primeros meses de 2003, Firmenich había relativizado la posibilidad de su antigua secretaria de “entregar” datos al Ejército. Dijo que ella “no pudo haber entregado nada”, pero esperó hasta noviembre de ese año para responderle a Bonasso, cuando todo estuvo resuelto en la causa que investigaba Bonadío.²⁸

El lunes 20 de octubre de 2003, la Sala II de la Cámara Federal anuló el proceso contra los ex jefes montoneros, dejó sin efecto la orden de detención contra Firmenich y definió como “arbitrarias” las medidas tomadas por el juez. Perdía y Vaca Narvaja, que habían pasado sesenta y siete días detenidos, fueron liberados.

Los camaristas Martín Irurzún, Horacio Cattani y Pedro Luraschi anularon todo lo actuado por Bonadío desde que ordenó detener a los ex jefes montoneros, y lo denunciaron por posible prevaricato y privación ilegal de la libertad. Esa causa quedó en manos del juez federal Norberto Oyarbide. Pero también pidieron al Consejo de la Magistratura que determinase si el magistrado había incurrido en mal desempeño de sus funciones.²⁹

Un juez federal que entendió en la causa contra los jefes montoneros reconoció que Bonadío hizo un “juicio político” sobre la conducción, sin atribuciones para hacerlo. “En la instrucción [investigación judicial] quedó clara la responsabilidad política pero no penal. Nuestra función es juzgar la responsabilidad penal, no política. Bonadío se equivocó.”

Al día siguiente, Firmenich anunció desde Barcelona que se presentaría como querellante contra Bonadío. “He estado a derecho todo el tiempo. No pasé a la clandestinidad. No estuve prófugo. Simplemente había una orden de captura ilegal que fue apelada y debíamos esperar a que la Cámara diera su opinión”, explicó.

“Estas jugarretas de destrucción del Estado de derecho no deben quedar impunes. La Justicia debe castigar este procedimiento arbitrario y dictatorial”, dijo el ex jefe montonero, negó que hubiera abandonado España mientras duró la embestida de Bonadío y definió: “Quererme meter preso fue una provocación”.³⁰

Cuatro días después de la decisión de la Cámara Federal, Firmenich presentó su querrela. Dijo que Bonadío tomó una resolución “sin la menor

fundamentación” porque “carecía de elementos mínimos de prueba que permitieran sospechar” que se encontraba “involucrado en los hechos investigados”. En el escrito que presentó con el patrocinio de su abogado Maradini Drago sostuvo que por culpa del juez pasó más de sesenta días sin poder concurrir a su hogar y a sus lugares de trabajo “con el consecuente perjuicio económico”. Señaló el “gran desprestigio” que le provocó la imputación en la Argentina y en el exterior, y dijo que tuvo que “suspender viajes, entrevistas y compromisos ineludibles, sin nombrar las consecuencias síquicas y morales, que oportunamente serán de reclamo por la vía correspondiente”.³¹ La necesidad de evitar la detención lo había llevado a perder su trabajo, porque como profesor asociado en el Departamento de Teoría Económica de la Universidad lo contrataban por semestre y al inicio del ciclo él no estaba ubicable.³²

En noviembre de 2003, Firmenich salió a dar respuestas. Sostuvo que Bonasso había alimentado la causa Bonadío, que “le dio manija política” pero después “cambió de posición” y le agradeció ese cambio de postura. “Le agradezco el favor que nos hace y se hace a él mismo por la dignificación de la

historia montonera”, dijo.

Pero no se quedó allí. También devolvió otras pelotas y sostuvo que después de veinte años de democracia “ningún político se hizo la autocrítica” que se había hecho Montoneros y que en ese momento volvían a caer sobre ellos. “Nuestra generación, que fue la más heroica de la historia argentina, merece el reconocimiento de esta democracia, pero vemos cómo ellos permanecen veinte años en el gobierno para enriquecerse ilícitamente, para que un sinvergüenza como el señor [Jorge, ex ministro menemista] Matzkin se haga un chalet de un millón de dólares y diga que es con los ahorros de su trabajo como profesional, y mientras le da una pensión graciable a su mamá de cien dólares”, disparó.

“Lamentablemente, la resistencia contra esta partidocracia que explotó en 2001 se diluyó, no tuvo, una vez más, la capacidad de crear una alternativa, y los que se tenían que ir se quedaron todos, se fueron quedando, se fueron quedando. ¿Y ahora me vienen a meter preso? ¿Y yo voy a ofrecer mi libertad para eso? ¡No! Yo hice un sacrificio en 1984. No sólo estuve siete años preso, sino que me tuve que comer siete años de justicia sucia, me tuve

que comer siete años de infamia por la prensa, me tuve que comer siete años de teoría de los dos demonios, me tuve que comer siete años de una izquierda que había apoyado la dictadura y ahora era campeona de los derechos humanos, repudiándome a mí. Y todo eso permitió, entre otras cosas, que procesaran a los generales. No sé si Alfonsín se iba a animar a hacerles juicio a las Juntas si no me tenían preso”, enfatizó.³³

EL DUELISTA

—Te mereces que te rete a duelo porque ningún pendejo hijo de puta me va a faltar el respeto.

La frase congeló la escena y la presentación de *Eutopía, una alternativa al modelo neoliberal* pasó a segundo plano. El título de los matutinos fue “Firmenich se ofendió y retó a duelo a un periodista”. Su respuesta gatilló una denuncia penal que no prosperó y la solidaridad con el periodista del Círculo Sindical de la Prensa y la Comunicación de Córdoba (CISPREN), que había prestado sus instalaciones para el encuentro con el ex jefe montonero.³⁴

Todo eso ocurrió en el marco de la presentación

del libro, que se hizo el lunes 19 de marzo de 2005. El cronista de Canal 10 y Radio Universidad de Córdoba, Miguel Planells, lo entrevistó y buscó un título para su nota. Le preguntó sobre la supuesta relación de Montoneros con la dictadura y así lo aguijoneó con la denunciada reunión entre Firmenich y Massera en Europa. Planells logró el título que había ido a buscar.

Firmenich había viajado a Córdoba con toda su familia para participar del casamiento religioso de Mario Javier y del bautismo de su primer nieto. Ambas ceremonias se iban a hacer en el Hogar Betel, del fallecido padre Francisco Luchessi. Él había criado a Mario Javier cuando la Negrita estaba detenida y había casado a sus padres en la clandestinidad.

Los antiguos militantes de Montoneros aprovecharon ese viaje para organizar la presentación. Estaba previsto, además, que Firmenich viajara a otras provincias para tener encuentros con amigos y viejos cuadros de la Orga. “En la previa a la presentación organizamos una conferencia de prensa, pero lo que nos interesaba era llenar el salón para la presentación de *Eutopía*”, dice “Pipón” Giuliani, por entonces secretario

general de Cispren y actual secretario de Prensa y Difusión de la CTA.

La decisión de hacerlo en la sede del círculo de periodistas la tomó Giuliani porque “todos se hacían los boludos y decían que tenían los lugares ocupados”. La discusión no fue simple en la conducción del gremio: “Había resquemores demonizadores, pero se impuso la idea de que iba a presentar un libro que era su tesis de doctorado, que había sido apadrinada por Stiglitz, un ícono de la progresía. A eso no hubo mucha oposición posible. Pero después vino ese pibe de Canal 10 y le hizo esa pregunta sobre Massera y Pepe estaba con su hija, con María Inés, y se sintió violentado y lo terminó retando a duelo”, se lamenta.

En esos días, varios viejos militantes le plantearon la posibilidad de que volviera a la Argentina, “pero él dijo que no tenía laburo, que se tenía que hacer cargo de su familia y que a los casi 60 años no podía volver acá sin trabajo”.

Otro de los temas que estuvo en aquellos encuentros fue el desempeño del gobierno nacional que encabezaba Néstor Kirchner, a quien muchos — particularmente en la oposición— vinculaban con Montoneros. Circulaban declaraciones de Menem,

que pese a que había tenido muchos montoneros en su gobierno, martillaba sobre esa supuesta característica del kirchnerismo y decía que era un gobierno de montoneros.

Firmenich fue preciso al ubicar a Kirchner políticamente: “Es falso, desde muchos puntos de vista, y además es un acto de macartismo de parte de Menem. No es cierto porque, primero, Montoneros no existe como organización; segundo, los montoneros no existen como proyecto político actual. La acusación de montonero al presidente Kirchner, hay que decirlo con claridad: fue simplemente un militante de la Juventud Universitaria Peronista de La Plata y se fue disidente por derecha con nosotros en el '74, porque optó por [el grupo] Lealtad a Perón y nosotros planteábamos la crítica a Perón por Isabel y López Rega. De modo que en ningún sentido este es un gobierno montonero, y por otra parte el proyecto en curso ni siquiera es setentista, como se dice, es más ochentista que setentista”.³⁵

Firmenich creía que el gobierno de Kirchner se inscribía en la misma línea que el resto de las administraciones que llegaron después de la dictadura: “Ningún gobierno desde el inicio de la

transición democrática hasta ahora ha convocado a redefinir el proyecto nacional. Esto no lo puede definir un ministro. Esta es una cosa que deben debatir todos los partidos políticos, las organizaciones de la sociedad civil y que debe aprobarse en el Congreso. En definitiva, es una asamblea constituyente, un pacto constituyente. Un modelo de desarrollo de perfiles industrial, social, cultural y por décadas. Esto no existe en la Argentina y esta es la crisis que está debajo de la crisis de 2001”.³⁶

Como parte de la batalla política por la memoria de la organización y su jefe, varios militantes de lo que fue Montoneros se plantearon, en diciembre de 2007, salir a responderle a José Pablo Feinmann. En el primer suplemento dominical sobre la historia del peronismo que publicó *Página/12*, el filósofo había tratado a Firmenich de “doble agente, traidor, jefe lejano del riesgo, del lugar de la batalla”.³⁷

“Hay que recordar que fue Walsh, entre otros, el que propuso que la Conducción saliera del país, hay que hablar del fuerte capital político con que Montoneros emergió de la dictadura y que fue destruido por la teoría de los dos demonios. Hay que efectuar un prolijo *racconto* de todos los

personajes que supo nuclear Montoneros en la dictadura: desde Serrat a Gelman, desde Puiggrós a Mitterrand, desde Fidel a Brizola, desde Saadi a Ubaldini, desde Bidegain y todos los gobernadores a los elogios de Cortázar sobre Walsh. ¿Acaso no debería haber ocupado Cortázar el lugar de Sabato en la CONADEP? Por eso Alfonsín no lo recibió”, señaló Robledo en un mail, el 4 de diciembre de 2007.

La referencia a la presencia de Cortázar en Buenos Aires, en diciembre de 1983, y la imposibilidad de que Alfonsín lo recibiera fue confirmada por Hipólito Solari Yrigoyen. “Le pedí una entrevista a la secretaria de Alfonsín para que se conocieran, porque cuando Alfonsín estuvo en París no pudieron verse, porque Cortázar estaba en Nicaragua. La visita de Cortázar a Buenos Aires fue por pocos días”, explica el ex legislador y señala que el escritor “estaba totalmente de acuerdo” en que había que formar una comisión investigadora.

La respuesta a Feinmann —redactada originalmente por Carlos Suárez— fue clara desde el primer párrafo: “La historia argentina está signada desde siempre por la deserción de gran parte de sus intelectuales, cuya adscripción a la

estrategia de los imperios y la oligarquía nativa es invariable”. Explicaba que el 80 por ciento de la Conducción Nacional había muerto en el combate a la dictadura y que el exilio de los principales cuadros había sido una decisión tomada “por la Organización y aceptada por el conjunto de sus integrantes”.

“Los manuales de la CIA y el Pentágono ofrecen a sus agentes un variado repertorio de recursos para llevar adelante la ‘guerra de baja intensidad’ contra los enemigos del imperio y las oligarquías. En los ataques a Mario Eduardo Firmenich se ha suplantado el debate político por los partes policiales o paramilitares que reconocen ese origen. De la misma manera, se tergiversan los hechos por parte de los que ensalzan la pluralidad, la participación y la democracia”, insistía el escrito.

El texto, titulado “Respuesta de militantes montoneros a José Pablo Feinmann”, fue firmado por Juan Carlos “Pipón” Giuliani, Roberto Perdía, Gerardo Rico (diputado del Frente para la Victoria - Santa Fe), Robledo, Jorge Cardelli (Instituto de Formación de la CTA), Ricardo Peidro (Secretaría de Derechos Humanos de la CTA Nacional), Daniel Vaca Narvaja, Héctor Pedro Pardo, Soledad

Martínez Agüero, José Haidar, Hugo A. Ramos y su esposa e hijos, entre otros.

LOS FANTASMAS DE RUCCI

En enero de 2006, Firmenich hizo una de sus últimas presentaciones públicas fuera de España. Viajó a Venezuela a participar de uno de los capítulos descentralizados del Foro Social Mundial y presentó su libro. Allí se encontró con varios militantes. Algunos de ellos lo habían dejado de ver por discusiones políticas, pero no pudieron resistirse: lo saludaron, lo abrazaron, escucharon la charla y pidieron que les dedicara el libro.³⁸

Antes de que terminara ese año, Firmenich compró una casa en Camp del Cabra, un municipio al norte de la provincia de Tarragona, en Cataluña, donde viven unas mil personas. En la zona se cultivan viñedos y olivos, está a unos 40 minutos en auto de Tarragona capital y a casi dos horas de Vilanova i la Geltrú. Para comprarla sacó una hipoteca por 147 mil euros, a treinta años, y comparte la titularidad con su esposa, su hijo Mario Javier y la esposa de este, Berta Figueras. La casa es una finca típica de la zona: una construcción de

119 metros cuadrados en una sola planta compuesta de recibidor, cocina, tres dormitorios y dos baños. El terreno es de 736 metros cuadrados y tiene los servicios habituales de electricidad, agua y demás.³⁹

Después llegó una nueva embestida judicial y Pepe volvió a tomar recaudos. La causa por la muerte de Rucci volvía a ser agitada. La nueva arista era que podía ser considerado como un delito de lesa humanidad, y por lo tanto imprescriptible, porque para el operativo en que fue fusilado habría prestado asistencia algún funcionario de la provincia de Buenos Aires. Esa línea permitía atar cabos y poner ese hecho en paralelo con el terrorismo de Estado que había ejercido la dictadura.

Operación Traviata ¿Quién mató a Rucci?, el libro de Ceferino Reato que reúne los datos que ya se conocían sobre el asesinato porque habían sido publicados en otros libros, aunque con menor despliegue, se convirtió en puntal de la reactivación de la causa judicial, que investiga el juez federal Ariel Lijo. El trabajo de Reato, ex vocero del embajador menemista ante el Vaticano, Esteban Caselli, y editor del diario *Perfil*, aportó además la dirección de un departamento que habría funcionado

como “cuartel general” del grupo que planificó y ejecutó el ataque. Había sido —según Reato— alquilado por un oficial montonero que se había mudado a La Plata para trabajar con el gobernador Bidegain y había entregado las llaves del lugar para que se utilizara para un operativo importante, que él desconocía.⁴⁰ Pero el dato era equivocado: sobre Juan B. Justo al 5700 no existía el departamento y mucho menos el edificio donde se aseguraba que habría funcionado el grupo que mató a Rucci.⁴¹

De todos modos, la causa siguió su curso. Entre los que la fogonearon mediáticamente estaban los hijos de Rucci, Aníbal y Claudia —diputada nacional por el Peronismo Federal—, que ya en 1998 habían cobrado una indemnización del Estado por unos 250 mil dólares. La muerte de su padre había sido incluida en la ley 24.411, promulgada el 3 de enero de 1995, que permitió una reparación económica para los parientes de personas desaparecidas o asesinadas por “el accionar de las fuerzas armadas, de seguridad o cualquier grupo paramilitar con anterioridad al 10 de diciembre de 1983”.⁴²

La reapertura del expediente sobre la muerte de Rucci venía a contrarrestar la decisión de la Sala I

de la Cámara Federal porteña, que en diciembre de 2007 había definido que el atentado de Montoneros contra el Departamento Central de Policía no era un delito de lesa humanidad. Eso impedía su persecución penal tres décadas después.

Aquel ataque del 2 de julio de 1976, que dejó 24 policías muertos cuando estalló una bomba de nueve kilos de trotyl y cinco bolas de acero en el comedor del lugar, no había sido cometido por “agentes estatales en ejecución de acciones gubernamentales o por un grupo con capacidad de ejercer un dominio y ejecución análogos al estatal”. Esos eran los requisitos para encuadrar ese atentado bajo los parámetros de crimen contra la humanidad. Así lo analizaron los camaristas Gabriel Cavallo, Eduardo Freiler y Eduardo Farah y subrayaron que Montoneros no “constituyó una organización entendida en esos términos, por lo que es equivocado sostener que los delitos a ella atribuidos constituyan crímenes contra la humanidad”.

Ese fallo confirmó lo que la jueza María Servini de Cubría había resuelto en primera instancia, cuando sobreseyó a los siete acusados: Mario Firmenich, Marcelo Kurlat, Horacio Verbitsky, Laura Sofovich, Miguel Lauletta, Norberto

Habegger y Lila Pastoriza.⁴³

Pero el movimiento judicial de 2008 volvió a encender la luz de alerta de Firmenich y en 2009 decidió declinar la invitación de una universidad china para hablar sobre la crisis financiera internacional, que propone resolver mediante “soluciones sistémicas” tomadas por instituciones globales que regulen el mercado y que vayan más allá de la sumatoria de políticas neokeynesianas: “Eso no sería más que una sumatoria de soluciones parciales”.⁴⁴

En marzo de 2010, el expediente que tiene Lijo se siguió moviendo. Ricardo Roa, editor general adjunto de *Clarín*, afirmó que Firmenich se había presentado el 25 de septiembre de 1973 en la redacción de *El Descamisado*, el órgano de difusión de Montoneros, y dijo que el operativo era propio. “Yo estuve en una charla junto con otros periodistas de la revista en la que también estaba Firmenich. En esa charla, Firmenich asumió el asesinato de Rucci como parte de Montoneros”, dijo Roa y señaló que en esa reunión también estuvieron el director de la revista, Ricardo Grassi, Dardo Cabo, Enrique Walter y Juan José Azcone.⁴⁵ Grassi confirmó el testimonio de Roa en una columna en el diario

Clarín en 2008.⁴⁶

Ante ese escenario, Firmenich evitó viajar a Buenos Aires sobre fines de marzo de 2010. Sólo llegó la Negrita y realizó una recorrida que incluyó visitas a compañeros de otros tiempos, algunos más cercanos y otros más lejanos en términos políticos. En abril, Firmenich se animó a cruzar el Atlántico pero se quedó en Montevideo, supervisando la salud de sus padres y dispuesto a entrar al país si algo les ocurría.

Nada pasó y volvió entonces al pueblito catalán en el que nadie tiene cuentas pendientes con él, ni su cara evoca al demonio, ni la historia lo reclama. Pero en algunas de esas tardes mansas del Mediterráneo, cuando se pierde en sus pensamientos por el paseo Roges, se convence de que el eterno retorno es una ley del universo y, como un héroe nietzscheano, se prepara para volver.

NOTAS

- ¹ Carlos Eichelbaum, “El doble lanzamiento montonero”, *Clarín*, 29 de diciembre de 2001; entrevista con Hugo Colaone, 22 de diciembre de 2009, y “Bases actualizadas del ideario político

para la refundación del Movimiento Peronista Montonero”.

2 La amistad con el español se forjó cuando este visitó Buenos Aires para escribir los guiones de una serie para televisión a imagen y semejanza de “Las calles de San Francisco” pero producida en las calles porteñas. Para empaparse de la cultura y modos locales, Vázquez-Montalbán pidió conocer a un *dealer* de drogas, un proxeneta, un guerrillero y otros estereotipos. El guerrillero fue Firmenich y a partir de allí trabaron una buena amistad, al punto que Vázquez-Montalbán le ofreció escribir su vida, pero Firmenich rechazó la oferta. En su novela *Quinteto de Buenos Aires* lo nombra sin muchas sutilezas “Girmenich” y dice que a su alrededor se produce “una mezcla de acercamiento y lejanía, como si cada uno de los presentes tuviera un expediente diferente con el más histórico de los montoneros”.

3 *La Nación*, 5 de mayo de 1996; entrevista a Adolfo Alcázar, 15 de octubre de 2009.

4 Parte de ese archivo estaría, de acuerdo con fuentes consultadas, en una bóveda del Banco Central de Cuba. Otra parte, la que tiene que ver con las imágenes en diapositivas, permanece en la

Argentina, aunque también se mantiene algo en el Brasil y en un tercer país. La mayoría de los consultados sostiene que o bien el archivo o bien una copia de ese archivo está en poder de los servicios de inteligencia cubanos.

5 Correspondencia entre Mario Eduardo Firmenich y Guillermo Robledo, 31 de octubre de 1998.

6 Entrevistas con Adolfo Alcázar, Eduardo Montes y Carlos Villalba; y correspondencia entre Mario Eduardo Firmenich y Guillermo Robledo, 31 de octubre de 1997.

7 Así lo señaló Firmenich en correspondencia virtual con Robledo y otros, 8 de diciembre de 2007.

8 *La Nación*, 26 de noviembre de 1999; *Clarín*, 10 y 11 de diciembre de 1999.

9 Mario Eduardo Firmenich, *Eutopía. Una propuesta alternativa al modelo neoliberal*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 2004.

10 *Padre Mugica*, película de Gabriel Mariotto y Gustavo E. Gordillo, agosto de 1999.

11 *Télam*, 22 de mayo de 2000.

12 *Clarín*, 2, 8 y 13 de mayo de 2000.

13 *Clarín*, 27 de diciembre de 2000.

- 14 *Clarín*, 29 de julio de 2001; *Télam*, 28 de julio de 2001.
- 15 *Télam*, 30 de julio de 2001.
- 16 *Clarín*, 31 de julio de 2001.
- 17 *Télam*, 16 de agosto, 5 de octubre y 17 de septiembre de 2001 y 11 de febrero de 2002.
- 18 *Télam*, 21 de agosto de 2001.
- 19 Pablo Gabriel Salinas, doctor en Derecho y Ciencias Sociales de la UNC, y Viviana Laura Beigel, abogada apoderada del Movimiento Ecuménico, “En cuanto a los crímenes cometidos durante la dictadura militar 1976-1983” (www.pensamientopenal.com.ar/01072008/doctrir consulta 19 de marzo de 2010).
- 20 *Clarín*, 7 de agosto de 2001.
- 21 Véase www.elcivismo.com.ar/edicion/2002/6740/genera (consulta 2 de marzo de 2010).
- 22 *Télam*, 14 de agosto de 2003.
- 23 *Clarín*, 13 de agosto de 2003.
- 24 Daniel Míguez y Pablo Abiad, “La responsabilidad nuestra es por no haber triunfado”, *Clarín*, 11 de septiembre de 2003.
- 25 Cristina Zuker, ob. cit., p. 228.
- 26 Victoria Ginzberg, “Yo no sé si hubo o no

- infiltración”, *Página/12*, 17 de noviembre 2002.
- 27 *Página/12*, 25 de agosto de 2002.
- 28 Cristina Zuker, ob. cit., p. 232.
- 29 *Clarín*, 21 de octubre de 2003.
- 30 *Clarín*, 22 de octubre de 2003.
- 31 *Télam*, 24 de octubre de 2003.
- 32 Eduardo Mazo, “¿Qué quieren inventar ahora, la teoría de un solo demonio?”, *Veintitrés*, 20 de noviembre de 2003, pp. 6-10.
- 33 *Ibidem*.
- 34 *Clarín* y *Télam*, 22 de marzo de 2005.
- 35 Juan Carlos Vaca, “Según Firmenich, ‘no hay alternativa al consenso’”, *La Nación*, 22 de marzo de 2005.
- 36 Katy García, “Es necesario un contrato social explícito donde el sujeto social es la nación entera”, *PrensaRed*, 1º de junio de 2005, 450. www.prensared.com.ar/indexmain.php?lnk=0&mnu=0&idnota=2212 (consulta 2 de marzo de 2010).
- 37 José Pablo Feinmann, “Peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina”, suplemento de *Página/12*, 25 de noviembre de 2007.
- 38 Entrevista con Hugo Colaone, 22 de diciembre de 2009.

- 39 Informe expedido por el Registrador de la Propiedad de Valls.
- 40 Ceferino Reato, *Operación Traviata*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, pp. 128-129.
- 41 Ceferino Reato, *Operación Traviata*, edición ampliada y actualizada, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pp. 326-327.
- 42 Ceferino Reato, ob. cit., edición de 2008, p. 15.
- 43 *Clarín*, 22 de diciembre de 2007.
- 44 *Repensar*, año 1, n° 1, 29 de mayo de 2009.
- 45 *Perfil*, 6 de marzo de 2010.
- 46 Ricardo Grassi, “Un septiembre trágico de hace 35 años”, *Clarín*, 26 de septiembre de 2008.

Agradecimientos

Un libro de investigación periodística es, más que cualquier otro texto, un proyecto colectivo. Sin la colaboración solidaria de mucha gente este libro no existiría.

Hernán Reyes Alcaide transcribió largas entrevistas sin desmayar, se manchó los dedos hurgando diarios viejos y aportó libros y documentos de su colección personal. A sus 27 años, Hernán es un investigador formado y un especialista en la historia de los 70.

Adrián Korol abrió con enorme generosidad su archivo de material recolectado para un libro que no llegó a editarse. Algunas de las entrevistas de este trabajo fueron realizadas por él y su equipo a mediados de los 90. Su experiencia y contactos, socializados en largas charlas, fueron un gran aporte.

El equipo de Aguilar —Analía Rossi, Mercedes Sacchi, Augusto Di Marco y Ezequiel Martínez—

una vez más confió en nosotros y contrarió el mito de que las editoriales maltratan a los autores. También, una vez más, depositamos nuestros errores, desprolijidades y neurosis en las anchas espaldas de Diego Arguindeguy, nuestro editor.

Nuestras mujeres e hijas bancaron horarios extraños y aportaron la logística necesaria para este trabajo. Daniel Casal realizó gestiones que superaron los tiempos y proyectos. Abel Gilbert recordó nombres y aportó sus conclusiones sobre el personaje. Alberto Dearriba proveyó las claves para contar la historia inédita del diario *La Voz*. Andrés Asiain aportó datos sobre el plan económico de la dictadura. Andrés Osojnik franqueó el ingreso al archivo de *Página/12*. Los cordobeses Ángel y Marcos Jaime gestionaron una entrevista medular y nos condujeron por toda Córdoba. Ariel Bargach consiguió un documento de primera mano muy importante. Juan Gasparini alertó sobre una larga entrevista existente en el Archivo General de la Nación.

Ariel Maciel pasó contactos relevantes. Carlos Paz llevó nuestra investigación hasta el Brasil. David Cayón intentó que Mario Montoto accediera a una entrevista. Diego Genoud aportó un título

necesario. El patrón y la patrona del bar Dos Leones acondicionaron y prestaron las instalaciones para escribir parte de este libro.

Enrique Mouján consiguió que nos atendiera el ex jefe de Gabinete Eduardo Bauzá. Facundo Nejamkis aclaró identidades políticas. Felipe Deslarmes apuntó entrevistados. Gabriel Sued y Mariana Verón aportaron una de las claves para este libro. Gisel Ducatenzeiler rastreó bienes en España.

Graciela Guiñazú consiguió en el archivo de Crónica TV su “entrevista de asalto” a Firmenich. Guido Braslavsky tendió puentes valiosos y acercó fuentes. Guillermo Robledo trabajó incansablemente para conseguir una entrevista con el personaje y confió siempre en nosotros. Iván Heyn actualizó los importes de la época a valores de hoy. Juan Pablo Biondi abrió su gran agenda. Juliana Marino intentó lo imposible en Cuba. Leticia Martínez investigó el trabajo de Montoneros en el exterior.

Lucía Abatista, del Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, puso todo para nuestra búsqueda. Magdalena Deferrari consiguió material de hemeroteca. Marcos Vanzini gestionó entrevistas y nos asesoró en materia de catolicismo. Marta López y Susana Grassi fueron colaboradoras

permanentes de la causa. Fernando Apa alertó sobre algunos documentales útiles. Daniel Vides, que nos mejora con sus fotos, aportó material útil. Eugenia Baliño acercó material en tiempos ajustados.

Martín Font decodificó una foto. Nicolás Tereschuk y Mariano Fraschini intentaron superar la resistencia de una entrevistada. Oscar Muñoz facilitó una entrevista y un título necesario. Pablo Lasansky mejoró imágenes sumamente importantes. Rubén Furman aclaró todas nuestras dudas sobre el Nacional de Buenos Aires. Sergio Oviedo aportó material muy útil. Tomy Lucadamo supo interpretar qué necesitamos para trabajar en equipo y lo configuró.

A todos, incluidos los que pudimos haber omitido involuntariamente en estas menciones, nuestros mejores agradecimientos.

Entrevistados

Este listado se integra con los entrevistados que decidieron brindar testimonio con indicación de nombre.

1. Abal Medina, Juan Manuel, ex secretario general del Movimiento Nacional Justicialista (Red de Archivos Orales de la Argentina Contemporánea).
2. Alberione, Elvio, miembro fundador de Montoneros, grupo Córdoba.
3. Alcázar, Adolfo, militante del PR, cuidó la casa de la familia Firmenich en 1996.
4. Alsogaray, Julio, ex montonero, militó en el área de Finanzas.
5. Amorín, José, ex montonero, militante de los grupos originales.
6. Aranovich, Fernando, ex compañero del Nacional de Buenos Aires (entrevista de Adrián Korol y Hernán Mondría).
7. Banfi, Enrique, ex compañero del Nacional de

- Buenos Aires.
8. Bauzá, Eduardo, ex jefe de Gabinete.
 9. Berini, Carlos, ex compañero del Nacional de Buenos Aires.
 10. Bernetti, Jorge, ex compañero del Nacional de Buenos Aires y miembro del grupo de *Cristianismo y Revolución*.
 11. “Bibí”, ex montonera, militante de la estructura de Rodolfo Walsh.
 12. Bielsa, Rafael, ex montonero, amigo personal de Rodolfo Galimberti y Mario Firmenich, canciller durante el gobierno de Néstor Kirchner.
 13. Binstock, Edgardo, ex montonero, responsable de la Guardería en Cuba.
 14. Calvo, Noemí, ex montonera, se radicó en Nicaragua luego de la revolución sandinista.
 15. Carnota, Raúl, ex compañero del Nacional de Buenos Aires.
 16. Castells, Jorge, ex compañero del Nacional de Buenos Aires (entrevista de Adrián Korol y Hernán Mondría).
 17. Cesio, Juan Jaime, coronel retirado (Red de Archivos Orales de la Argentina Contemporánea).
 18. Cháves, Mariana, hija del dirigente montonero Gonzalo Cháves, estuvo en la Guardería de Cuba.

19. Colaone, Hugo, ex montonero.
20. Contartesi, Juan Pablo, ex montonero.
21. Conti, Carlos, asistente personal y chofer de Firmenich de 1990 a 1993.
22. Coria, Juan María, periodista acreditado en Casa de Gobierno en la asunción de Cámpora.
23. Croatto, Virginia, hija del dirigente montonero Armando Croatto, estuvo en la Guardería de Cuba.
24. Daleo, Gustavo, ex compañero del Nacional de Buenos Aires.
25. Dearriba, Alberto, primer jefe de redacción de *La Voz*.
26. Devoto, Jorge, ex montonero, militó en la Columna Norte, amigo personal de Firmenich.
27. Dri, Jaime, ex montonero, ex sacerdote.
28. Duhalde, Eduardo Luis, defensor de presos políticos en los 70, secretario de Derechos Humanos de la Nación durante la gestión kirchnerista.
29. Eandi, María Laura, ex compañera del Nacional de Buenos Aires.
30. Eckerl, Isabel, ex montonera, detenida en el penal de Devoto entre 1975 y 1980.
31. Eichelbaum, Carlos, militante del peronismo de izquierda.

32. Fabio, Eva, misionó con Firmenich en el interior del país.
33. Falcone, Jorge, ex montonero, retornó en la Contraofensiva.
34. Feinmann, José Pablo, escritor; estuvo en el acto de Atlanta del 11 de marzo de 1974.
35. Fernández Valoni, José Luis, militante peronista, teniente retirado del Ejército.
36. Firmenich, Víctor, padre (entrevista de Adrián Korol).
37. Firmenich, Zarina, madre (entrevista de Adrián Korol).
38. Fucek, Hugo, ex montonero, prestó funciones en la Guardería de Cuba.
39. Galmarini, Fernando, militante de Descamisados.
40. Gemelli, Gustavo, militante del Peronismo Revolucionario.
41. Giuliani, Juan Carlos, ex montonero.
42. Giusti, José Luis, presidente del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas por Franja Morada.
43. Graham, Alejandro, jefe de la Casa Militar durante la gestión de Néstor Kirchner.
44. Guelar, Diego, ex montonero.

45. Guiñazú, Graciela, cronista de Crónica TV.
46. Gullo, Juan Carlos Dante, jefe de la Regional 1 de la Juventud Peronista.
47. Gutiérrez, Marta, trabajadora del sindicato portuario.
48. Kohan, Alberto, ex secretario general de la Presidencia.
49. Larroque, Andrés, amigo de Mario Javier Firmenich.
50. Lewinger, Jorge, ex montonero.
51. Limeres, Manuel, ex compañero del Nacional de Buenos Aires.
52. Loeda, Carlos, ex compañero del Nacional de Buenos Aires.
53. López Estigarribia, Silvio, ex montonero.
54. Lorenzo, Nano, ex montonero.
55. “Juan”, ex montonero.
56. Magario, Raúl, jefe de Finanzas de Montoneros.
57. Mariotto, Gabriel, militante peronista.
58. Molfino, Gustavo, ex montonero.
59. Montes, Eduardo, militante peronista, amigo personal de Firmenich.
60. Ognénovich, Emilio, obispo de Mercedes, recibió el pedido de Firmenich para que bautizara a su último hijo.

61. Peder nera, Rosendo, milit ante del Peronismo Revolucionario, amigo personal de Firmenich.
62. Perdía, Roberto, ex jefe de Montoneros (entrevista de Adrián Korol).
63. Peyrou, Alejandro, ex montonero.
64. Pierini, Alicia, abogada de presos políticos en los 70, militó en Montoneros, amiga personal de Firmenich.
65. Polosecki, Claudio, periodista, participó de la conferencia de prensa en la que se liberó a Jorge Born, fue testigo en la causa contra Firmenich.
66. Rabey, Mario, ex compañero del Nacional de Buenos Aires.
67. Rivas Zucarelli, Fernando, milit ante del Peronismo Revolucionario.
68. Robledo, Guillermo, ex montonero, amigo personal de Firmenich.
69. Rodeiro, Luis, miembro fundador de Montoneros, grupo Córdoba, testigo del episodio en William Morris en el que murieron Abal Medina y Ramus.
70. Rodríguez, Enrique, ex funcionario menemista.
71. "Rulo", ex montonero de la Columna Norte.
72. Sanguinetti, Horacio, ex rector del Colegio Nacional de Buenos Aires (entrevista de Adrián

- Korol y Hernán Mondría).
73. Sardinas, Gustavo, militante peronista.
 74. Segarra, Adela, ex mujer de Mario Montoto, ex montonera, diputada nacional (2007-2011).
 75. Soares, Eduardo, ex montonero, abogado de presos políticos.
 76. Solari Yrigoyen, Hipólito, ex legislador radical.
 77. Suárez, Carlos, ex montonero.
 78. Tato, Néstor, ex compañero del Nacional de Buenos Aires.
 79. Telerman, Jorge, ex embajador en Cuba entre 1998 y 1999.
 80. Unamuno, Pablo, dirigente del Peronismo Revolucionario.
 81. Villalba, Carlos, ex montonero, coordinador general de la Comisión de Cascos Blancos.
 82. Yäger, Mario, hijo de Raúl Clemente Yäger, estuvo en la Guardería de Cuba.
 83. Yulis, Silvia, ex montonera, participó de la Contraofensiva.

Bibliografía

LIBROS E INVESTIGACIONES

- Alonso, Juan, *¿Quién mató a Aramburu?*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
- Altamirano, Carlos, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Emecé, Buenos Aires, 2007.
- Amorín, José, *Montoneros: la buena historia*, Catálogos, Buenos Aires, 2006.
- Andersen, Martin, *Dossier secreto*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.
- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, tomos I, II y III, Norma, Buenos Aires, 1998.
- Astiz Mones Ruiz, Eduardo, *Lo que mata de las balas es la velocidad*, De la Campana, La Plata, 2005.
- Baschetti, Roberto, *Rodolfo Walsh, vivo*, De la Flor, Buenos Aires, 1994.

- , (comp.), *Documentos de la resistencia peronista 1955-1970*, Puntosur, Buenos Aires, 1988.
- , (comp.), *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, De la Campana, La Plata, 1995.
- , (comp.), *Documentos (1973-1976). De Cámpora a la ruptura*, De la Campana, La Plata, 1996.
- Bernetti, Jorge Luis, *El peronismo de la victoria*, Legasa, Buenos Aires, 1983.
- Blaustein, Eduardo, *Prohibido vivir aquí. La erradicación de las villas durante la dictadura*, Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2006.
- Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997.
- , *Diario de un clandestino*, Planeta, Buenos Aires, 2001.
- Braslavsky, Guido, *Enemigos íntimos. Los militares y Kirchner*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- Brennan, James P., *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.
- Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia. Una*

- aproximación a la guerrilla de los años 70*, Norma, Buenos Aires, 2005.
- Cárpena, Ricardo y Claudio Jacquelin, *El intocable. La historia secreta de Lorenzo Miguel, el último mandamás de la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.
- Celesia, Felipe y Pablo Waisberg, *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2009.
- Cesio, Juan Jaime, *La cocina del cuartel*, De la Flor, Buenos Aires, 2001.
- Cháves, Gonzalo Leonidas, *Las luchas sindicales contra el Proceso. 1976-1980. Cinco años de resistencia*, Ediciones de la Causa, Buenos Aires, 1983.
- Cheren, Liliana, *La Masacre de Trelew. 22 de agosto de 1972*, Corregidor, Buenos Aires, 1997.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más (Informe de la CONADEP)*, Eudeba, Buenos Aires, 1997.
- Cooke, John William, *Apuntes para la militancia*, Schapire, Buenos Aires, 1973.
- Crenzel, Emilio, *La historia política del Nunca Más*, Siglo Veintiuno, Avellaneda, 2008.
- De Biase, Martín, *Entre dos fuegos. Vida y*

- asesinato del Padre Mugica*, Patria Grande, Buenos Aires, 2009.
- Dearriba, Alberto, *El golpe*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
- Del Frade, Carlos, *El litoral, 30 años después. Sangre, dinero y dignidad*, edición de autor, Rosario, 2006.
- , *Perón, la Triple A y los Estados*, edición de autor, Rosario, 2007.
- Duhalde, Eduardo Luis y Eduardo Mario Pérez, *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: "Las FAP"*, De la Campana, Buenos Aires, 2003.
- Esquivada, Gabriela, *El diario Noticias. Los montoneros en la prensa argentina*, Ediciones de Periodismo y Comunicación, La Plata, 2004.
- , *Noticias de los Montoneros. El diario que no pudo anunciar la revolución*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- Falcone, Jorge, *Memorial de guerra larga. Un pibe entre cientos de miles*, De la Campana, La Plata, 2001.
- Fanon, Franz, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

- Feinmann, José Pablo, *López Rega. La cara oscura de Perón*, Legasa, Buenos Aires, 1987.
- Firmenich, Mario Eduardo, *Eutopía. Una propuesta alternativa al modelo neoliberal*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 2004.
- Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2007.
- Fraga, Rosendo, *Ejército: del escarnio al poder 1973-1976*, Planeta, Buenos Aires, 1988.
- Fraga, Rosendo y Rodolfo Pandolfi, *Aramburu. La biografía*, Vergara, Buenos Aires, 2005.
- Galimberti, Rodolfo, *La revolución peronista*, Fondo Editorial de la Revolución Peronista, Buenos Aires, 1983.
- Garaño, Santiago y Werner Pertot, *La otra Juvenilia. Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires 1971-1986*, Biblos, Buenos Aires, 2008.
- Garcé, Adolfo, *Donde hubo fuego. El proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*, Fin de Siglo, Montevideo, 2009.
- Gasparini, Juan, *La fuga del brujo. Historia*

- criminal de José López Rega*, Norma, Buenos Aires, 2005.
- , *Manuscrito de un desaparecido de la ESMA. El libro de Jorge Caffatti*, Norma, Buenos Aires, 2006.
- , *David Graiver. El banquero de los montoneros*, Norma, Buenos Aires, 2007.
- , *Montoneros, final de cuentas*, De la Campana, Buenos Aires, 1999.
- Gillespie, Richard, *J. W. Cooke. El peronismo alternativo*, Cántaro, Buenos Aires, 1989.
- , *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, Buenos Aires, 1997.
- Giussani, Laura, *Buscada. Lili Massaferró: de los dorados años cincuenta a la militancia montonera*, Norma, Buenos Aires, 2005.
- Giussani, Pablo, *Montoneros. La soberbia armada*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
- Goldar, Ernesto, *John William Cooke y el peronismo revolucionario*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.
- González Janzen, Ignacio, *La Triple A*, Contrapunto, Buenos Aires, 1986.
- Gori, Gastón, *La Forestal. La tragedia del quebracho colorado*, Ameghino, Buenos Aires,

1999.

Gorriarán Merlo, Enrique, *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo*.

De los setenta a La Tablada, Planeta, Buenos Aires, 2003.

Graham-Yooll, Andrew, *Retrato de un exilio*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985.

—, *De Perón a Videla*, Legasa, Buenos Aires, 1989.

Guerrero, Alejandro, *El peronismo armado. De la resistencia a Montoneros. De la libertadora al exterminio*, Norma, Buenos Aires, 2009.

Gurucharri, Eduardo, *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Colihue, Buenos Aires, 2001.

Gutman, Daniel, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Vergara-Grupo Zeta, Buenos Aires, 2003.

Hernández Arregui, Juan José, *Imperialismo y cultura*, Peña Lillo-Continente, Buenos Aires, 2005.

—, *Peronismo y socialismo*, Hachea, Buenos Aires, 1972.

Holmberg, Eugenio, Enrique, Ernesto y Ezequiel, *Elena Holmberg*.

Historia de una infamia, edición de autor, Buenos Aires, 2000.

- Jozami, Eduardo, *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Norma, Buenos Aires, 2006.
- Labrousse, Alain, *Una historia de los tupamaros. De Sendic a Mujica*, Fin de Siglo, Montevideo, 2009.
- Lanusse, Lucas, *Cristo revolucionario. La iglesia militante*, Vergara, Buenos Aires, 2007.
- , *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Vergara, Buenos Aires, 2007.
- Larraquy, Marcelo, *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Aguilar, Buenos Aires, 2006.
- Larraquy, Marcelo y Roberto Caballero, *Galimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*, Norma, Buenos Aires, 2001.
- Lessa, Alfonso, *La revolución imposible. Los tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*, Sudamericana uruguaya, Montevideo, 2007.
- Levenson, Gregorio, *De los bolcheviques a la gesta montonera*, Colihue, Buenos Aires, 2000.
- Mancuso, Mariano, “El diario *La Voz del Mundo*”, tesina en elaboración para la Licenciatura en Comunicación de la Carrera de Ciencias Sociales de la UBA, Buenos Aires, 2010.

- Martínez, Tomás Eloy, *La pasión según Trelew*, Aguilar, Buenos Aires, 2004.
- Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, De la Campana, Buenos Aires, 1996.
- Mero, Roberto, *Conversaciones con Juan Gelman. Contraderrota, montoneros y la revolución perdida*, Contrapunto, Buenos Aires, 1987.
- Mugica, Carlos, *Peronismo y cristianismo*, Merlín, Buenos Aires, 1973.
- Orsolini, Mario, *Montoneros. Sus proyectos y sus planes*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1989.
- Perdía, Roberto Cirilo, *La otra historia (testimonio de un jefe montonero)*, Ágora, Buenos Aires, 1997.
- Paino, Horacio, *Historia de la Triple A*, Platense, Montevideo, 1984.
- Puiggrós, Rodolfo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Argumentos, Buenos Aires, 1956.
- Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, 5ª edición, Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.
- Ramus, Susana, *Sueños sobrevivientes de una montonera. A pesar de la ESMA*, Colihue, Buenos

- Aires, 2000.
- Reato, Ceferino, *Operación Traviata*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, y edición ampliada y actualizada, Buenos Aires, 2009.
- Rodeiro, Luis Enrique, *Fantasías de bandoneón (una disidencia montonera)*, Ediciones de la Cortada, Santa Fe, 1996.
- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II 1943-1973*, Emecé, Buenos Aires, 1982.
- Sáenz Quesada, María, *Isabel Perón. La Argentina en los años de María Estela Martínez*, Planeta, Buenos Aires, 2003.
- Saidón, Gabriela, *La montonera. Biografía de Norma Arrostito*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
- Sali, Laura, “María Firmenich, montonera. La historia”, tesis del Master de Periodismo BCNY, Barcelona, 2002.
- Schwarzer, Jorge, *La política económica de Martínez de Hoz*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- Seoane, María, *El burgués maldito. La historia secreta de José Ber Gelbard*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.

- , *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1997.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Eudeba, Buenos Aires, 2008.
- Strafacce, Ricardo, *Oswaldo Lamborghini, una biografía*, Mansalva, Buenos Aires, 2008.
- Taiana, Jorge, *El último Perón. Testimonio de su médico y amigo*, Planeta, Buenos Aires, 2000.
- Tarcus, Horacio, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Emecé, Buenos Aires, 2007.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.
- Vázquez-Montalbán, Manuel, *Quinteto de Buenos Aires*, Planeta, Buenos Aires, 1997.
- Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*, Contrapunto, Buenos Aires, 1986.
- , *La violencia evangélica. Historia política de la Iglesia Católica. Tomo II de Leonardi al Cordobazo (1955-1969)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

- , *Vigilia de armas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- Vezzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.
- Walsh, Rodolfo, *¿Quién mató a Rosendo?*, De la Flor, Buenos Aires, 1984.
- Zamorano, Eduardo, *Peronistas revolucionarios. Un análisis político del apogeo y crisis de la organización Montoneros*, Distal, Buenos Aires, 2005.
- Zuker, Cristina, *El tren de la victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.

FILMS DOCUMENTALES

- Cazadores de utopías*, de David Blaustein, 1995.
- Operación Mellizas*, material filmico realizado por Montoneros, sin fecha.
- Padre Mugica*, de Gabriel Mariotto y Gustavo Gordillo, 1999.
- P4R + Operación Walsh*, de Gustavo Gordillo, 1999.

REPOSITARIOS

Archivo de la Dirección de Inteligencia de la
Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA),
Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

Archivo del Juzgado Federal de San Martín.

Red de Archivos Orales de la Argentina
Contemporánea, Programa de Historia Política,
Instituto de Investigaciones Gino Germani,
Universidad de Buenos Aires.

PUBLICACIONES Y FUENTES PERIODÍSTICAS

Salvo indicado de otra forma, el lugar de edición
es Buenos Aires.

ABC (Madrid)

Agencia Télam

Boletín Oficial

Clarín

Cristianismo y Revolución (1966-1971), edición
digital a cargo del Centro de Documentación e
Investigación de la Cultura de Izquierdas en la
Argentina (CEDINCI)

Crónica

El Cronista Comercial
El Descamisado
El Diario del Juicio
Gente y la Actualidad
La Causa Peronista
La Nación
La Opinión
La Prensa
La Razón
La Vanguardia (Barcelona)
La Voz del Mundo
Lucha Armada en la Argentina
Militancia Peronista para la Liberación
Noticias
Nuevo Sur
Página/12
Perfil
Periferias
Proceso (México)
Puentes (La Plata)
Repensar
Revista Noticias
Siete Días Ilustrados
Somos
Tiempo Argentino

Tres Puntos

Uno más Uno (México)

Veintitrés

Vencer (México)

AGUILAR

© Felipe Celesia, Pablo Waisberg, 2010

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones, 2011

Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de Buenos Aires www.librosaguilar.com/ar

eISBN: 978-987-04-1817-7

Diseño y realización de portada: Alejandro Pescatore

Fotografía de autor: Daniel Vides

Conversión a Epub: Juliana Orihuela, Luis Parravicini.

Waisberg, Pablo

Firmenich : la historia jamás contada del jefe montonero / Pablo Waisberg y Felipe Celesia. - 1ª ed. -

Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2011.

EBook

e-ISBN 978-987-04-1817-7

1. Investigación Periodística. I. Celesia,
Felipe II. Título.
CDD 070.44

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).



PABLO WEISBERG

Nació en Buenos Aires en 1974. Es licenciado en Periodismo y docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Colaboró en las revistas *Newsweek*, *Popoli* (Milán, Italia), y *Veintitrés*. Fue redactor acreditado ante el Congreso de la Nación y editor de la sección Política de la agencia *Noticias Argentinas*, y trabajó en la sección Economía de la agencia *Télam*. Fue corresponsal de la publicación quincenal *Latinamerica Press/Noticias Aliadas* (Lima, Perú). Es subeditor de la sección Economía del diario *Buenos Aires Económico* y colabora en *Miradas al Sur*, *Tiempo Argentino* y *Sudestada*.

En 2007, los autores publicaron *La ley las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña* (Aguilar).

pweisberg@gmail.com

FELIPE CELESIA

Nació en Buenos Aires en 1973. Estudió Filosofía en la Universidad Nacional de Mar del Plata y en la Universidad de Buenos Aires. Inició su carrera en *La Capital* de Mar del Plata, luego se desempeñó en *La Prensa* y en las agencias *Noticias Argentinas* y *Télam*, y colaboró con los diarios *Perfil* y *Miradas al Sur*. Como periodista cubrió los tres poderes de la Nación. Es acreditado en la sala de periodistas de Casa de Gobierno. En 1996 ganó el Premio Municipal de Literatura de Mar del Plata con un ensayo y en 1999 obtuvo el tercer premio del Concurso Nacional de Ensayos “José Hernández”, organizado por el Senado de la Nación.

En 2007, los autores publicaron *La ley las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña* (Aguilar).

felipe@celesia.com.ar

Editorial Aguilar es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosaguilar.com

Argentina

www.librosaguilar.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosaguilar.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosaguilar.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosaguilar.com/co

Calle 80, nº 9 - 69

Bogotá

Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.librosaguilar.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosaguilar.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de

Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosaguilar.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosaguilar.com/es

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosaguilar.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosaguilar.com/can

7ª Avda. 11-11

Zona nº 9

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosaguilar.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa
1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosaguilar.com/mx

Avda. Universidad, 767

Colonia del Valle

03100 México D.F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosaguilar.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosaguilar.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosaguilar.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosaguilar.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosaguilar.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosaguilar.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosaguilar.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51

Table of Contents

Portada

Dedicatoria

Introducción

1948-1960

LOS COMIENZOS EN FLORESTA

EL COMPROMISO

NOTAS

1960-1966

EL COLEGIO DE LA PATRIA

UN HOMBRE CLAVE

COMPROMETERSE ES VIVIR

LA POLÍTICA

LOS MISIONEROS

CRISTIANISMO Y REVOLUCIÓN

NOTAS

1966-1970

CAMILO

EL DEBUT

LOS DE CÓRDOBA

CONTRADICCIÓN Y VANGUARDIA

CUBA

EL MODELO

TACO RALO

MONTONEROS
A LAS ARMAS
LA CALERA I
ARAMBURU
LA CALERA II
WILLIAM MORRIS
LA DIÁSPORA

NOTAS

1970-1973

UN BANCO Y EL RESPALDO
AMANDA LIBERADA
BICHOS COLORADOS
EL JEFE
REARMAR CÓRDOBA
EL AMOR
EL TÍO
LA “CONDUCCIÓN DESPEGADA”
LOS PODERES OCULTOS
EZEIZA
EL CERCO

NOTAS

1973-1974

LA SUBVERSIÓN
CORRER LA LÍNEA
ROMPER EL ENCLAUSTRAMIENTO

LA FUSIÓN

LA JP LEALTAD Y LOS “SABINOS”

CRUJIDOS

LA OPOSICIÓN

LA PLAZA

MUERTES I

MUERTES II

CLANDESTINOS

NOTAS

1974-1976

REORGANIZACIÓN

ENCUENTROS CON GELBARD

OPERACIÓN MELLIZAS

ARAMBURU RECAPTURADO

LA VÍA ELECTORAL

EN CÓRDOBA

PAREDÓN MONTONERO

LA “TRAICIÓN” DE QUIETO

EL GOLPE

NOTAS

1976-1983

LA BIENVENIDA

POLÍTICA ECONÓMICA

LA SUPERESTRUCTURA

EL BANQUERO DE LA ORGA

PAPELES
PAPELES II
EL OTRO MOVIMIENTO
ARGENTINA CAMPEÓN
TUCHO
ENTRE MÉXICO Y EL LÍBANO
LA CONTRAOFENSIVA
LA GUARDERÍA
LA COMANDANCIA
RADIO NOTICIAS DEL CONTINENTE
LOS TENIENTES
NICARAGUA
SUBVERSIVOS
DON VICENTE
LAS ISLAS

NOTAS

1983-1990

VOLVER A LA FAMILIA
LOS INFILTRADOS
LA VOZ
CAZANDO DEMONIOS
LA VOZ II
LA CAUSA DE ROMERO VICTORICA
LEGALIZACIÓN
ELENA HOLMBERG

LEGALIZACIÓN II
MENEM PRESIDENTE
EN CAMPAÑA
EL COMPROMISO
LA RUPTURA

NOTAS

1990-1996

LA LIBERTAD
EL ESCRACHE
VOLVER AL RUEDO
MONTONERO HABLA
DOBLE AGENTE
EL GUARDIÁN DE MUGICA
LA AUTOCRÍTICA
SIN HONORES
EL AISLAMIENTO

NOTAS

1996-2010

EL DOCTOR
PADRECITO
VOLVER AL RUEDO
LOS EXCLUIDOS
VOLVER AL RUEDO II
OTRA VEZ LOS DEMONIOS
EL DUELISTA

LOS FANTASMAS DE RUCCI

NOTAS

Agradecimientos

Entrevistados

Bibliografía

LIBROS E INVESTIGACIONES

FILMS DOCUMENTALES

REPOSITORIOS

PUBLICACIONES Y FUENTES

PERIODÍSTICAS

Créditos

Biografía

Grupo Santillana